

**Las cuidadoras y los cuidadores de
dependientes en el seno de las redes
familiares. Una mirada desde la
desigualdad**

Instituto de Estadística de Andalucía

Pabellón de Nueva Zelanda

Leonardo Da Vinci, 21

Isla de la Cartuja 41092

Teléfono: 955 03 38 00

Fax: 955 03 38 16-17

www.juntadeandalucia.es/institutodeestadistica

Las cuidadoras y los cuidadores de dependientes en el seno de las redes familiares. Una mirada desde la desigualdad



Instituto de Estadística de Andalucía
CONSEJERÍA DE ECONOMÍA Y HACIENDA

Datos catalográficos

as cuidadoras y los cuidadores de dependientes en el seno de las redes familiares: una mirada desde la desigualdad/[Delia Langa Rosado, Sergio Ariza Segovia, David Martínez López, Evangelina Olid González]. – Sevilla : Instituto de Estadística de Andalucía, 2009

170 p. ; gráf. , tabl.; 30 cm.

D.L. SE-3449-2009

ISBN 978-84-96659-75-9

1. Familia. 2. Relaciones humanas. 3. Asistencia a los ancianos. 4. Dependencia. 5. Cuidadores. I. Langa Rosado, Delia. II. Instituto de Estadística de Andalucía.

316. 356.2(460.35)

364.044.6(460.35)

Autores

Langa Rosado, Delia
Ariza Segovia, Sergio
Martínez López, David
Olid González, Evangelina

Año de Edición: 2009 Instituto de Estadística de Andalucía

© Instituto de Estadística de Andalucía

Depósito Legal : SE-3449-2009

I.S.B.N.: 978-84-96659-75-9

Tirada: 1.000 ejemplares

Reproducción autorizada con indicación de la fuente bibliográfica, excepto para fines comerciales.

Índice general

Introducción. Algunas precisiones metodológicas	9
Aproximación empírica a la variable clase social a partir de la ERF.	11
1. Parientes, redes familiares y clases sociales	15
1.1. Los tipos de parientes	15
1.2. Los parientes y el ciclo vital individual	19
1.3. El número de parientes.....	35
1.4. Los parientes y lugar de residencia.....	40
2. La ‘densidad’ del parentesco	53
2.1. Formas de relación, grados y figuras del parentesco	56
2.2. Intercambios económicos: expectativas y realizaciones	65
2.2.1. Evaluación conjunta de las expectativas económicas	71
2.2.2. Comportamientos efectivos de solidaridad económica.....	72
2.2.3. Un tipo específico de intercambio económico: la herencia	76
2.3. Expectativas de intercambios comunicativos/afectivos	79
2.4. La conjunción de las interacciones y los intercambios en las diferentes posiciones sociales y los diversos capitales culturales.....	85
3. Cuidadores y cuidados	91
3.1. La composición social de los que tienen parientes con necesidad de cuidados y de los cuidadores según clase social y nivel educativo del “sustentador principal”, y según la actividad y el nivel educativo del entrevistado.....	91
3.2. Las probabilidades de ser cuidador	96
3.3. Los parientes a los que se cuidan.	100
3.4. Las tareas y los tiempos	105
3.5. Las ayudas recibidas por los cuidadores y el papel de éstos en la estructura familiar de deberes hacia los parientes enfermos o dependientes	114
3.6. El coste de la ayuda	122
3.7. Las razones para cuidar	129
3.8. Alcance social de las ayudas públicas al cuidado y cuidadores	135
3.9. Razones por las que no se reciben ayudas económicas	136
3.10. Otras ayudas complementarias.....	142
3.11. Opiniones sobre la responsabilidad de cubrir el cuidado de las personas mayores, enfermas y dependientes.	148
3.12. Opinión sobre las medidas de apoyo para el cuidado de mayores y dependientes.	156
Conclusiones	165

Introducción. Algunas precisiones metodológicas

El presente trabajo se sitúa en el marco de colaboración entre el Instituto de Estadística de Andalucía y las distintas universidades andaluzas dando lugar, primero, a la realización del trabajo de campo de la Encuesta Redes Familiares (ERF) en 2005; y posteriormente a la elaboración de las monografías generales y de temáticas específicas fruto del análisis de los datos producidos a partir de la ERF. Entre estas segundas temáticas, la atención a la dependencia ha cobrado especial relevancia desde un primer momento dado los importantes retos a que dan lugar dos fenómenos sociales de consecuencias estrechamente interrelacionadas como son el envejecimiento cada vez mayor de nuestra población y las transformaciones en la familia, que hoy por hoy sigue siendo la principal proveedora de cuidados a los mayores y en general a los dependientes. Todo ello supone un auténtico reto para los sistemas de protección social, como señalan, entre otros, los autores de una de las monografías que, a partir de la ERF, se ha centrado en el análisis del papel de las redes familiares en la atención a la dependencia¹. Precisamente este trabajo, y las anteriores monografías tanto referentes al total de la población andaluza² como a las diferentes provincias, ponen contundentemente en evidencia el papel central que las familias vienen desarrollando en el cuidado de sus miembros

dependientes ante la insuficiencia de otros instrumentos de carácter formal. La encuesta muestra, en efecto, cómo la participación del sector público y, aún más, del llamado “tercer sector” son ínfimas³, si bien actualmente hay que contar con un nuevo contexto a partir de la aprobación de la Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia⁴. No obstante, la encuesta es anterior a esta fecha, por lo que no ha podido recoger sus posibles efectos que, de todos modos, hoy por hoy siguen siendo muy incipientes y no son aún muchas las personas beneficiarias de las nuevas respuestas públicas.

Por otra parte, la ERF nos muestra que cuando decimos que el principal aporte de la ayuda a los dependientes, actualmente, procede de la familia, en realidad nos ajustaríamos más a la realidad si afirmáramos que son las mujeres (hijas, esposas, madres, nueras, e incluso nietas), las que están soportando el mayor peso del cuidado de sus familiares enfermos o discapacitados. Éstas tienen en muchos casos, y en mayor cuantía que los hombres, dedicaciones superiores a las 40 horas a la semana, lo que supone, al menos, el equivalente a una jornada laboral semanal⁵. Este hecho guarda relación con el tipo de ayuda que, según la encuesta, tienden a prestar ellas, más relacionada con las tareas que se realizan en el ámbito doméstico y cotidiano, que son más repetitivas y de continua realización, frente a las más esporádicas y/o puntuales de las que tienen lugar en la calle, realizadas más por los varones.

En relación con las motivaciones de los cuidadores, casi un 40% de ellos dice hacerlo por sentido del deber o la responsabilidad, siendo algo mayor este porcentaje entre las mujeres. A las familias, y en concreto a las mujeres de éstas, se les sigue viendo en muchos casos como “proveedoras naturales de cuidados”⁶. A la hora de argüir razones afectivas y las preferencias del familiar al que se cuida como razón que justifica que se le ayude, también las mujeres lo hacen en mayor medida que los hombres. Todo ello no hace sino confirmar de nuevo la vigencia de los roles de cuidador de las personas dependientes y principal soporte afectivo en el seno de la familia como importantes componentes en la construcción social del género.

Queremos también subrayar la existencia de un 8,2% de cuidadores que dicen verse obligados a prestar ayuda a sus

1 Becerril Ruiz, D. y Ruiz Benítez, B. (2008): Redes familiares y atención a la dependencia en Andalucía, IEA, Sevilla.

2 Fernández Cordón, J. A. y C. Tobío (2007). Andalucía: dependencia y solidaridad en las redes familiares. Sevilla: IEA.

3 La EDDDES (INE (1999): Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estados de Salud) también llega a esta conclusión, indicando que los servicios sociales no alcanzan al 4% del total de cuidados aportados a los mayores dependientes, (cit. en Castón y Ramos (2006): Dependencia en personas mayores en Andalucía, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces). En lo que a atención domiciliaria se refiere, V. Navarro apunta que tan sólo un 1,5% de las personas mayores son atendidas por servicios públicos (Navarro (2003): El Estado del bienestar en España, informe disponible en <http://www.vnavarro.org/papers/libros/llibre.zip>. Un trabajo de la Escuela Andaluza de Salud Pública (García Calvente y otros (1999): Cuidados y cuidadores en el sistema informal de salud, Granada, EASP destaca que sólo el 2% recibe atención pública en sus hogares.

4 BOE núm. 299 de 15 de diciembre de 2006.

5 Castón y Ramos (2006), a partir de datos del INE 2002, también destacan este grupo de más alta dedicación como el más numeroso del total de cuidadores.

6 El barómetro del CIS de noviembre del 2001 indica que uno de cada nueve encuestados está de acuerdo con que el cuidado de los ancianos es un problema “principalmente” de los hijos, aunque sea con la colaboración del Estado; en Bazo, (1998).

parientes ante la falta de medios para pagar a un profesional⁷. También destacaremos que un 2% de los sujetos expresan en la ERF la inaccesibilidad de los recursos públicos como una de las razones por las que ellos cuidan a sus familiares enfermos o dependientes. Si unimos estos dos argumentos al del sentimiento de deber o responsabilidad, tenemos que casi la mitad de los cuidadores ejercen como tales muy condicionados por un contexto constrictivo y que por ello deja poco margen de elección.

En cuanto a los efectos de la dedicación al cuidado de algún pariente, la escasez de tiempo es la respuesta más frecuente en la ERF. La salud se ve mermada en un 18% de los casos, subiendo este porcentaje al 23% en el caso de las mujeres⁸. Este trabajo, en muchos casos como hemos visto a tiempo completo, y por el que los cuidadores/as no reciben ningún salario, tiene consecuencias no sólo en términos de salud, como estamos viendo, sino obviamente también de tipo laboral. En efecto, en relación con las actividades que se han tenido que suprimir por prestar ayuda a familiares, un 13% expresa a través de la ERF que se ha tenido que prescindir del trabajo remunerado, siendo aquí también mayores los porcentajes de mujeres que de hombres.

La impresión más general que obtenemos, pues, de los diversos trabajos de análisis de los datos de la ERF es la de la primerísima importancia que cobran las redes de parentesco en la provisión de cuidados a las personas dependientes, y especialmente a los más numerosos de éstos, los mayores. El incremento demográfico de la esperanza de vida ha hecho crecer el tiempo de coexistencia intergeneracional, lo que ha propiciado el que surjan nuevas ocasiones de intercambio entre parientes. De ahí que la familia, lejos de haber reducido su relevancia al ámbito de las relaciones afectivas, ha cobrado si cabe mayor protagonismo en la prestación de determinados servicios y ayudas⁹.

Por otra parte, no podemos dejar de insistir en el papel nuclear de las mujeres en lo que a la provisión de cuidados se refiere. Son ellas las que están asumiendo el grueso de la atención a enfermos, discapacitados, ancianos y dependientes en general. Los valores culturales siguen entendiendo esto como una “obligación familiar” y dentro de

la familia las mujeres son las que más interiorizado tienen el rol de principal cuidadora, asumido además en un panorama de claro déficit de recursos públicos¹⁰. Todo ello no hace sino dibujar un muy estrecho margen de elección para muchas mujeres, obviamente más numerosas entre los sectores populares, que se traduce en unos costes considerables tanto para su salud como para su vida social y laboral. Resulta, en este sentido, muy interesante la descripción que hace M^a Ángeles Durán¹¹ al respecto: “el perfil social del cuidador que constituye el soporte básico del Estado de Bienestar español”: mujer, de entre 50 y 60 años, sin empleo, con dificultades económicas, cuidadora intensiva (más de 40 horas) y casi única, con múltiples patologías y poco tiempo para su autocuidado y las relaciones sociales.

En relación con todo esto, nosotros con esta nueva monografía pretendemos contribuir a dibujar el cuadro de la diversidad de situaciones y condiciones sociales desde las que se opta por atender a un familiar dependiente y se ejerce como cuidador. Esto nos servirá, pensamos, para ganar en precisión cuando afirmamos simplemente que son “las mujeres” (como un todo homogéneo) las que están protagonizando el cuidado de las personas dependientes en nuestras sociedades, pues podríamos concretar sobre qué tipo o tipos de mujer es sobre el que está recayendo, en mayor medida, esta importante responsabilidad hoy por hoy nada compartida. Nos proponemos, pues, un acercamiento al perfil de los cuidadores desde su clase social, lo que constituye un enfoque no demasiado frecuente en nuestro país. No podemos dejar de mencionar, no obstante, entre los más recientes, el trabajo de La Parra¹², a partir de los datos del Panel Europeo de Hogares para España de 1994, donde se concluye que la mayor probabilidad de convertirse en cuidador recae en las mujeres, las personas no ocupadas, las de menores ingresos y las de mayor edad. Además las mujeres, cuando están paradas o inactivas y tienen bajos ingresos son las que más altas dedicaciones tienen (por encima de 28 horas semanales) a la hora de atender a sus familiares. El trabajo de La Parra utiliza el nivel de ingresos como indicador de la posición socioeconómica del hogar, si bien señala que en otros países se han encontrado conclusiones similares en cuanto a clase social y probabilidad de convertirse en cuidador intensivo mirando la clase social ocupacional¹³.

De otro lado, García Calvente, Mateo-Rodríguez y Eguiguren¹⁴, a partir de datos de diferentes encuestas, concluyen igualmente que son las mujeres de clases sociales más bajas, de menor nivel educativo y sin empleo las que constituyen el grueso de la atención informal a los dependientes. Las autoras de este artículo subrayan cómo la desigualdad de género y la de clase social en este caso aparecen estrechamente imbricadas. Las mujeres con más baja posición socioeconómica y educativa disponen, en efecto, de menos capacidad de acceso a recursos y servicios de ayuda y por ello de un menor margen de elección a la hora de decidir cómo atender a sus familiares cuando éstos lo requieren.

Por nuestra parte, insistimos, lo que nos hemos propuesto en este trabajo que ahora presentamos es utilizar los datos de la ERF para conocer el perfil de los cuidadores desde sus posiciones en la estructura social, basándonos

7 Recordemos que la opción de contar con la ayuda de una persona remunerada es la segunda más elegida (aunque con un escaso 11,7%) para resolver el problema del cuidado de los dependientes.

8 Un estudio de la Sociedad de Medicina de Familia y Comunitaria (Semfyc), muestra que entre un 50% y un 60% de las cuidadoras presenta algún trastorno psíquico, fundamentalmente ansiedad. Y entre el 25% y el 30% ha recibido un diagnóstico por depresión.

9 Roussel, L. (1995): “La solidaridad intergeneracional. Ensayo de perspectivas”, en REIS, nº 70, 11–26.

10 En su trabajo *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*, V. Navarro (2006) señala que en nuestro país el gasto público social por habitante es tan sólo el 62% del promedio de la UE-15, lo que contribuye a reproducir el “poder de clase” de los grupos más privilegiados. A esto habría que añadir la reproducción del “poder de género”, en tanto los gastos sociales más endeble (guarderías y servicios de dependencia) son los que más beneficiarían a muchas mujeres, particularmente las de más bajas posiciones sociales.

11 Durán, M.A. (2006): “Dependientes y cuidadores. El desafío de los próximos años”, *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 60, pp. 57–73.

12 La Parra, D. (2001): “Contribución de las mujeres y los hogares más pobres a la producción de cuidados de salud informales”, en *Gaceta Sanitaria*, 15 (6).

13 Por ejemplo, Arber y Ginn, cit. en La Parra, 2001.

14 García Calvente, M.M. y Mateo-Rodríguez, I y Eguiguren, A.P. (2004): “El sistema informal de cuidados en clave de desigualdad”, *Gaceta Sanitaria*, 18 (1).

para ello en gran medida en el modo en el que entiende la “clase” Bourdieu:

*“las clases construidas pueden ser caracterizadas en cierto modo como conjuntos de agentes que, por el hecho de ocupar posiciones similares en el espacio social (esto es, en la distribución de poderes), están sujetos a similares condiciones de existencia y factores condicionantes y, como resultado, están dotados de disposiciones similares (habitus¹⁵) que les llevan a desarrollar prácticas similares”*¹⁶.

Esta forma de concebir las clases sociales pensamos que realmente no difiere mucho del concepto de “clase comunitaria” de Carabaña¹⁷. Para Carabaña la unidad de este tipo de clase no es el individuo, sino la familia. Las familias tienen unos *estilos de vida*, que vienen dados en gran medida por la clase económica a la que pertenecen sus miembros, y a los que corresponden unas determinadas estrategias¹⁸ en el marco de las cuales nosotros vamos a situar precisamente las prácticas de nuestros cuidadores. En cualquier caso, lo que queremos subrayar es el carácter alejado de cualquier forma de esencialismo con que Bourdieu concibe la “clase” como construcción teórica que hacemos al hilo de los objetivos de nuestra investigación, delimitando en el espacio social tantas categorías como consideremos relevantes según la práctica social que estemos estudiando y el campo en el que ésta tiene lugar:

*“Es la lógica específica del campo, de lo que en él se encuentra en juego y de la especie de capital que se necesita para participar; lo que impone las propiedades mediante la cuales se establece la relación entre la clase y la práctica”*¹⁹.

Habremos de tener en cuenta no sólo los capitales que definirían la condición y la posición de clase, sino el campo concreto en el que estos capitales cobran valor y permiten a los individuos socializados (que actúan desde sus *habitus*) intervenir realmente como agentes de ese campo. Todo ello es lo que hemos tenido presente al diseñar nuestro “esquema de clases”²⁰, y es lo que ofrecemos a continuación.

Aproximación empírica a la variable clase social a partir de la ERF.

Dado que vamos a entender la clase como “clase comunitaria”, nos hemos quedado con un esquema que

clasifique a los individuos por las características socioeconómicas de los hogares a los que pertenecen. Es bastante común, en este sentido, operacionalizar la clase social mirando la ocupación y/o el nivel de estudios del “sustentador principal”. Esto, no obstante, introduce una importante limitación para trabajar con los datos de la ERF en tanto en esta encuesta no se identifica al sujeto que aporta más al hogar, presupuestariamente o en términos de estatus. Ello nos ha obligado a intentar rastrear a partir del ego del cuestionario la posición ocupacional más alta del hogar. La ERF nos ofrece datos de la actividad de todos los sujetos, pero sólo tenemos información sobre la ocupación del ego y/o su cónyuge cuando al menos uno de ellos trabaja. Hemos elegido entre estas dos ocupaciones la más alta, identificando así la ocupación del “sustentador principal”. No obstante, esto ha supuesto que nuestros casos válidos se han reducido a algo más del 50% del total de encuestados. En concreto, contamos con 5.058 sujetos de los que disponemos de información sobre ocupación, lo que no deja de ser una muestra considerable que, además, sigue manteniendo básicamente la proporcionalidad inicial del total de los casos en lo que a representación provincial se refiere (ver Tabla 1 de las Tablas generales -e iniciales- del anexo). De otro lado, dado que en gran medida nuestro foco de análisis lo va a constituir el colectivo de los cuidadores, no hemos de perder de vista que éstos, mayoritariamente, se sitúan en el intervalo de edad de entre 30 y 54 años (en torno al 60%, y en torno al 75% entre 30 y 64 años), por lo que entendemos que la mayor parte estarán ocupados, y por tanto ellos o sus cónyuges serán los sustentadores principales del hogar.

Con el total de datos válidos hemos optado por utilizar una clasificación estructural de clases sociales a partir de la clasificación de ocupaciones de Goldthorpe, Erikson y Portocarero²¹, ya que es de las más utilizadas en la investigación sobre estratificación, clases y movilidad en los países desarrollados e introduce por ello una gran ventaja comparativa. Hemos agrupado en cuatro categorías los ítems del cuestionario, por lo que nos quedaríamos finalmente con el siguiente esquema de clases:

clase obrera, en la que incluiríamos a los operarios cualificados y no especializados no agrarios, a los trabajadores agrarios, así como al resto de personal de servicios.

pequeña burguesía tanto agraria como no agraria, compuesta por propietarios sin asalariados y miembros de cooperativas.

clase intermedia, en la que hemos incluidos a los directores y jefes de empresas o explotaciones agrarias, jefes de departamentos administrativos y comerciales, contra maestros y capataces no agrarios, profesionales de las fuerzas armadas, y resto de personal administrativo y comercial.

clase media-alta, formada por los empresarios con asalariados, por los profesionales, técnicos y asimilados ejerciendo tanto por cuenta propia como por cuenta ajena, así como por directores de empresas no agrarias y altos funcionarios.

Teniendo en cuenta la idea de Bourdieu de que es la lógica del campo de prácticas que en cada caso estemos estudiando la que imprime el mayor o menor peso de unos u

15 Paréntesis, nuestro.

16 Bourdieu, P. (2001): Poder, derecho y clases sociales, Bilbao, Desclee de Brouwer.

17 Carabaña, J. (1994): “Educación y diversidad de clases sociales” en Fernández Palomares, F. et al. (coord.): Sociología de la educación: viejas y nuevas cuestiones, Málaga, Editorial Clave.

(1995): “Esquemas y estructuras” en Carabaña, J. (ed.): Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a E. O. Wright, Madrid, Visor.

18 Recordemos el concepto de “estrategia familiar” que expone Carabaña (1993):

“Por estrategias entiendo modos típicos de usar recursos para la consecución de objetivos teniendo en cuenta los cambios del entorno. Incluyen, por tanto, desde las costumbres y las rutinas más inconscientes a los cálculos más concienzudos y suelen ser una mezcla variable de ambos. (Quien así lo prefiera puede entender el término en el sentido elaborado por Bourdieu)” (p. 37).

19 Bourdieu, P. (1988): La distinción. Crítica social del juicio, Madrid, Taurus.

20 Carabaña, 1995. Op. cit.

21 Goldthorpe, Erikson y Portocarero, (1979): “Intergenerational Class Mobility in three Western European Societies”, en British Journal of Sociology of Education, 30.

otros tipos de recursos, que serán por ello los que nos servirán para delimitar las distintas categorías de nuestro “esquema de clases”, hemos querido distinguir una clase de pequeños propietarios, especialmente para ver si el hecho tener algún tipo de patrimonio familiar que transmitir puede introducir algún condicionante o mayor sentido de la responsabilidad en los hijos respecto al cuidado y atención de los padres²². Somos conscientes, de otro lado, de que en esta clase pequeño burguesa habría que haber incluido a los empresarios con algún asalariado, si bien el cuestionario no nos permitía hacer esta distinción²³. Es por ello que anotamos que la clase media-alta está algo más abultada²⁴, en tanto integra, indebidamente a nuestro parecer, a estos pequeños propietarios con algún trabajador contratado. También nos hubiera gustado poder distinguir a los profesionales de los técnicos, así como el grado de unos y otros, en tanto que la clase alta o “clase de servicio” de Goldthorpe en realidad la constituyen, además de los grandes propietarios, los profesionales liberales que tienen en todo caso un alto nivel educativo, si bien el cuestionario no permitía realizar esta discriminación.

Considerando la limitación de los datos ocupacionales de que disponemos, optamos por una múltiple aproximación a la posición de los sujetos en el espacio social. Es por ello que decidimos utilizar la información sobre nivel educativo que en este caso sí proporciona el cuestionario para todos los sujetos entrevistados. No obstante, siguiendo el interés por acercarnos a la posición de clase comunitaria que hasta ahora nos ha guiado, elaboramos un modo de aproximarnos al “nivel educativo del sustentador principal”²⁵ con el que prácticamente recuperamos todos los casos de la muestra. Dado que el nivel de formación completada es un indicador de posición social importante, pensamos que ello nos permitiría

contrastar la información obtenida a través de los datos de ocupación y ganar así en capacidad de generalización²⁶.

En cualquier caso, no hemos querido dejar de utilizar la abundante información que proporciona la ERF y por ello hemos abordado un análisis que complementa los indicadores socioeconómicos referidos al hogar con otros referidos al ego del cuestionario. Así queremos tener en cuenta, en primer lugar, el nivel de estudios de los entrevistados²⁷. Saber del nivel educativo de las cuidadoras y cuidadores prevemos nos será de gran utilidad para dibujar un mapa de la heterogeneidad de prácticas de éstos según su capital cultural, tal como han apuntado García Calvente, Mateo-Rodríguez y Eguiguren²⁸. Así mismo pensamos que habríamos de contar con la información, también de tipo individual, que proporciona la variable “actividad de los sujetos encuestados”. Conocer el perfil de actividad, inactividad, así como las situaciones de éstos (con trabajo o desempleado; jubilado/pensionista o ama de casa) también nos puede resultar muy revelador para describir quiénes y en qué circunstancias de relación con el mundo laboral se dedican al cuidado de sus familiares, así como el grado en qué asumen esta tarea. Tanto García Calvente como el citado trabajo de La Parra ya hemos visto subrayan que la inactividad y el desempleo son, especialmente para las mujeres, uno de los factores que más probable hace que se conviertan en cuidadoras, y además, señala La Parra, en cuidadoras de alta dedicación.

Proponemos, pues, una aproximación desde múltiples aristas a la realidad de las cuidadoras y cuidadores, entendiendo que la variable género nos va a ofrecer sin duda pautas diferenciadas, situando éstas en diferentes posiciones tanto individuales, y relacionales en el seno de las redes familiares (relación con la actividad laboral, capital cultural), como relativo al espacio social (posición de clase). Sin duda unas y otras posiciones estarán imbricadas y pretendemos poder identificar con los datos de la ERF alguna tendencia en este sentido. Queremos, pues, acercarnos desde distintos ángulos al perfil sociológico de quienes se dedican a aportar casi en exclusivo, dada la escasa socialización de esta actividad, al cuidado de sus familiares enfermos o dependientes. Nos gustaría saber por qué lo hacen, cuánto se dedican a los cuidados, a quiénes ayudan, en qué ocasiones ayudan, cómo les afecta en su vida, con qué otros recursos cuentan, qué otras personas colaboran y qué lugar ocupan en la red familiar en la actividad de los cuidados, qué opiniones tienen sobre quién o quiénes deberían asumir esa responsabilidad. Y por supuesto queremos leer todas estas prácticas desde el lugar social, la posición social, desde la que se elaboran las estrategias individuales y familiares para proporcionar ayuda y cuidados a los dependientes, así como vislumbrar en qué parte esta actividad, en gran medida “feminizada”, contribuye a que las desigualdades de clase persistan y tiendan a reproducirse de una u otra forma en nuestra sociedad.

El modo en que hemos estructurado la presentación de los resultados de nuestro análisis es el que sigue. Comenzaremos con dos capítulos en los que nos acercamos a la población total que fue encuestada en la ERF, y no sólo a los cuidadores.

Con un fin contextual, y desde la premisa que reconoce el papel fundamental que la familia desempeña en el cuidado de

22 Los autores del colectivo IOE indican que en algunas zonas rurales se asocia todavía el cuidado de los mayores al reparto de la herencia (Colectivo IOE(1995): Cuidados en la vejez. El apoyo informal, INSERSO; también Rodríguez, J.A. (1994): Envejecimiento y familia, CIS, Madrid). Nosotros en nuestra muestra no hemos podido distinguir la burguesía agraria y no agraria, pues no había suficientes casos para muchas de nuestras variables.

23 La ERF sólo ha discriminado entre empresarios con asalariados y sin asalariados sin distinguir el número de éstos.

24 Del trabajo del Centro de Estudios Andaluces (2006): Clases sociales y estructura social, se desprende que de entre un 15.6% de trabajadores por cuenta por propia, o sea autónomos, un 5.4% tendría algún empleado contratado. Esto nos puede servir como aproximación de la sobrerrepresentación de nuestra clase alta: quizá del 32% de sujetos que la componen en nuestra clasificación (ver Tabla 26 anexo) habría que restar en torno a ese 5% que en realidad serían pequeños empleadores.

25 La sintaxis que utilizamos en el SPSS se basó en las siguientes instrucciones:

Obviamente entre el ego y su cónyuge, el nivel educativo más alto de los dos; cuando el ego es hijo y nieto a la vez, el nivel más alto de entre sus padres; si el ego es hijo y padre/suegro, el nivel más alto de entre el ego y su cónyuge; cuando el ego es nieto y padre/suegro a la vez, nos interesaría de nivel el nivel más alto entre el ego y su cónyuge; en caso de que el ego sea hijo, nieto y padre/suegro a la vez, de nuevo lo que tomamos es el nivel educativo más alto entre el ego y su cónyuge.

26 En la Tabla 2 de las Tablas generales (e iniciales) del anexo se puede ver el cruce de nuestra muestra de clases sociales y el nivel educativo del sustentador principal, por sexo y grupos de edad.

27 La Tabla 3 de las Tablas generales del anexo contiene la distribución por grupos de edad de las variables nivel educativo del sustentador principal y nivel educativo del ego.

28 2004, op. cit.

las personas dependientes, abordamos en el primer capítulo el análisis de las redes de parentesco por clase social. En coherencia con el objetivo de nuestro estudio, hemos tenido presente a los protagonistas de las relaciones de dependencia: a las mujeres sobre todo, y a las personas de la denominada tercera y cuarta edad. En cuatro epígrafes hemos descrito los tipos y la presencia relativa de los parientes que articulan las redes familiares de los andaluces; detenido en la situación y cuantificación de los parientes protagonistas en la prestación y recepción de cuidados a lo largo del ciclo vital de los individuos; y, por último, hemos delimitado su distribución en el espacio, es decir, el grado relativo de cercanía/lejanía entre parientes, a través de la identificación de su lugar de residencia. Todo esto, y sin apriorismos deterministas, desde el convencimiento metodológico de que la densidad de las redes familiares, las dinámicas de los ciclos reproductivos o la ubicación residencial de los parientes, construidas socialmente, inciden también en las condiciones de vida y trabajo de quienes atienden las necesidades de las personas dependientes.

A su vez, en el siguiente capítulo hemos realizado un análisis de lo que denominamos la 'densidad' del parentesco. Con ello tratamos de acercarnos a la cohesión del parentesco a través de las pautas de intercambio que se realizan en el seno de las redes familiares. Intercambios que nos hablan de las diversas formas que adquiere la interacción y de cómo ello redundaría en potenciales conjugaciones de la solidaridad familiar. Pero aclaremos ya que esos intercambios y las cohesiones a las que pueden dar lugar, las analizaremos en todo momento en función de la clase social, tratando de buscar tendencias diferenciadas por clase social. De ahí que los indicadores que nos pueden acercar a esa 'densidad' del parentesco, como los referidos a las formas de trato o comunicación entre los parientes (visitas; encuentros para actividades, ocio, vacaciones; comunicaciones telefónicas, postales...) o a las modulaciones de los intercambios económicos y emocionales (expectativas, realizaciones efectivas, herencia...), los hayamos siempre analizado bajo el prisma de la clase social. Este acercamiento a través de las clases sociales a las formas en que se puede cohesionar el parentesco, esperamos que nos ayude a comprender mejor ese tipo de solidaridad familiar que en principio parece semantizar el hecho social de cuidar.

El grueso del análisis referido a las cuidadoras y cuidadores está contenido en el capítulo tres, que hemos dividido a su vez en varios subapartados. Hemos empezado describiendo la composición social por clase, nivel educativo (del sustentador y del ego), actividad y género de los cuidadores, para después analizar la frecuencia y probabilidades, que según estas variables muestran los sujetos con familiares necesitados, de ayuda a prestar efectivamente esos cuidados. Nos hemos preguntado si nuestros datos muestran diferentes pautas por clase, género y actividad en el tipo de tareas para las que se ayuda y en el tiempo dedicado a ellas. Hemos rastreado diferencias entre posiciones sociales a la hora de exponer tanto las razones y como lo costes de la ayuda. Nos interrogamos, así mismo, sobre la existencia de modos diferentes de estructurar los deberes y derechos en relación con el cuidado a la dependencia en el seno de las redes familiares. Por último, hemos intentado ver las ayudas con que cuentan los cuidadores según su posición en la estructura social así como la opinión expresada por éstos en torno a sobre quién o quiénes debería recaer la responsabilidad de los cuidados a personas mayores y a dependientes.

Esperamos que este trabajo contribuya a hacer justicia, a poner nombre y rostro de un modo empíricamente más ajustado, a todas aquellas y aquellos que hasta ahora se vienen comprometiendo con el cuidado de sus parientes más débiles, partiendo en no pocas ocasiones de posiciones de un muy escaso poder y reconocimiento. Ojalá este deseo también se concrete, más allá de lo simbólico, en que nuestro análisis contribuya a que en la puesta en marcha de la aún reciente Ley de Dependencia se tenga más presente la cuestión de la desigualdad entre clases sociales; y que, en ese sentido, se lleven a cabo medidas orientadas a ampliar realmente las oportunidades de quienes más estrechos horizontes de elección tienen a la hora de dar respuesta a la atención de sus familiares dependientes.

Agradecemos muy especialmente a Elena González, Rubén Martín y Carlos Bruquetas, del IEA, su estrecha colaboración e inestimable apoyo estadístico, sin los cuales, sin duda, no hubiera podido salir adelante esta monografía.

1. Parientes, redes familiares y clases sociales

Este capítulo aborda la descripción de la red familiar según la posición social de cada individuo; ésta se ha designado en función de la ocupación o el nivel educativo del sustentador principal del hogar de cada ego. Como el resto del texto se nutre de los resultados e informes sobre la familia y el parentesco de la población andaluza proporcionados por la Encuesta sobre Redes Familiares en Andalucía²⁹.

La razón de ser de este capítulo es, por tanto, delimitar la red familiar según la posición social de los individuos. Según nuestra hipótesis de partida, los distintos recursos económicos culturales, relacionales de individuos y familias, condicionan, en la inequidad el alcance y las consecuencias que el cuidado de los parientes dependientes tienen para los individuos que desarrollan esta crucial tarea de la reproducción social: éstos, como veremos, son mayoritariamente mujeres. La familia, tradicional espacio e instrumento del cuidado de los dependientes en sociedades desprovistas de los apoyos institucionales y económicos que suministra el Estado de Bienestar, constituye la estructura básica en la que interaccionan cuidadores y dependientes; en Andalucía la recién construcción de un sistema de protección pública de la familia, aún muy débil, con el establecimiento del llamado cuarto pilar del “welfare state”, el del apoyo a las personas y familias que sufren situaciones de dependencia, ha tenido un impacto relativo que no ha neutralizado el protagonismo de la familia; cierto es, no obstante, que incluso en sociedades con estados de bienestar consolidados la familia sigue desempeñando un papel importante en el cuidado de las personas³⁰.

La premisa de partida de este capítulo es que si la posición social condiciona las prácticas y estilos de vida de individuos y familias, la red familiar, en cuanto resultado y ámbito estructural de las estrategias de reproducción,

presenta características distintas según posiciones o, si se quiere, clases sociales. De ahí que, pese a contar ya con una descripción general de las redes familiares en Andalucía, procuremos ahora una descripción de las mismas desde la clase social. Con este fin se estudia el conjunto de parientes según criterios ocupacionales y nivel educativo, tratando varios aspectos: la proporción de personas que tienen parientes, la tipología de los parientes según su vínculo constitutivo (horizontal, vertical o conyugal), la proporción de madres, padres, abuelas y abuelos y de otro tipo de parientes inmediatos o muy cercanos (cónyuges, suegros y suegras), el tamaño de la descendencia (número de hijos/as y nietos/as), la cantidad de parientes de los individuos y, por último, su lugar de residencia. Descripción atenta a las características de los parientes que desarrollan el trabajo de cuidadores y a los parientes dependientes de mayor edad.

Planteamiento articulado en torno a dos perspectivas básicas de la reproducción social: a) la de género, que con la de clase condiciona la posición en el espacio social de individuos y familias, proporciona un contexto preciso de las prácticas sociales, en este caso de las relaciones entre parientes; b) y la de edad o grupos de edad que, al proveer información de las etapas o ciclos vitales individuales y familiares, facilita una visión dinámica de las relaciones entre parientes. Ambas son claves para describir la estructura de la red familiar donde se desenvuelven las interacciones entre cuidadores y personas dependientes.

1.1. Los tipos de parientes

Entre los parientes que constituyen el grupo familiar de las personas se pueden distinguir tres tipos: horizontales (definidos por relaciones fraternas), verticales (determinados por la filiación) y conyugales (generados a partir del emparejamiento).

Sin distinción de clase, los parientes más abundantes y frecuentes son los sitios en el eje horizontal del parentesco (Tabla 1.1): en especial, los hermanos/as, los tíos/as los cuñados/as y los sobrinos/as. La base nuclear o conyugal de la familia en Andalucía condiciona la elevada presencia de individuos con cónyuge y la común presencia de parientes

29 Salvo que se indique otra cosa, la fuente de los datos citados y alusiones a la caracterización de las redes familiares de la población andaluza es la encuesta publicada sobre las “Redes familiares en Andalucía”. Instituto Estadístico de Andalucía: Consejería de Economía y Hacienda. Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares 2006.

30 Gomila, M. A. (2005), “Las relaciones intergeneracionales en el marco de la familia contemporánea: cambios y continuidades en transición hacia una nueva concepción de la familia”, *Historia Contemporánea*, 31, p. 506.

colaterales a lo largo de la trayectoria vital de cada individuo. En las cuatro categorías sociales utilizadas la mayoría de los individuos de dieciocho años tiene hermanos/as, cuñados/as, tíos/as y sobrinos/as. Amén de la consideración estructural mencionada, la importante presencia del parentesco fraternal tiene que ver con la baja tasa de mortalidad de la población y la discreta incidencia relativa de familias con un sólo hijo/a en Andalucía³¹. La frecuente presencia de cuñados/as se relaciona con la doble vía de adquisición de este tipo de parentesco político (vía fraternal y conyugal). Tíos y tías y sobrinos/as, con los que se comparte un doble vínculo, fraternal y filial, también tienen una presencia cuantitativamente importante en la red de parientes.

La presencia de los parientes horizontales más importantes, hermanos/as, apenas presenta diferencias según la clase social. Los hermanos/as son los parientes más

frecuentes en las familias o redes familiares de los individuos de la clase obrera, de la pequeña burguesía, de la clase intermedia o de la clase de servicios: en torno al 96,7%. Sin embargo, la distribución de tíos/as, cuñados/as y sobrinos/as, los otros parientes horizontales que siguen en importancia presencial a hermanos/as, presenta algunas diferencias. En especial, en el caso de los individuos pertenecientes a la pequeña burguesía se aprecia que tienen con menor frecuencia tíos/as (85% en contraste con el 90,4 % de la media total agregada), y en bastante más proporción cuñados/as (95,6% frente a 89,6%) y sobrinos/as (91,4% frente al 83,6 del total); es decir, tienen porcentajes más elevados de parientes de la misma generación y descendentes que los demás. Diferencias marcadas al comparar los valores de la pequeña burguesía con los de la clase obrera o intermedia.

Tabla 1.1. Distribución de los individuos según clase social y tipo de pariente con algún pariente del tipo indicado (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Algún hijo	48,7%	59,5%	44,7%	52,3%	50,0%
Alguna hija	46,3%	61,6%	44,1%	52,5%	49,1%
Hijos/as	64,6%	80,7%	63,8%	72,2%	68,1%
Algún hermano	77,8%	77,0%	73,8%	76,0%	76,5%
Alguna hermana	77,1%	76,6%	76,2%	73,8%	75,8%
Hermanos/as	97,1%	96,1%	96,8%	96,2%	96,7%
Padre	60,0%	51,7%	59,8%	59,3%	59,1%
Madre	77,3%	68,4%	81,6%	77,7%	77,5%
Cónyuge/pareja	68,5%	85,8%	73,0%	78,9%	73,9%
Con ex-cónyuge	3,8%	..	4,4%	3,9%	3,9%
Abuelo	12,6%	9,2%	11,2%	8,4%	10,7%
Abuela	25,3%	15,4%	23,7%	18,6%	22,1%
Abuelos/as	27,3%	17,6%	25,9%	20,5%	24,2%
Nieto	5,6%	12,2%	3,4%	4,7%	5,4%
Nieta	5,7%	12,0%	3,6%	5,1%	5,6%
Nietos/as	7,9%	16,3%	5,0%	7,2%	7,8%
Bisabuelo/a	0,9%	..	..	..	0,5%
Biznietos	..	..	..	..	..
Primos/as	76,1%	71,3%	83,6%	81,5%	78,7%
Tíos/as	90,6%	85,0%	90,9%	91,0%	90,4%
Yernos/nueras	13,2%	24,0%	9,6%	12,1%	13,0%
Cuñados/as	87,9%	95,6%	88,1%	91,1%	89,6%
Suegro	35,1%	41,4%	40,1%	43,5%	39,1%
Suegra	50,0%	57,3%	54,5%	60,1%	54,6%
Suegros/as	54,0%	61,8%	59,4%	64,7%	59,0%
Sobrinos/as	81,9%	91,4%	81,1%	85,4%	83,6%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas de cada clase social que tienen algún pariente del tipo indicado

31 Un 12,5% de los individuos con descendencia tienen hijo único.

La base nuclear de la familia condiciona la tendencia generalizada al matrimonio o emparejamiento. La incidencia del emparejamiento entre los individuos entrevistados de las distintas clases sociales lo evidencia (73,9%). Propensión que da continuidad al comportamiento histórico de la población andaluza. No obstante, se detectan importantes diferencias por categorías sociales, producto de estrategias reproductivas o estilos de vida orientados por condicionantes de distinta naturaleza (laborales, patrimoniales, culturales, etc.), relacionados con los procesos sociales y económicos que Andalucía viene experimentando en las últimas décadas; entre ellos la legalización del divorcio y/o la interiorización del carácter no eterno del emparejamiento: el divorcio afecta a un 3,9% de los individuos, cifra no despreciable al presentar cierta tendencia a la concentración por grupos de edad. Sin desagregar datos por sexo o grupo de edad, en lo que a la frecuencia del emparejamiento se pueden subrayar tres situaciones: la de individuos con elevada propensión: casos de los de la clase media-alta y, sobremanera, la pequeña burguesía (con el 78,9% y 85,8% respectivamente de individuos con pareja); con media propensión la clase intermedia (73%); y la de la clase obrera con menor propensión (68,5%). Es posible que estas diferencias encuentren su lógica en la distinta incidencia de los obstáculos laborales, económicos y patrimoniales, y los nuevos condicionantes culturales sobre el tiempo y la forma del establecimiento conyugal. De la presencia cenital del establecimiento conyugal se deriva una porción destacada de dos tipos de parientes afines con protagonismo en las relaciones de cuidado y dependencia: yernos/nueras y, sobre todo, suegros/as (e 59% de los individuos los tienen). Por ende, la diferente incidencia social del emparejamiento se deja ver en la aparición de estos parientes. Las clases con tasas totales más elevadas, la media-alta y sobre todo la pequeña burguesía, presentan una frecuencia mayor de estos afines.

Tras hermanos/as, cuñados/as, sobrinos/as y tíos/as, y por delante de los cónyuges, son los hijos/as, provenientes del vínculo de la filiación, los parientes de presencia más habitual en la red familiar de los andaluces. La importante presencia de hijos/as alude al papel que la familia nuclear, cuyo correlato ha sido hasta ahora la continuidad socio-biológica a través de los hijos/as, desempeña con independencia de la clase social en el horizonte reproductivo del conjunto de la población. A tenor de estos datos parece que el bajo nivel de la fecundidad aún no ha erosionado el papel centrípeto de los hijos en la familia andaluza. No obstante, la desagregación por categoría socio-profesional de

los entrevistados vuelve a arrojar diferencias. En efecto, de nuevo, las clases sociales que presentan con menor frecuencia parientes horizontales coetáneos (cuñados/as), descendentes (sobrinos/as) o conyugales, la clase obrera e intermedia, tienen con menos frecuencia hijos/as; mientras que la pequeña burguesía y la clase media-alta, los que en mayor proporción tienen cónyuges y parientes horizontales tienen con más frecuencia filiación inmediata. La distancia de 16,1 puntos porcentuales que separan a los individuos de la clase obrera de los de la pequeña burguesía parece indicar que la descendencia ha variado en términos de clases en Andalucía. A primera vista, según la posición social, el ideal de paternidad/maternidad, latente en el imaginario colectivo de los andaluces, se concreta en diferente proporción. Los individuos de las dos clases que presentan una frecuencia menor de presencia de los parientes que se sitúan, en la estructura del parentesco, en la retícula horizontal-descendente y/o conyugal, la clase obrera y la clase intermedia, son los que en términos porcentuales presentan los guarismos más bajos. No obstante, veremos cómo al considerar los grupos de edad y los promedios de números de hijos/as estos resultados quedan matizados.

En el eje de filiación sobresalen otros dos tipos de parientes, valiosos en términos simbólicos y cuantitativos, madres y padres, pues adscriben al individuo desde que nace a una red genealógica y a una posición social; el comportamiento diferencial según el sexo de la mortalidad y la nupcialidad o la diferencia de edad en el emparejamiento de los individuos favorece la presencia materna. Otra vez los individuos de la pequeña burguesía presentan diferencias más acusadas, son los que en menor proporción cuentan con padres y madres; también muestran una escasa presencia relativa de abuelos/as: un 17,6%, distante 6,6 puntos porcentuales del promedio total, 8,3 puntos de la media de los individuos de clase intermedia y casi diez de los de clase obrera, quienes más los tienen (27,3%). Los individuos de clase media-alta también presentan un porcentaje de abuelos/as inferior a la media, bastante alejado de los de clase obrera e intermedia. En cuanto a nietos/as, parientes situados un peldaño abajo en el eje de la filiación, se observa una escasa presencia de ellos entre los individuos con ocupación. Como dato relevante la alta presencia de estos parientes en los individuos de la pequeña burguesía (16,3%), acorde con la alta proporción de cónyuges e hijos/as en lo que se antoja un comportamiento reproductivo más dinámico, de intervalos generacionales más cortos.

Tabla 1.2. Distribución de mujeres según clase social y tipo de pariente indicado
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Algún hijo	57,0%	63,8%	46,0%	55,4%	54,8%
Alguna hija	51,0%	66,6%	43,6%	54,5%	51,9%
Hijos/as	73,0%	88,8%	64,0%	75,2%	73,2%
Algún hermano	78,7%	77,6%	74,3%	78,6%	77,8%
Alguna hermana	76,9%	72,1%	73,3%	72,7%	74,5%
Hermanos/as	76,9%	72,1%	73,3%	72,7%	74,5%
Padre	58,9%	57,4%	61,4%	61,1%	60,0%
Madre	76,4%	70,2%	84,2%	75,7%	77,2%
Cónyuge/pareja	74,6%	91,2%	70,8%	81,1%	77,2%
Abuelo	10,4%	..	11,0%	8,7%	9,9%
Abuela	23,2%	14,9%	26,9%	19,3%	22,0%
Abuelos/as	25,0%	17,0%	28,8%	21,5%	24,0%
Yerno/nuera	16,1%	23,7%	8,5%	11,6%	13,7%
Suegro	34,7%	41,2%	38,0%	42,7%	38,4%
Suegra	53,9%	59,7%	50,2%	60,1%	55,6%
Suegros/as	57,8%	64,5%	56,0%	65,1%	60,3%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de mujeres de cada clase social que tienen algún pariente del tipo indicado

El sexo de los individuos repercute en la frecuencia de los distintos tipos de parientes (Tablas 1.2 y 1.3). El distinto grado de establecimiento conyugal de hombres y mujeres, relacionado con la edad de acceso al emparejamiento, condiciona la distribución de parientes. Entre los inmediatos cabe significar que las mujeres cuentan con más hijos/as y cónyuges/parejas: el 73,4% de las mujeres cuentan con hijos/as frente al 63,6 de los hombres; y el 77,2% de las mujeres en contraste con el 70,9% de los hombres cuentan con cónyuge o pareja. Entre el resto de parientes inmediatos (hermanos/as, padres, madres, abuelos/as, yernos/nueras o suegros/as) no se observan grandes distancias. Las diferencias, tradicionales, en la nupcialidad (edad de acceso al matrimonio/emparejamiento) son interpretadas de forma diferente. Entre los individuos de la clase obrera y pequeña burguesía –quienes, respectivamente, menos y más parejas tienen– la frecuencia del emparejamiento dista según el sexo: los hombres de clase obrera y de la pequeña burguesía tienen menos parejas que las mujeres de su mismo grupo social, en la clase obrera la diferencia es de 11,1 puntos porcentuales a favor de las mujeres y en la pequeña burguesía de 10,1. Entre hombres y mujeres de clase media-alta las distancias se matizan; mientras que en la clase intermedia se invierte la tendencia, pues los hombres tienen más parejas. En cualquier caso, se advierte un comportamiento nupcial y reproductivo tradicional en el caso de los individuos de la clase obrera y de la pequeña burguesía, explicitado en una diferente edad de

acceso al matrimonio por sexos. Los individuos de clase intermedia y media-alta muestran un patrón nupcial, y reproductivo, distinto, más moderno, que se explayaría en la menor distancia a la hora de emparejarse. En fin, son los hombres de clase obrera los que en términos relativos menos cónyuges tienen (63,5%) y las mujeres de la pequeña burguesía quienes más (91,2%): entrambos, una enorme distancia estadística: 27,7 puntos. Los hombres y mujeres de clase intermedia y media-alta manifiestan una posición menos contrastada.

La diferencia en el porcentaje de hijos/as confirma estas apreciaciones. Otra vez son los individuos de la clase obrera y la pequeña burguesía los que presentan diferencias pronunciadas: los hombres de la clase obrera 15,2 puntos menos que las mujeres en la frecuencia de aparición de estos parientes, entre los hombres y mujeres de la pequeña burguesía la distancia es de 15,3 puntos; y, otra vez, localizamos polarizados a los mismos protagonistas: son los hombres de la clase obrera los que tienen menos hijos (57,8%) y las mujeres de la pequeña burguesía las que más (88,8%): 31 puntos les separan. Hombres y mujeres de clase intermedia y media-alta muestran una ubicación centrada. En definitiva, a tenor de la descripción de la frecuencia relativa de cónyuges e hijos/as, parientes básicos de la familia nuclear, por clase y sexo resultan diferencias en la caracterización de las redes familiares.

Tabla 1.3. Distribución de hombres según clase social y tipo de pariente
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Algún hijo	41,9%	55,6%	43,2%	49,5%	45,6%
Alguna hija	42,5%	57,1%	44,8%	50,8%	46,6%
Hijos/as	57,8%	73,5%	63,5%	69,4%	63,6%
Algún hermano	77,1%	76,5%	73,2%	73,5%	75,3%
Alguna hermana	77,3%	80,6%	79,6%	74,8%	77,1%
Hermanos/as	77,2%	80,6%	79,6%	74,8%	77,1%
Algún padre	60,8%	46,7%	57,9%	57,7%	58,3%
Alguna madre	78,1%	66,7%	78,8%	79,5%	77,8%
Cónyuge/pareja	63,5%	81,1%	75,5%	76,8%	70,9%
Abuelo	14,3%	..	11,4%	8,2%	11,5%
Abuela	27,0%	15,8%	20,1%	17,9%	22,2%
Abuelos/as	29,2%	18,1%	22,7%	19,6%	24,3%
Yerno/nuera	10,8%	24,3%	10,9%	12,7%	12,5%
Suegro	35,5%	41,7%	42,4%	44,2%	39,8%
Suegra	46,9%	55,2%	59,4%	60,1%	53,6%
Suegros/as	50,9%	59,4%	63,3%	64,4%	57,7%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de varones de cada clase social que tienen algún pariente del tipo indicado

1.2. Los parientes y el ciclo vital individual

El estudio de la relación entre la edad de los individuos y el tipo de parientes es útil, permite captar la naturaleza dinámica de las estructuras familiares. El ciclo vital de la familia nuclear, iniciado en la constitución de la pareja, y marcado por el tiempo vegetativo de los individuos (nacimiento y muerte), imprime un carácter variable a la constelación de parientes. Mientras los descendientes van sustituyendo a los ascendientes, los colaterales, devenidos de la fraternidad y el matrimonio, permanecen a lo largo de la vida. Entre los colaterales sobre todo hermanos y cuñados acompañan a éstos durante gran parte de ésta. La descripción del ciclo vital individual por clases sociales, sin apartarse de estas pautas, permite una aproximación más compleja al proceso reproductivo.

En armonía con la dinámica cíclica de la vida se han clasificado los parientes de la red familiar básica y los más cercanos e implicados en las relaciones de cuidados y dependencia en tres grupos (Tabla 28 del Anexo). Primero, los parientes de la red familiar básica que orientan a los individuos hacia el futuro: los cónyuges, quienes de no mediar ruptura acompañan más tiempo a los individuos en el ciclo vital, y los consanguíneos inmediatos que les sobreviven: hijos/as y nietos/as. A continuación, los consanguíneos que antes desaparecen: abuelos/as, padres y madres. Por último, los afines más destacados en la recepción de cuidados en las relaciones de dependencia: suegros y suegras.

La relación conyugal está influenciada en el decurso vital por distintos factores (demográficos, culturales, económicos, legales, etc.). Como en el pasado, el establecimiento marital de los andaluces se realiza a partir de la tercera década de la vida (Tablas 1.4 y 1.5). Aunque, a diferencia de lo que sucedía hasta hace unos lustros, la generalización del emparejamiento ocurre a partir de los 30 años; entre los 45 y los 64 años la mayoría de los individuos conviven con parejas. La conyugalidad mantiene indemne el prestigio como forma de vida preferida de la población; la identificación de la familia con la unidad conyugal sigue vigente. Los avatares del proceso de modernización social, los cambios en las costumbres –en los tiempos y formas del emparejamiento, en la distinción entre sexualidad y fecundidad, etc.– o los obstáculos al establecimiento conyugal en los últimos tiempos no parecen hacer mella en este rasgo estructural de la familia y la sociedad andaluza. Entre la población ocupada el escaso porcentaje de individuos (34,3%) que cuenta con cónyuge entre los 18 y 29 años responde al retraso, más que al rechazo, entre los jóvenes de la vida conyugal; entre los individuos entrevistados representativos del conjunto de la población andaluza (Tabla 1.5) el porcentaje de emparejados de los nacidos entre 1976 y 1987 disminuye bastante (22%), indicio estadístico de los condicionantes al establecimiento marital/conyugal de los jóvenes en la actualidad. Retraso relacionado con una actitud precavida, menos inmediata, ante el establecimiento marital, pero también con el retraso experimentado desde hace décadas en la salida de los jóvenes del hogar de procedencia y, por ende, en la posibilidad de adquirir un estatus independiente. Obstáculos de distinta índole inciden en este sentido: el comportamiento del mercado de la vivienda, la precariedad laboral, los bajos salarios de los jóvenes (“mileurismo”), etc. Todo ello ha devenido en un comportamiento conyugal menos intenso³²;

32 El indicador coyuntural de primonupcialidad ha caído para mujeres (del 94,0% al 59,3%) y hombres (del 98,7% al 57,3%) entre 1976 y 1997 en Andalucía. Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Un siglo de demografía en Andalucía, Sevilla, 2006.

aunque, como anticipábamos, los individuos de 30 años en adelante presentan una tasa de emparejamiento elevada; sólo, en las últimas décadas de la vida, el ritmo del ciclo vegetativo provoca, al irrumpir la mortalidad, el declive estadístico de la unión conyugal.

Por clases sociales, no obstante, la actualización de la tradición marital/conyugal de los andaluces es dispar. La mayor frecuencia de emparejamiento de la pequeña burguesía y la clase media-alta queda confirmada por grupos de edad: según los datos que ofrece la Tabla 1.4 los individuos de estas clases no solo se emparejan con más frecuencia sino que lo hacen antes, alrededor del 40% de ellos tienen cónyuge antes de los 30 años³³; a partir de los 44 años y hasta los 64, cuando la situación de emparejamiento de los individuos del conjunto de las clases sociales es generalizada (91%), los de la pequeña burguesía y la clase media-alta presentan una tasa de emparejamiento muy elevada: respectivamente, el 94,6% y 93,4%. El ciclo vital de los individuos de la clase obrera presenta diferencias; apenas un tercio cuenta con pareja en el primer tramo de edad –cuando las dificultades, materiales, económicas, de vivienda, laborales acucian– y aunque a partir de los 30 años, como el resto de la población, tienden al establecimiento marital, lo hacen en términos relativos por debajo de las clases anteriores: siete u ocho puntos porcentuales menos. Una distancia que se mantiene desde el mediodía vital, a partir de los 45 años, hasta los 64, período de máxima frecuencia de emparejamiento. Los individuos pertenecientes a la clase intermedia mantienen en perspectiva cíclica un comportamiento conyugal a medio camino entre los anteriores: aunque se emparejan con menos frecuencia que los primeros, lo hacen en mayor proporción que los de la clase obrera; comparte con éstos una baja tasa relativa de conyugalidad en el primer grupo de edad –aunque en este

caso las causas del retraso podrían no ser siempre las mismas que las de la clase obrera: tiempo invertido en adquisición de capital educativo (credencialismo), en la búsqueda de un trabajo satisfactorio (concurrente oposiciones, etc.); pero su comportamiento en los siguientes grupos de edad se acerca al de los individuos de la pequeña burguesía y la clase media-alta. A partir de los 65 años podemos inferir, a tenor del comportamiento diferencial de la mortalidad por clases sociales, un declive más o menos proporcional de la conyugalidad (Tabla 1.5).

Recopilando, en lo que se refiere a la situación de los individuos en los últimos tramos de la vida, de la séptima década en adelante, cuando la morbilidad y la discapacidad se incrementan³⁴, podemos distinguir dos posiciones: la de los individuos de la clase intermedia, media-alta y, sobremanera, pequeña burguesía conservan en mayor proporción a sus parejas; y la de los de clase obrera, quienes aun mayoritariamente acompañados por sus cónyuges los conservan (entre 5,0 y 7,5 puntos porcentuales) en porcentaje inferior. Dos situaciones distintas, condicionadas por la posición social de los individuos, a tener presente desde el punto de vista del despliegue de los cuidados a las personas mayores dependientes: pues, como veremos en el capítulo tercero, los cónyuges figuran en un lugar destacado entre los parientes que los entrevistados con más frecuencia ayudan. Más explícitamente, los individuos pertenecientes a la clase obrera se encuentran con menos frecuencia, en el tramo final de la vida, en situación y/o con potencialidad de cuidar o de ser cuidados por sus cónyuges; por consiguiente tienen más posibilidades de vivir sus últimos años sin ellos, y de depender de hijos/as, los parientes más directos e implicados en la prestación de ayudas y cuidados.

33 Conviene tener presente sin embargo que al no considerar a la población estudiantil, con bajas tasas de emparejamiento y/o nupcialidad (véase el bajo porcentaje de individuos con estudios secundarios no profesionales –parte de ellos, en potencia, futuros titulados universitarios– o universitarios en la Tabla 1.5), en la “operacionalización” de las categorías sociales, es probable que los porcentajes de emparejamiento de las clases intermedia y media-alta, donde los individuos con más nivel educativo y, en especial, con estudios universitarios más pesan y, por ende, cuyos individuos jóvenes más tiempo dedican a la incorporación de capital educativo, estén sesgados al alza.

34 En el 2002 la tasa de discapacidad de la población de más de 65 años en Andalucía era del 39,4%. Castón Boyer, P. y Ramos Lorente, M. 2006, Dependencia en personas mayores en Andalucía, Centro de Estudios Andaluces, p. 14.

Tabla 1.4. Distribución de individuos con cónyuge según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18-29	23,3%	..	26,7%	28,9%	25,5%
30 – 44	77,1%	85,6%	83,0%	83,3%	80,8%
45-64	89,4%	94,7%	99,5%	96,4%	93,9%
65+	..	..	..	..	92,4%
Total	63,5%	81,1%	75,5%	76,8%	70,9%
Mujer					
18 – 29	44,9%	..	34,8%	52,3%	45,0%
30 – 44	86,4%	97,4%	84,4%	85,9%	86,7%
45-64	84,2%	94,4%	83,7%	91,1%	87,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	74,6%	91,2%	70,8%	81,1%	77,2%
Ambos sexos					
18 – 29	32,2%	40,7%	31,3%	39,5%	34,3%
30 – 44	81,5%	91,6%	83,8%	84,6%	83,7%
45-64	87,1%	94,6%	92,1%	93,9%	91,0%
65+	..	..	..	..	80,3%
Total	68,5%	85,8%	73,0%	78,9%	73,9%

FUENTE Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas de cada grupo de edad y clase que tienen cónyuge

En cuanto al comportamiento conyugal el primer grupo de edad de los individuos desvela otro rasgo tradicional de la nupcialidad andaluza: una edad de acceso a la unión conyugal distinta por sexos. Una menor incidencia de la conyugalidad de los hombres jóvenes atenuada entre los 30 y 44 años, cuando acceden en general al emparejamiento. No obstante, entre los 45 años y los 64 años se tornan los guarismos; de la combinación de edad diferencial en el acceso al matrimonio y dispar esperanza de vida –más elevada para las mujeres– resulta que el porcentaje de mujeres emparejadas disminuye respecto al de los hombres. A partir de los 65 años, en el último grupo de edad, este desequilibrio se acentúa a favor de los hombres (Tabla 1.5). En definitiva, de los 65 años en adelante dos factores interactúan para que, al menos a priori, las mujeres puedan ser antes cuidadoras que cuidadas por sus cónyuges: en primer lugar, el importante desequilibrio conyugal entre hombres y mujeres; de otra parte, el tradicional retraso en la edad de acceso al emparejamiento de los hombres incide en que los cónyuges masculinos sean de mayor edad, más proclives a padecer enfermedades y situaciones invalidantes. A la sazón, muchas más mujeres que hombres de 65 años en adelante carecen de cónyuge cuando las posibilidades de necesitar ayudas y cuidados aumentan. Así, en los últimos tramos de la vida las mujeres probablemente tienen que recurrir en mayor medida a

otros parientes cercanos: hijos/as y, en menor frecuencia, yernos/nueras o nietos/as. Los hombres, en contraste, tienen más posibilidades de ser cuidados por sus cónyuges.

La combinación analítica de sexo y clase social permite afilar la descripción de la presencia en las redes familiares de este tipo de parientes. Los hombres de la clase obrera presentan en todos los grupos de edad, con independencia del sexo o la clase, las tasas de conyugalidad más bajas; y son los que a partir de los 45 años –con probabilidad también de los 65 en adelante– se encuentran menos emparejados. La inferior proporción de parejas de los hombres de 45 a 64 años que declaran no haber terminados los estudios básicos (el 81,5%), una de las dos categorías clasificatorias por nivel educativo más importantes entre los hombres de clase obrera (Tabla 1.5 y Tabla general 2) apunala estas observaciones. Los hombres de la pequeña burguesía, que presumiblemente se casan con más precocidad y al menos hasta los 65 años conservan sus parejas en proporción elevada y, sobre todo, los de la clase intermedia y media–alta, quienes de acuerdo con un patrón nupcial/conyugal menos tradicional muestran inferior diferencia de edad entre cónyuges, son los que tienen una proporción de cónyuges superior; apreciación confirmada por la elevada proporción de hombres con pareja entre los 45 y los 64 años de los niveles educativos que en conjunto más pesan en la composición interna del capital cultural de los

individuos de clase intermedia y media-alta: el 95,4% de los hombres con estudios secundarios profesionales, el 94,1% de los que tienen estudios secundarios no profesionales y el

93,4% con estudios universitarios. Son los hombres de clase obrera los que cuentan en las últimas etapas de la vida con menos cónyuges.

Tabla 1.5. Distribución de individuos con cónyuge según nivel educativo, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Hombre							
18-29	..	..	18,1%	34,5%	17,1%	25,3%	18,6%
30-44	..	42,2%	78,9%	89,3%	76,1%	84,8%	75,5%
45-64	90,6%	81,5%	90,7%	95,4%	94,1%	93,4%	89,4%
65+	67,7%	81,9%	81,6%	..	82,2%	79,6%	80,4%
Total	58,5%	59,1%	66,4%	74,4%	59,1%	75,1%	66,0%
Mujer							
18 – 29	..	13,0%	27,8%	53,4%	22,4%	22,1%	27,0%
30 – 44	..	55,5%	84,3%	88,6%	79,5%	83,7%	80,9%
45–64	69,5%	75,0%	79,8%	76,8%	89,0%	88,2%	79,6%
65+	26,1%	41,0%	50,7%	..	..	47,9%	41,7%
Total	39,1%	49,5%	65,2%	75,0%	58,7%	67,9%	60,4%
Ambos sexos							
18 – 29	..	8,5%	22,7%	44,0%	19,9%	23,6%	22,7%
30 – 44	62,7%	47,9%	81,7%	89,0%	78,0%	84,3%	78,1%
45–64	78,4%	77,9%	85,4%	87,1%	91,4%	90,9%	84,5%
65+	41,4%	57,7%	65,2%	77,1%	65,4%	66,4%	58,2%
Total	47,5%	54,0%	65,8%	74,7%	58,9%	71,5%	63,1%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Entre las mujeres podemos discernir dos situaciones. La de las mujeres de la clase obrera y de la intermedia quienes tras los 65 años arrastran la situación que mantienen entre los 45 y los 54 años: estas mujeres, que se emparejan más tarde y en menor medida en la tercera década, son las que inferior proporción de cónyuges presentan en las últimas décadas de la vida. El bajo porcentaje de cónyuges de las mujeres de 45–64 y de 65 años y más (Tabla 4.5) clasificadas por nivel educativo entre las que no saben/no contestan y las sin terminar estudios básicos, frecuentes entre los individuos de la clase obrera, lo constata. En diferente situación se encuentran las mujeres de la pequeña burguesía y la clase media-alta; en su gran mayoría emparejadas entre los 45 y los 64 años, mantienen en los últimos tramos de la vida superior frecuencia de emparejamiento. En fin, las mujeres de la clase intermedia y obrera cuentan en la tercera y cuarta edad con

menor proporción de cónyuges, parientes inmediatos a los que podrán cuidar y/o, en menor medida, por quienes podrán serán cuidadas; en contraste, las mujeres de la pequeña burguesía y la clase media-alta conservan más.

La maternidad o la paternidad alcanzan a la mayor parte de los andaluces. La aparición de los descendientes inmediatos, hijos e hijas, corre paralela al establecimiento conyugal. A medida que las parejas se conforman van teniendo prole. No sorprende que en la cuarta década de la vida, cuando se emparejan la mayoría, muchos tienen descendencia (Tablas 1.6 y 1.8). Las experiencias de la paternidad y maternidad se extienden por tanto en la treintena. Experiencia vital generalizada por encima de los 45 y hasta los 64 años, cuando más de nueve de cada diez individuos tienen hijos/as. Pero la población de Andalucía no ha sido ajena a los efectos del continuo descenso y/o retraso

de la fecundidad desde los años setenta³⁵: el porcentaje de población con hijos/as entre 18 y 29 años es del 14% (Tabla 1.8); tan sólo en los últimos tiempos, y gracias a la aportación de la inmigración³⁶, se observa cierta recuperación. La incidencia del descenso de la natalidad y la fecundidad matrimonial no parece menoscabar, sin embargo, la ligazón secular entre conyugalidad y filiación.

Como anticipábamos, no obstante, por clases sociales se pueden distinguir al menos dos maneras de interpretar este comportamiento demográfico: la de los individuos de clase obrera e intermedia que tiene descendencia en porcentaje inferior al promedio general; y la de los de clase media-alta y, sobre todo, de la pequeña burguesía muy por encima de aquél. No obstante, al considerar la frecuencia de la experiencia de la maternidad/paternidad entre los individuos de las distintas clases sociales emerge un importante matiz: es el ciclo vital, es decir, el momento en que unos y otros son padres/madres, antes que la mayor o menor privación relativa de esta experiencia, lo que condiciona los guarismos totales y, por ende, el modelo citado. En otras palabras, los individuos de las clase media-alta y pequeña burguesía muestran un comportamiento más precoz: entre los 18 y los 29 casi uno de cada cuatro de los de clase media-alta tiene prole –proporción presumiblemente superada por los de la pequeña burguesía– y entre los 30 y los 44 los de la pequeña burguesía llegan al 84,9%. Bien es verdad que, al quedar excluidos del análisis de clases sociales los estudiantes de secundaria no profesional y los universitarios (Tabla 1.8), un tipo de población importante en las redes familiares básicas de la clase media-alta e intermedia, es posible que haya una supra-representación de egos con prole en el primer grupo de edad de estas clases; es decir, con independencia de su actividad y situación laboral (ocupados o no), los jóvenes de las familias de clase media-alta no serían tan precoces y los de la clase intermedia serían aún más tardíos en la descendencia filial de lo que las

cifras de la Tabla 1.8 manifiestan. En fin guarismos los de la clase media-alta y en especial los de la pequeña burguesía, superiores al promedio total, y a los que presentan la clase intermedia –los que acceden más tardíamente a esta situación– y por encima de los de los jóvenes de la clase obrera. Sin embargo, el ideal familiar y social vinculado a la filiación, a la experiencia de la maternidad y la paternidad se actualiza para el conjunto de los individuos a partir de los 45 años: más del 91,5% de los clasificados, sin significativas distancias por clase social (Tabla 1.6), dicen tener hijos/as.

Por tanto, el retraso en la llegada de los hijos/hijas en los últimos lustros es interpretado con distinta intensidad: los individuos de clase obrera e intermedia retrasan ese momento, anticipado por los de clase media-alta y, en especial, por los de la pequeña burguesía; sin embargo, a la postre, en la segunda mitad del ciclo vital los individuos tienen hijos/as de forma generalizada. Circunstancia indicativa de que en la actualidad algunos grupos sociales presentan más dificultades o menos interés para tener en primera instancia descendencia; e indicio, lo que importa en términos de cuidados y dependencia, de que en la tercera y cuarta edad las diferencias se liman; bien es verdad que entre los 45 y los 64 años –y es de suponer que en adelante– siguen apreciándose, conforme el modelo dicotómico descrito, las mismas: más frecuencia de individuos con hijos/as entre la pequeña burguesía y la clase media-alta; y a priori más probabilidad para unos que para otros de disfrutar de la compañía y/o los cuidados de hijos/as, pero también de dispensarles apoyos y ayudas conforme a las reglas tácitas del juego de la reciprocidad desequilibrada propia de las relaciones de filiación. Claro que unos y otros, cuidadores y cuidados, padres e hijos, interpretarán ese juego según sus recursos y necesidades, según las expectativas y los imaginarios, más o menos comunitarios o individualistas, solidarios o egotistas, de cada uno, de cada una...

35 Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Fecundidad y formación de familias en Andalucía, Sevilla, 2003.

36 Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Un siglo de demografía en Andalucía, Sevilla, 1999.

Tabla 1.6. Distribución de individuos con hijos/as según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18 – 29	12,6%	..	..	17,3%	13,5%
30 – 44	69,9%	75,4%	70,3%	72,8%	71,4%
45–64	91,0%	92,4%	91,9%	95,7%	92,9%
65+	..	..	..	..	100,0%
Total	57,8%	73,5%	63,5%	69,4%	63,6%
Mujer					
18 – 29	32,5%	..	..	32,5%	28,8%
30 – 44	85,5%	94,3%	78,2%	79,3%	82,6%
45–64	92,1%	95,8%	91,3%	93,6%	92,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	73,0%	88,8%	64,0%	75,2%	73,2%
Ambos sexos					
18 – 29	20,7%	..	12,2%	24,2%	20,4%
30 – 44	77,2%	84,9%	74,7%	76,0%	76,9%
45–64	91,5%	93,9%	91,7%	94,7%	92,9%
65+	..	..	..	..	89,0%
Total	64,6%	80,7%	63,8%	72,2%	68,1%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

La situación descrita sufre algunas modificaciones al tener en cuenta el sexo de los individuos. Hombres y mujeres de clase obrera e intermedia tienen en menor proporción descendencia que los de la pequeña burguesía y clase media–alta. Además, son los hombres de la clase obrera los que, a distancia del resto de categorías sociales pero también de las mujeres de su clase, tienen en menor porcentaje hijos/as, son asimismo quienes los tienen más tarde; la diferencia de edad en acceso al establecimiento matrimonial por sexos es su principal condicionante. Las mujeres de la pequeña burguesía son las que, a distancia del resto de categorías sociales pero también de los hombres de su clase, más frecuentemente y con antelación los tienen. No obstante, considerando los cuidados que potencialmente los individuos pudieran recibir o dar en las últimas décadas de la vida, en función de la disponibilidad o no de hijos/as, la situación no parece variar mucho entre los hombres y mujeres de las distintas clases sociales (Tabla 1.6): aún manteniéndose el patrón preescrito, que parece indicar incluso en el tramo final de la vida una inferior proporción de individuos de la clase obrera e intermedia con hijos/as, todos los individuos con independencia del sexo y la posición tienen en elevada

proporción –siempre superior al 91%– este tipo de parientes; dándose, eso sí, algunas diferencias: entre los 45 y 64 años los hombres de la clase media–alta y las mujeres de la pequeña burguesía mantienen porcentajes superiores. En cualquier caso, sin distinción de clase, el retraso en la paternidad respecto a la maternidad se relaciona con la distinta edad media de acceso al matrimonio o al emparejamiento de hombres y mujeres.

Empero el ciclo vital de los individuos presenta alguna especificidad según sexo y clase. Entre los hombres se observan diferencias: los de la clase obrera en la tercera y cuarta década de la vida tienen en menor medida hijos/as que los de la pequeña burguesía o la clase media–alta; los hombres de la pequeña burguesía muestran un comportamiento más tradicional, son padres en mayor proporción en la cuarta y tercera década de la vida. Entre las mujeres las diferencias son significativas: las de clase obrera –casi un tercio de ellas tienen hijos/as antes de los 29 años– y las de la pequeña burguesía –el 94,3% son madres entre los 30 y 44– acceden con precocidad a la maternidad: por ende, son, potencialmente, cuidadoras de dependientes menores (niños/as) antes que el resto de mujeres y, por supuesto, de

los hombres de todas las clases sociales; en cambio, son las mujeres de clase intermedia y media-alta nacidas entre 1961 y 1975 las que retrasan más la maternidad³⁷.

Conviene, por tanto, hacer algunas apreciaciones a nuestras primeras consideraciones en torno a las posiciones sociales y la interpretación última del retraso/descenso de la fecundidad o maternidad/paternidad en Andalucía. En especial en lo que se refiere a la clase obrera: el retraso tendría más que ver con la paternidad que con la maternidad, en conformidad con un comportamiento tradicional respecto a la edad del emparejamiento y la constitución de la familia nuclear –distancia entre la edad de hombres y mujeres–, y a causa de los obstáculos que los hombres más jóvenes encuentran a la hora de establecerse maritalmente³⁸. Por otra parte, como se ha apuntado, la precocidad y la proporción de progenitores entre hombres o mujeres de clase media-alta deben matizarse a la baja.

En definitiva, de la relación clase social y filiación en la perspectiva del ciclo vital resulta lo siguiente. Los individuos de las cohortes más jóvenes de la clase intermedia, y presumiblemente en menor medida los de la media-alta, posponen la llegada de los hijos, para incorporarse en la cuarta y quinta década de la vida al promedio general; por sexos desarrollarían el comportamiento reproductivo más moderno, con menor diferencia de edad entre cónyuges y una relación con la descendencia parecida según sexo. La pequeña burguesía, con independencia del sexo, anticipa la llegada de la progenie, bien es verdad que, de acuerdo con un comportamiento conyugal tradicional –mayor distancia de edad al emparejamiento por sexos–, las mujeres lo hacen más precozmente que sus cónyuges e incluso que las mujeres de clase obrera; éstas, con una concepción tradicional del matrimonio y la descendencia análoga, parecen encontrar más obstáculos para la concreción de su imaginario familiar.

La clase obrera se encuentra en una posición mixta, condicionantes de clase y sexo se entrecruzan, dando lugar a su vez a dos situaciones: la de los hombres que comparten –superándolos– con los de clase intermedia y media alta retraso en el acceso a la paternidad, probablemente a causa de la interrelación de factores culturales –expectativas de mayor distancia con la cónyuge– y condicionantes económicos –dificultades para instalar un hogar–; y las mujeres quíenes, pese a los obstáculos económicos al establecimiento marital, muestran un comportamiento tradicional, parecido al de las mujeres de la pequeña burguesía, en lo que al momento de llegada de los hijos/as.

Esta interpretación, diferencial, de la reducción de la fecundidad por clases sociales es nítida al contemplar la distribución del número de hijos/as entre los individuos con descendencia (Tabla 1.7). La reducción de la fecundidad en las últimas décadas es la principal responsable del escaso número relativo de hijos de los andaluces: entre la población con hijos del conjunto de las clases sociales solo el 25,7% tienen más de dos hijos/as, casi la misma proporción que tiene uno (24,2%), predominando los que tienen dos (50,1%); el porcentaje conjunto de quienes tienen uno y dos (74,3%) es elevado. El 76,9% de los individuos entre 30 y 44 años con hijos/as, en su mayor parte ya casados/emparejados, son padres/madres, pero de un bajo número de hijos: el 16,9% tiene más de dos; el 55%, la gran mayoría, disfruta de la “parejita” y el 28,9% solo un vástago³⁹. Si el hijo único no deja de ser una opción minoritaria de los nacidos entre 1961 y 1975, la delimitación de la descendencia a dos vástagos representa, al menos estadísticamente, el ideal actual de familia conyugal en Andalucía⁴⁰.

Se constata, por ende, que el proceso de modernización demográfica iniciado en las primeras décadas del siglo XX, cuando las parejas andaluzas empezaron a aplicarse –la “revolución silenciosa”– en controlar su reproducción biológica disociando en el matrimonio y/o en la unión conyugal la vinculación entre sexualidad y embarazo, ha proseguido hasta la actualidad. La segunda transición demográfica⁴¹ ha acentuado este rasgo de la modernización social, el control de la fecundidad matrimonial/conyugal, hasta cotas inusitadas; la consecuencia de todo ello son las bajas tasas de natalidad que presentan los nacidos entre 1976 y 1987. En un escenario de reducción de la natalidad y la fecundidad matrimonial entre los más jóvenes y las primeras cohortes de adultos andaluces, poco propicio a las familias numerosas, la identificación de la familia nuclear en un mínimo común denominador, la bi-descendencia, deja entrever la importancia de los lazos fraternales; pese a las dificultades, laborales, económicas y residenciales, que retrasan la edad del establecimiento familiar y limitan el número de miembros de la fratria, parece que existiese la ambición de identificar familia nuclear y fratria.

No obstante, tal que apuntábamos, el proceso de cambio social ligado a la extrema reducción de la fecundidad es actualizado diferencialmente según clase social. A primera vista, sin desagregar grupos de edad, resaltan analogías y diferencias. Con independencia de la clase, el orden de frecuencia en la distribución del número de hijos entre los individuos con prole es el siguiente: la pareja, el hijo único y, a distancia, los tres hijos. Los individuos de clase intermedia

37 El elevado porcentaje de hijos/as que muestran las mujeres de clase media-alta entre 18 y 29 años (32,5%) quedaría muy rebajado, incluso respecto al promedio total (28,8%), de incluir en este grupo a la población estudiantil femenina con estudios secundarios no profesionales –en potencia futuros titulados universitarios– y universitarios, una población con una frecuencia de hijos/as por debajo del promedio total (Tabla 1.8).

38 Dificultad que es de sexo mas también de clase toda vez que el porcentaje de hogares de clase obrera con ambos cónyuges incorporados al mercado laboral en condiciones estables y bien remuneradas es inferior al del resto de clases.

39 Entre las mujeres andaluzas con descendencia la proporción de las que con 40 años tienen dos hijos aumentó del 19,8% al 45% entre 1976 y el año 2000; entre las de 45 años, del 18,4% al 38,1%. El de mujeres de 40 años con un solo hijo aumentó menos –del 10,6% al 12,6% de 2000–; ahora bien este aumento parece más obra del retraso en la maternidad que de la consolidación entre las mujeres y parejas andaluzas de la familia con hijo único, como evidencia que el porcentaje de mujeres de 45 años en esta situación ha disminuido ligeramente en este período (del 10,8% al 8,9%). Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Fecundidad y formación de familias en Andalucía, Sevilla, 2003.

40 La evolución del indicador coyuntural de fecundidad según el rango (orden) biológico de nacimiento muestra que ha sido de tercerogénitos en adelante donde se ha fijado la bajada más espectacular de la fecundidad. La evolución entre 1981 y 2004 del indicador coyuntural de fecundidad según rango biológico ofrece los siguientes resultados: primer hijo/a (89,0% y 74,5%), segundo (75,6% y 52,7%), tercero (45,2% y 12,7%), cuarto (89,0% y 16,4%); y tercero o más (89,0% y 16,5%). Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Un siglo de demografía en Andalucía, Sevilla, 2006.

41 Engelen, T., Una transición prolongada: aspectos demográficos de la familia europea, en D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.). La historia de la familia europea. La vida familiar en el siglo XX, vol. 3, Paidós, 2004, pp. 373–414.

con hijos/as tienen menor número que los demás: y son los que más unicogénitos y bi-descendencia muestran. Los de la pequeña burguesía, con un patrón cultural tradicional, presentan cifras inversas: con más frecuencia tienen tres y cuatro hijos, y presentan el porcentaje más bajo de unicogénitos. Los de clase obrera muestran una tendencia bipolar –la suma porcentual de los que tienen dos y tres hijos es la menor de todas las clases (65,1%)–: son, tras la clase intermedia, los que tienen más hijos únicos, los de menos bi-descendencia, pero con los de la pequeña burguesía tienen con más frecuencia cuatro hijos y muestran un porcentaje

elevado de tres; incluso un 2,8% tiene cinco o más; parecen desenvolverse constreñidos, en contradicción, entre condicionantes económicos que dificultan la paternidad/maternidad –de ahí la importancia de la unicogenitura– y expectativas culturales proclives a la prole extensa. Los de la clase media-alta presentan la situación más ecléctica: lejos de posiciones extremas, tras los de la pequeña burguesía son los que optan menos por el hijo único; también, por detrás de los de clase intermedia, son los que en menor proporción tienen cuatro; se antoja un comportamiento menos encorsetado que el del resto de grupos sociales.

Tabla 1.7. Distribución de los individuos según clase social, número de hijos/as y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Sin hijos					
18-29	79,3%	72,9%	87,8%	75,8%	79,6%
30-44	22,8%	15,1%	25,3%	24,0%	23,1%
45-64	8,5%	..	..	5,3%	7,1%
65+	..	..	..	..	..
Total	35,4%	19,3%	36,2%	27,8%	31,9%
Algún hijo					
18-29	20,7%	..	12,2%	24,2%	20,4%
30-44	77,2%	84,9%	74,7%	76,0%	76,9%
45-64	91,5%	93,9%	91,7%	94,7%	92,9%
65+	..	..	..	..	89,0%
Total	64,6%	80,7%	63,8%	72,2%	68,1%
1 hijo/a1					
18-29	72,7%	..	75,9%	74,8%	74,6%
30-44	29,4%	25,9%	32,9%	26,9%	28,9%
45-64	8,4%	..	12,7%	10,2%	9,7%
65+	..	..	..	..	..
Total	25,3%	20,1%	27,2%	22,7%	24,2%
2 hijos/as1					
18-29	24,2%	..	..	..	22,5%
30-44	51,8%	57,4%	56,0%	57,7%	55,0%
45-64	45,8%	42,1%	58,9%	49,6%	48,8%
65+	..	..	..	..	..
Total	46,9%	48,7%	55,2%	51,8%	50,1%

CONTINÚA →

Tabla 1.7. Distribución de los individuos según clase social, número de hijos/as y grupos de edad
(porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
3 hijos/as1					
18-29	..	..	..	..	..
30-44	14,4%	14,5%	9,4%	12,8%	13,0%
45-64	27,0%	28,7%	20,6%	29,3%	27,0%
65+	..	..	..	..	..
Total	18,2%	19,9%	13,4%	19,2%	17,9%
4 hijos/as1					
18-29	..	..	..	..	..
30-44	3,3%	..	..	..	2,5%
45-64	13,2%	18,0%	..	8,3%	10,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	6,9%	9,7%	3,6%	4,8%	5,9%
5+ hijos/as1					
18-29	..	..	..	..	..
30-44	..	..	..	..	..
45-64	5,6%	..	..	..	3,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	2,8%	..	..	..	1,9%

FUENTE: Tabla 5 Anexo

Nota: Porcentajes calculados respecto "Algún hijo/a"; el resto respecto la población total.

El análisis por grupos de edad consolida la descripción. La clase intermedia realiza la interpretación más radical de ese nuevo modelo familiar caracterizado por el retraso y/o la reducción de la fecundidad: entre los 30 y 44 años los individuos de esta clase cuando son padres/madres tienen los más bajos porcentajes de tres o más hijos/as (11,1%) y de los más altos de bi-descendencia; un tercio de ellos, la proporción más elevada de todas las clases, opta por la unicogenitura (32,9%). Los individuos de clase media-alta muestran también un comportamiento moderno: con una notable reducción del tamaño de la fratria numerosa (15,4% con más de dos hijos/as), el porcentaje más elevado de parejas con dos miembros y una proporción –cercana a los de la clase intermedia– inferior al promedio de unicogenitura. Los de la pequeña burguesía reflejan la situación contraria: los nacidos de 1961 a 1975 con descendencia son los que en mayor medida evitan el hijo/a único (25,9%) y conforman fratrias numerosas, integradas por tres o más hijos/as (16,7%); no obstante, las diferencias que muestran respecto a los individuos de su misma clase que nacieron entre 1939-1960 en los dos y tres hijos evidencia que también en este grupo los efectos de la segunda transición demográfica se han dejado notar. Los individuos de clase obrera entre los 30 y 44 años tienen el promedio más bajo de dos hijos/as

(51,8%); es decir, son los individuos de este grupo a los que parece costar más actualizar el ideal de familia nuclear identificada con la pareja; por otra parte, son también quienes, cuando pueden, más lo trascienden, conformando las proles más numerosas: un 18,8% de estos individuos de entre 30 y 44 años tienen tres o más hijos/as, casi tres puntos por encima del promedio total (16,1%).

A través de la caracterización del grupo de edad de los nacidos entre 1941 y 1960 (Tabla 1.7), se puede anticipar la situación que sobrevendrá a estos individuos en las próximas décadas, cuando un porcentaje paulatino de ellos empiece a sufrir situaciones de dependencia, cuando achaques, enfermedades y discapacidades se presenten. Lo más frecuente entre estos individuos son la pareja (48,8%) y la tríada (27%), conjuntamente llegan al 75,8%. La unicogenitura es minoritaria (9,7%) y es superada por las familias de cuatro y cinco hijos que alcanzan, conjuntamente, el 14,5%. La clase intermedia, seguida de la media-alta, muestran los porcentajes superiores de bi-descendencia e hijos/as únicos. Las familias con tres hijos/as se dan más entre la clase media-alta, la pequeña burguesía y la clase obrera. La pequeña burguesía y la clase obrera presentan en mayor proporción las proles más numerosas, con más de tres hijos/as (el 20,0% y 18,8% respectivamente); la clase

intermedia (7,8%) y media-alta (10,9%) manifiestan porcentajes mucho menores. En síntesis, entre los 45 y 64 años los individuos por clases sociales que tienen hijos/as –ya vimos que tras los 44 la mayoría los tienen– muestran situaciones diversas: los de la pequeña burguesía y la clase obrera con fratrías numerosas, donde las familias con tres, cuatro y, en menor medida, cinco hijos son frecuentes o no raras; los individuos con hijos/as de la clase media-alta son los que en mayor proporción tienen fratrías medias de tres hijos/as –casi un tercio–, si bien el porcentaje de familias con cuatro o cinco hijos/as es pequeño y/o excepcional; los que con mucha diferencia tienen menos hijos en las últimas etapas de la vida son los individuos de clase intermedia, solo dos de cada diez tienen tres vástagos, raramente tienen más, aunque son los que más tienen dos hijos (58,9%).

A partir de los 64 años los individuos presentan una situación análoga a los del grupo de edad anterior (Tabla 5.2

del Anexo). La bi-descendencia (41,9%) y, a distancia, los tres hijos/as (21,4%) constituyen el tamaño preferido de la fratria; en conjunto llegan al 63,3%, un porcentaje inferior al del grupo de edad anterior. La unicogenitura es minoritaria (8,8%) y las familias de cuatro y cinco hijos, en el rasgo más diferente respecto a la cohorte de edad anterior, llegan a la estimable cifra del 18%. En otras palabras, los individuos nacidos antes de 1941, entre quienes se sitúan parte de los mayores dependientes en la actualidad, comparten a grandes rasgos un modelo de descendencia semejante a los que se encuentran entre los 45 y los 64 años; si bien muestran una tendencia a tener una descendencia más numerosa. En términos de clases sociales (Tabla 5.2 del Anexo) las diferencias son análogas a las descritas para los nacidos entre 1941 y 1960.

Tabla 1.8. Distribución de individuos con hijos/as según nivel educativo, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Hombre							
18 – 29	..	..	12,4%	16,5%	..	..	9,7%
30 – 44	..	44,4%	75,6%	78,9%	62,0%	67,1%	67,4%
45–64	96,5%	83,2%	92,1%	96,7%	90,7%	93,2%	90,4%
65+	100,0%	87,5%	88,3%	..	89,6%	84,3%	88,8%
Total	68,0%	61,8%	64,8%	64,5%	51,3%	64,0%	62,9%
Mujer							
18 – 29	..	12,4%	24,0%	29,2%	17,3%	..	18,4%
30 – 44	..	65,2%	85,6%	87,1%	82,0%	70,6%	79,0%
45–64	99,0%	88,4%	94,2%	89,9%	93,2%	92,2%	91,9%
65+	98,2%	87,2%	84,0%	..	80,1%	70,9%	87,2%
Total	81,6%	75,6%	72,5%	69,5%	60,9%	60,9%	70,6%
Ambos sexos							
18 – 29	..	7,8%	18,0%	22,9%	13,1%	7,8%	13,9%
30 – 44	..	53,3%	80,7%	82,8%	72,7%	68,9%	73,1%
45–64	97,9%	86,0%	93,1%	93,7%	92,0%	92,7%	91,2%
65+	98,9%	87,3%	86,0%	89,9%	84,6%	78,6%	87,9%
Total	75,8%	69,0%	68,7%	66,9%	56,4%	62,4%	66,8%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tiene algún pariente del tipo indicado

Los nietos/as acompañan menos tiempo que los parientes anteriores, cónyuges e hijos/as, a los individuos en el ciclo vital. Sin embargo, por varios motivos, son parientes a tener en cuenta en las relaciones de cuidados a personas mayores dependientes: de producirse, el acompañamiento de estos parientes se concentra en las etapas finales del curso de vida, pues empiezan a aparecer entre los 45 y 64 años para generalizarse en adelante; son parientes habituales entre los mayores, el 81,6% de la población andaluza de más de 64 años edad declara tenerlos (Tabla 1.10); además, un 12% de ellos declara prestar ayuda a sus abuelos/as (Tabla 28 del Anexo). La coincidencia en el tiempo, entre los 55 y los 65 años, de dos fenómenos de distinta índole, la retirada del mercado laboral de buena parte de la población –la jubilación– y la llegada de nietos/as a la constelación de parientes, dota a la figura de los abuelos/as de un enorme ascendiente, simbólico y funcional, sobre hijos/as y nietos/as; sobre todo

después de los 64 años, cuando la mayoría de los individuos los tienen (81,6%). La existencia generalizada de nietos/as en las etapas finales del ciclo vital, en las que las personas empiezan, coyuntural o estructuralmente, a requerir más cuidados, indica que potencialmente la mayor parte de los individuos puede recurrir a ellos. Empero, la coexistencia entre abuelos/as y nietos/as, en especial cuando los primeros están en la sexta y séptima década de la vida, facilita también la conversión de los abuelos/as en parientes cuidadores de los hijos/as de sus hijos/as, de los nietos/as; la debilidad de los servicios públicos que el estado ofrece a las familias con menores dependientes en un momento histórico de la evolución del mercado de trabajo andaluz como el de las últimas décadas, cuando las mujeres de forma cada vez más extendida se están incorporando al mismo, facilita/obliga a la prestación de cuidados y ayudas por parte de los individuos mayores a hijos/as y nietos/as.

Tabla 1.9. Distribución de individuos con nietos/as según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18–44	..	..	..	..	..
45–64	22,7%	33,0%	20,7%	23,0%	23,5%
65+	..	..	..	..	..
Total	6,5%	17,0%	6,9%	8,1%	7,9%
Mujer					
18–44	..	..	..	..	..
45–64	32,4%	34,0%	..	17,8%	24,3%
65+	..	..	..	..	..
Total	9,6%	15,5%	..	6,3%	7,8%
Ambos sexos					
18–44	..	..	..	..	..
45–64	27,1%	33,5%	17,2%	20,6%	23,8%
65+	..	..	..	..	66,7%
Total	7,9%	16,3%	5,0%	7,2%	7,8%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Los individuos de clase obrera y de la pequeña burguesía los tienen con mayor frecuencia (Tabla 1.9). Las mujeres de estas clases son las que en mayor proporción y con más antelación los tienen: entre los 45 y los 65 años un tercio de ellas; los hombres de la pequeña burguesía los tienen en proporción semejante. El resto, los hombres y mujeres de la clase intermedia y media-alta, y los varones de la obrera, los tienen en menor frecuencia y más tarde. La desagregación por nivel educativo de los individuos de 65 y más años (Tabla 1.10) deja entrever que en las categorías educativas más representativas en la clase media-alta e intermedia –estudios secundarios no profesionales y universitarios– la proporción de quienes tienen estos parientes es bastante menor; diferencia acentuada espectacularmente entre los 45 y 64 años. Por ende, se colige un cierto patrón de clase y sexo en el ciclo vital individual en relación a la maternidad entre la clase obrera y la pequeña burguesía: las abuelas de estas

clases, como sus hijas, anticipan en el tiempo la maternidad, ocasionando ciclos reproductivos más cortos que los del resto de clases. El caso de los abuelos de la pequeña burguesía es similar. Este comportamiento reproductivo, más acelerado, les permite compartir más años de la vida con nietos/as. En términos de cuidados y dependencia, hipotéticamente, se podría dar una situación ambivalente: la escasez relativa de nietos antes de los 65 años entre los individuos de la clase intermedia y media-alta aligeraría, estadísticamente, la posibilidad de actuar como “abuelos–cuidadores”, también claro está la de recurrir a nietos/as para solicitar la prestación de ayudas. Circunstancias más probables y acuciantes para las abuelas/os y los nietos/as de clase obrera y la pequeña burguesía, cuyos individuos disponen de menos recursos para solventar a través del mercado las necesidades de cuidados a dependientes, sean mayores o menores.

Tabla 1.10. Distribución de individuos con nietos/as según nivel educativo, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Hombre							
18–44	..	..	..	..	..	..	..
45–64	91,1%	45,9%	28,9%	..	22,2%	13,7%	31,2%
65+	100,0%	81,2%	75,0%	..	75,6%	66,7%	80,7%
Total	63,7%	40,3%	16,1%	4,9%	11,3%	8,9%	21,5%
Mujer							
18–44	..	..	..	..	..	..	1,2%
45–64	96,5%	55,7%	33,9%	..	..	16,2%	38,3%
65+	99,6%	82,9%	75,2%	..	72,8%	59,7%	82,3%
Total	81,2%	54,7%	18,7%	5,0%	9,5%	7,3%	28,0%
Ambos sexos							
18–44	..	..	..	..	..	..	0,7%
45–64	94,2%	51,3%	31,4%	15,2%	18,6%	14,9%	34,8%
65+	99,7%	82,2%	75,1%	79,2%	74,1%	63,7%	81,6%
Total	73,7%	47,9%	17,4%	4,9%	10,4%	8,1%	24,8%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Los abuelos/as son los parientes ascendientes de la red básica familiar que normalmente antes desaparecen. Como los nietos/as, acompañan menos tiempo que otros parientes inmediatos en la vida. Los abuelos y sobre todo las abuelas, que desaparecen después, acompañan a los individuos en la infancia, juventud y primera madurez, hasta la cuarta década de la existencia, después, muy pocos los conservan. Pese a todo, por los motivos esgrimidos, ocupan un lugar importante en las relaciones de cuidados y dependencia. Con madres, cónyuges, suegros y padres, son los parientes a los que los andaluces declaran prestar más ayudas. Aunque entre los 30 y 44 años un porcentaje no desdeñable de individuos declara tenerlos (Tablas 1.11 y Tabla 4 de Anexo), son los nacidos entre 1976 y 1987 quienes los tienen con bastante frecuencia –dos de cada tres– y, por ende, tienen más probabilidades de relacionarse con ellos. Por supuesto, la población menor de 18 años, fuera del universo de la encuesta de redes familiares, los tienen mayoritariamente. Ahora bien, si en la primera y parte de la segunda década de la vida, los individuos pueden recibir cuidados, atenciones y ayudas de los

abuelos/as–cuidadores, entre los 18 y 29 y sobre todo a partir de los 30 años la situación tiende a invertirse. Los nietos/as desempeñarán entonces, a priori, antes una función activa que pasiva en las relaciones de dependencia; al menos en el caso de individuos con escasa dotación de recursos materiales, económicos o educativos. Por clases sociales se aprecian diferencias: los individuos de la clase obrera e intermedia, por encima del promedio general, los tienen en mayor proporción; de hecho, como describiremos, estas dos clases sociales cuidan a sus abuelos por encima de la media (Tabla 28.1 del Anexo). Si consideramos a los individuos de entre 18 y 29 años se destaca la especificidad de la clase obrera, cuyos miembros los tienen en porcentaje superior al resto de clases sociales que se sitúan debajo de la media general (65,3%). En otras palabras, son los nietos/as de la clase obrera quienes con mayor frecuencia se pueden encontrar en situación de cuidadores de los abuelos/as, con el agravante de que unos y otros gozan de rentas medias o bajas, y en general de peores condiciones de vida que los de las otras clases sociales.

Tabla 1.11. Distribución de individuos con abuelos/as según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18 – 29	68,3%	..	65,9%	65,8%	66,7%
30 – 44	18,5%	..	16,9%	13,0%	16,7%
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	29,2%	18,1%	22,7%	19,6%	24,3%
Mujer					
18 – 29	66,4%	..	62,6%	59,8%	63,7%
30 – 44	15,4%	..	23,6%	21,3%	19,3%
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	25,0%	17,0%	28,8%	21,5%	24,0%
Ambos sexos					
18 – 29	67,6%	56,9%	64,0%	63,1%	65,3%
30 – 44	17,1%	21,0%	20,6%	17,1%	18,0%
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	27,3%	17,6%	25,9%	20,5%	24,2%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Después de abuelos y abuelas los parientes consanguíneos que antes desaparecen son padres y madres. Estos parientes, frecuentes en las redes familiares, concentran su presencia en determinadas etapas del ciclo vital individual; el envejecimiento de la población otorga cada vez más peso a la presencia de las personas mayores –de la tercera y cuarta edad– en los hogares⁴² y en la vida de los andaluces. Y más cuando, como abordaremos, en Andalucía como en España u otros países del sur de Europa (Grecia e Italia)⁴³, padres y madres mayores, y abuelos y abuelas, al perder autonomía suelen encontrar en sus parientes directos cuidados y ayudas. El acompañamiento de padres y madres a lo largo del ciclo vital traza un recorrido inverso al de hijos e hijas. La alta esperanza media de vida de la población andaluza explica que en el primer grupo de edad examinado (individuos ocupados de 18–29 años) apenas nadie carezca de madre y pocos de padre (Tablas 1.12 y 1.13). Con independencia de la clase, los padres empiezan a desaparecer antes que las madres; la mayor parte de las personas tras los 45 años pierden a sus progenitores masculinos: entre 45 y 64 años sólo el 19,7% los mantienen. Las madres, aunque empiezan a desaparecer en esa etapa, acompañan durante más tiempo a los hijos/as. A partir de los 65 años una minoría conserva a las madres (1,5%), la mayoría carece ya de unos y otras.

Las madres son los parientes a los que los entrevistados, sin distinción de sexo, declaran prestar ayuda en primer lugar

(Tabla 28.1 del Anexo). Desde este punto de vista el peso de este tipo pariente en la red familiar adquiere relevancia. Cuando los individuos tienen entre 30 y 44 años, acceden de forma generalizada a la paternidad/maternidad, y conservan en su mayoría a las madres –que en general todavía no han penetrado en la cuarta edad y presentan una baja tasa de actividad–, contar con este tipo de parientes se antoja antes un recurso que una rémora en términos de relaciones de cuidados y dependencia. En la actualidad, por las razones indicadas, los padres y sobre todo las madres mayores de los individuos con hijos/as ejercen –como abuelos/as– un destacado papel en apoyo de las familias de sus vástagos –en especial, de los nietos/as⁴⁴; pues bien, en esa etapa vital son los individuos de la clase obrera y, en mayor medida, los de la pequeña burguesía –que, además, en ese grupo de edad cuenta con mayor porcentaje de hijos/as– los que en menor medida cuentan con ellas. Por ende, para los individuos de estas clases sociales ese período de la vida que transcurre entre los 30 y los 44 años se encuentra constreñido por las demandas de los menores dependientes; en especial en el caso de las mujeres, más implicadas en el cuidado de parientes dependientes, y sobremanera en el caso de las mujeres y familias de clase obrera, menos dotadas de recursos económicos.

42 Sánchez Vera, P. 1996, "Tercera y cuarta edad en España desde la perspectiva de los hogares", REIS, 73, pp. 57–79.

43 Segalen, M. 2004, "Vínculos de parentesco en las familias europeas", en D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *La historia de la familia europea. La vida familiar en el siglo XX*, vol. 3, Paidós, pp. 489.

44 Bazo, M. T. 2002, *Dar y recibir: análisis comparativo de las prácticas de intercambio entre generaciones, preferencias y valores en las familias españolas*. Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado, 45, p. 57.

Tabla 1.12. Distribución de individuos con madre según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18 – 29	95,6%	100,0%	96,2%	98,3%	96,6%
30 – 44	85,0%	85,9%	91,8%	87,3%	86,9%
45–64	48,7%	39,5%	48,3%	58,2%	51,1%
65+	..	..	..	..	..
Total	78,1%	66,7%	78,8%	79,5%	77,8%
Mujer					
18 – 29	96,2%	100,0%	99,1%	95,1%	96,8%
30 – 44	84,2%	78,4%	88,1%	87,9%	85,8%
45–64	45,2%	52,6%	59,1%	47,3%	48,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	76,4%	70,2%	84,2%	75,7%	77,2%
Ambos sexos					
18 – 29	95,9%	100,0%	97,9%	96,9%	96,7%
30 – 44	84,6%	82,1%	89,8%	87,6%	86,4%
45–64	47,1%	45,6%	53,3%	53,2%	50,1%
65+	..	..	..	..	..
Total	77,3%	68,4%	81,6%	77,7%	77,5%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Al superar el mediodía de la vida el papel y la presencia de las madres varía. Entonces la mitad de los individuos de 45 a 64 años –nacidos entre 1941 y 1960– del conjunto de las clases sociales, las conservan (Tabla 1.12); en esa etapa de la vida de los egos la edad de las madres oscila entre los 68 y los 87 años, cuando las necesidades de ayuda y situaciones de dependencia crecen. Las diferencias, por posición social, vuelven a surgir: los individuos de la pequeña burguesía presentan los menores valores; les siguen los de la clase obrera, también por debajo del promedio y alejados de los de la clase media–alta e intermedia, quienes presentan frecuencias más altas. Los individuos de la clase intermedia y media–alta superan en seis puntos a los de la clase obrera y en ocho a los de la pequeña burguesía. Ahora bien, si consideramos que las mujeres desarrollan las tareas fundamentales de cuidados a dependientes mayores, parece imprescindible abordar la presencia de este pariente en su ciclo vital. En este sentido los datos totales quedan matizados. Entre las mujeres de 45 a 64 años son las de clase obrera las que en menor proporción tienen madres: más de tres puntos porcentuales por debajo del promedio general, y siete y catorce puntos por debajo del promedio de las mujeres de la pequeña burguesía y la clase intermedia respectivamente; las mujeres de la pequeña burguesía y, en especial, de clase intermedia superan el promedio general.

Otro de los parientes que los entrevistados dicen atender con más frecuencia son los padres. En términos de ciclo vital las diferencias según la posición social de los individuos son menores que en el caso de las madres (Tabla 1.13). En el primer grupo de edad, entre los 18 y los 29 años, los únicos que destacan son los individuos de la pequeña burguesía: con más de cinco puntos por debajo del promedio. Entre los 30 y 44 años, los individuos de la pequeña burguesía y clase media–alta muestran un porcentaje superior de padres. Entre los 45 y los 64 años las diferencias por clases se atenúan; tan solo los individuos de la clase media–alta presenta mayores porcentajes; un comportamiento diferencial por clases sociales de la mortalidad podría ser un factor determinante a considerar. Teniendo en cuenta que son los individuos de esta clase los que a priori disponen de superior nivel de renta y, por tanto, de acudir al mercado para contratar servicios para atender las necesidades de cuidados de sus progenitores, y teniendo en cuenta también que son los padres/madres de estos individuos los que de mayor recursos patrimoniales y de renta disponen –y, por ende, de más posibilidades de apoyar económicamente a parientes descendentes (hijos/as y nietos/as)–, no parece que esa diferencia, a favor, en la presencia de este tipo de parientes mayores suponga lastre alguno.

Tabla 1.13. Distribución de individuos con padre según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18 – 29	88,9%	85,7%	92,8%	90,7%	89,8%
30 – 44	64,0%	62,0%	62,1%	66,6%	64,4%
45–64	24,4%	..	27,4%	26,1%	24,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	60,8%	46,7%	57,9%	57,7%	58,3%
Mujer					
18 – 29	88,2%	..	86,1%	88,8%	87,5%
30 – 44	65,1%	78,0%	66,5%	72,3%	68,8%
45–64	21,0%	..	23,0%	29,0%	24,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	58,9%	57,4%	61,4%	61,1%	60,0%
Ambos sexos					
18 – 29	88,6%	83,4%	88,9%	89,9%	88,8%
30 – 44	64,5%	70,1%	64,5%	69,5%	66,6%
45–64	22,8%	22,4%	25,3%	27,4%	24,8%
65+	..	..	..	..	..
Total	60,0%	51,7%	59,8%	59,3%	59,1%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

Según el sexo y la clase social, una vez más, se aprecian cuestiones de interés (Tabla 1.13). Entre las mujeres de 30–44 y 45–64 años, protagonistas principales de los cuidados a mayores dependientes, destacan dos circunstancias: la experimentada por las mujeres de clase obrera, con menos padres a los que cuidar y también de los que recibir ayuda; la de las mujeres de clase media–alta y de la pequeña burguesía –éstas con más padres entre 30 y 44 años– con un porcentaje de padres, potenciales receptores y dadores de cuidados, más elevado. Entre los hombres las diferencias según clase social se atenúan. La especificidad de los de la pequeña burguesía, con una proporción alta de individuos sin padres, podría obedecer, tal que apuntábamos, a una incorporación precoz de los hombres sin padres como autónomos a la actividad laboral: de ahí el bajo porcentaje relativo de frecuencia de padres entre los 18 y 29 años.

Empero en las redes familiares las relaciones de cuidados a personas mayores dependientes no se canalizan exclusivamente a través de los vínculos de consanguinidad. La prestación de ayuda de los yernos/nueras a los suegros/as, parientes afines, figura asimismo en posición destacada en las declaraciones de los entrevistados. Suegros/as y yernos/nueras, principales representantes –junto con los cuñados/as– del parentesco político emanado del

emparejamiento, acompañan el curso vital de los individuos desde el momento en que se produce la unión conyugal propia o de los hermanos/as y los hijos/as. Como en el caso de los cónyuges, a partir de la tercera década de la vida los suegros/as aparecen, generalizándose su presencia entre los 30 y 44 años; después, al igual que padres y madres, van desapareciendo. La presencia total y relativa de los suegros/as en la red familiar deviene de dos tipos de líneas de parentesco: el conyugal y el filial. De ahí que su presencia estadística comparta, de forma combinada, las características de cónyuges y madres/padres. Tal que sucedía con los cónyuges, en los dos primeros grupos de edad, sobre todo entre los 18 y 29 años, son los individuos de la pequeña burguesía y la clase media–alta los que más suegros/as tienen: ocho puntos por encima del resto. A partir de los 45 años, como sucedía sobre todo con las madres, los individuos de la clase obrera y la pequeña burguesía conservan en términos relativos bastante menos parientes políticos de este tipo; quienes más los conservan son los de la clase media–alta. En términos de sexo destaca el elevado porcentaje de suegros/as de hombres y mujeres de la pequeña burguesía en los dos primeros grupos de edad; y la escasa presencia entre los hombres más jóvenes de la clase obrera.

Tabla 1.14. Distribución de individuos con suegros/as según clase social, sexo y grupos de edad
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Hombre					
18 – 29	22,5%	..	26,7%	28,9%	24,9%
30 – 44	71,5%	81,0%	78,8%	77,1%	75,3%
45–64	53,6%	54,5%	66,8%	67,9%	60,8%
65+	..	..	..	..	..
Total	50,9%	59,4%	63,3%	64,4%	57,7%
Mujer					
18 – 29	43,0%	..	33,9%	50,6%	43,4%
30 – 44	77,3%	89,5%	76,4%	80,4%	79,1%
45–64	41,2%	37,0%	38,9%	51,1%	43,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	57,8%	64,5%	56,0%	65,1%	60,3%
Ambos sexos					
18 – 29	30,9%	38,9%	30,8%	38,7%	33,2%
30 – 44	74,2%	85,3%	77,5%	78,8%	77,2%
45–64	48,0%	46,4%	53,8%	60,1%	53,0%
65+	..	..	..	..	..
Total	54,0%	61,8%	59,4%	64,7%	59,0%

FUENTE: Tabla 4 Anexo

Nota: Porcentaje de personas que tienen algún pariente del tipo indicado

1.3. El número de parientes

En este epígrafe no se pretende describir de forma exhaustiva el tamaño de las redes familiares de los andaluces ni contabilizar el número de los distintos tipos de parientes; ambas cuestiones son abordadas en monografías específicas⁴⁵. En coherencia con el planteamiento metodológico de este estudio se procura cuantificar el peso individual y grupal de aquellos parientes mayores que tienen más probabilidades de acusar situaciones de dependencia.

Antes, sin embargo, nos detendremos en una breve descripción general del número de parientes de los andaluces (Tabla 10 de Anexo). Los parientes más cercanos, los del

ámbito de la red familiar básica (padres/madres, cónyuges, hijos/as, hermanos/as, abuelos/as y nietos/as), son los que se presentan en menor abundancia. De todos ellos los hermanos/as son los más habituales; la media individual para el conjunto de la población no llega al trío (2,7 hermanos/as). El número de hijos/as no llega al par (1,7), situándose éstos, dentro del núcleo familiar, en segundo orden de importancia numérica. Madres y padres, con un promedio de uno, son los terceros parientes inmediatos en orden de representatividad cuantitativa. El número de cónyuges es el más bajo (0,6), como es obvio, dado que es el único tipo de pariente inmediato elegido y no resultado del vínculo consanguíneo. Otros parientes cercanos, casos de abuelos/as y nietos/as, presentan desigual representación numérica: mientras que los últimos alcanza de promedio la unidad, los primeros son los más escasos de todos los cercanos (0,3). El número de parientes por afinidad (nueras/yernos y suegros/os) es menor: el promedio de nueras y yernos (0,6) es inferior al de hijos/as, pues no todos ellos están casados; suegros y suegros comparten con aquéllos promedio (0,6).

45 Instituto Estadístico de Andalucía: Consejería de Economía y Hacienda. Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares 2006, pp. 25–26; Barbadillo, P. 2008; (coordina), Las características territoriales en la composición y funcionamiento de las redes familiares en Andalucía, Instituto de Estadística de Andalucía, y Luken, V. de M.2008, Estructuras de las redes familiares en Andalucía y endogamia territorial, Instituto de Estadística de Andalucía.

Al considerar el promedio de parientes cercanos según grupos de edad podemos entrever algunas circunstancias del ciclo vital de los andaluces. Abuelos y abuelas son los primeros parientes inmediatos en desaparecer: si hasta los 29 años los individuos conservan al menos a uno de ellos, tras los 30 años pocos los tienen. Después de los abuelos/as, son las madres y los padres los siguientes parientes inmediatos en desaparecer, si bien lo hacen más tardía y dilatadamente; la mayoría de los individuos jóvenes, entre los 18 y 29 años, conservan a sus dos progenitores, circunstancia que cambia a partir de los 45 años

cuando apenas se conserva uno de ellos y, finalmente, se invierte a partir de los 65 años cuando es raro tenerlos. Respecto a los parientes cercanos que se incorporan, los que garantizan social y/o biológicamente la continuidad de la familia, se distinguen dos ritmos: de un lado, el de la hermandad que impone un paralelismo vital a la existencia de sus miembros; y, de otro, el de las parejas y los hijos/as, devenidos ambos del establecimiento conyugal, que aparecen casi simultáneamente a partir de la tercera década de la vida.

Tabla 1.15. Número medio de parientes según clase social y tipo de pariente de los individuos
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Algún hijo	0,72	0,87	0,64	0,76	0,73
Alguna hija	0,68	0,94	0,61	0,76	0,71
Hijos/as	1,4	1,81	1,25	1,52	1,44
Hermanos/as	3,1	3,14	2,71	2,77	2,93
Algún padre	0,6	0,52	0,6	0,59	0,59
Alguna madre	0,77	0,68	0,82	0,78	0,77
Algún Padre/Madre	1,37	1,2	1,41	1,37	1,37
Cónyuge/pareja	0,68	0,86	0,73	0,79	0,74
Abuelo	0,15	0,1	0,12	0,1	0,12
Abuela	0,33	0,2	0,3	0,24	0,28
Abuelos/as	0,47	0,3	0,42	0,34	0,41
Nietos/as	0,2	0,43	0,1	0,15	0,19
Primos/as	14,34	13,46	14,64	14,75	14,46
Tíos/as	6,34	5,32	6,23	5,83	6,08
Yernos/nueras	0,21	0,43	0,14	0,19	0,21
Cuñados/as	4,41	5,06	3,85	4,24	4,31
Suegros/as	0,86	0,99	0,95	1,04	0,94
Sobrinos/as	8,9	10,76	6,69	7,92	8,34
Total Parientes	42,3	43,76	39,12	40,92	41,42
Número medio de agrupaciones de parientes según clase social de los individuos					
Nº medio parientes de la RFB ^a	7,22	7,74	6,62	6,94	7,08
Nº medio Parientes de la RFA ^{b*}	12,5	13,79	11,46	12,26	12,35
Nº medio parientes cuidados ^c	3,38	3,35	3,51	3,54	3,46

FUENTE: Tabla 10 Anexo

^aRed Familiar Básica: hijos/as+padres/madres+abuelos/as+nietos/as+hermano/as+cónyuges.

^bRed Familiar (parcial) Ampliada: RFB+(yernos/nueras+suegros/as).

^cParientes cuidados frecuentemente: padres/madres+cónyuges+abuelos/as+suegros/as.

Empero cuantifiquemos el número medio de parientes de los andaluces por clases sociales. Sumando los promedios de los principales parientes que integran la red familiar básica y la red familiar ampliada de los individuos resultan 41,4 personas (Tabla 1.15). No apreciándose grandes diferencias por clase social; no obstante, teniendo en cuenta que los promedios tienden a neutralizar diferencias, hemos tenido por significativas en este epígrafe las especificidades relativas. Así, a primera vista, resultan dos situaciones: la de los individuos de la clase obrera y la pequeña burguesía, con una media de parientes por encima del promedio general y las de la clase intermedia y la clase media-alta en circunstancias inversas; los individuos de la los de la pequeña burguesía (43,7 parientes) y de la clase intermedia (39,1 parientes) presentan respectivamente las parentelas más y menos numerosas, empero los de la clase obrera se acercan mucho a los primeros mientras los de la clase media-alta a los segundos. Si tenemos en cuenta los promedios de los entrevistados desagregados por categorías de nivel educativo (Tabla 10 del Anexo), donde las diferencias entre las medias numéricas son más significativas, se consolidan nuestras apreciaciones: los promedios de parientes más bajos se dan entre los individuos clasificados con estudios universitarios (36,6) y estudios secundarios no profesionales (35,8), categorías relativas de mucho peso en la composición interna según nivel educativo de la clase intermedia y media-alta; mientras que los ubicados en las categorías educativas con más peso entre la pequeña burguesía y la clase obrera, sin terminar estudios básicos y con estudios básicos, presentan parentelas de tamaño medio superior: de 38,8 y 39,7 personas respectivamente.

La sumatoria del promedio de los parientes que integran la red familiar básica (padres/madres, hijos/as, abuelos/as, nietos/as, hermanos y cónyuges) da siete parientes por individuo (Tabla 1.15). Las diferencias anteriores por clases sociales se reproducen con exactitud: el promedio de parientes más numeroso es el de la pequeña burguesía y clase obrera, por encima de la media general, mientras que clase media-alta y sobre todo intermedia se sitúan por debajo. Si al promedio de la red familiar básica añadimos los promedios de algunos parientes (yernos/nueras y suegros/as) pertenecientes a la red familiar ampliada que desempeñan un papel destacado en las relaciones de cuidados y dependencia se reproducen las posiciones; el promedio de parientes por individuo asciende entonces a 12,3, mas las diferencias por clases sociales no varían –por encima de la media, la clase obrera y la pequeña burguesía, por debajo, la clase media-alta e intermedia– tan solo se amplían entre los individuos de las clases con más y menos parientes: llegando a un promedio de 2,33 parientes de diferencia entre los individuos de la pequeña burguesía y la intermedia, con menos que ninguna. Las cifras se invierten al promediar, en exclusividad, a los parientes (madres, padres, suegros/as, abuelos/as y cónyuges) que, según la declaración de los egos, reciben más frecuentemente prestaciones de ayuda: 3,4 parientes de media. Los individuos de la clase intermedia y la clase media-alta se sitúan ahora por encima de la media general, estando abajo los de la clase obrera y la pequeña burguesía. Curiosamente, los individuos con parentelas y redes familiares menos densas son los que en mayor número los tienen.

Tabla 1.16. Número medio de parientes cuidados con más frecuencia según clase social, sexo y edad de los individuos (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Número de Padres/Madres					
Hombre					
18 – 29	1,85	1,86	1,89	1,89	1,86
30 – 44	1,49	1,48	1,54	1,54	1,51
45–64	0,73	0,59	0,76	0,84	0,76
65+	..	..	..	..	..
Total	1,39	1,13	1,37	1,37	1,36
Mujer					
18 – 29	1,84	1,8	1,85	1,84	1,84
30 – 44	1,49	1,56	1,55	1,6	1,55
45–64	0,66	0,79	0,82	0,76	0,74
65+	..	..	..	..	..
Total	1,35	1,28	1,46	1,37	1,37

CONTINÚA →

Tabla 1.16. Número medio de parientes cuidados con más frecuencia según clase social, sexo y edad de los individuos (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Ambos sexos					
18 – 29	1,84	1,83	1,87	1,87	1,85
30 – 44	1,49	1,52	1,54	1,57	1,53
45–64	0,7	0,68	0,79	0,81	0,75
65+	..	..	..	..	..
Total	1,37	1,2	1,41	1,37	1,37
Número de Abuelos/Abuelas					
Hombre					
18 – 29	1,33	1,05	1,17	1,2	1,26
30 – 44	0,25	0,33	0,22	0,19	0,23
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	0,52	0,3	0,37	0,33	0,42
Mujer					
18 – 29	1,19	1,38	1,17	1,11	1,17
30 – 44	0,2	0,28	0,3	0,28	0,25
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	0,41	0,31	0,47	0,34	0,39
Ambos sexos					
18 – 29	1,27	1,19	1,17	1,16	1,22
30 – 44	0,23	0,3	0,26	0,24	0,24
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	0,47	0,3	0,42	0,34	0,41
Nº Cónyuges					
Hombre					
18 – 29	0,23	..	0,27	0,29	0,25
30 – 44	0,77	0,86	0,83	0,83	0,81
45–64	0,89	0,95	0,99	0,96	0,94
65+	..	..	..	..	0,92
Total	0,63	0,81	0,75	0,77	0,71
Mujer					
18 – 29	0,45	..	0,35	0,52	0,45
30 – 44	0,86	0,97	0,84	0,86	0,87
45–64	0,84	0,94	0,84	0,91	0,88
65+	..	..	..	..	..
Total	0,75	0,91	0,71	0,81	0,77

CONTINÚA ➔

Tabla 1.16. Número medio de parientes cuidados con más frecuencia según clase social, sexo y edad de los individuos (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Ambos sexos					
18 – 29	0,32	0,41	0,31	0,4	0,34
30 – 44	0,81	0,92	0,84	0,85	0,84
45–64	0,87	0,95	0,92	0,94	0,91
65+	..	..	..	..	0,8
Total	0,68	0,86	0,73	0,79	0,74
Número de Suegros/Suegras					
Hombre					
18 – 29	0,43	..	0,52	0,53	0,47
30 – 44	1,19	1,41	1,33	1,31	1,27
45–64	0,76	0,78	0,94	0,99	0,87
65+	..	..	..	..	..
Total	0,83	0,97	1,02	1,05	0,94
Mujer					
18 – 29	0,75	0,97	0,6	0,95	0,78
30 – 44	1,21	1,49	1,25	1,33	1,28
45–64	0,51	0,45	0,48	0,66	0,55
65+	..	..	..	..	..
Total	0,89	1,02	0,89	1,04	0,95
Ambos sexos					
18 – 29	0,56	0,69	0,56	0,72	0,61
30 – 44	1,2	1,45	1,29	1,32	1,28
45–64	0,65	0,63	0,73	0,84	0,73
65+	..	..	..	..	..
Total	0,86	0,99	0,95	1,04	0,94

FUENTE: Tabla 10 Anexo

Sin duda, desde el punto de vista de la dependencia, la coyuntura más delicada del ciclo vital individual empieza tras los 64 años y sobremedida al final de la vida, cuando el promedio de parientes inmediatos decrece exponencialmente (Tabla 10 del Anexo): a partir de esa edad, a los andaluces no les quedan abuelos/as, apenas padres/madres o suegros, los cónyuges van desapareciendo (a partir de los 65 años el promedio es de 0,5 cónyuges) y cada vez les restan menos hermanos/as (2,35). Al final de su existencia los individuos no sólo tienen menos parientes de la red familiar básica que nunca sino que la mayor parte de ellos son descendientes: hijos/as (2,9 de media) y nietos/as (4,3). Es decir, los individuos que ven desaparecer a los antepasados –abuelos/as y padres/madres– y coetáneos –hermanos/as y cónyuges– inmediatos, contemplan la red familiar básica desde atrás; en esa etapa del ciclo vital, cuando están más solos y, con probabilidad, necesitan más cuidados, han perdido a buena parte de sus parientes más cercanos. Bien es verdad que aquellos que les quedan son parientes de “calidad” simbólica y funcional, vinculados por lazos de conyugalidad y de filiación. No en vano desde la proximidad en la red familiar –hijos/as, nietos/as, cónyuges y nueras/yernos–, e impulsados por el sentido de la obligación y el afecto que se funden en las expectativas de reciprocidad que animan las relaciones de parentesco más estrechas, esos parientes asumen prioritariamente la función de atender sus necesidades y de cuidarlos.

A continuación nos detendremos en los promedios de parientes mayores –quienes suelen protagonizar como agentes pasivos relaciones de dependencia (Tabla 1.16)– que los individuos tienen a lo largo del ciclo vital. El promedio conjunto de padres/madres entre los egos asciende a poco más de una persona (1,37). En cifras totales no se observan grandes diferencias; los de la clase intermedia tienen el promedio más elevado y los de la pequeña burguesía, por debajo de la media general, el más bajo. En el tercer grupo de edad, entre los 45 y 64 años, etapa vital en la que los individuos tienen muchas posibilidades de que los progenitores sufran enfermedades invalidantes y demanden la prestación de ayudas, cuentan con menos de estos parientes (0,75); no obstante, la situación es más heterogénea: los de la clase media-alta e intermedia por encima del promedio, los de la clase obrera y pequeña burguesía por debajo. En el grupo de edad anterior, entre los 30 y 44 años, cuando los egos tienen más de un pariente de este tipo (1,5 padres/madres) y las situaciones de dependencia empiezan a asomar, los promedios por clases son análogos a los del tercer grupo de edad. Por sexos no se aprecian diferencias dignas de mención.

Suegros y suegras, parientes de la red familiar ampliada, ocupan también una posición destacada entre los mayores dependientes que reciben prestaciones de ayuda. El promedio de estos parientes no llega a un individuo (0,94); y apenas hay diferencias por clase, aunque destacan los individuos de la clase obrera como los únicos por debajo de esa cifra. Entre los 45 y 64 años los entrevistados tienen 0,73 suegros/as; entonces se reproduce la situación descrita con padres/madres: mientras que los individuos de la clase obrera y pequeña burguesía no superan la media, los de la clase intermedia y sobre todo la media-alta sí lo hacen. Entre los 30

y 44 años, cuando el número de estos parientes es mayor (1,2 suegros/as), solo los entrevistados de clase obrera están por debajo del promedio de ese grupo de edad. Por sexos los hombres presentan un promedio de estos parientes algo inferior a las mujeres. Quizás lo más remarcable es que las mujeres de entre 45 y 64 años de la clase media-alta son las únicas que superan la media; entre los hombres se reproduce la situación dicotómica general: los de clase obrera y pequeña burguesía abajo de la media, con menos de estos parientes que los de clase intermedia y media-alta, por encima de aquella.

Otros parientes que comúnmente viven situaciones de dependencia son los abuelos y las abuelas. Los entrevistados con ocupación tienen una media de 0,4 abuelos/as, no apreciándose sustanciales diferencias por clases sociales. Entre los 18 y 29 años, cuando el promedio es mayor, los egos conservan más de un abuelo/a (1,2) y –aún no están casados la mayoría– están en disposición de prestar ayuda, los individuos de clase obrera son los que más parientes de este tipo tienen; de hecho, los únicos que superan el promedio. En el siguiente grupo de edad, entre 30 y 44 años, cuando la mortalidad hace estragos (0,2 abuelos/as), emerge el panorama contrario: solo los individuos de clase obrera, probablemente acuciados por el impacto del comportamiento diferencial de la mortalidad sobre abuelos y abuelas según clases sociales, presentan cifras inferiores a la media. Por sexos lo más significativo es que solo los hombres de la clase obrera superan el promedio masculino entre los 18 y 29 años; mientras que las mujeres de la clase obrera y, sobre manera, las de la pequeña burguesía tienen más abuelos/as que el promedio femenino.

Respecto a los cónyuges, otro de los parientes que más prestaciones en ayuda recibe, su número no alcanza la unidad (0,7); los individuos de clase intermedia y obrera son los que menor número de cónyuges tienen, al contrario que los de la pequeña burguesía sobre todo, y los de clase media-alta, que superan la media. Ahora bien, entre los 45 y los 64 años, cuando los individuos tienen más cónyuges –casi llegan a la unidad (0,91%)– y empiezan a menudear las situaciones de dependencia, los únicos por debajo de la media son los de la clase obrera, quienes tienen menor número de ellos –y, por ende, disponen de menos potenciales cuidadores–; en contraste, el resto supera la media acercándose a la unidad en el caso de la pequeña burguesía y la clase media-alta. A partir de los 65 años la incidencia de la mortalidad se deja notar (0,8 cónyuges); entonces la situación por clases no varía mucho. Por sexos destaca que los hombres entre los 45 y 64 años superan ligeramente el promedio de las mujeres. También que los hombres de la pequeña burguesía, la clase media-alta y, en especial, de la clase intermedia (0,99%) rondan el cónyuge. En el caso de las mujeres, las de la clase obrera e intermedia, por debajo de la media, disponen en menor cantidad de estos parientes afines.

1.4. Los parientes y lugar de residencia

Hasta aquí hemos procurado describir por clases sociales las redes familiares de los andaluces. No obstante, la dimensión o densidad de las retículas, el mayor o el menor protagonismo relativo de cada pariente, no adquiere la misma trascendencia

ni significado para todos los individuos; según la posición social el valor y la funcionalidad de la red familiar varía. Pues la familia y la parentela no funcionan como infraestructuras autónomas, que determinen el resto de comportamientos, sino que se engastan en un complejo de interrelaciones que organiza la reproducción social de individuos y familias: factores económicos, culturales o relacionales (capital social), propios de cada posición social, inciden y se (re)conforman en/con las estructuras familiares predominantes. En el campo que nos ocupa, el de las relaciones de cuidados entre parientes, la cercanía desempeña un papel fundamental; en consecuencia situar a redes y parientes en el espacio parece metodológicamente pertinente.

En efecto, como parte de lo social, la valoración de la naturaleza y la caracterización de la red familiar entraña su ubicación en el espacio. Más aún cuando la distancia física entre los integrantes de la red familiar es factor determinante de la intensidad y frecuencia de las interacciones. La densidad territorial de la estructura de las redes de parentesco de los andaluces propicia relaciones familiares cercanas y asiduas. A tenor de los resultados de la encuesta sobre redes familiares⁴⁶ se puede afirmar que las retículas familiares de los andaluces mayores de 18 años tienen un anclaje marcadamente municipal y, en menor medida, provincial: casi el 70,2% y el 15,1% de los parientes se ubican, respectivamente, en el municipio o –fuera de este– en la misma provincia. El ámbito del parentesco apenas es estatal, pues si casi todos los parientes residen en el país pocos lo hacen en una comunidad autónoma distinta a la andaluza (6,6%); y en escasa medida es regional, sólo el 5,4% de los parientes reside en una provincia andaluza diferente a la del encuestado. El parentesco fuera del país es minoritario (2,5%). El fin de la etapa migratoria de las décadas de los 50, 60 y 70⁴⁷, la discreta aportación de los efectivos poblaciones provenientes de la inmigración (en el año 2005)⁴⁸ –concentrada en áreas concretas de la región– y el arraigo local de la población andaluza condicionan, entre otros factores, la naturaleza municipal y/o provincial del horizonte reproductivo de individuos y redes de parentesco. En cualquier caso, una

distribución de parientes en el territorio lo suficientemente próxima como para facilitar el desarrollo de contactos y ayudas personales, afectos y desafectos, entre familiares y una ubicación armónica con la imagen cálida de la familia y la sociedad andaluza.

Si la red de parentesco arraiga en el ámbito local y provincial, el hogar, lugar íntimo de las relaciones familiares, constituye su espacio básico; dada la cantidad –allí habitan el 27,9% de los parientes–, cercanía y calidad de los parientes (inmediatos). Compuesto en su mayoría (Tabla 11 del Anexo) por hijos/as, cónyuges, madres/padres y hermanos, los hogares andaluces apenas cobijan otros tipos de parientes; solo, en ocasiones, a nietos/as y abuelos/as. Así la presencia de hogares complejos es excepcional, mientras que el hogar integrado por un núcleo conyugal con hijos/as (hogar nuclear) es el preferido por los andaluces que cohabitan en hogares familiares, la inmensa mayoría⁴⁹. En el hogar conviven los cónyuges, más de la mitad de los hijos/as y el 40,4% de los padres/madres. No obstante, las relaciones de parentesco sobrepasan el hogar. Una parte (el 6,5%) de los parientes inmediatos habita pisos o casas próximos a los de los entrevistados: en el mismo barrio e, incluso, en el mismo edificio; sumados a los que viven en la misma vivienda resulta un notable porcentaje de parientes muy cercano en el espacio: el 34,4%⁵⁰. La mayoría de estos parientes son hijo/as/as y madres/padres, abundando también abuelos y nietas/os, hermanos/as y suegras/os.

La proximidad y la calidez de las calles, plazas y distritos de muchos municipios andaluces, donde redes de parentesco y de vecindad se entrelazan, convierten a los barrios en ámbitos privilegiados del desenvolvimiento de las relaciones entre parientes. Mas la sociabilidad desplegada a través de redes y relaciones de parentesco es irreductible a los límites del barrio. El tamaño de las ciudades y pueblos andaluces, y la importante porción de parientes que residen en la misma localidad del entrevistado pero en barrios distintos (35,8%), convierten a los municipios en posibles espacios de la interacción familiar. La distribución de los tipos de parientes residentes en otros barrios del municipio de los individuos entrevistados sigue una pauta parecida a la que describíamos antes, bien que en distinto orden de importancia numérica: hermanos/as, nietas/os, hijos/as, suegros/as, padres/madres, etc. En definitiva, la localidad y/o el municipio delimitan el universo espacial de las redes de parentesco; aquí reside e interactúa la mayoría de los parientes. Empero conviene prestar atención a la residencia de los parientes protagonistas en las relaciones de cuidados y dependencia.

Junto a los cónyuges los hijos/as son los parientes con los que se coreside habitualmente⁵¹. Los hijos/as de no residir en la misma vivienda no lo hacen muy lejos, suelen vivir en el mismo municipio (Tabla 1.18). De esto se colige una fuerte tendencia al arraigo local de un tipo de parientes que por su importancia, cuantitativa y cualitativa, es de los más relevantes de la red familiar básica localizada de los andaluces. Un porcentaje pequeño de los hijos/as residen fuera del municipio de los progenitores, eso sí cuando la hacen tienen tanta posibilidad de ubicar su residencia en otro municipio de la misma provincia como fuera de ella; y, en este caso, suelen hacerlo fuera de Andalucía. El porcentaje de los que residen fuera del país es pequeño.

46 Instituto Estadístico de Andalucía: Consejería de Economía y Hacienda. Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares 2006, p. 94.

47 El carácter eminentemente familiar (al menos, de la red familiar básica o de la familia nuclear) de la emigración andaluza de aquellas décadas a otras áreas del país como fuera de éste “pudo originar el trasplante de familias completas”; es posible que este hecho haya dificultado la valoración de la incidencia de la emigración en términos de dispersión de los parientes sobre la población actual. Luken, V. de M. 2008, Estructuras de las redes familiares en Andalucía y endogamia territorial, Instituto de Estadística de Andalucía, p. 50.

48 Según la encuesta Clases sociales y Estructura social, llevada a cabo en febrero de 2006, el 3% de la población residente en Andalucía de 16 y más años eran extranjeros. Clases Sociales y Estructura Social, Centro de Estudios Andaluces, Banco de datos sociales, nº 5, 2006, p. 90.

49 Instituto de Estadística de Andalucía. Consejería de Economía y Hacienda. Hogares y familias en Andalucía. Evolución y proyección hasta 2016, Sevilla, 2001.

50 Instituto Estadístico de Andalucía: Consejería de Economía y Hacienda. Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares, 2006, p. 94.

51 El 53,6% de los conjuntos del total de la población andaluza comparte vivienda con estos parientes (Tabla 1.18); porcentaje que se incrementa hasta el 80,3% en la Tabla 1.17 –que excluye a los individuos pertenecientes a colectivos como los de los pensionistas/jubilados o los estudiantes, entre los que las tasas de coresidencia bajan mucho.

Tabla 1.17. Distribución residencial de los hijos/as de los individuos según clase social y sexo
(porcentajes)

	Vivienda	Edificio	Barrio	Subtotal ¹	Municipio	Subtotal ²	Provincia andaluza	Ot. Prov. andaluza	Ot. Com. autónoma	Ot. País	Ns/Nc	Total
Clase obrera												
Hombre	79,4%	0,0%	–	79,4%	10,5%	89,9%	4,2%	1,6%	1,7%	1,3%	0,0%	100%
Mujer	80,2%	0,0%	–	80,2%	9,9%	90,1%	3,2%	1,7%	1,9%	1,5%	0,0%	100%
Total	79,8%	–	1,1%	80,9%	10,2%	91,1%	3,7%	1,7%	1,8%	1,4%	–	100%
Pequeña burguesía												
Hombre	67,6%	0,0%	0,0%	67,6%	15,2%	82,8%	9,0%	–	–	–	0,0%	100%
Mujer	76,0%	0,0%	0,0%	76,0%	12,2%	88,2%	–	–	–	–	0,0%	100%
Total	71,8%	–	–	71,8%	13,6%	85,4%	7,0%	–	–	–	–	100%
Clase intermedia												
Hombre	80,8%	0,0%	0,0%	80,8%	8,0%	88,8%	4,9%	–	–	–	0,0%	100%
Mujer	86,3%	0,0%	0,0%	86,3%	4,4%	90,7%	3,5%	–	–	–	0,0%	100%
Total	83,7%	–	–	83,7%	6,1%	89,8%	4,2%	2,1%	–	–	–	100%
Clase media–alta												
Hombre	81,0%	0,0%	–	81,0%	7,6%	88,6%	5,2%	1,8%	2,1%	–	0,0%	100%
Mujer	82,5%	0,0%	–	82,5%	7,1%	89,6%	3,1%	2,6%	2,6%	–	0,0%	100%
Total	81,8%	–	0,9%	82,7%	7,4%	90,1%	4,1%	2,2%	2,3%	1,1%	–	100%
Total de clases sociales												
Hombre	79,0%	0,0%	1,3%	80,3%	9,6%	89,9%	5,1%	1,8%	1,8%	1,0%	0,0%	100%
Mujer	81,5%	0,0%	1,0%	82,5%	8,3%	90,8%	3,4%	2,1%	2,1%	1,2%	0,0%	100%
Total	80,3%	–	1,2%	81,5%	9,0%	90,5%	4,2%	2,0%	1,9%	1,1%	–	100%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

Subtotal 1: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio y el mismo barrio del ego.

Subtotal 2: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio, el mismo barrio y en otro barrio del mismo municipio del ego.

Según la pertenencia social de los entrevistados se entreven diferencias (Tabla 1.17). Los hijos/as de la clase intermedia y, en menor proporción, de la media–alta son los que residen en superior porcentaje con sus progenitores; destacando, por otra parte, la baja proporción de coresidentes entre la pequeña burguesía; seguramente esto tiene que ver con el diferente tiempo de salida, más o menos tardío, por parte de los hijos/as del domicilio de los progenitores. Una vez superado el umbral del hogar y los límites del barrio, el arraigo local de los hijos/as es similar entre las clases sociales: los vástagos habitan en torno a un 90% en el mismo municipio (en la vivienda, el edificio, el barrio o el municipio); parece, por tanto, que los hijos/as de los grupos con inferiores tasas de coresidencia –clase obrera y

pequeña burguesía– salen antes del hogar de origen pero para residir a menos distancia de lo que lo hacen los otros, a los que sucede lo contrario, salen después para residir más lejos. La distribución del lugar de residencia entre los hijos/as de los individuos con estudios universitarios y secundarios no profesionales (Tabla 1.18), categorías que como hemos visto engloban respectivamente al 40,1% y 45,4% de los individuos de la clase intermedia y media–alta, apuntala esta interpretación. Las diferencias entre los descendientes de la clase obrera y la media–alta que residen fuera de la provincia la corroboran.

Tabla 1.18. Distribución residencial de los hijos/as de los individuos según nivel de estudios
(porcentajes)

	Vivienda	Edificio	Barrio	Subtotal ¹	Municipio	Subtotal ²	Provincia andaluza	Ot. Prov. andaluza	Ot. Com. autónoma	Ot. País	Ns/Nc	Total
NS/NC												
Hombre	42,1%	0,0%	4,9%	47,0%	29,8%	76,8%	9,8%	..	7,2%	0,0%	0,0%	100%
Mujer	38,5%	0,0%	4,5%	43,0%	32,5%	75,5%	10,4%	5,0%	5,2%	0,0%	0,0%	100%
Total	39,9%	..	4,6%	44,5%	31,5%	76,0%	10,2%	4,3%	5,9%	2,3%	..	100%
Sin terminar estudios básicos												
Hombre	31,4%	1,1%	4,9%	37,4%	35,9%	73,3%	13,4%	4,5%	7,3%	1,4%	0,0%	100%
Mujer	28,0%	1,7%	6,2%	35,9%	37,3%	73,2%	14,4%	4,1%	6,8%	1,3%	0,0%	100%
Total	29,4%	1,4%	5,7%	36,5%	36,7%	73,2%	14,0%	4,3%	7,0%	1,3%	..	100%
Estudios básicos												
Hombre	65,5%	0,0%	1,8%	67,3%	17,3%	84,6%	8,2%	2,7%	2,5%	1,5%	0,0%	100%
Mujer	64,8%	0,0%	2,0%	66,8%	15,3%	82,1%	8,3%	3,6%	3,5%	2,0%	0,0%	100%
Total	65,1%	..	1,9%	67,0%	16,3%	83,3%	8,2%	3,1%	3,1%	1,8%	..	100%
Estudios secundarios profesionales												
Hombre	85,1%	0,0%	0,0%	85,1%	5,9%	91,0%	3,8%	..	..	..	0,0%	100%
Mujer	84,7%	0,0%	0,0%	84,7%	6,4%	91,1%	3,2%	..	..	..	0,0%	100%
Total	84,9%	..	..	84,9%	6,1%	91,0%	3,5%	1,5%	1,4%	1,1%	..	100%
Estudios secundarios no profesionales												
Hombre	66,0%	0,0%	0,0%	66,0%	12,5%	78,5%	7,0%	4,9%	.	..	0,0%	100%
Mujer	69,4%	0,0%	0,0%	69,4%	12,0%	81,4%	6,3%	4,4%	4,1%	..	0,0%	100%
Total	68,0%	..	..	68,0%	12,2%	80,2%	6,6%	4,6%	3,5%	2,7%	..	100%
Estudios universitarios												
Hombre	71,4%	0,0%	0,0%	71,4%	7,1%	78,5%	8,1%	5,1%	5,0%	2,5%	0,0%	100%
Mujer	73,5%	0,0%	0,0%	73,5%	8,7%	82,2%	5,5%	5,0%	4,3%	2,3%	0,0%	100%
Total	72,4%	..	..	72,4%	7,8%	80,2%	6,8%	5,1%	4,6%	2,4%	..	100%
Total de niveles de estudios												
Hombre	55,9%	0,5%	2,8%	59,2%	21,1%	80,3%	9,5%	3,7%	4,6%	1,7%	0,0%	100%
Mujer	51,7%	0,9%	3,5%	56,1%	23,3%	79,4%	9,9%	3,9%	4,9%	1,8%	0,0%	100%
Total	53,6%	0,7%	3,2%	57,5%	22,3%	79,8%	9,7%	3,8%	4,8%	1,7%	..	100%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

Subtotal 1: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio y el mismo barrio del ego.

Subtotal 2: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio, el mismo barrio y en otro barrio del mismo municipio del ego.

Padres y madres presentan una distribución residencial semejante (Tabla 11 Anexo), de ahí que los analicemos conjuntamente. Aunque con cónyuges e hijos/as son los parientes asiduos con los que los entrevistados declaran coresidir más frecuentemente, padres y madres distribuyen más el lugar de residencia (Tablas 1.19). De hecho, aun cuando una parte considerable de los padres/madres del conjunto de las clases sociales reside con el ego (el 30,3%), la mayoría no viven bajo el mismo techo que los hijos/as (el 69,7%). No obstante, esos dos tercios restantes no residen muy lejos: un 10,1% lo hace muy cerca, en el mismo barrio –incluso un 1,9% en el mismo edificio–, sumando este porcentaje al de los que coresiden con ellos se obtiene que un 40,4% habita al alcance de los hijos/as. Impresión corroborada por el hecho de que un 39% de los padres/madres restantes vive en el municipio del ego si bien en otro barrio de la localidad; un 12% más lo hace fuera de la localidad pero en la misma provincia. En definitiva, el patrón de residencia de los padres/madres se basa en la cercanía: cuatro de cada diez de estos parientes viven en el entorno (vivienda, edificio o barrio) de los hijos/as, donde el mantenimiento de relaciones cotidianas es fácil; ocho de cada diez habitan en el mismo municipio, aquí tampoco son difíciles los contactos regulares; y nueve de cada diez en la misma provincia, ámbito territorial en el que si no relaciones diarias, al menos son posibles contactos regulares a través de visitas o estancias más o menos breves en cualquiera de los hogares familiares. Un magro 8,3% viven en otra provincia, alejados de los hogares de los hijos/as; de ellos, un 3,5% en otra provincia andaluza y tan sólo un 4,8% en otra comunidad autónoma u otro país.

Por clases sociales este patrón residencial de los progenitores no se altera sustancialmente: las redes familiares de los andaluces se extienden en la cercanía espacial, rasgo especialmente nítido en la retícula que conecta a progenitores y prole. Sin embargo, este modelo, compartido, no es interpretado con uniformidad. Se aprecia cierta especificidad entre la clase obrera: los padres/madres de esta clase son los que en mayor proporción –cinco puntos porcentuales por encima de la clase intermedia, más de diez de la media-alta y casi catorce de la pequeña burguesía– habitan en la misma vivienda que los hijos/as (35,3%). Al menos dos circunstancias entrecruzadas, probablemente, coadyuvan a este específico comportamiento residencial. De un lado, la dificultad para responder a las necesidades generadas por situaciones de dependencia de los parientes mayores a través de medios extra-familiares (servicios públicos, privados, etc.) y, también, la posibilidad de sumar ingresos para completar la renta familiar⁵²; aunque, no cabe duda, el desarrollo del sistema de pensiones desde los años ochenta ha propiciado el incremento de hogares unipersonales integrados por personas mayores, no es menos cierto que las pensiones, en general exiguas las de los pensionistas/jubilados de clase obrera, han servido para compensar el trabajo de los parientes –sobre todo, hijas– que proveen cuidados; en este caso la convivencia en un mismo hogar parece un fenómeno tocado

por la lógica de la reciprocidad. Asimismo, una menor disponibilidad de espacio residencial, y/o de viviendas, que afecta sobremanera a los más jóvenes a la hora de emanciparse.

Además, son los progenitores de clase obrera los que, con bastante diferencia –de casi diez puntos respecto a la pequeña burguesía o la clase media-alta– más frecuentemente viven en el mismo barrio que los hijos/as; también son los que lo hacen con más frecuencia en el mismo municipio (81,2%). Por contraste, los padres/madres de clase media-alta son los que en menor proporción habitan en la misma vivienda, barrio o provincia de todas las clases sociales. En posición cercana a los de la clase media-alta se hallan los progenitores de la pequeña burguesía y, sobre todo, los de la clase intermedia; de facto son los padres/madres de la clase intermedia y de la media-alta los que en mayor medida residen en otras provincias andaluzas y en otras comunidades autónomas. Rasgos exogámicos de la clase intermedia y sobre todo de la media-alta en lo que a la distribución supra-regional de los padres/madres se refiere. Los individuos de la clase obrera presentan otra particularidad, los porcentajes más elevados de padres/madres en otros países; si bien la relación de causalidad en este caso tiene que ver con procesos inmigratorios.

Según el sexo del entrevistado (Tabla 1.19) se aprecian diferencias: el conjunto de los progenitores coresiden y/o residen más cerca de los hijos que de las hijas. En la misma vivienda de los hijos reside un 33,6% de los padres/madres, en la de las hijas el 26,6%. Al trascender al barrio, al municipio o a la provincia se mantienen, atemperadas, las diferencias: el 41,7% en el barrio de los hijos y el 39% en el de las hijas; el 80,8% en el municipio de los hijos y el 77,9% en el de las hijas; el 92,1% en la provincia de los hijos y el 90,6% en la de las hijas. Paulatinamente, conforme la distancia se incrementa, la diferencia en la cercanía residencial de los progenitores disminuye. Modelo de distribución del lugar de residencia llevado a su máxima expresión por los individuos de la clase obrera. A mucha distancia porcentual los hombres de clase obrera son los que con más frecuencia coresiden con padres/madres (40,2%), muy por encima de los hombres y mujeres de cualquier clase social, incluida las mujeres de clase obrera (29,1%); de hecho, en la clase obrera la distancia relativa entre hombres y mujeres es la más amplia (de 10,3 puntos). A medida que transcendemos las paredes del domicilio, los muros del edificio, los límites del barrio, del término municipal o de la provincia, como sucedía para el conjunto de la población ocupada, las diferencias menguan; con una particularidad, si en la vivienda las diferencias son las más extremas, conforme la distancia espacial se incrementa este modelo diferencial según sexo se neutraliza en mayor medida que en ninguna otra clase, hasta el punto que las diferencias en el porcentaje de padres/madres que reside en el mismo municipio o en la misma provincia es muy pequeño: el 82% en el municipio de los hijos y el 80,3% en el de las hijas, y el 92,7% en la provincia de los hijos y el 91,2% en el de las hijas. A contrario, los individuos de la clase media-alta y sobre todo intermedia parecen interpretar este patrón de residencia por sexo con más laxitud, encontrándose los de la pequeña burguesía en una situación a caballo entre unos y otros.

52 En 2006 el 22,2% de los hogares andaluces recibían rentas en concepto de pensión pública (contributivas o no). Clases sociales y estructura social, Centro de Estudios Andaluces, Banco de datos sociales, nº 5, 2006, p. 66.

Tabla 1.19. Distribución residencial de los padres/madres de los individuos según clase social y sexo
(porcentajes)

	Vivienda	Edificio	Barrio	Subtotal ¹	Municipio	Subtotal ²	Provincia	Ot. Prov. andaluza	Ot. Com. autónoma	Ot. País	Ns/Nc	Total
Clase obrera												
Hombre	40,2%	1,7%	5,4%	47,3%	34,7%	82,0%	10,7%	2,4%	1,6%	2,8%	0,0%	100%
Mujer	29,1%	2,5%	11,0%	42,6%	37,7%	80,3%	10,9%	3,1%	..	4,1%	0,0%	100%
Total	35,3%	2,0%	7,9%	45,2%	36,0%	81,2%	10,8%	2,7%	1,6%	3,4%	0,0%	100%
Pequeña burguesía												
Hombre	25,3%	..	9,6%	34,9%	47,1%	82,0%	..	..	..	..	0,0%	100%
Mujer	17,8%	..	12,5%	30,3%	38,7%	69,0%	19,3%	..	..	..	0,0%	100%
Total	21,6%	3,3%	11,1%	36,0%	42,9%	78,9%	13,6%	..	..	..	0,0%	100%
Clase intermedia												
Hombre	29,6%	..	5,6%	35,2%	40,2%	75,4%	15,9%	4,2%	..	..	0,0%	100%
Mujer	31,5%	..	8,6%	40,1%	37,9%	78,0%	12,8%	3,1%	3,6%	..	0,0%	100%
Total	30,6%	..	7,2%	37,8%	39,0%	76,8%	14,2%	3,6%	2,8%	..	0,0%	100%
Clase media alta												
Hombre	27,8%	2,1%	7,1%	37,0%	43,3%	80,3%	10,6%	4,8%	2,6%	..	0,0%	100%
Mujer	22,3%	2,2%	10,2%	34,7%	41,0%	75,7%	13,4%	4,6%	4,4%	..	0,0%	100%
Total	25,1%	2,2%	8,6%	35,9%	42,2%	78,1%	11,9%	4,7%	3,5%	1,3%	0,0%	100%
Total de clases sociales												
Hombre	33,6%	1,8%	6,3%	41,7%	39,1%	80,8%	11,3%	3,5%	2,1%	1,9%	..	100%
Mujer	26,6%	2,1%	10,3%	39,0%	38,9%	77,9%	12,7%	4,3%	2,9%	2,8%	..	100%
Total	30,3%	1,9%	8,2%	40,4%	39,0%	79,4%	12,0%	3,5%	2,5%	2,3%	0,4%	100%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

Subtotal 1: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio y el mismo barrio del ego.

Subtotal 2: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio, el mismo barrio y en otro barrio del mismo municipio del ego.

El análisis por grupos de edad otorga inteligibilidad al patrón de residencia de los progenitores (Tabla 1.20 y Tabla 11 del Anexo). La mayor parte del 30,3% de los individuos que coresiden con padres/madres se ubican en el primer grupo de edad (18–29 años): casi dos tercios de los egos, proporción que decae notablemente en adelante. El importante porcentaje de coresidencia en el primer grupo de edad está relacionado con los bajos porcentajes de

emancipación de la juventud andaluza⁵³; la carestía de la vivienda, la precariedad laboral y, últimamente, el “milleurismo” han retrasado y obstaculizado hasta extremos históricamente insospechados la salida del domicilio familiar de los jóvenes andaluces en las últimas dos décadas⁵⁴. La coresidencia entre los 45 y 64 años responde generalmente a las demandas de cuidados y ayudas, o de cercanía y afecto, de los padres/madres; en el grupo de edad de entre 30 y 44 años es probable que esté alentada tanto por las circunstancias inherentes a la emancipación tardía de los descendientes como por las situaciones de dependencia de los mayores.

La relación en el espacio de los individuos con los padres se prodiga a partir del momento de la emancipación en ámbitos cercanos, más no necesariamente en términos de coresidencia. Los porcentajes de progenitores que habitan en el mismo edificio o barrio de los entrevistados se acumulan en el segundo (30–44 años: un 11,8% en conjunto) y tercer grupo de edad (45–64 años: un 14,0% en conjunto) cuando los

53 Fernández Cordón, J. et al., Quelles familles, quels logements?: la France et l'Europe du Sud, INED, 2006.

54 En 2001 el 83,3% de los jóvenes de 20 a 24 años y el 55,7% de los de 25 a 29 años no se habían independizado residencialmente. Bericat Alastuey, E. y Martín-Lagos, M. D. 2006, La transformación de los hogares españoles y andaluces, Centro de Estudios Andaluces, p. 71. El aumento relativo de la isolocalidad en las últimas décadas ha sido confirmado para algunas zonas de Andalucía occidental; Limón Delgado, A. y Fernández de Paz E., (dirs.), 2000 La estructura de la familia en Andalucía: régimen de residencia y régimen económico, Junta de Andalucía, 86–87.

hijos/as se establecen, o están ya establecidos, neolocalmente en sus propios hogares nucleares. Sin duda el hábitat en el mismo edificio y/o barrio facilita relaciones familiares regulares. Antes, entre los 18 y 29 años el porcentaje es escaso. En cualquier caso si sumamos, por grupos de edad, el porcentaje de progenitores que corresiden con los entrevistados o viven en su entorno (edificio y barrio), resultan cifras a tener en cuenta, en especial en el segundo y tercer grupo, cuando presumiblemente los cuidados a los padres se prodigan: 69,3% (18 y 29 años), 26,9% (30–44 años) y 25,7% (45–64 años).

El municipio es el ámbito espacial más compartido con los progenitores (Tabla 1.19). Compartir residencia en una misma localidad o municipio, en especial en las ciudades de mayor tamaño, no garantiza relaciones familiares regulares, empero sí hace posible la interacción familiar, las atenciones y las visitas. Parece por tanto conveniente contar con los parientes que habitan en las mismas localidades o municipios al valorar, siquiera potencialmente, la posibilidad del despliegue de redes y relaciones familiares. El segundo (30–44 años) y tercer (45–64 años) grupo de edad muestran los porcentajes superiores de residencia municipal: 49,2% y 45,5%; no siendo despreciable la proporción de individuos entre 18 y 29 años en circunstancias análogas: uno de cada cinco individuos. Si a los que habitan en el mismo municipio sumamos los progenitores que corresidían o vivían en el mismo edificio o barrio, en su conjunto el porcentaje de los que viven en la misma ciudad, pueblo y/o municipio asciende mucho, sobre todo a partir de los 30 años de los egos: 89,2% (18–29 años), 76,1% (30–44 años) y 71,2% (45–64 años).

El porcentaje de padres/madres en otros municipios de la misma provincia no es elevado (12%). En este caso también son el segundo y el tercer grupo de edad los que presentan guarismos superiores. El incremento de frecuencia de padres/madres fuera del municipio pero en la misma provincia puede estar muy relacionado, como ha indicado Verónica de Miguel Luken⁵⁵, con el hecho de que en los últimos años el establecimiento neolocal de los parejas recién constituidas, a causa de las distorsiones que ha provocado el mercado de la vivienda, a menudo ha implicado el desplazamiento (intermunicipal) a municipios cercanos o aledaños. Aunque la distancia física y temporal entre localidades y/o municipios dificulta relaciones cotidianas, no parece un imponderable valorar la posible existencia de contactos, más o menos regulares, de periodos de convivencia (periodos vacacionales, fines de semana, etc.), de celebraciones y reuniones conjuntas en fechas significativas del ciclo vital familiar (nacimientos, emparejamientos, defunciones, etc.) o ante eventos y coyunturas decisivos. Espacio el provincial dado a los contactos familiares sobre todo en las áreas metropolitanas donde el desplazamiento intermunicipal de los hijos/as al establecerse neolocalmente es especialmente manifiesto. Si a los progenitores que corresidían o vivían en el mismo edificio, barrio y/o municipio, añadimos los que lo hacen en otras localidades de la misma provincia, la proporción de

parientes al alcance como es lógico continúa ascendiendo, pero, otra vez, especialmente en los últimos grupos de edad: 95,7% (18–29 años), 90,4% (30–44 años) y 86,8% (45–64 años). Similar argumentación se puede esgrimir y análogos resultados obtener de tener en cuenta la magra proporción de padres/madres que viven en otra provincia andaluza; ahora el porcentaje de progenitores en ese radio de interacción aumentaría sobremanera en el último grupo de edad: 97,1% (18–29 años), 94,4% (30–44 años) y 92,7% (45–64 años).

En síntesis, la coresidencia tiene que ver, fundamentalmente, con la dependencia de los hijos/as respecto a los padres/madres; de ahí que conforme se asciende por grupos de edad –más precisamente, tras los 29 años– el porcentaje de coresidencia decrece con espectacularidad; lo cual no impide constatar que entre los entrevistados de 45 a 64 años –cuando los progenitores tienden a ser cuidados antes que cuidadores– un porcentaje no despreciable (11,7%) de los andaluces convive con algunos de ellos. Pero más que en la misma vivienda la mayoría de los padres/madres residen cerca o muy cerca de los individuos de más de 29 años: en el barrio, municipio o provincia. Conforme la edad de los entrevistados se incrementa y la coresidencia aminora, sin embargo, la distancia residencial fuera de la vivienda no aumenta; en otras palabras, a medida que estos penetran en las etapas finales del ciclo vital, cuando más cuidados o compañía pueden demandar, la cercanía territorial se estrecha. En fin, de todo este se deduce que el patrón de residencia de los padres/madres respecto a los hijos/as se ve condicionado por la evolución del ciclo vital individual y de la familia nuclear.

Según clases sociales, en términos generales, el modelo residencial no varía extraordinariamente (Tabla 1.20 y Tabla 11 del Anexo). No obstante, otra vez, al desagregar a los individuos por grupos de edad, y en concreto entre los de 45 y 64 años, los individuos de la clase obrera destacan por la proximidad residencial de los progenitores. En ese grupo de edad, con los de clase intermedia, son los que más a menudo corresiden con sus padres/madres; son los que más los tienen en el barrio y, con bastante diferencia respecto a los de la pequeña burguesía y sobre todo la clase intermedia, con más frecuencia los tienen en otro barrio del municipio (48,4%). Así, los padres/madres de los individuos de la clase obrera residen muy cerca, en la misma vivienda, barrio o municipio en un porcentaje del 76,4%; los de la clase media-alta en un porcentaje del 65,9%, estando la media general en el 71,2%. También, son los egos de clase obrera entre 45–64 años los que en menor proporción tienen algunos de los progenitores fuera del municipio, en otras localidades de la provincia. Otra peculiaridad que manifiestan los individuos de clase obrera es el pequeño pero significativo porcentaje de padres/madres que residen muy lejos, en otro país (3,4%); una proporción reflejada asimismo por grupos de edad (3,8% entre los 30 y 44 años). No parece aventurado ligar este rasgo residencial, exogámico, de la clase obrera andaluza a su paulatina transformación a causa del proceso inmigratorio de los últimos años; la aparición en su seno de un subsegmento de origen foráneo, aún pequeño, plantea ya en lo que a los dependientes mayores se refiere una situación específica, pues la lejanía, es obvio, impide en estos casos relaciones de cuidados directas y cotidianas.

55 Luken, V. de M., (2008): Estructuras de las redes familiares en Andalucía y endogamia territorial, Instituto de Estadística de Andalucía, pp. 42, 46 y 52.

Tabla 1.20. Parientes y residencia: madres/padres, según clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Misma vivienda					
Hombre					
18 – 29	70,6%	65,3%	71,5%	67,5%	69,7%
30 – 44	21,1%	..	11,6%	14,9%	16,9%
45–64	9,8%	..	..	..	7,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	40,2%	25,3%	29,6%	27,8%	33,6%
Mujer					
18 – 29	55,0%	53,8%	61,2%	49,4%	54,9%
30 – 44	13,2%	..	14,9%	13,6%	13,2%
45–64	16,8%	..	..	13,3%	16,2%
65+	..	..	..	..	..
Total	29,1%	17,8%	31,5%	22,3%	26,6%
Ambos sexos					
18 – 29	64,2%	60,5%	65,7%	59,4%	63,1%
30 – 44	17,4%	10,3%	13,4%	14,2%	15,1%
45–64	12,8%	..	13,1%	9,7%	11,7%
65+	..	..	..	..	..
Total	35,3%	21,6%	30,6%	25,1%	30,3%
Mismo edificio/ barrio					
Hombre					
18 – 29	..	..	..	..	3,0%
30 – 44	6,8%	..	..	6,7%	8,8%
45–64	9,9%	..	0,0%	11,7%	14,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	7,1%	9,6%	5,6%	9,3%	8,0%
Mujer					
18 – 29	6,5%	..	..	..	7,1%
30 – 44	16,6%	..	9,8%	12,3%	14,8%
45–64	14,3%	..	..	..	10,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	13,5%	12,5%	8,6%	12,4%	12,4%
Ambos sexos					
18 – 29	4,1%	..	4,9%	6,0%	4,9%
30 – 44	12,1%	11,7%	8,2%	12,1%	11,8%
45–64	11,8%	..	..	9,5%	14,0%
65+	..	..	..	..	..
Total	9,9%	11,1%	7,2%	10,8%	10,1%
Mismo municipio					
Hombre					
18 – 29	14,9%	..	18,6%	23,2%	18,0%
30 – 44	47,2%	56,3%	53,0%	51,9%	50,4%
45–64	54,0%	49,8%	41,3%	48,7%	49,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	34,7%	47,1%	40,2%	43,3%	39,1%
Mujer					
18 – 29	21,9%	..	22,1%	25,4%	22,2%
30 – 44	48,4%	50,4%	49,0%	46,7%	48,0%
45–64	41,0%	34,6%	35,4%	44,1%	40,5%
65+	..	..	..	..	..
Total	37,7%	38,7%	37,9%	41,0%	38,9%
Ambos sexos					
18 – 29	17,8%	..	20,6%	24,2%	19,9%
30 – 44	47,8%	53,2%	50,8%	49,2%	49,2%
45–64	48,4%	41,6%	38,5%	46,7%	45,5%
65+	..	..	..	..	..
Total	36,0%	42,9%	39,0%	42,2%	39,0%

CONTINÚA ➔

Tabla 1.20. Parientes y residencia: madres/padres, según clase social
(porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Misma provincia					
Hombre					
18 – 29	5,4%	..	..	..	4,0%
30 – 44	15,2%	..	19,5%	14,2%	15,1%
45–64	11,9%	..	27,4%	14,1%	15,1%
65+	..	..	..	..	..
Total	10,7%	..	15,9%	10,6%	11,3%
Mujer					
18 – 29	10,1%	..	..	10,4%	9,6%
30 – 44	11,6%	20,2%	13,7%	13,9%	13,5%
45–64	10,8%	..	24,6%	15,9%	16,1%
65+	..	..	..	..	..
Total	10,9%	19,3%	12,8%	13,4%	12,7%
Ambos sexos					
18 – 29	7,3%	..	5,5%	5,3%	6,5%
30 – 44	13,5%	14,8%	16,3%	14,0%	14,3%
45–64	11,4%	..	26,1%	14,9%	15,6%
65+	..	..	..	..	..
Total	10,8%	13,6%	14,2%	11,9%	12,0%
Otra provincia/comunidad					
Hombre					
18 – 29	..	..	..	..	..
30 – 44	2,9%	..	..	5,9%	6,5%
45–64	..	..	..	..	10,5%
65+	..	..	..	..	..
Total	4,1%	..	4,2%	7,5%	5,6%
Mujer					
18 – 29	..	..	..	..	..
30 – 44	3,1%	..	..	9,6%	7,3%
45–64	..	..	..	..	9,8%
65+	..	..	..	..	..
Total	3,1%	..	6,7%	9,0%	6,3%
Total					
18 – 29	..	..	..	..	2,2%
30 – 44	5,0%	..	8,0%	9,1%	6,9%
45–64	5,0%	..	..	13,6%	10,2%
65+	..	..	..	..	..
Total	4,3%	..	6,4%	8,2%	5,9%
Otro país					
Hombre					
18 – 29	2,9%	..	..	..	2,0%
30 – 44	2,8%	..	..	..	1,8%
45–64	..	..	..	..	..
65+	..	..	..	..	..
Total	2,8%	..	..	..	1,9%
Mujer					
18 – 29	..	..	..	..	..
30 – 44	4,9%	..	..	..	2,9%
45–64	..	..	..	..	4,0%
65+	..	..	..	..	..
Total	4,1%	..	..	..	2,8%
Ambos sexos					
18 – 29	2,6%	..	..	..	2,0%
30 – 44	3,8%	..	..	..	2,3%
45–64	..	..	..	..	2,9%
65+	..	..	..	..	..
Total	3,4%	..	..	1,3%	2,3%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

El análisis por grupos de edad y sexo aporta alguna información de interés para comprender el modelo descrito: con independencia de la clase social, los padres/madres están más cerca de los hijos que de las hijas; una situación, recuérdese, actualizada en especial por los individuos adscritos a la clase obrera. Al reconsiderar la residencia de este tipo de parientes en función del sexo y el grupo de edad de los egos obtenemos una visión más reconocible de la familia andaluza. Un modelo social patriarcal en el que los roles de género, las prácticas sociales y las señas de identidad que todavía (re)conforman el ideal de feminidad aferran a las mujeres antes a lo doméstico que a lo productivo, las engastan en la familia y alejan del mercado y/o la promoción laboral, y por ende un modelo y un imaginario social que acerca las mujeres a los parientes dependientes. Así, y en primer lugar, la distribución de progenitores en el primer grupo de edad (18–29 años) según su sexo permite soslayar el espejismo estadístico que situaba a los padres/madres más cerca de los hijos, sobre todo en términos de coresidencia. En este grupo de edad se observan notables diferencias según sexo que responden a una salida diferencial del domicilio familiar: las mujeres lo hacen por término medio antes que los hombres; el 69,7% de los hombres coreside con sus padres/madres, en el caso de las mujeres la proporción decrece al 54,9%. Al comparar el porcentaje de progenitores que coresiden con hombres o mujeres de entre 45 y 64 años, cuando la dependencia de los mayores acucia a la familia nuclear, obtenemos una imagen diferente: el porcentaje de mujeres que viven con sus padres/madres más que duplica al de hombres: 16,2% frente al 7,9%. Si franqueamos los límites de la vivienda, en el barrio la coincidencia con los progenitores se equilibra por sexos. En cualquier caso, al sumar la proporción de progenitores de individuos de este grupo de edad que residen en la misma vivienda o en el barrio, espacios donde las relaciones de cuidados pueden ser más estrechas y regulares, la diferencia a favor de las mujeres vuelve a ser importante: 26,8% frente a 18,5%. Paradójicamente, al superar los límites del barrio, aún en el mismo municipio, los términos de residencia vuelven a desequilibrarse estadísticamente a favor de los hombres: 49,5% frente a 40,5%. De tal manera que si sumamos los progenitores residentes en la vivienda y el barrio a los residentes en otros barrios del municipio obtenemos una suma no muy disímil: el 68,1% con los hijos y el 66,5% con las hijas. Más allá del municipio, en la provincia, en Andalucía o en otras comunidades autónomas, la distribución del lugar de residencia de padres/madres según sexo es alícuota. Pareciera que se diese una situación dual en este grupo de edad. Por una parte, en términos de residencia se observa un patrón marcado por la equidad en lo que a la distancia de los padres/madres se refiere sin distinción de sexo, como evidencia el equilibrio de los datos agregados a nivel municipal o provincial. Sin embargo, la equidad se desfigura al considerar espacios más cercanos en las redes familiares, donde la interacción familiar es más regular y frecuente: entonces son las mujeres, y esto se detecta con nitidez en el caso del hogar (coresidencia), las que tienden a estar más cerca de padres y madres.

En términos de clase no existen grandes diferencias, salvo, otra vez, en el caso de los individuos de la clase obrera, quiénes que vuelven a interpretar radicalmente el modelo residencial según su sexo. Las diferencias en la cercanía de padres/madres entre hombres y mujeres de la clase obrera es la más grande: de la sumatoria de los que coresiden con los que habitan en el mismo barrio se obtiene el 19,7% para los hombres y el 31,1% para las mujeres, más de once puntos porcentuales entrambos que se alejan bastante de los ocho puntos porcentuales de diferencia para el conjunto de individuos de todas las clases. Si se tiene presente que los egos de la clase obrera viven en general más cerca de los progenitores, se colige en potencia una elevada posibilidad de estrecha y regular interrelación entre las mujeres de esta clase y sus padres/madres, por encima de los hombres de clase obrera y desde luego de los hombres y mujeres del resto de categorías sociales. En otros términos, la estructura, orientada por condicionantes de clase y género, de la distribución residencial de este tipo de parientes propicia la disponibilidad física, la cercanía, de las mujeres de la clase obrera respecto a las personas mayores y, por ende, a las dependientes.

Los suegros/os, otro de los parientes a los que los entrevistados dicen prestar ayudas, tienden a no habitar demasiado lejos del lugar de residencia de yernos y nueras, aunque no tan cerca como lo hacen padre/madres e hijos/as. Pocos coresiden (Tabla 1.21) con yernos y/o nueras, una proporción algo superior lo hace en el mismo edificio o barrio, de lo que resulta que pocos –si la comparamos con la que presentan padres/madres–, un 15,3%, residen muy cerca –en la misma vivienda, en el mismo edificio o barrio. Sin embargo, el alto porcentaje de suegros/as que residen fuera del barrio, pero en el mismo municipio del ego, eleva el porcentaje de este tipo de parientes que lo hacen en un radio de acción donde las relaciones cotidianas y regulares son posibles: el 69,5%, una cifra más cercana a la de padres/madres (79,4%); de hecho, si a los que residen en el mismo municipio –en la misma vivienda, edificio, barrio o término municipal– agregamos los que lo hacen fuera, mas en la misma provincia, resulta un valor relativo semejante al de padres/madres: del 87,3% para los primeros y el 91% para los segundos.

La posición social del ego no parece modificar mucho el patrón de residencia de estos parientes. Pese a ello se observan algunos aspectos de interés. Los individuos de clase obrera los tienen más cerca: presentan los máximos niveles de coresidencia (3,8%) –junto con los de la clase intermedia–, una proporción ligeramente superior al resto de clases de residencia en el mismo barrio y, sobre todo, un porcentaje superior en el mismo municipio (71,2%); son también los que tienen una porción más elevada de estos parientes dentro de la provincia (89,2%). Los de la clase media-alta y sobre todo de la intermedia, en cambio, compartiendo el patrón residencial, presentan valores invertidos: son los que en menor proporción los tienen en la misma provincia (85,2% y 86,9%), en el mismo municipio (65,3% y 68,8%) o en el mismo barrio. Por lo demás, es probable que los suegros/as de los individuos de la pequeña burguesía compartan características residenciales similares a los de la clase obrera.

Tabla 1.21. Distribución residencial de los suegros/as según clase social y sexo
(porcentajes)

	Vivienda	Edificio	Barrio	Subtotal ¹	Municipio	Subtotal ²	Provincia	Ot. Prov. andaluza	Ot. Com. autónoma	Ot. País	Ns/Nc	Total
Clase obrera												
Hombre	4,8%	2,4%	10,1%	17,3%	52,9%	70,2%	20,1%	3,8%	0,0%	4,0%	0,0%	100%
Mujer	2,6%	..	10,0%	12,6%	58,4%	71,0%	15,6%	4,9%	0,0%	5,1%	0,0%	100%
Total	3,8%	1,8%	10,1%	15,7%	55,5%	71,2%	18,0%	4,3%	1,8%	4,5%	..	100%
Pequeña burguesía												
Hombre	0,0%	0,0%	12,6%	12,6%	51,7%	64,3%	18,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Mujer	0,0%	0,0%	..	0,0%	59,8%	59,8%	12,3%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Total	..	..	11,5%	11,5%	55,6%	67,1%	15,2%	..	5,3%	..	..	100%
Clase intermedia												
Hombre	5,1%	0,0%	11,8%	16,9%	51,1%	68,0%	20,6%	..	..	0,0%	0,0%	100%
Mujer	..	0,0%	8,5%	8,5%	51,5%	60,0%	22,7%	5,0%	6,1%	0,0%	0,0%	100%
Total	3,8%	..	10,2%	14,0%	51,3%	65,3%	21,6%	4,5%	5,1%	..	..	100%
Clase media alta												
Hombre	%	2,6%	9,4%	16,0%	54,9%	70,9%	16,6%	5,4%	5,0%	..	0,0%	100%
Mujer	..	..	9,5%	9,5%	53,0%	62,5%	16,1%	9,0%	5,6%	2,9%	0,0%	100%
Total	3,0%	2,4%	9,4%	14,8%	54,0%	68,8%	16,4%	7,1%	5,3%	2,2%	..	100%
Total de clases sociales												
Hombre	4,5%	2,2%	10,4%	17,1%	53,2%	70,3%	18,8%	4,5%	3,5%	2,6%	0,0%	100%
Mujer	2,3%	1,5%	9,6%	13,4%	55,3%	68,7%	16,8%	6,3%	4,3%	3,8%	0,0%	100%
Total	3,4%	1,9%	10,0%	15,3%	54,2%	69,5%	17,8%	5,4%	3,9%	3,2%	..	100%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

Subtotal 1: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio y el mismo barrio del ego.

Subtotal 2: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio, el mismo barrio y en otro barrio del mismo municipio del ego.

Las cifras según el sexo del ego no varían extraordinariamente aunque muestran cierta preferencia a la cercanía residencial de los suegros/as respecto a los hombres; un rasgo diferencial a relacionar con el modelo de residencia descrito para madres y padres. Por clases sociales parece reproducirse esta tendencia, al menos en lo que a la coresidencia respecta, como ponen de manifiesto los guarismos que presentan los hombres y mujeres de la clase obrera –quienes tanto en la vivienda como en los espacios inmediatos y mediatos tienen más cerca a suegros/as– y los de la clase media-alta e intermedia. Por grupos de edad se observa que conforme los entrevistados tienen más años, en especial tras los 45, la cercanía de estos parientes aumenta (Tabla 11 de Anexo). Así, en los lugares de residencia

inmediatos, el barrio, el edificio o la vivienda su presencia aumenta; en términos coresidenciales lo hace espectacularmente, casi cuadruplicándose del primer (18–44 años) al segundo grupo (45–64 años) de edad. Presencia que se intensifica más, al pasar de un grupo de edad a otro, en el caso de los hombres que de las mujeres; entre los individuos de 45 a 64 años –los que más cuidados dispensan a los mayores dependientes– los hombres presentan un porcentaje superior al de las mujeres de suegras/os coresidiendo o residiendo muy cerca. En fin, otra perspectiva de un modelo familiar (patriarcal) que encara a las mujeres, en este caso a las hijas, con la crucial tarea del cuidado de los parientes de más edad.

La relación diádica entre nietos/as y abuelos/as comparten también un papel protagonista en el despliegue de cuidados a familiares dependientes. Pero, en contraste con la ubicación residencial de los anteriores parientes, los nietos/as no viven muy cerca de los egos. Compartiendo con el resto de parientes que integran la red familiar básica localizada un tipo de residencia eminentemente local/municipal (Tabla 11.1 de Anexo), una proporción relativamente pequeña lo hace en ámbitos próximos; poco más del 15% de los nietos/as del conjunto de los individuos de las distintas clases sociales lo hacen en el mismo barrio; y en la misma vivienda de los entrevistados conviven aún menos (6,4%), otro indicio estadístico del escaso porcentaje de hogares de tres generaciones existente en Andalucía⁵⁶. En otras palabras, una escasa parte de entrevistados con nietos/as comparten espacios cotidianamente con ellos; ahora bien, el importante porcentaje de nietos/as fuera del barrio pero en el municipio (56,8%) facilita contactos más o menos esporádicos en respuesta a demandas de prestación de ayudas (recíprocas) o con ocasión de reuniones en fechas emblemáticas de la sociabilidad familiar (navidades, aniversarios, etc.). Por clases sociales destaca, una vez más, la calidez de las redes familiares de los individuos de la clase obrera, quienes presentan los porcentajes más elevados de coresidencia o inmediatez residencial –el 8,8% de los nietos/as viven en la misma vivienda y el 60,2% en el mismo municipio; parecida situación parecen compartir los nietos/as de la pequeña burguesía. Los de la clase media-alta y media-alta apuntan cifras inferiores al promedio general y alejadas de las de aquéllos.

Abuelos y abuelas no residen tan próximos a los nietos/as (Tabla 1.22). Participan, aunque en menor medida que los

nietos/as, en la propensión al arraigo local/municipal de la red familiar (el 65,1% de ellos residen en el mismo municipio), empero un porcentaje relativamente discreto de los abuelos/as reside en ámbitos próximos: el 17% en el mismo barrio; el 1,7% en el mismo edificio y solo el 5,5% en la misma vivienda⁵⁷. Un escaso porcentaje, por tanto, de los egos vive en el espacio cotidiano en que lo hacen sus nietos/as; no obstante, la notable porción que reside en el mismo municipio (48,1%), aunque fuera del barrio, facilita como acabamos de sugerir contactos más o menos puntuales y significativos. Sin embargo, una parte apreciable de estos parientes, más de un tercio (34,9%), reside a más distancia, donde la interacción entre miembros de la red familiar es más difícil u ocasional: el 18,7% en otro municipio de la provincia, el 6,3% en otra provincia, el 5,8% fuera de Andalucía e, incluso, el 4,1% fuera del país.

Por sexos se observa una mayor cercanía de este tipo de parientes respecto a los hombres, aunque es la coresidencia con los nietos, cuyo porcentaje casi duplica al de las nietas –6,9% frente al 3,7%– la que determina la diferencia. Al igual que ocurría en la coresidencia con los padres/madres, la salida más tardía de los hombres del domicilio familiar alumbra la causalidad del desequilibrio por sexos. No obstante, una importante inversión de tendencia se da en el barrio –en el que reside el 8,6% de los abuelos/as de los hombres y el 11,1% de las mujeres– donde los valores relativos informan de la cercanía de las mujeres a estos parientes. Circunstancia acorde con el modelo funcional de familia patriarcal aún vigente. La tendencia, señalada por la monografía sobre redes familiares⁵⁸, a que los abuelos/as de la vía materna convivan con más frecuencia con el ego que los de la vía paterna refuerza esa imagen.

56 El porcentaje de hogares andaluces en los que conviven tres o más generaciones no supera el 5%. Instituto Nacional de Estadística. Cifras Ine, 2006.

57 De hecho en el año 2001, según los datos del Censo de población, el 29,1% de las personas mayores de 79 años vivían en hogares solitarios. Bericat Alastuey, E. y Martín-Lagos, M. D. 2006, La transformación de los hogares españoles y andaluces, Centro de Estudios Andaluces, pp.116–118.

58 Instituto Estadístico de Andalucía: Consejería de Economía y Hacienda. Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares, 2006, p. 33.

Tabla 1.22. Distribución residencial de los abuelos/as de los individuos según clase social y sexo.
(porcentajes)

	Vivienda	Edificio	Barrio	Subtotal 1	Municipio	Subtotal 2	Provincia	Ot. Prov. andaluza	Ot. Com. autónoma	Ot. País	Ns/Nc	Total
Clase obrera												
Hombre	6,9%	0,0%	8,2%	15,1%	48,4%	63,5%	20,2%	5,4%	3,7%	5,2%	0,0%	100%
Mujer	–	0,0%	10,1%	10,1%	51,1%	61,2%	18,1%	–	–	6,6%	0,0%	100%
Total	5,5%	–	9,0%	14,5%	49,4%	63,9%	19,4%	4,8%	4,1%	5,8%	–	100%
Pequeña burguesía												
Hombre	0,0%	0,0%	–	0,0%	70,4%	70,4%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Mujer	0,0%	0,0%	–	0,0%	43,6%	43,6%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Total	–	–	16,3%	16,3%	57,7%	74,0%	–	–	–	–	–	100%
Clase intermedia												
Hombre	0,0%	0,0%	–	0,0%	45,7%	45,7%	22,2%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Mujer	0,0%	0,0%	11,3%	11,3%	49,3%	60,6%	18,8%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100%
Total	–	–	10,2%	10,2%	47,8%	58,0%	20,2%	8,6%	6,8%	–	–	100%
Clase media-alta												
Hombre	9,0%	0,0%	9,5%	18,5%	45,4%	63,9%	15,3%	7,2%	8,7%	0,0%	0,0%	100%
Mujer	–	0,0%	9,9%	9,9%	41,9%	51,8%	18,5%	10,1%	9,7%	0,0%	0,0%	100%
Total	7,2%	–	9,7%	16,9%	43,7%	60,6%	16,9%	8,7%	9,2%	–	–	100%
Total												
Hombre	6,9%	1,8%	8,6%	17,3%	48,5%	65,8%	18,8%	5,9%	5,3%	3,9%	0,0%	100%
Mujer	3,7%	–	11,1%	14,8%	47,6%	62,4%	18,5%	6,7%	6,3%	4,3%	0,0%	100%
Total	5,5%	1,7%	9,8%	17,0%	48,1%	65,1%	18,7%	6,3%	5,8%	4,1%	–	100%

FUENTE: Tabla 11 Anexo

Subtotal 1: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio y el mismo barrio del ego.

Subtotal 2: Porcentaje resultante de parientes residentes en la misma vivienda, el mismo edificio, el mismo barrio y en otro barrio del mismo municipio del ego.

Aunque la Tabla 1.22 no permite una descripción precisa por clases sociales del lugar de residencia de este tipo de parientes, se pueden subrayar algunas cuestiones. Los individuos de la clase obrera presentan dentro del estado español bajos porcentajes de abuelos/as fuera de la provincia o la comunidad (8,9%); por debajo del promedio (12,1) y muy lejos de los guarismos de la clase intermedia (15,4%) y media-alta (17,9%). En términos relativos presentan sin embargo un significativo porcentaje de estos parientes fuera

del país (5,8%); dato que probablemente alude, como en el caso de la residencia de padres y madres, al impacto de la inmigración en la composición interna de la remozada clase obrera andaluza. A tenor de los elevados porcentajes de abuelos/as que presentan los individuos de la pequeña burguesía en el barrio (16,3%) y el municipio (57,7%), muy por encima de la media, y de las cifras de la clase intermedia y media-alta, se antoja –al igual que ocurría con los nietos/as– una situación residencial semejante a la de la clase obrera.

2. La ‘densidad’ del parentesco

Creemos que para entender mejor el marco en el que se desarrollan las relaciones de dependencia es necesario analizar algunos indicadores que puedan aportarnos información sobre el contexto en el que se realizan las acciones que conforman dichas relaciones.

Con ‘densidad’ queremos expresar tanto la cohesión del parentesco como los intercambios habituales entre los miembros de las redes familiares.

Entre los indicadores que escogemos para acercarnos a esa intensidad de las relaciones de parentesco, podemos considerar en un principio los referentes a las formas más comunes utilizadas por los parientes para relacionarse, concretamente, trataremos analizar los medios más empleados para comunicarse y tratarse mutuamente las diversas figuras del parentesco.

Estos medios podríamos clasificarlos, para nuestros intereses de denotación de formas comunicacionales/relacionales, en función de lo que podríamos denominar medios más o menos ‘personalizados’, lo cual en la construcción de nuestros ítems significa considerar los contactos cara a cara (visitas y otro tipo de encuentros) como los más corporales y estrechos; seguidos de formas inmediatas de comunicación donde la voz daría ese carácter más personalizado (contactos telefónicos); y por último, en relación con formas menos inmediatas (por falta de proximidad, por la utilización de la escritura), como son el correo postal y el electrónico.

Pues bien, si observamos la distribución de esas formas de relación por clase social (Gráfico 2.1), comprobamos que es la clase media-alta la que más se comunica con parientes a través de las dos formas más habituales (visitas –poco más de un punto por encima de la media de todas las clases,

entorno al 89%– y teléfono –3 puntos por encima de la media, entorno al 85,6%), pero con índices diferenciales con otras clases poco apreciables: en el caso de las visitas, máxima diferencia de 2,5 puntos con la clase intermedia; en el caso del teléfono, diferencia de más de 5 puntos con la clase obrera y de más de 7 con la pequeña burguesía.

Son la clase intermedia y la clase obrera (con una diferencia entre sí de 2 puntos) las que más utilizan otro tipo de encuentros dentro de las formas habituales para relacionarse, si bien es verdad que son medios mucho menos utilizados (35,8% en el caso de la clase intermedia y 33,1% en el caso de la clase obrera) en comparación con los dos anteriores. Aunque la diferencia no es muy apreciable, y sigue la tendencia en cuanto a la proporción de bajada en intensidad de su uso, creemos necesario consignar como la clase media-alta se sitúa por detrás de estas dos clases en la práctica de otros tipos de encuentros (31,1%).

La pequeña burguesía suele situarse por debajo de la media en estas tres formas más habituales de relación, aunque debemos precisar que en el caso de las visitas no es nada relevante. En el teléfono baja 4,3 puntos y en otro tipo de encuentros 5,5 puntos.

En general, podemos decir que hay una preferencia en todas las clases sociales por el contacto directo, pero sintomáticamente ésta decae a la hora de programar y realizar otro tipo de encuentros. Decimos sintomáticamente, porque parece medirse el grado de implicación en las relaciones: no es lo mismo llamar por teléfono o visitar que irse de excursión o compartir otra actividad de ocio, por ejemplo, que requiera más implicación.

Parece que las que hemos denominado formas caracterizadas por una menor inmediatez (correo postal y correo electrónico), son escasamente utilizadas en comparación con las ya mencionadas, no obstante, mencionemos que, aún teniendo una baja utilización (8,7%), el acercamiento a las nuevas tecnologías como medio de comunicación se realiza más por las clases media-alta e intermedia (alrededor del 12%) que por la clase obrera (4,8%).

Creemos revelador introducir la variable género en función de cada medio o manera elegida para interaccionar, lo cual nos ayuda a observar variaciones que nos sugieren algunas matizaciones en la forma de relacionarnos con nuestros familiares. Las diferencias más apreciables entre mujeres y varones, en todas las clases sociales, la encontramos en la utilización del teléfono, siendo las mujeres las que más lo usan. Ahora bien, conforme ascendemos por la escala social, el ‘diferencial de género’⁵⁹ favorable a las

59 Creemos que la particularidad que puede introducir la variable género debemos contemplarla, fundamentalmente, en la relación diferencial que los valores adquieren para varones y mujeres, más que observar los valores que cada una de esas dos posiciones de género adquieren por separado en cada apartado –de clase, estudio, etc. (si en la pequeña burguesía, los hombres utilizan el teléfono un 73,8% y las mujeres un 89,6%, el diferencial es de casi 16 puntos a favor de las mujeres). Aunque, lógicamente, en ocasiones recurriremos a analizar la evolución de los porcentajes para cada una de las dos posiciones de género en cada apartado, para así tratar de explicar los valores que va adquiriendo el diferencial.

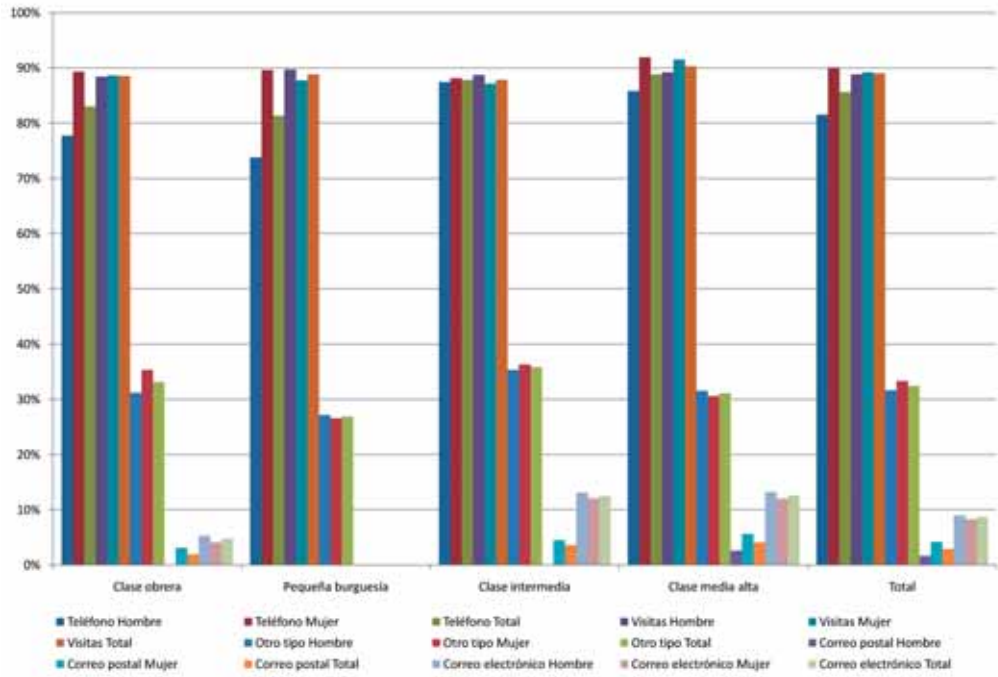
mujeres va disminuyendo, siendo más igualitario en el caso de la clase intermedia y media-alta: más de 15 puntos la diferencia en el caso de la pequeña burguesía, más de 11 puntos en el caso de la clase obrera, 6 puntos en el de la clase media-alta y apenas diferencia (no llega a un punto) en la clase intermedia. Fundamentalmente estas diferencias se deben a que los varones de clase obrera y la pequeña burguesía lo utilizan menos que los varones de la clase intermedia y media-alta (apenas diferencias entre las mujeres de las distintas clases sociales).

Las visitas apenas registran un uso diferencial máximo de 2 puntos, si bien cambia de signo en la clase media-alta respecto a las otras clases. Así en la pequeña burguesía

encontramos ese mayor diferencial a favor de los varones (lo utilizan más) y, en cambio, a favor de las mujeres en la clase media-alta (2,3 puntos exactamente; y por un comportamiento más activo por parte de éstas, pues los varones están en porcentajes similares a los de las otras clases).

Lo destacable en cuestión de género respecto a las relaciones a través de otro tipo de encuentros, es la diferencia de 4 puntos a favor de las mujeres en la clase obrera (son las que realizan más estos otros tipos de encuentros junto a las de la clase intermedia). Diferencias por lo demás insignificantes, entorno a un punto, en las otras clases sociales.

Gráfico 2.1. Medios de relación con los parientes, por género y clase social
(porcentajes)



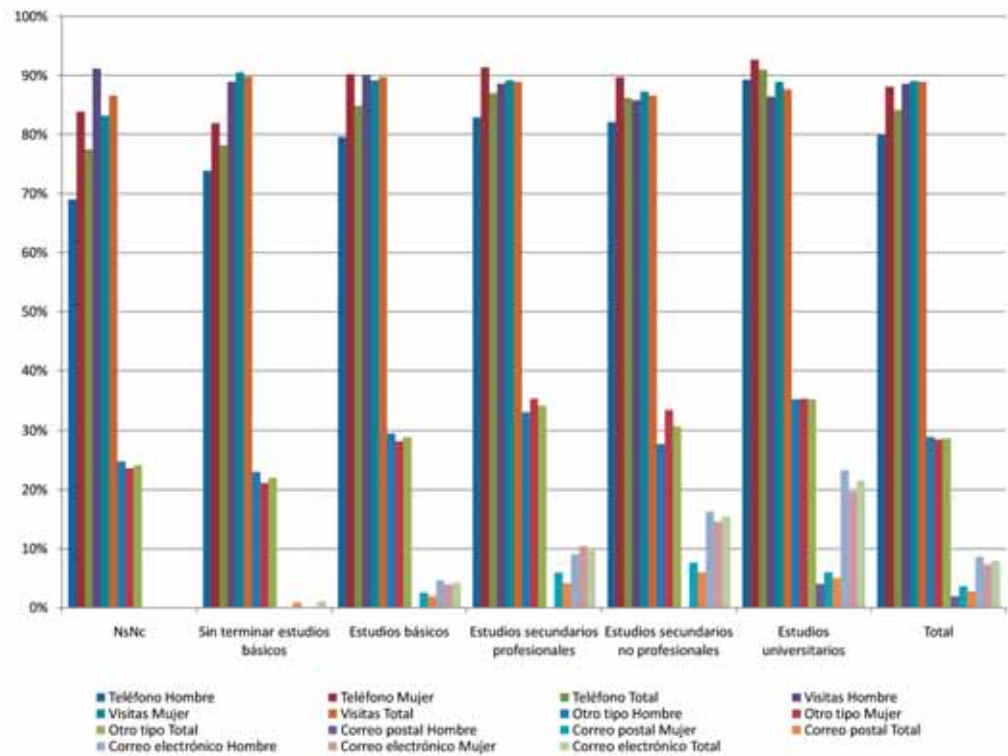
FUENTE: Tabla 12.1. Anexo

Nota Porcentaje de parientes que no conviven de cada clase y género y que utilizan los distintos medios de relación

Para completar este panorama, analicemos estos comportamientos relacionales en función de la formación reglada de los sujetos (Gráfico 2.2). Aunque antes creemos que debemos realizar una precisión en la dirección ya apuntada en la introducción sobre la que podemos denominar nuestra ‘muestra en función de clases sociales’. Si se comparan los porcentajes totales de las formas de intercambio por clase social (Tabla 12.1 del anexo) se constatarán ligeras diferencias con los totales en función de

niveles de estudio y de actividad (Tablas 12.2 y 12.3 del anexo; los cuales evidentemente deben coincidir por tener el mismo universo muestral), dichas diferencias se explican por los diferentes tamaños muestrales como ya se indicó en dicha introducción. En este caso concreto son sólo diferencias insignificantes, como mucho un punto arriba un punto abajo. Cuando sean éstas de mayor importancia lo señalaremos y propondremos una hipótesis aclaratoria de los márgenes diferenciales.

Gráfico 2.2. Medios de relación con los parientes, por género y nivel de estudios del entrevistado
(porcentajes)



FUENTE: Tabla 12.2. Anexo

Nota: Porcentaje de parientes que no conviven, de cada nivel de estudios y género, y que utilizan los distintos medios de relación

Dentro del contexto general en que aparecen las visitas como forma más frecuente de relacionarse los parientes entre sí, en consonancia con lo ya visto, la influencia del capital cultural⁶⁰ reglado parece plasmarse en las siguientes tendencias:

El déficit de formación reglada hace optar más por las visitas como forma de relación con los parientes.

Conforme se eleva el nivel educativo hay una tendencia a aumentar los contactos telefónicos (11 puntos de diferencia entre los que no terminaron estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios) y, en menor medida, a practicar más otro tipo de encuentros (si bien la diferencia aumenta a 13 puntos entre los que no cursaron estudios básicos y los de estudios universitarios).

Siendo esta también la tendencia, aunque dentro de valores muy bajos de uso, en cuanto a la utilización de nuevas tecnologías, como se plasma en la utilización del correo electrónico.

Si contemplamos los diversos capitales formativos reglados desde la variable género, destacamos, que si bien partimos de que las mujeres de todos los niveles de estudio utilizan más el teléfono como forma de interacción familiar que los hombres, conforme baja el capital formativo de las mujeres, utilizan menos el teléfono (81,9%) y otro tipo de encuentros (23,6%) en relación a las mujeres con mayor capital (estudios universitarios: 92,7% y 35,4% respectivamente); análogamente los hombres en el caso del teléfono (aunque el descenso es más acusado); no así en el caso de otro tipo de encuentros, en el que los varones con menor capital tienen, aunque por poco, el diferencial a su favor. De ahí que las diferencias de género con los varones es en el caso del teléfono mayor en aquellas mujeres con bajo capital formativo (8 y 11 puntos respectivamente para las que no terminaron estudios básicos y para las que los terminaron) y menor (más igualdad con los hombres) para las que tienen estudios universitarios (3 puntos y medio sólo), siendo a la inversa en el caso de otro tipos de encuentros.

Estas diferencias se reducen al mínimo en el caso de las visitas; apenas dos puntos y medio a favor de las mujeres (más visitadoras) en el caso de los que cursaron estudios universitarios y un punto y medio en el caso de los que no terminaron estudios básicos.

2.1. Formas de relación, grados y figuras del parentesco

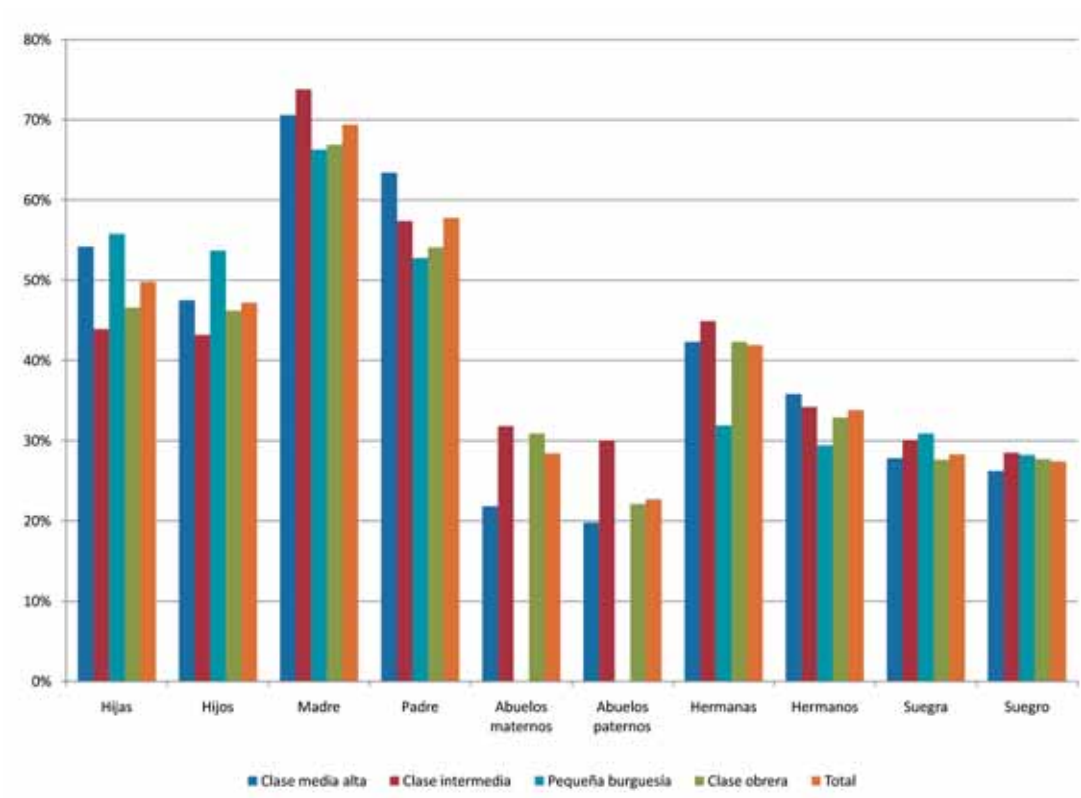
Creemos que es necesario introducir un elemento modulador para mejor comprender las diferencias en la utilización de las posibles formas de relacionarse más frecuentemente. Y es que no sólo es relacionarse con la familia, sino que nos relacionamos con sujetos concretos con los que tenemos diferentes grados de parentesco. Por eso vamos a continuación a intentar acercarnos a los concretos miembros de la familia con los que se establecen estas interacciones.

En cuanto a esa forma de trato directo que constituyen las visitas, podemos observar en la Tabla 2.1 y Gráficos 2.3/2.4 la distribución por clases sociales según el tipo de pariente. Comencemos reseñando el marco general de las visitas, fijándonos sobre todo en las medias de los totales generales⁶¹, para contextualizar posteriormente los datos concretos por clase social. Destaquemos que son los ascendientes más directos los que reciben una mayor frecuencia de visitas, en concreto son las madres las que en el conjunto de clases sociales reciben más visitas (69,4%), seguido de los padres (57,8%). Después se visitaría con mayor asiduidad a los descendientes más directos, los hijos, siendo por escaso margen (menos de 3 puntos) visitadas más las hijas (49,8%). Las visitas más frecuentes serían a continuación para hermanas (41,9%) y hermanos (33,8%). Los comportamientos relativos a visitas a abuelos y suegros tienen una caída de frecuencia muy parecida en todas las clases, entre el 30% y 20% aproximadamente (aunque es ligeramente más pronunciada en el caso de los abuelos en la clase media-alta, como veremos).

60 Bourdieu, 1988. Op. cit.

61 En esta ocasión observamos un cierto desfase en los totales entre las Tablas 14.1 y 14.2/14.3 del anexo (estas últimas siempre coincidentes –la referidas a estudios y actividad– por lo que ya dijimos –mismo universo muestral), sobre todo en los hijos/as, hermanos/as y abuelos/as. Consultando la Tabla 14.3, observamos que son los porcentajes de jubilados y amas de casa los que hacen que hijos/as descendian y hermanos/as suban en la Tabla 14.1 respecto a las otras dos Tablas. La bajada de abuelos/as parece deberse a la diferencia de estudiantes y desempleados con los activos.

Gráfico 2. 3. Entrevistados que visitan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por clase social
(porcentajes)



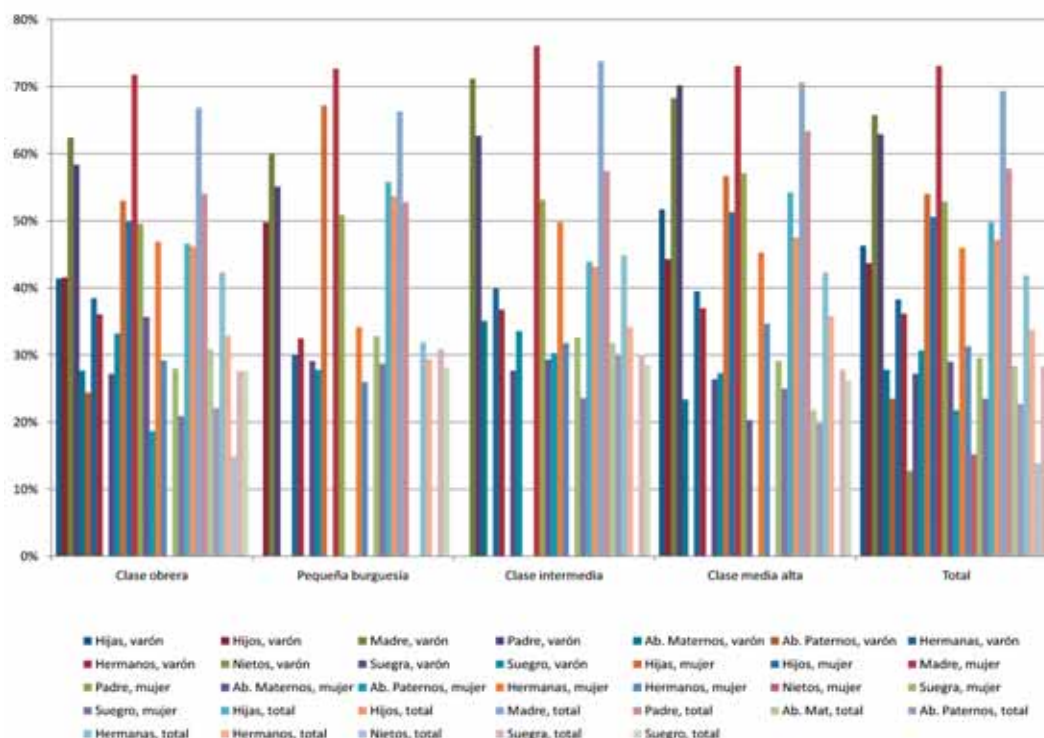
FUENTE: Tabla 14.1. Anexo

Nota: Porcentaje de individuos visitan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

Obsérvese que a igualdad de consanguinidad, el factor género adquiere mayor relevancia (dentro de los padres a la

madre; dentro de los hijos a las hijas; dentro de los hermanos a las hermanas). Dejémoslo por el momento sólo apuntado.

Gráfico 2.4. Entrevistados que visitan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por género y clase social (porcentajes)



FUENTE: Tabla 14.1. Anexo

Nota: Porcentaje de individuos visitan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

Sentadas estas bases, veamos lo que nos interesa en relación al comportamiento por clases sociales. Trataremos de trazar ciertos perfiles que apuntan a tendencias. Así podemos observar que la clase intermedia es la que más visita a las madres (73,8%; diferencia de 3 puntos con la clase media-alta y entorno a los 7 puntos con la clase obrera y la pequeña burguesía) y a las hermanas (44,9%; diferencia de más de 7 puntos con clase media-alta y obrera y de 13 puntos con la pequeña burguesía). También en el caso de los abuelos (31,8% en el caso de los maternos, 30% en el caso de los paternos). Y en cambio tiene los porcentajes más bajos en visitas a hijos/as (algo más del 43%; entorno a tres puntos de diferencia con la clase obrera y más de 11 con la pequeña

burguesía). Creemos importante reseñar que es la clase con más diferencia en las visitas a padre y madre (más de 16 puntos a favor de la madre).

La clase media-alta es la que más visita a los padres varones (63,4%; diferencia máxima de cerca de 11 puntos con la pequeña burguesía y mínima de 6 puntos con la clase intermedia) –sin olvidar el componente de género que modula a favor de la madre un mayor número de visitas, hasta 7 puntos de diferencia con el padre; sin embargo, es la menor diferencia entre ambos progenitores comparado con las otras clases– y los hermanos varones (35,8%; diferencia máxima de 6 puntos con pequeña burguesía y mínima de 1,6 puntos con la clase intermedia) –nuevamente una mirada desde la

perspectiva del género nos muestra una diferencia de casi 7 puntos entre hermanos varones y hermanas, más asiduo el trato con estas últimas). Sin embargo es la que menos visita a los abuelos (21,8% en el caso de los maternos y 19,8% en el caso de los paternos). Como dato singular podemos señalar que, dentro de las visitas a los hijos, es la clase donde más diferencias (en el resto de clases porcentajes bastantes igualados) pueden observarse en función del género de éstos, pues las hijas son objeto de las visitas 7 puntos por encima de los hijos varones.

La pequeña burguesía es la que más visita a los hijos/as (53,7% y 55,8%, respectivamente; apenas diferencia con la clase media-alta y entre 9 y 11 puntos de diferencia con la clase obrera y la clase intermedia en el caso de las hijas; en el caso de los hijos entre 6 y 10 puntos de diferencia con el resto de clases). En el resto de visitas a padres/madres, hermanos/as aparecen sus valores entre los más bajos en comparación con las otras clases (en el caso de las visitas a madre comparte dicha posición con la clase obrera –a más de 3 puntos con la clase media-alta y a 7 puntos con la clase intermedia). Es de reseñarse que es la clase más cercana a la clase intermedia en cuanto a la diferencia de visitas a padre y madre (cerca de 14 puntos a favor de la madre) y, en cambio, la de menor diferencia entre las visitas a hermanos y hermanas (algo más de dos puntos).

La clase obrera quizás sea la clase que tiene un comportamiento más regular en una comparativa de sus visitas con las otras clases sociales, pues suele ocupar posiciones intermedias en casi todas las visitas a familiares que venimos contemplando, lo que le hace casi siempre estar próximo a los valores medios. Incluso en la comparativa de género a igual grado de parentesco, salvo en el caso de abuelos paternos/maternos, donde sobresale en 8 puntos las visitas a los maternos. Podría también destacarse su comportamiento igualitario en las visitas a hijos e hijas.

Relativo al comportamiento con los abuelos en función de clase, y relacionado con lo ya dicho sobre el comportamiento de la clase media-alta, nos parece legítimo plantear la cuestión de por qué una clase que tiene valores tan altos en las visitas a padres, luego caen los porcentajes a valores mínimos en las visitas a abuelos. ¿Quiebra generacional en la clase media-alta? Dejémoslo apuntado.

Por último indicar la escasa diferencia entre las clases en relación con las visitas a los suegros, cuyas medias adquieren los valores más bajos junto a los abuelos (entre el 28% y el 22%) –si excluimos las visitas a los nietos. Queremos subrayar nuevamente el componente de género que aludíamos antes, es más visitada la suegra (aunque con escasa diferencia –ninguna en el caso de la clase obrera–) y los abuelos maternos.

- tratáramos de agrupar tendencias diríamos que las clases media-alta e intermedia se encuentran más cercanas en sus comportamientos de trato directo, en forma de visitas más frecuentes a los parientes, cuando se trata de madres,

padres, hermanos y hermanas (en este caso concreto hay que añadir la diferencia inexistente entre la clase obrera y la clase alta, siendo la gran diferencia la de la pequeña burguesía con las otras tres clases).

- Cuando se trata de los comportamientos de miembros de la clase obrera y la pequeña burguesía, hay similitud en el reverso de las actuaciones anteriores, menos visitas a madres, padres y hermanos.

- La pequeña burguesía tendría más cercanía a la clase media-alta en el caso de las hijas, quedando sus comportamientos distanciados respecto a las otras clases en el caso de los hijos (el porcentaje más elevado) y las hermanas (el porcentaje más bajo).

- La clase obrera y la clase media-alta acercan sus posiciones en el caso de hijos y abuelos paternos.

Si seguimos ahondando en las posibles matizaciones que la cuestión del género puede aportarnos para mejor comprender los rasgos característicos de la cohesión del parentesco en función de clase, podemos observar que la tendencia a cierta correlación de género, en cuanto a estos comportamientos en esta concreta forma de trato (las mujeres visitan más a madres, hijas, hermanas y suegras; la excepción, también más a hijos –aunque dado el papel de la madre en la familia occidental nuclear, tiene una lógica–; los varones, más a los padres varones, hermanos varones y suegros varones), adquiere perfiles propios según la pertenencia a una clase u otra. Nos interesa ahora, sobre todo, señalar la diferencia de comportamiento entre varones y mujeres en el seno de cada clase, y en relación a cada figura del parentesco. Es lo que venimos denominando ‘diferencial de género’, en este caso aplicada a la diferencia de comportamientos dentro de la relación con una misma figura de pariente en función de que la relación la establezca un varón o una mujer (por ejemplo, con las hijas –figura de parentesco– se relacionan hombres –padres– y mujeres –madres–, lo que analizaremos en función de ese diferencial es la posición interrelacionada de hombres y mujeres en esa concreta relación):

Las mujeres de clase obrera visitan más que los hombres (lo que acabamos de denominar diferencial de género; en este caso a favor de ellas) a los siguientes parientes en comparación con las mujeres de clase media-alta: hijas (12 puntos de diferencial frente a 5), hijos (8//7)⁶², madres (9//5) y hermanas (8//6). En el caso de los abuelos maternos este diferencial a favor de las mujeres tiene una mayor significación, pues en la clase media-alta (al igual que en la intermedia) se invierte el diferencial a favor de los hombres, quedando 8 puntos a favor de las mujeres de clase obrera frente a 3 puntos a favor de los hombres en la clase media-alta.

La excepción la encontramos en las visitas a las suegras, donde la clase media-alta tiene un diferencial de 3 puntos frente a uno de la clase obrera.

En cambio, el diferencial de género a favor de los varones de clase obrera respecto a los de clase media-alta lo encontramos en las visitas a hermanos (7//3) y los suegros varones (13//2).

Encontramos nuevamente una excepción en esta tendencia apuntada, pues los varones de clase media-alta en las visitas a los padres varones tienen un diferencial a su favor de 13 puntos frente a los 9 puntos de los varones de la clase obrera.

62 En este capítulo utilizaremos las dos barras (//) para indicar ‘frente a’, en el sentido de comparación de valores entre dos categorías (sea de clase social, sea de género u otras).

La pequeña burguesía destaca por ser la que tiene el mayor diferencial de género a favor de las mujeres en las visitas a las madres (12 puntos) y el menor valor diferencial a favor de las mujeres en las visitas a hermanas (4 puntos).

La clase intermedia destacaría por tener un mayor diferencial de género a favor de las mujeres en las visitas a hermanas (10 puntos; la más próxima a la clase obrera, 8 puntos) y el más alto a favor de las mujeres en las visitas a las suegras (5 puntos).

Tabla 2.1. Entrevistados que visitan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por género y clase social (porcentajes)

	Clase media-alta			Clase intermedia			Pequeña burguesía			Clase obrera			Total		
	Mujer	Hombre	Total	Mujer	Hombre	Total	Mujer	Hombre	Total	Mujer	Hombre	Total	Mujer	Hombre	Total
Hijas	56,7%	51,7%	54,2%	..	..	43,9%	67,2%	..	55,8%	53,0%	41,4%	46,6%	54,0%	46,3%	49,8%
Hijos	51,3%	44,3%	47,5%	..	..	43,2%	..	49,8%	53,7%	49,9%	41,6%	46,2%	50,6%	43,7%	47,2%
Madre	73,1%	68,3%	70,6%	76,1%	71,2%	73,8%	72,7%	60,0%	66,3%	71,8%	62,4%	66,9%	73,1%	65,8%	69,4%
Padre	57,1%	70,2%	63,4%	53,1%	62,7%	57,4%	50,9%	55,1%	52,8%	49,6%	58,4%	54,1%	52,9%	62,9%	57,8%
Abuelos maternos	20,3%	23,4%	21,8%	29,3%	35,1%	31,8%	..	..	..	35,7%	27,7%	30,9%	29,0%	27,8%	28,4%
Abuelos paternos	..	..	19,8%	30,3%	..	30,0%	..	..	..	18,7%	24,4%	22,1%	21,8%	23,5%	22,7%
Hermanas	45,3%	39,5%	42,3%	49,8%	39,9%	44,9%	34,2%	30,1%	31,9%	46,9%	38,5%	42,3%	46,0%	38,3%	41,9%
Hermanos	34,7%	37,0%	35,8%	31,8%	36,8%	34,2%	26,0%	32,5%	29,4%	29,2%	36,1%	32,9%	31,3%	36,2%	33,8%
Suegra	29,1%	26,4%	27,8%	32,6%	27,7%	30,1%	32,8%	29,1%	30,9%	28,0%	27,2%	27,6%	29,6%	27,2%	28,3%
Suegro	25,0%	27,3%	26,2%	23,6%	33,6%	28,5%	28,7%	27,8%	28,2%	20,9%	33,2%	27,7%	23,5%	30,7%	27,4%

FUENTE: Tabla 14.1. Anexo

Nota: Porcentaje de individuos visitan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

Creemos interesante para obtener un mapa más preciso de la 'densidad' del parentesco en relación con la posición de clase social, analizar la distribución de las salidas para visitar parientes en función del nivel de estudios (Tabla 2.2), es decir, del capital formativo reglado o cultural reglado según denominamos anteriormente.

Destaquemos que a menor capital formativo, más se visita a los hijos (diferencia de algo más de 15 puntos en el caso de las visitas a las hijas entre los que no terminaron estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios; y punto menos en el caso de los hijos varones). El salto podemos ver que se realiza a partir de haber cursado estudios secundarios: en el caso de las hijas a partir de estudios secundarios no profesionales y estudios universitarios, pues es significativo que entre estos dos niveles la diferencia sea apenas apreciable; en caso de los hijos varones a partir de estudios secundarios (profesionales y no profesionales). Y contraria a esa tendencia hacia los hijos, menos se visita a los padres.

En cambio, a mayor capital formativo aumenta el trato con los padres (13 puntos de diferencia en el caso de visitas a la madre entre los que emprendieron estudios universitarios y los que no finalizaron estudios básicos; 10 puntos en el caso de los padres varones). Es preciso indicar en el caso de visitas a los padres varones, en tanto se desvía un poco de la

tendencia, el comportamiento de los que poseen sólo estudios secundarios no profesionales, por su escasa diferencia en el comportamiento que analizamos con los que poseen estudios básicos e incluso con los que no poseen estudios básicos. Así mismo, y como reverso de la tendencia antes señalada para los que poseen menos capital formativo, disminuye el trato con los hijos. Conforme aumenta dicho capital.

Las desigualdades en el capital formativo parecen influir poco en el caso de las visitas a los hermanos, pues las diferencias tienden a ser escasas. Si acaso indicar cómo una leve tendencia al aumento de las visitas a las hermanas en función de una disminución de capital formativo, no se refleja en los que no terminaron estudios básicos, pues éstos tienen el porcentaje más bajo de visitas.

En el caso de las visitas a los abuelos las mayores diferencias las encontramos entre los que poseen estudios secundarios no profesionales (que tienen los mayores porcentajes en el caso de ambos tipos de abuelos) y los secundarios profesionales (diferencia de 10 puntos en el caso de los maternos y de 9 en el de los paternos). Los demás datos apuntan a semejanzas en este comportamiento entre los que no terminaron estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios.

Tabla 2.2. Entrevistados que visitan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc			Sin terminar estudios básicos			Estudios básicos			Secundarios no profesionales			Secundarios profesionales			Universitarios			Total		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Hijas	51,7%	57,5%	55,2%	56,5%	62,0%	59,8%	55,1%	54,8%	54,9%	50,0%	38,4%	43,9%	61,9%	..	50,0%	42,6%	46,9%	44,5%	54,1%	57,0%	55,7%
Hijos	57,3%	47,0%	50,8%	54,8%	56,5%	55,8%	52,6%	48,4%	50,4%	45,6%	44,1%	44,8%	..	..	41,4%	44,5%	39,4%	42,0%	52,6%	51,5%	52,0%
Madre	..	..	50,1%	58,7%	60,0%	59,4%	63,2%	69,6%	66,3%	62,2%	72,4%	67,7%	69,5%	73,0%	71,2%	69,3%	75,8%	72,6%	65,0%	70,7%	67,9%
Padre	..	..	44,7%	54,5%	48,1%	51,1%	60,4%	48,8%	54,5%	59,1%	48,9%	53,7%	66,1%	51,5%	58,9%	66,1%	56,8%	61,2%	61,9%	51,4%	56,6%
Abuelos maternos	..	..	..	36,4%	37,3%	36,7%	32,9%	42,0%	37,1%	42,8%	39,1%	40,9%	32,6%	28,6%	30,7%	29,5%	40,2%	35,4%	34,1%	38,2%	36,1%
Abuelos paternos	..	..	..	29,6%	28,4%	29,1%	24,7%	35,1%	29,5%	33,6%	31,3%	32,4%	25,5%	21,9%	23,6%	26,6%	30,0%	28,4%	27,0%	30,0%	28,5%
Hermanas	23,7%	31,7%	28,0%	34,1%	35,7%	34,9%	38,3%	43,5%	40,8%	28,6%	48,6%	38,7%	36,5%	47,9%	42,1%	34,6%	44,1%	39,2%	35,0%	41,6%	38,3%
Hermanos	27,2%	24,0%	25,5%	33,6%	25,8%	29,6%	36,0%	31,0%	33,5%	28,4%	29,4%	28,9%	32,5%	28,7%	30,6%	33,7%	31,1%	32,4%	33,6%	28,8%	31,2%
Suegra	..	..	..	20,5%	23,8%	22,0%	26,6%	30,1%	28,3%	29,9%	25,8%	27,7%	28,9%	31,6%	30,2%	27,9%	29,3%	28,6%	26,9%	28,8%	27,8%
Suegro	..	..	..	23,1%	20,9%	22,1%	27,5%	23,4%	25,6%	33,5%	20,5%	26,7%	35,6%	19,2%	28,2%	32,6%	23,2%	28,2%	30,7%	21,9%	26,6%

FUENTE: Tabla 14.2. Anexo

Nota: porcentaje de individuos visitan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

Dentro de la modulación que puede introducir el atributo género podemos distinguir:

Al mismo nivel de consanguinidad no parece que el capital formativo aporte grandes diferencias en las visitas al pariente femenino o masculino, pues dentro de la tendencia general (se visita más a parientes femeninos) son pocas las diferencias entre las visitas a hijos/hijas entre los que no terminaron estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios (4 puntos en el primer caso, 2,5 en el segundo) o entre las visitas a padre y madre (8 puntos en los que no acabaron estudios básicos, 11 en los que tienen estudios universitarios; aunque sube a 14 en el nivel de los estudios secundarios no profesionales) o en el caso de las mismas a hermanos /hermanas (5 puntos en el caso de los que no terminaron estudios básicos, 7 en el caso de los que poseen estudios universitarios; si bien alcanza un máximo de 12 puntos en los que poseen estudios secundarios profesionales). Si acaso resaltar que las mayores diferencias en estos tres distintos grados de parentesco corresponde a los que poseen estudios secundarios profesionales, seguidos de los que sólo tienen estudios secundarios no profesionales.

Sin embargo, sí parece afectado lo que venimos denominando diferencial de género por el capital formativo. Así puede observarse que el nivel más bajo de este capital lleva a comportamientos menos diferenciales (dentro de las tendencias generales que ya comentamos) si lo comparamos con el nivel máximo de dicho capital (excepto en el caso de hijas y hermanos, aunque con escaso margen: dos puntos más para los sin estudios básicos terminados en el primer caso y 4 en el de los hermanos). Es decir, que las mujeres y los varones de más escasa formación reglada tienen menos diferencias en sus comportamientos de visitas a otros

parientes (excepto en hijas y hermanos) que los que tienen en mayor grado ese capital.

Debemos así mismo reseñar el comportamiento sui géneris de los que poseen estudios secundarios no profesionales, pues rompen incluso tendencias generales en casi todos los grados de parentesco considerados: En el caso de las visitas a hijas el diferencial de género no sólo es a favor de los varones, sino que alcanza un diferencial de 12 puntos (6 puntos a favor de la mujer en los que no terminan estudios básicos y 4 en el caso de los que cursaron estudios universitarios; en el caso de los estudios básicos, prácticamente semejante). Rompe también la tendencia en el caso de las visitas a los hermanos (1 punto a favor de las mujeres), de los abuelos maternos (más de 3 puntos a favor de los hombres; aunque aquí acompañado por los que poseen estudios secundarios profesionales) y de las suegras (4 puntos a favor de los varones). Y tiene los valores más altos a favor de la tendencia general en el caso de las visitas a las madres (10 puntos a favor de las mujeres y hermanas (20 puntos a favor de las mujeres; la diferencia más alta en todos los grados de parentesco).

Dentro de estas singularidades que rompen tendencias, señalemos también los comportamientos de los que poseen sólo estudios básicos en las visitas a hijas e hijos (1 punto a favor de los varones y 4 puntos respectivamente). Ambos grupos de los estudios secundarios coinciden en romper la tendencia en las visitas a los abuelos, inclinando a favor de los varones el diferencial de género.

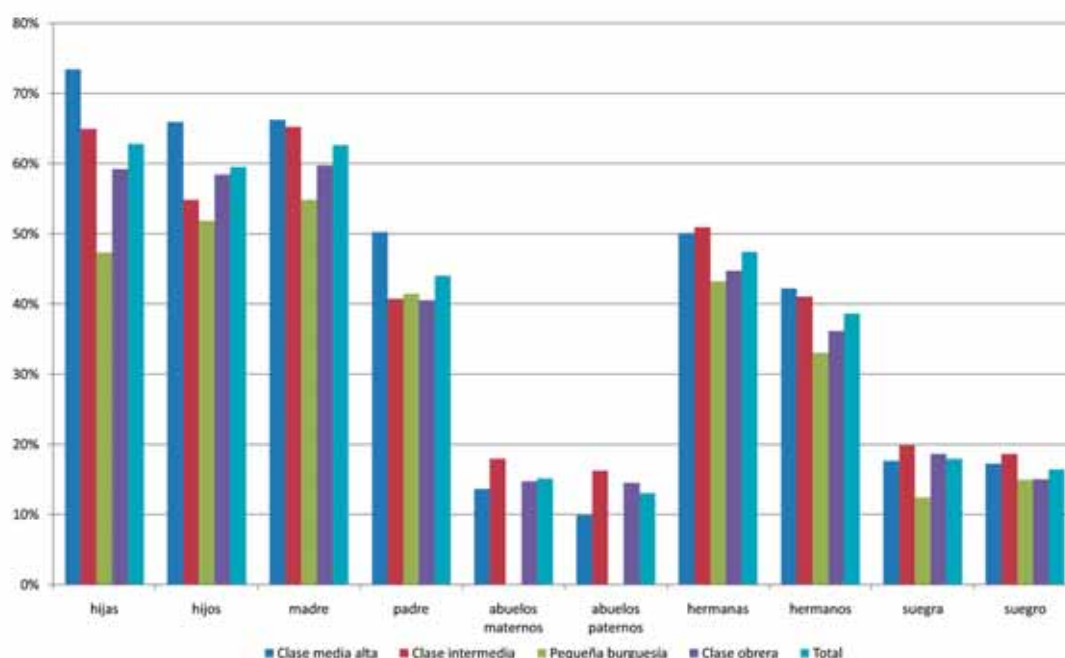
En cuanto al segundo medio en importancia a la hora de interaccionar, los **contactos telefónicos**, los rasgos más significativos en función de clase social adquieren la siguiente distribución según la relación con los concretos miembros de

la familia. Dentro de la tendencia (gráfico 2.5 y Tabla 2.3)⁶³ a hablar más con los parientes más directos en primera línea de consanguinidad, hijos (62,8% hijas; 59,5% hijos varones), madres (62,6%), hermanas (47,4%), padres (44%) y hermanos varones (38,6%), la modulación que introduce la clase social parece plasmarse fundamentalmente en las siguientes tendencias:

Conforme ascendemos en clase social encontramos una mayor comunicación por el medio telefónico, siendo los miembros de la clase media-alta los que más se comunican con todas las figuras del parentesco por este medio (porcentajes en los contactos con las hijas del 73,4%; con los hijos varones del 65,9%; con las madres del 66,2% ; con los

padres del 50,2%; con las hermanas del 50,1% y con los hermanos del 42,2%; decayendo con respecto a suegros y abuelos –por debajo del 18% y el 15% respectivamente) y con diferencias sustanciales respecto a los de la clase obrera (14 puntos en el caso de las hijas, 10 en el caso de los padres, entorno a 7 en el caso de hijos varones y madres, alrededor de 6 en el caso de los hermanos; gran similitud en los bajos porcentajes de los suegros) y algo más con la pequeña burguesía. La clase intermedia acercaría notablemente su comportamiento a la clase media-alta en el caso de madre, y hermanos/as sobre todo, siendo más próximo dicho comportamiento en el caso de los padres varones y los hijos a la clase obrera y pequeña burguesía.

Gráfico 2.5. Entrevistados que telefonan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por clase social (porcentajes)



FUENTE: Tabla 13.1. Anexo

63 En este caso los desfases entre los totales de clase social (Tabla 13.1 del anexo) y estudios/actividad (Tablas 13.1/2 del anexo) son mínimos, excepto en hermanos/as un poco más elevado (3-5 puntos más en los de clases sociales, efecto de los inactivos).

Si centramos nuestra atención en los comportamientos de clase en función del género, destacamos que, a igualdad de grado de consanguinidad en descendencia, se multiplican más los contactos telefónicos con la parte femenina en la clase media-alta respecto a la clase obrera, así las hijas reciben un porcentaje mayor de llamadas que los hijos varones (más de 7 puntos frente apenas uno en la clase obrera). Si operamos al mismo nivel de consanguinidad en ascendencia, la distancia entre los contactos telefónicos con madres y padres, a favor de las primeras, es algo mayor en el caso de la clase obrera (19 puntos) que en de la clase media-alta (16 puntos). En el caso de los hermanos/as apenas hay diferencias, incluso con las otras clases.

En el caso de la clase intermedia habría un hecho significativo a señalar: una muy notable diferencia de 25 puntos a favor de las llamadas a las madres en relación a los padres.

Si observamos el diferencial de género por cada una de las categorías de parentesco en su especificidad, es preciso subrayar el hecho de que la menor diferencia entre varones y mujeres que observábamos en los porcentajes generales sobre teléfono –sin matizar por pariente– (gráfico 2.1) en la

clase media-alta respecto a la clase obrera, como comentamos, se diluyen en cuanto analizamos en función de parientes concretos. Así, las mujeres de clase media-alta tienen mayor diferencial con los varones en las llamadas a las hijas que las de clase obrera (10 puntos frente a casi 5 puntos). Sin embargo apenas existe diferencial para estas dos clases sociales en el caso de los hijos (12//13 puntos), las madres (10//11 puntos) o las hermanas (17//16).

No obstante, vuelven las diferencias entre varones y mujeres a ponerse de manifiesto más intensamente en la clase media-alta respecto a la obrera en el caso de los padres varones, aunque en esta ocasión a favor de los varones: los varones de clase media-alta llaman más que las mujeres a los padres varones que los de clase obrera (6 puntos). En esa línea apunta también el mayor diferencial a favor de los hombres en el caso de los hermanos varones.

En la pequeña burguesía destacar el diferencial a favor de las mujeres en el caso de las llamadas tanto a hermanos varones (invirtiendo la tendencia) como a hermanas (donde adquiere el mayor valor el diferencial).

Tabla 2.3 Entrevistados que telefonan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por clase social y género (porcentajes)

	Clase media-alta			Clase intermedia			Pequeña burguesía			Clase obrera			Total		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Hijas	68,8%	78,0%	73,4%	65,0%	..	64,9%	..	72,6%	47,3%	57,1%	61,8%	59,2%	57,6%	69,0%	62,8%
Hijos	55,8%	77,8%	65,9%	59,1%	..	54,8%	..	67,0%	51,8%	51,0%	64,2%	58,4%	52,3%	66,7%	59,5%
Madre	61,1%	71,6%	66,2%	60,0%	69,7%	65,2%	48,0%	61,7%	54,8%	54,3%	65,5%	59,7%	57,2%	68,1%	62,6%
Padre	58,0%	42,9%	50,2%	44,6%	37,6%	40,7%	44,0%	39,2%	41,4%	45,1%	35,7%	40,5%	49,3%	38,8%	44,0%
Abuela materna	..	..	13,6%	..	..	17,9%	..	..	..	13,2%	16,9%	14,7%	13,3%	17,2%	15,1%
Resto de abuelos	..	..	9,9%	..	..	16,2%	..	..	..	11,8%	18,4%	14,5%	10,9%	15,4%	13,0%
Hermanas	41,9%	58,8%	50,1%	45,5%	56,3%	50,9%	34,3%	54,5%	43,2%	37,5%	53,4%	44,7%	39,8%	55,8%	47,4%
Hermanos	44,7%	39,8%	42,2%	47,4%	35,2%	41,0%	31,9%	34,2%	33,0%	36,1%	36,1%	36,1%	40,2%	37,0%	38,6%
Suegra	15,6%	19,6%	17,6%	16,8%	22,9%	19,8%	..	..	12,4%	15,7%	21,6%	18,6%	15,3%	20,7%	17,9%
Suegro	18,9%	15,4%	17,2%	21,8%	15,5%	18,6%	..	..	14,9%	16,5%	13,1%	15,0%	18,4%	14,2%	16,4%

FUENTE: Tabla 13.1. Anexo

Nota: Porcentaje de individuos que telefonan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

Al introducir el factor capital formativo (Tabla 2.4), la relación con un medio que en cierto modo supone introducirse en el manejo de un artefacto técnico, mediatiza su uso en función de lógicas tecnológicas que están más en concordancia con ciertos niveles educativos. En parte nos lleva a esta reflexión el observar cómo su uso se polariza en función de la cantidad de capitales formativos reglados que se posean. No es sólo que conforme se va aumentando el nivel de estudios haya una tendencia a realizar más contacto telefónicos con los parientes, sino que la polarización entre los que no tienen estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios es muy significativa: de 15/12 puntos de diferencia en el caso de comunicaciones con hijas/os; de 35/20 puntos en el caso de las con madres/padres; de 17/14 en el caso de hermanas/os.

Si lo analizamos en función de las matizaciones de género, observamos, por una parte, que en relación con los niveles de consanguinidad, son las mujeres objeto de una mayor atención: en todos los niveles de estudios las hijas más llamadas que los hijos (excepto en el grupo de los que sólo cursaron estudios secundarios no profesionales, donde apenas hay diferencias), las madres que los padres, las hermanas que los hermanos (incluso las suegras más que los suegros, aunque los porcentajes sean muy bajos), y las abuelas maternas más que el resto de los abuelos; si bien las diferencias suben, sobre todo en el caso de madres/padres, hermanas/hermanos, en los grupos de mayor nivel de estudios.

Por otra parte, referente al diferencial de género en cada una de los segmentos relacionales en función de grado de parentesco y del género de ese mismo segmento, comprobamos que no poseer estudios básicos rompe la tendencia a favor de las mujeres en los contactos telefónicos con las madres, inclinándose hacia los varones en un punto; y

que son también estos varones los que más diferencial de género adquieren a su favor en las comunicaciones con los padres (más de 14 puntos). Así mismo, en el caso de los contactos telefónicos con hermanas/os, observamos que el nivel de estudios influye: para disminuir el diferencial en caso de poseer poco capital formativo reglado a propósito de las llamadas a hermanas (de 5 a 12 puntos entre los que no tienen estudios básicos y el resto), y para aumentarlo en el caso de poseer estudios universitarios (entre 3 y 5 puntos por encima del resto de niveles educativos) a propósito de las llamadas a hermanos.

Respecto a los que poseen estudios secundarios no profesionales, vista la peculiaridad de su comportamiento comunicacional por teléfono con los hijos (llaman más a los hijos varones que a las hijas, rompiendo la tendencia de los otros niveles educativos), decir que ésta sigue mostrándose en el diferencial de género rompiendo la tendencia respecto a los otros grupos: apenas diferencia entre varones y mujeres en las llamadas a hijas, e inversión de la tendencia hasta en 10 puntos de diferencial a favor de los varones (es decir, de los padres) en el caso de las llamadas a hijos varones. También este grupo tiene el valor más bajo en el diferencial de género a favor de las mujeres en las llamadas a las madres.

En el caso de los contactos telefónicos con hermanas/os, observamos que el nivel de estudios parece incidir doblemente: para disminuir el diferencial a favor de las mujeres en caso de poseer poco capital formativo reglado a propósito de las llamadas a hermanas (de 5 a 12 puntos entre los que no tienen estudios básicos y el resto), y para aumentarlo a favor de los varones en el caso de poseer estudios universitarios (entre 3 y 5 puntos en relación con el resto de niveles educativos) a propósito de las llamadas a hermanos.

Tabla 2.4. Entrevistados que telefonan frecuentemente a cada uno de sus tipos de pariente, por máximo de nivel de estudios del “sustentador principal” y género (porcentajes)

	Ns/Nc			Sin terminar estudios básicos			Estudios básicos			Secundarios no profesionales			Secundarios Profesionales			Universitarios			Total		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Hijas	41,9%	66,7%	56,8%	54,4%	64,2%	60,2%	63,4%	71,7%	67,8%	66,4%	67,4%	67,0%	70,7%	78,6%	74,2%	70,4%	81,1%	75,2%	58,9%	68,0%	63,9%
Hijos	43,1%	58,6%	52,9%	52,9%	61,3%	57,9%	63,0%	69,0%	66,2%	73,9%	63,5%	68,3%	..	78,2%	70,6%	66,0%	75,5%	70,6%	57,4%	64,4%	61,4%
Madre	..	..	41,1%	38,6%	37,8%	38,2%	49,3%	61,7%	55,4%	63,2%	65,5%	64,4%	58,1%	73,7%	65,7%	68,1%	79,0%	73,5%	55,6%	65,7%	60,7%
Padre	..	..	..	40,9%	26,3%	33,2%	42,2%	34,5%	38,3%	51,2%	38,3%	44,4%	50,3%	38,8%	44,7%	58,9%	48,1%	53,2%	48,5%	38,4%	43,3%
Abuelos maternos	..	..	..	20,0%	..	19,0%	14,2%	19,5%	16,6%	24,8%	35,5%	30,5%	..	22,7%	17,1%	19,7%	25,5%	23,0%	17,2%	24,1%	20,5%
Abuelos paternos	..	..	..	15,0%	..	14,2%	15,4%	21,0%	18,0%	..	26,1%	21,7%	..	..	11,8%	..	26,1%	20,3%	14,1%	20,5%	17,2%
Hermanas	25,9%	34,6%	30,6%	31,6%	38,6%	35,2%	36,9%	51,9%	44,2%	38,5%	53,4%	46,1%	36,8%	55,2%	45,8%	46,0%	58,6%	52,2%	36,6%	48,7%	42,7%
Hermanos	24,9%	33,3%	29,3%	30,6%	27,7%	29,1%	37,2%	35,8%	36,5%	36,5%	34,7%	35,5%	40,2%	36,6%	38,4%	47,3%	40,0%	43,6%	36,8%	34,1%	35,4%
Suegra	..	..	..	10,9%	18,3%	14,3%	13,1%	21,2%	17,0%	15,4%	17,6%	16,5%	17,0%	22,1%	19,4%	17,9%	20,5%	19,2%	14,9%	20,3%	17,5%
Suegro	..	..	..	17,8%	..	13,7%	14,8%	14,3%	14,6%	..	..	12,9%	21,0%	12,2%	17,0%	19,8%	13,1%	16,7%	17,4%	13,0%	15,4%

FUENTE: Tabla 13.2. Anexo

Nota: Porcentaje de individuos que telefonan frecuentemente a cada tipo de pariente, con el que no conviven, del total que tienen dicho pariente y no conviven con él.

2.2. Intercambios económicos: expectativas y realizaciones

Uno de los elementos que pueden ayudarnos a comprender mejor esa ‘densidad’ de las relaciones de parentesco es el relativo a los intercambios económicos, tanto en el orden de realizaciones efectivas de los mismos como en el de las expectativas que los sujetos tienen respecto a potenciales intercambios económicos que puedan darse, con todo lo delicado que son siempre los asuntos monetarios dentro del ámbito familiar. Se trata, pues, de observar como se articulan plausibles intercambios económicos en las redes familiares, concretándose, en primer lugar, en las expectativas, es decir, de quién se puede esperar una cierta ‘solidaridad económica’ y de quién se espera que la solicite al ego.

A este respecto nos pueden ilustrar los datos sobre petición de ayuda económica, tanto desde la posición de potencial demandante como de posible donador.

A) Comenzando por la posición de demandante, sobre la percepción de quiénes podrían ser sus potenciales donadores de ayuda económica, observamos en el gráfico 2.7⁶⁴ que la

diferencia la marcan los padres, cayendo casi un tercio dichas expectativas cuando los eventuales donadores puedan ser hijos/as o hermanos/as, y sobre este contexto aparecen connotaciones de clase social:

Dentro de la tendencia general a que los padres varones sean objeto de mayores posibles demandas, serían las clases media-alta e intermedia las que más resueltas se mostrarían a pedir esta ayuda económica (71,3% y 68,5%), mientras que las clases obrera y la pequeña burguesía tendrían un comportamiento similar más renuente a pedir esta ayuda (entorno a valores del 60%), en comparación con las dos clases anteriores.

La clase media-alta pediría menos a las hijas que la clase obrera (7 puntos de diferencia), pero sus expectativas son similares en el caso de los hijos varones. Posiblemente es la pequeña burguesía la que tiene una tendencia a demandar más a los hijos/as.

La clase obrera y la pequeña burguesía también acercarían más sus expectativas en el caso de demandas económicas a hermanos y hermanas, situándose en las posibles demandas por debajo de las clases intermedia y alta (con comportamientos muy parecidos como indican sus porcentajes y diferencias con las dos anteriores de 4 puntos en el caso de los hermanos, y entre 4 y 9 puntos en el caso de las hermanas)

Cuando esta demanda tuviera como objeto a las madres apenas hay diferencias entre clases (entre el 60,4% de la clase obrera y el 63,5% de la clase intermedia), excepto en la pequeña burguesía, donde esa posible demanda cae alrededor de 1/3 (43,3%).

64 En esta ocasión si son un poco más abultadas las diferencias entre totales de las Tablas, sobre todo en el caso de los hijos/as. Aunque la tendencia por ello no se modifica, los porcentajes totales de aquellos caen en la Tabla 15.1 del anexo respecto a las de educación/actividad (15.2/15.3 del anexo), tomando valores muy próximos a los de hermanos/as (influyendo también una leve subida de éstos respecto a las susodichas Tablas 15.2/15.3 del anexo). Nuevamente la explicación hay que buscarla en los inactivos.

Ya en porcentajes generales más bajos, la clase intermedia sería la que le pediría más a los suegros (junto a la clase obrera en el caso de las suegras) y la clase de la pequeña burguesía la que les pediría menos (junto a la clase media-alta en el caso de las suegras).

En lo que respecta al diferencial de género (Tabla 15.1 de anexo) por grado de consaguinidad y categorías, y dentro de la tendencia general de que son las mujeres las que suelen pedir ayuda económica a madres, hijos/as, hermana y suegra y los varones a padres, hermanos y suegros, hayamos interesantes contrastes por clase social:

Es la clase obrera la única clase en que los varones manifiestan, con porcentajes significativos, que pedirían ayuda económica al padre por encima de las mujeres que lo expresan (5 puntos). Similar en el caso de recurrir a la suegra (en este caso 8 puntos).

La pequeña burguesía destaca por tener el diferencial más alto a favor de las mujeres en caso de pedir esa ayuda a los padres. También por tener el único diferencial a favor de los varones en caso de pedir la ayuda a las hermanas. Y el más alto a favor de los varones en el caso de los hermanos. (Y en cambio, estos varones de la pequeña burguesía tenían el porcentaje, no el diferencial, más bajo en el caso de tener que pedir ayuda económica a las madres). Pero las mujeres son las que rompen la tendencia en las otras clases (en que serían los varones) de pedir la potencial ayuda a los suegros (8 puntos).

La clase intermedia se caracterizaría por tener el mayor diferencial a favor de las mujeres en las posibles demandas a las madres (con un muy significativo valor del diferencial de 24 puntos –8 más que la clase media-alta y 10 más que la pequeña burguesía), a las hermanas y hermanos (cambiando en estos últimos la tendencia en las otras clases, que suelen ser los varones). También tiene el mayor diferencial a favor de los varones (con más de 11 puntos) en el caso de los suegros.

La clase media-alta se podría caracterizar por su mayor diferencial a favor de las mujeres en el caso de los hijos; y una

igualdad entre varones y mujeres en las posibles peticiones a los padres. Ausencia de diferencias que también encontramos en el caso de las suegras.

A la luz del capital formativo reglado, podemos observar (Tabla 2.5) que a medida que aumenta dicho capital menos se pediría a los hijos (entre 28 y 30 puntos de diferencia en el caso de hijos varones e hijas entre los que no tienen estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios; aunque la verdadera fractura es a partir de los estudios básicos) y más a los padres (destacando las diferencias en el caso de los padres varones, de entre 30 y 32 puntos de diferencia de los estudios universitarios y secundarios no profesionales con los que no tienen estudios básicos). Aunque en porcentajes menores (más de 20 puntos de diferencia), dicha tendencia está presente también en el caso de los hermanos, a los cuales se les pediría más conforme aumenta el capital formativo.

Si intentamos ver cómo el diferencial de género se estructura por nivel de estudios, observamos que las mujeres con más bajo capital formativo reglado tienden a tomar protagonismo en las demandas a hijas, hijos y suegras/os. Cayendo este protagonismo en el caso de los padres/madres y hermanos/as: serían los varones con menor capital formativo reglado los que más pedirían a los padres varones, en comparación con las mujeres, y los que (en concreto los que no poseen estudios básicos) más cerca estarían de aquellas a la hora de posibles demandas a las madres, en comparación con los restantes niveles educativos considerados (distancias en el diferencial con otros niveles de 10–12 puntos); en el caso de las hermanas rompen, incluso, estos varones con escaso capital formativo reglado la tendencia en los otros niveles educativos a que sean las mujeres las potenciales demandadoras, y en el de los hermanos, se sitúan las distancias entorno a 8–12 puntos del diferencial a favor estos varones en comparación con los restantes niveles educativos.

Tabla 2.5 Entrevistados que no dudarían en pedir ayuda a alguno de los siguientes parientes, según nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc			Sin terminar estudios			Estudios básicos			Estudios secundarios profesionales			Estudios secundarios no profesionales			Estudios universitarios		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Hijas	56,1%	66,2%	62,2%	57,6%	69,3%	64,4%	49,2%	54,8%	52,2%	..	..	39,9%	41,2%	36,8%	38,9%	32,4%	37,7%	34,8%
Hijos	59,3%	58,7%	58,9%	60,9%	65,2%	63,5%	45,3%	56,9%	51,4%	..	..	44,8%	43,6%	46,4%	45,1%	34,4%	37,8%	36,0%
Madre	63,1%	73,4%	67,8%	39,4%	43,5%	41,6%	49,6%	63,2%	56,3%	57,3%	73,1%	65,0%	61,5%	73,5%	67,9%	59,0%	74,1%	66,6%
Padre	..	..	71,8%	53,1%	44,8%	48,7%	66,5%	59,7%	63,0%	66,0%	67,0%	66,5%	77,6%	82,5%	80,2%	77,9%	79,3%	78,6%
Abuela M.	..	..	..	16,7%	..	15,9%	19,6%	25,4%	22,3%	..	..	14,3%	22,9%	22,9%	22,9%	23,6%	17,6%	20,3%
Ab. Pat.	..	..	..	20,9%	..	15,7%	9,4%	12,7%	10,9%	..	..	9,9%	..	..	15,4%	..	..	13,9%
Hermanas	17,3%	24,8%	21,3%	28,4%	27,2%	27,7%	33,4%	38,6%	35,9%	30,9%	42,7%	36,6%	35,3%	43,6%	39,5%	35,9%	45,4%	40,6%
Hermanos	21,1%	20,1%	20,6%	30,5%	22,3%	26,3%	37,6%	29,9%	33,8%	35,7%	34,8%	35,3%	31,9%	32,4%	32,2%	40,6%	38,9%	39,7%
Nietos	..	..	..	..	2,6%	2,0%	..	..	..	..	..	..	..	..	..	..	..	..
Suegra	..	..	..	15,3%	20,6%	17,7%	21,0%	22,4%	21,7%	20,5%	27,7%	23,9%	20,3%	16,6%	18,4%	20,7%	16,7%	18,8%
Suegro	..	..	..	28,4%	..	21,9%	28,5%	32,2%	30,2%	39,8%	26,4%	33,7%	35,7%	30,2%	32,8%	43,6%	31,3%	37,9%
Total	66,6%	71,3%	69,3%	67,4%	72,7%	70,2%	69,7%	76,7%	73,2%	78,0%	85,5%	81,6%	72,5%	77,6%	75,2%	77,6%	83,0%	80,3%

FUENTE: Tabla 15.2. Anexo

Si consideramos la actividad (Tabla 2.6), parece que el factor trabajo (o proximidad a él, en el caso de los desempleados) articula las tendencias, pues a hijas/os potencialmente demandarían más los pensionistas y amas de casa (entre el 58,2% y 64,7%) y menos los trabajadores y desempleados (valores entre el 33,2% y 43,6%). Tendencia que se invierte en el caso de los padres (68,4% y 66,3% para trabajadores y parados, entorno al 55% para jubilados y amas de casas). En el mismo sentido en el caso de los hermanos/as (aunque aquí decaerían los porcentajes en general –los valores más altos entorno al 39%– y considerablemente, por el factor edad, en el caso de los jubilados).

En el caso de los suegros hay una pequeña bifurcación dentro de la tendencia a pedir más a los suegros varones: las amas de casa pedirían más a las suegras que los otros grupos, mientras los trabajadores/desempleados lo harían a los suegros varones.

Parece de cierta consistencia que a los abuelos sean los que estudian (presumiblemente los más jóvenes) los que eventualmente les pedirían ayuda económica en mayor medida.

Tabla 2.6. Ego pediría ayuda a..., por relación de ego con la actividad
(porcentajes)

	NsNc	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Otra actividad	Total
Hijas	..	..	33,2%	43,6%	64,1%	61,4%	..	56,5%
Hijos	..	..	36,8%	36,4%	64,7%	58,2%	..	56,5%
Madre	..	100,0%	59,7%	57,2%	35,5%	57,1%	67,2%	60,3%
Padre	..	100,0%	68,4%	66,3%	55,7%	55,2%	78,6%	68,3%
Abuelos maternos	..	38,2%	14,2%	23,8%	..	..	..	19,5%
Abuelos paternos	..	22,4%	10,8%	12,3%	..	..	..	13,1%
Hermanas	..	53,8%	39,8%	39,0%	18,9%	30,9%	29,2%	34,0%
Hermanos	..	48,9%	38,5%	34,1%	18,8%	25,0%	33,6%	32,1%
Suegra	..	..	20,5%	21,6%	..	23,2%	..	20,6%
Suegro	..	..	33,4%	34,6%	..	28,7%	..	32,3%

FUENTE: Tabla 15.3. Anexo

B) Sobre los intercambios contemplados desde la perspectiva de ser el sujeto el potencial donador de la ayuda económica, encontramos datos que tienen una cierta congruencia con los que acabamos de analizar. Así en el gráfico 2.7 podemos vislumbrar, que en correspondencia con lo visto anteriormente, que se esperaba que esta ayuda pudiera venir de los padres, los sujetos creen que quienes fundamentalmente les pueden pedir ayuda económica son los hijos. Siendo esta creencia, en el caso de que la demanda provenga de los hijos varones, mayor en la clase media-alta (68,1%), con 10 puntos de diferencia sobre la clase obrera y 7 sobre la pequeña burguesía. En el caso de las hijas las diferencias entre clases son menores, correspondiendo el mayor porcentaje a la pequeña burguesía (64,5%), con cinco puntos más que la clase media-alta y obrera. En ambos casos los porcentajes más bajos corresponderían a la clase intermedia.

A continuación parece esperarse que sean los hermanos/as los que pedirían esta ayuda, siendo las clases media-alta e intermedia las que tendrían más expectativas en esta dirección, con diferencias entre 5–9 puntos con la clase obrera y la pequeña burguesía.

Los padres serían ahora las terceras figuras del ámbito familiar de los que se espera que demanden esa ayuda económica, siendo en el caso de las madres las diferencias entre todas las clases casi insignificantes (entre el 46%–47,5%), excepto en la pequeña burguesía que tiene un comportamiento peculiar como comentaremos. De esas madres se espera esta demanda más que de los padres varones entre los miembros de la clase obrera y la clase intermedia, fundamentalmente. Lo cual va relacionado con las mayores diferencias entre las clases en el caso de los padres varones: la clase media-alta (47,2%) esperaría esta posible demanda casi 5 puntos más que la clase obrera y cuatro puntos más que la clase intermedia. Precisamente en esa

clase media-alta apenas hay diferencias entre que las expectativas de demandas provengan de uno y otro progenitor.

Respecto a los suegros, dentro de la tendencia a esperar que las posibles demandas monetarias vendrían fundamentalmente de sus suegros varones, las diferencias entre clases se presentan bastantes exiguas, especialmente en el caso de éstos. En el caso de las suegras la clase intermedia destaca con un porcentaje del 18,5%, acercándose a ella el comportamiento de la clase obrera (14,9%) y distanciándose a más de 8 puntos la clase media-alta y la pequeña burguesía.

A propósito de la pequeña burguesía, debemos hacer constar que al igual que se significaba de una manera especial por sus bajas expectativas a recurrir a sus madres en relación con las otras clases (entre 17–20 puntos de diferencia con dichas clases), ahora nuevamente obtiene unos valores muy significativos de diferencia con las otras clases (entre 13–14 puntos menos) en el caso de los que creen que sus madres no dudarían en pedirle ayuda económica a ellos.

Si introducimos una visión de género por clase, podríamos señalar:

Sería a nivel de ascendencia en primera línea donde nos encontraríamos menos diferencias, aunque es necesario señalar que la tendencia mínima a esperar que sean las madres las que demanden ayuda en la clase obrera e intermedia (entre 5 y 3 puntos), se ve trastocado en la clase media-alta, donde por muy escaso margen (un punto) se espera que los padres varones sean un poco más demandadores que las madres, al igual que ocurre en la pequeña burguesía (con porcentajes sensiblemente más bajos pero con mayor diferencia a favor de los padres).

Se espera que sean las hermanas más que los hermanos varones los que pedirían eventualmente esta ayuda, con poca diferencia comparativa entre clases, si bien podemos señalar

algunos contrastes más acusados en las clases obrera (48,5//44) y media-alta (52,2//49,2).

Es a nivel de descendencia en primera línea donde nos encontramos la mayor diferencia entre parientes masculinos y femeninos, justamente en la clase media-alta, con nueve puntos de diferencia (68,1% para los hijos, 59,3 para las hijas).

Ahondando esta visión de género a través del diferencial de género, podemos señalar algunos matices: (Gráfico 2.6).

Son las mujeres de la clase obrera y la pequeña burguesía (sobre todo con 8 puntos de valor en el diferencial de género), las que no dudan en que sus hijas les pedirían ayuda.

Y serían los hombres de esas dos clases los que obtendrían valores más altos y semejantes (8 en la clase obrera y 9 en la pequeña burguesía) en el caso de creer que sus padres les pedirían ayuda.

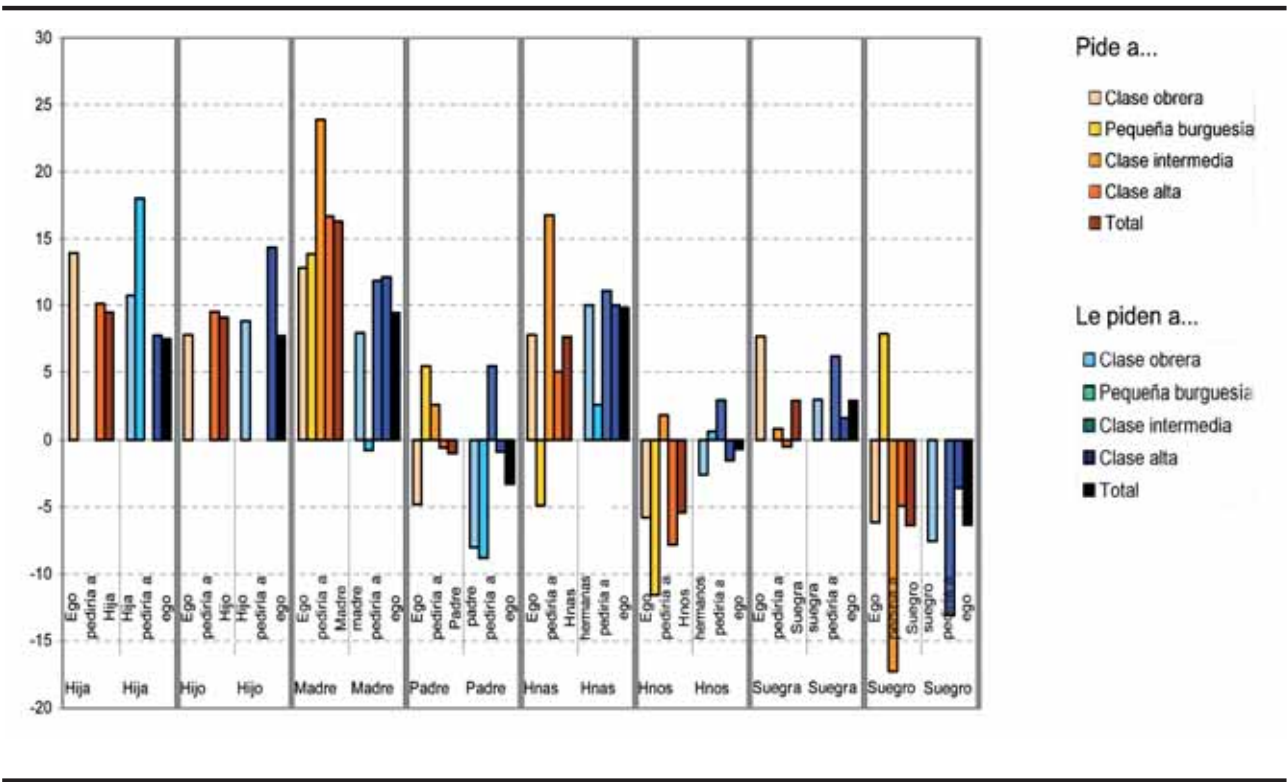
Esa pequeña burguesía se significaría también por tener un diferencial a favor de los hombres en el caso de las madres (aunque sea de un punto), cuando los diferenciales de género son en las otras clases a favor de las mujeres. Si bien es verdad que la posición que más se acerca a ellas es la de las mujeres de clase obrera en tanto tienen el diferencial más bajo a favor de las mujeres. Las mujeres de esta clase de la pequeña burguesía, en cambio, se acercan más a las de la

clase intermedia cuando se piensa en si los hermanos varones serían los que podrían pedir esa ayuda económica. En el caso de los hermanos estarían separadas entre 7 y 8 puntos del resto de clases sociales.

Las mujeres de la clase intermedia también tienen unas expectativas singulares respecto al de resto de clases, pues al tener un diferencial de género a su favor en el caso de los que creen que sus padres pedirían ayuda económica, rompen la tendencia a favor de los varones en las otras clases (5 puntos a favor de las mujeres, frente a 8–9 de la clase obrera y la pequeña burguesía y 1 de la clase media-alta a favor de los varones).

Si comparamos los diferenciales de género de las expectativas de a quién se demandaría ayuda económica y sobre los parientes que nos pedirían ayuda económica, vemos (gráfico 2.6) que hay una congruencia sobre todo en las clases obrera y media-alta. Por congruencia entendemos en esta ocasión que los diferenciales a favor de varones o mujeres se mantienen en el mismo sentido, hacia uno u otro, en cada figura del parentesco, tanto en el hecho de demandar ayuda como en el de creer que uno sería elegido para prestar dicha ayuda.

Gráfico 2.6. Quién pediría a ego, y a quién pediría ego, por clase social: diferencial de género
(porcentajes)



FUENTE: Tablas 15.1 y 16.1 Anexo

Nota: Los valores positivos indican diferencias a favor de las mujeres, y los negativos a favor de los varones.

Si observamos estas expectativas económicas a la luz del capital formativo (Tabla 2.7), encontramos algunos resultados singulares. No cabe duda que en todos los niveles de estudio de los que se espera que demanden ayuda económica es sobre todo de hijas/os, seguidos de padre/madre y hermanas/os, y es precisamente en estas diferencias entre los grados de filiación donde aparecen los interesantes matices que introduce la desigual posesión de capitales formativos reglados.

Los que no llegaron a completar los estudios básicos aparecerían como los más confiados en creer que las hijas les pedirían ayuda económica en caso de necesidad (69,5%), teniendo la máxima diferencia (más de 10 puntos) con los que poseen estudios universitarios, siendo las diferencias entre los dos polos casi equidistantes de los otros tres niveles de estudio considerados, pues sus porcentajes se sitúan entorno al 63,5%–64,5%. Aunque en el caso de los hijos varones también poseen el porcentaje más alto (68,5%), las diferencias son inapreciables con los que tienen mayor nivel de estudios (67,7%), pero curiosamente son algo más significativas con los que poseen sólo estudios básicos (cerca de 5 puntos) o estudios secundarios profesionales (4 puntos).

En el resto de expectativas sobre el origen familiar de procedencia de las demandas, sí hay una continuidad en la tendencia conforme desciende el capital formativo, pues los porcentajes van disminuyendo paulatinamente en los diferentes casos consignados sobre la posible procedencia de la demanda, sea de la madre (de un 49,8% de los que poseen estudios universitarios a un 33% de los que no tiene estudios básicos), sea del padre (de un 52,6% a un 29,8%) o hermanas (de un 52,2% a un 28,8%) y hermanos (de un 49,1% a un 26,7%). Si bien tendríamos que particularizar las pequeñas diferencias a los que poseen algún nivel completado de estudios, para consignar que el salto está fundamentalmente entre los que apenas poseen capital formativo reglado (no haber completado estudios básicos) y el resto (en el caso de

hermanas/os se puede también constatar un pequeño salto entre los estudios universitarios y el resto de niveles educativos efectivamente completados).

En el caso de los suegros, el salto que venimos constatando (aunque en menor medida) entre sin estudios y el resto, lo observaríamos en el caso de los suegros varones pero no en el de las suegras (con escasas diferencias entre 1 y 4 puntos).

Si introducimos la variable género en nuestras observaciones, lo más destacable, considerando un mismo nivel de parentesco, es la diferencia entre la creencia de que sean hijos o hijas los que demanden esa ayuda económica, y precisamente en el nivel de los que poseen mayor capital formativo reglado (8 puntos más de creencia en que la demanda la realizarían los hijos varones).

Si esta variable la tenemos en cuenta en términos de diferencial de género en cada una de las figuras de parentesco que venimos considerando, nos encontramos que los varones que tienen menos capital formativo tienden a tomar protagonismo en la confianza de que sus parientes les demandarían ayuda económica. Siendo esta creencia más intensa en el caso de padres varones, hermanos varones y madres (la excepción vendría de la mano de los que finalizaron estudios secundarios profesionales en el caso de las hijas, cuyo varones destacarían con un diferencial de 11 puntos sobre las mujeres).

Correlativamente, las mujeres con más capital formativo reglado aumentan su confianza en convertirse en eventuales proveedoras de ayudas económicas a sus parientes (incluso suele ser más acentuado en la franja de los que tienen estudios secundarios en general, a excepción del caso de que esta ayuda pudiera ser demandada por las hijas). En las que poseen estudios universitarios decae un poco esta confianza, excepto en el caso de que supongamos que son las hijas las que realizaran dicha demanda, donde adquieren el mayor valor diferencial a favor de las mujeres (12 puntos).

Tabla 2.7. Entrevistados que creen que alguno de los siguientes parientes no dudaría en pedirle ayuda, por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc			Sin terminar estudios			Estudios básicos			Estudios secundarios profesionales			Estudios secundarios no profesionales			Estudios universitarios		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Hijas	64,4%	64,9%	64,7%	68,3%	70,4%	69,5%	61,7%	65,7%	63,8%	69,6%	58,2%	64,5%	63,4%	63,8%	63,6%	53,8%	65,4%	59,0%
Hijos	72,9%	62,5%	66,4%	69,2%	68,1%	68,5%	62,1%	65,2%	63,7%	..	70,5%	64,5%	64,5%	68,1%	66,4%	66,8%	68,6%	67,7%
Madre	..	..	35,3%	36,4%	30,0%	33,0%	39,1%	47,6%	43,3%	44,0%	53,9%	48,9%	41,4%	52,5%	47,3%	46,2%	53,4%	49,8%
Padre	..	..	..	38,3%	22,3%	29,8%	43,9%	40,1%	42,0%	46,0%	45,6%	45,8%	45,7%	52,5%	49,3%	53,8%	51,5%	52,6%
Abuela materna	..	..	..	..	..	..	..	..	5,4%	..	..	..	..	..	..	..	..	..
Resto de abuelos	..	..	..	..	..	8,3%	..	..	4,2%	..	..	..	..	..	..	..	..	..
Hermanas	19,7%	27,3%	23,8%	28,6%	29,1%	28,8%	41,2%	48,0%	44,5%	42,7%	52,1%	47,3%	41,0%	54,2%	47,7%	50,2%	54,8%	52,5%
Hermanos	23,8%	23,5%	23,6%	30,3%	23,4%	26,7%	42,9%	40,4%	41,7%	48,4%	46,5%	47,4%	41,2%	46,2%	43,9%	48,4%	49,7%	49,1%
Suegra	..	..	..	11,4%	12,5%	11,9%	12,0%	12,3%	12,1%	13,0%	17,6%	15,2%	15,1%	16,4%	15,8%	14,2%	14,8%	14,5%
Suegro	..	..	..	18,9%	..	14,3%	17,8%	18,2%	18,0%	25,8%	15,5%	21,1%	23,0%	16,1%	19,4%	27,9%	18,1%	23,4%

FUENTE: Tabla 16.2. Anexo

2.2.1. Evaluación conjunta de las expectativas económicas

Nos parece interesante intentar presentar una exposición sintética de las expectativas de los intercambios económicos: En comparación con otras clases sociales, los miembros de la clase media-alta creen que pueden esperar recibir ayuda económica sobre todo de los padres (por encima del 70%), hermanas (43%) y hermanos (38,6%). Y esperan que sean, en cierta congruencia, los hijos (68,1%) los que más les soliciten esa ayuda llegado el caso, y en menor medida hermanas (52,2%) y hermanos (49,2%). Y también lo esperan de los padres (47,2%) más que otras clases.

La clase intermedia tendría comportamientos cercanos a la clase media-alta en el caso de demandas a padres (68,5%), hermanas (41,7%) y hermanos (38,4%). A la hora de ser posibles donadores, sus porcentajes más altos se registran en el caso de las hermanas (53,5%) y los hermanos (52,2%). Ahora bien, tanto en las expectativas de ser fuente de la demanda como sujeto elegido para proveer, tienen los porcentajes más bajos en el caso de los hijos/as⁶⁵.

La clase obrera cuando se tratara de demandar ayuda económica, aunque sus porcentajes más altos en relación a todos los parientes se encuentra en padres y madres (sin olvidar que tiene más diferencias con las dos clases anteriores en padres y escasas en las madres), es con ocasión de los hijos (40,7%) e hijas (39,9%) cuando adquiere algo de relevancia frente a esas dos clases ya aludidas. Lo más destacable a la hora de representarse sus miembros como

donantes es que no destacan por encima de otras clases, sintiéndose con poca capacidad proveedora. Si acaso hacer constar el empeño con que se presentan en el caso de las madres, donde aparece un punto por encima de las dos clases anteriormente comentadas.

La pequeña burguesía posiblemente sea la clase que siente que más puede esperar de los hijos/as en uno y otro sentido (fuentes de provisión –46,9% y 48,9%– y demanda –61,7% y 64,5%). Lo contrario en el caso de los padres varones (60,8% y 37,8%) y, sobre todo, en el de las madres (43,3% y 33,3%). Comparte con la clase obrera los porcentajes más bajos, en ambos sentidos, en el caso de hermanos (34,5 % y 44%) y hermanas (32,2% y 44%).

Mirado desde un ángulo de posibles equivalencias, quizás podamos apuntar algunas notas distintivas en función de clase social.

Que la clase media-alta se piensa a sí misma más dispuesta a encontrar ayuda en los padres que como demandadora de ayuda a sus hijos. En cambio sus miembros esperarían más que sus padres les demandaran esa ayuda (en el caso de los padres varones, cercano a la clase obrera) a pedirles ellos a sus hijos (en el caso de los hijos varones, también próximo a la clase obrera).

En esa dirección, pero más acentuado el contraste, se movería la clase intermedia.

La clase obrera se pensaría a sí misma como más equilibrada en las peticiones a padres y sentirse destinatario de las peticiones de los hijos. Y más dádicosos sus miembros hacia sus padres (esperan que éstos no duden en pedirles ayuda) que a pedirles ellos a sus hijos.

La pequeña burguesía, a semejanza de la clase obrera, aparecería más equilibrada en el contraste de pensarse como demandadora a padres (excepto en el flagrante caso de las

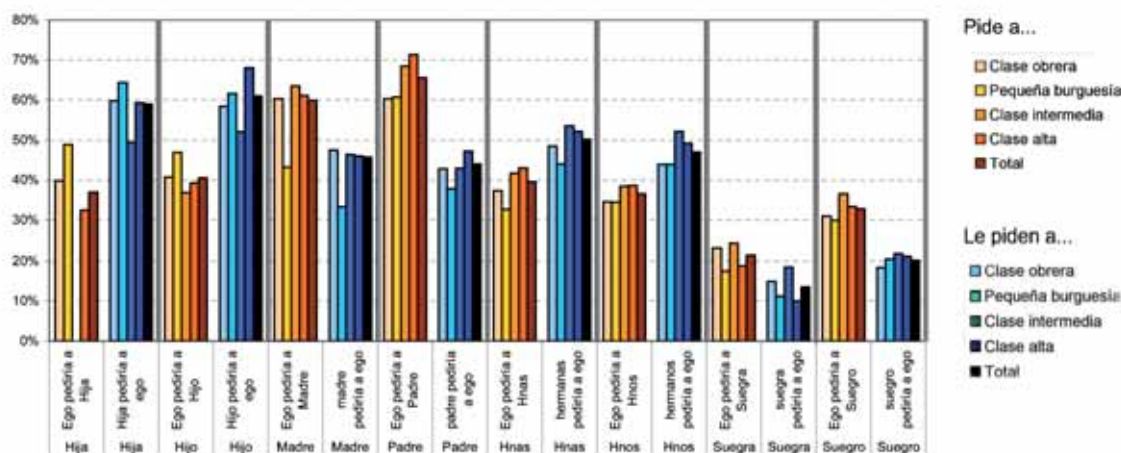
65 Surge una cierta duda sobre si estos bajos porcentajes se deben a las escasas frecuencias que al final quedaron registradas en nuestra muestra de clase social.

madres como hemos visto) o proveedora de los hijos. Y posiblemente estarían más dispuestos sus miembros a pedirles a los hijos que a ser fuente de ayuda para los padres.

En el caso de los hermanos todas las clases estarían más dispuestas a pensarse más como proveedoras que como

demandantes (aunque los porcentajes en ambos sentidos sean mayores en las clases media-alta e intermedia).

Gráfico 2.7. Quién pediría a ego, y a quién pediría ego, por clase social (porcentajes)



FUENTE: Tablas 15.1 y 16.1 Anexo

2.2.2. Comportamientos efectivos de solidaridad económica

Creemos que puede complementar esta visión de la creencia y expectativas sobre las posibles demandas económicas el análisis de los comportamientos efectivos de solidaridad económica con los parientes, si bien tenemos que ser cuidadosos a la hora de leer los datos, pues la realización efectiva de los mismos depende de varios factores, entre ellos uno difícilmente controlable: el número de parientes que necesita verdaderamente de facto esta ayuda regular por parte de algún familiar (independientemente de si la pide o se la dan).

De los datos que disponemos, parece desprenderse una escasa ayuda efectiva de los parientes entre sí, pues tan sólo

un 3,2% (Tabla 19.2 del anexo)⁶⁶ de toda la población admiten recibir alguna ayuda regular; si bien dicha población tiende a presentarse algo más dadivosa cuando se trata de prestar de hecho alguna ayuda regularmente, en tanto el porcentaje sube un 6,2%⁶⁷ (Tabla 21.2 del anexo). Con estos porcentajes orientadores es difícil observar distribuciones en nuestra muestra por clase social medianamente significativas (Tabla 19.1 de anexo), siendo más bien escasas. No obstante podemos apuntar algunas tendencias.

A la hora de RECIBIR ayuda económica efectiva (Tabla 19.1 del anexo) es la clase obrera para la única que aparece datos con una mínima significación, un 2,3% de los parientes de esta clase dicen recibirla de manera regular, siendo las mujeres casi el doble de destinatarias de estas ayudas.

Si atendemos al capital cultural, son sobre todo hogares cuyo nivel máximo de capital formativo reglado se ha quedado en los estudios secundarios no profesionales quienes las reciben (8,4%), más del doble de aquellos cuyo nivel se sitúa en los estudios universitarios (3,4%) o en estudios básicos (3,3%); los que menos admiten recibirlas son los que no llegaron a terminar los estudios básicos (1,6%). La diferencia de género es casi inexistente en los niveles de estudios superiores (secundarios no profesionales y universitarios), y levemente más desigualitaria en los niveles inferiores (gráfico 2.9).

⁶⁶ Como en ocasiones anteriores, observamos un pequeño desfase entre el porcentaje para las Tablas de clase social (1,7% –tab.19.1 del anexo) y las dos correspondiente a nivel de estudio y actividad (3,2% –tab.19.2/19.3 del anexo). Si analizamos la Tabla de actividad, se comprueba los altos porcentajes de los estudiantes (sobre todo) y de los desempleados, lo cual da una pista sobre las causas del desfase entre ambos porcentajes. En esta ocasión hemos escogido como valores generales de referencia los que ofrecen algo más de juego, dada la escasa valencia de las respuestas.

⁶⁷ En este caso el desfase es de 2 puntos más para la muestra de clase social, la posible explicación se intenta en la nota siguiente.

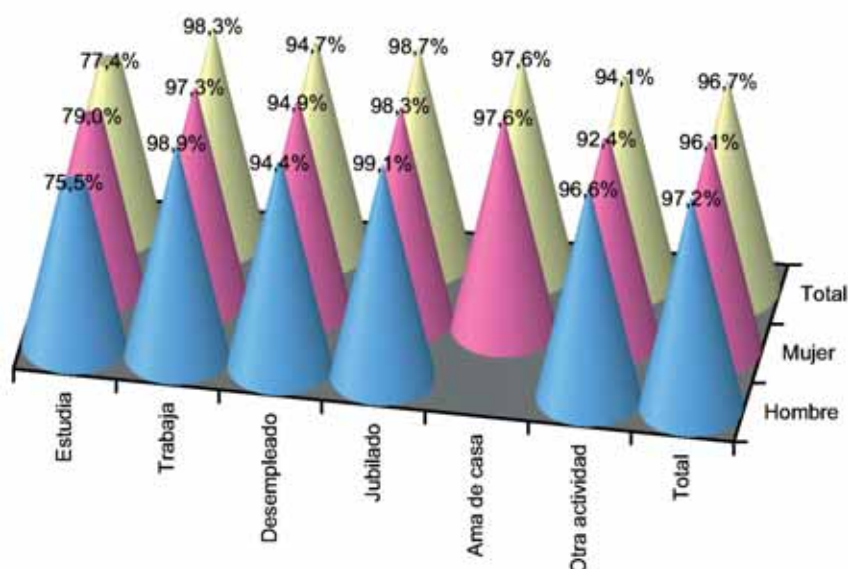
La relación con la actividad nos confirma (gráfico 2.8) que los que más la reciben, con gran diferencia, son los estudiantes (22,4%) y, en menor medida, los desempleados (5,1%). Los que trabajan (1,6%) y los pensionistas/jubilados (1%) los que menos. En buena lógica, los que no ingresan, o muy precariamente, son los perceptores de dichas ayudas. También nos confirma que es con los hijos (los estudiantes no es un dislate presumir que son hijos) en consonancia con el siguiente dato sobre origen de la ayuda.

Si indagamos sobre la procedencia familiar de esa ayuda, hallamos que fundamentalmente son los padres la fuente de esta ayuda (Tabla 20.1 del anexo). Y esto ocurre sea cual sea el capital cultural máximo reglado del hogar, excepto en los

que se quedaron sin completar los estudios básicos, que afirman recibir esa ayuda sobre todo de otro pariente (Tabla 20.2 del anexo).

En relación con la actividad, lo más notorio es que de las tres categorías para los que se han obtenido valores algo significativos (estudiante, trabajador, desempleado), sean los desempleados los que no tienen en los progenitores la fuente fundamental de ayuda, constituyendo otros parientes un apoyo incluso ligeramente superior a la de los padres (Tabla 20.3 anexo). Parece que cuando los problemas económicos derivan directamente de la falta de trabajo, la solidaridad familiar se diversifica en sus fuentes.

Gráfico 2.8. Ego no recibe ayuda con la actividad
(porcentajes)



FUENTE: Tabla 19.3 Anexo

A la hora de PRESTAR ayuda encontramos similitudes en los bajos índices respecto al comportamiento de las clases (Tabla 21.1 del anexo), siendo apenas destacable la diferencia de las clases obrera y media-alta sobre el resto. Si ambas clases rondan por encima del 8%, la pequeña burguesía y la clase intermedia sólo bajan dos y un punto respectivamente.

Lo más destacable si intentamos analizar la influencia del

capital cultural reglado en este comportamiento donador (gráfico 2.9)⁶⁸, es cómo los que cursaron estudios universitarios se presentan como más prestadores efectivos de ayuda que los que no terminaron estudios básicos (una diferencia de casi 5 puntos), dentro de la tónica de valores muy bajos.

En relación a la actividad, llama la atención que los desempleados presten ayuda, y como veremos, no es debido, como podría pensarse en un principio, a que el dinero de bolsillo o paga está considerado dentro de estas ayudas económicas regulares, pues el índice con más valor corresponde a las destinadas a paliar la insuficiencia de los ingresos de otros familiares (aunque las frecuencias son tan bajas que ni siquiera son representativas para tomar valores de porcentajes).

68 En este caso la ayuda total del máximo nivel de estudios del hogar (Tabla 21.2 del anexo) y según actividad (Tabla 21.3 del anexo) es inferior a la Tabla de clases sociales, debido posiblemente a que, como hemos señalado, es el porcentaje de los que trabajan (en este caso un 8,6%) en la Tabla de actividad el que determina la tasa total de la Tabla de clases sociales.

Aún siendo un comportamiento poco extendido, como hemos visto, algo se puede decir respecto a los parientes que son objeto de la susodicha ayuda económica. Podemos comprobar (Tabla 22.1 anexo) que son las madres sobre todo las que se benefician de esta actitud donadora familiar efectiva, tendiendo la clase obrera a ser un poco más realizadora de este tipo de acciones que la clase media-alta (4 puntos). Seguidamente estaría la categoría otros parientes, en la que se ha agrupado a aquellos que no tenían por sí valores significativos y que juntos logran tener alguna entidad (en este caso los que quedan excluidos del núcleo padres, hijos y suegra), en cuyo seno se dan también diferencias que apuntan a la clase obrera como algo más dada a realizar estas ayudas económicas. En relación a padres varones e hijas las diferencias se diluyen y respecto a los hijos varones (los que más bajo porcentaje tienen en los totales) aparece la clase media-alta como ligeramente más realizadora de este comportamiento.

Si analizamos desde los diferentes capitales culturales reglados (Tabla 2.8) quiénes son fundamentalmente perceptores de estas ayudas familiares, encontramos que los que ocupan posiciones más bajas dentro de la escala de dichos capitales culturales, ayudan más en el caso de las madres (uno de los parientes con más porcentaje total de ayudas) y los padres varones, mientras que en el caso de los hijos sería ligeramente superior este comportamiento entre los que cursaron estudios universitarios. En el caso de los aquí denominados otros parientes (que en esta ocasión incluye también a las suegras), el comportamiento en función de estudios parece un tanto incierto, pues los valores máximos y mínimos se dan en los que no poseen estudios básicos y los que los poseen, estando más cerca los que poseen estudios universitarios de los que no finalizaron estudios básicos, y más distantes de los que sí finalizaron éstos (aunque dicho esto con las reservas propias de cuando los datos son escasos).

Tabla 2.8. Relación de parentesco, según nivel de estudios de Ego: Prestan ayuda económica a...
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios no profesionales	Secundarios profesionales	Universitarios	Total
Hijo	..	24,0%	17,2%	..	..	26,8%	21,7%
Hija	..	24,5%	26,5%	..	..	28,3%	25,7%
Padre	..	20,3%	18,3%	..	..	16,8%	18,4%
Madre	..	38,8%	34,3%	..	37,4%	31,2%	34,4%
Total	..	29,3%	40,6%	41,7%	36,6%	32,7%	35,7%

FUENTE: Tabla 22.2 Anexo

En relación con la actividad podemos observar nuevamente (Tabla 22.3 anexo) como los pensionistas/jubilados y las amas de casa siguen teniendo por objeto de sus ayudas fundamentalmente a los hijos, mientras que los que trabajan se centran con diferencia en las ayudas a las madres (el doble que en los siguientes en importancia, los padres varones).

Si atendemos al objeto específico al que va destinado la ayuda económica propiciada por los parientes (Tabla 23.1 Anexo), hayamos que el principal objeto de destino de dicha

ayuda es complementar ingresos económicos que se suponen insuficientes, lo cual casa con que sea fundamentalmente la clase obrera la que presta esta ayuda, pero no tanto que a escasos 6 puntos le siga la clase media-alta, aunque sabemos que estamos hablando de un porcentaje (49,3%) que hay que situar dentro de un comportamiento que afecta tan solo al 8% de los hogares de clase media-alta⁶⁹. A continuación encontramos la ayuda destinada a otros objetos (indeterminados), en el que la clase obrera estaría ligeramente por encima de la clase media-alta y, por último, podríamos destacar la paga o dinero de bolsillo (entorno a un 18%), donde no hay diferencias entre éstas dos clases.

Si atendemos al capital cultural reglado, observamos (Tabla 23.2 Anexo) que dentro de lo que venimos viendo es el destino fundamental de esas ayudas, a saber, complementar

69 Quizás cierta explicación pueda encontrarse en ese pequeño sesgo que tenemos de pequeños propietarios dentro de la clase media-alta que aludíamos en la introducción.

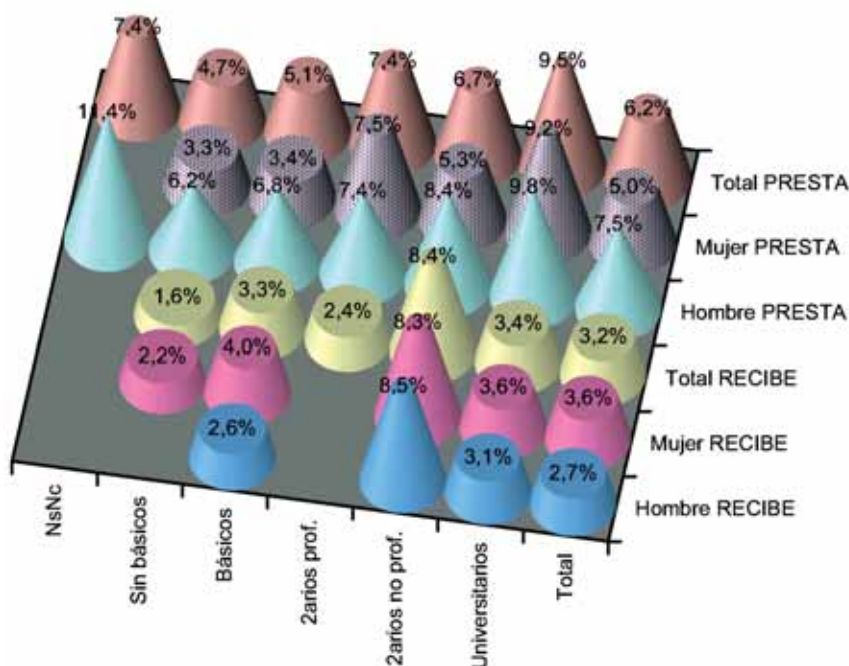
ingresos económicos insuficientes, son escasas las diferencias entre los que poseen mayor capital cultural reglado (estudios universitarios) y los que menos poseen (sin terminar estudios básicos y los que los completaron), siendo ligeramente superior (entre 2 y 4 puntos) la proporción de los que poseen menos capital los que realizan dicha aportación a sus parientes.

Aunque en tan bajos porcentajes es difícil tener datos relevantes en función del género, apuntemos al menos que en el caso de complementar ayudas económicas insuficientes, tanto en la distribución por clase social como por estudios, son los varones los que aportan principalmente estas ayudas (entre 10 y 13 puntos en el diferencial de género, excepto en el caso de los que cursaron estudios universitarios cuya diferencia es tan sólo de dos puntos).

En relación con la actividad (Tabla 23.3 Anexo) son los que trabajan los que realmente diversifican las ayudas

económicas con suficiente representatividad entre los diversos conceptos susceptibles de ser destino de ellas. En una mayoría de ocasiones (un poco más del 50%) dicha ayuda va destinada a esa insuficiencia de ingresos, en casi un 25% a otros objetos y en un 15,6% para la paga o ayuda de bolsillo. Los pensionistas/jubilados diversifican en proporciones parecidas para paliar la insuficiencia de ingresos de otros parientes y la de otros objetos. Mientras que las amas de casa son las que más proporcionalmente diversifican las ayudas entre los diversos objetos de la demanda (sólo 3 puntos de diferencia a favor de las ayudas destinadas a esa escasez de ingresos). Sigue siendo significativo que, aún en un bajo porcentaje, los desempleados realicen lo que suponemos un esfuerzo por ayudar a otros parientes.

Gráfico 2.9. Máximo Nivel de estudios del “sustentador principal”, dadores y perceptores, por género
(porcentajes)



FUENTE: Tablas 19.2 (receptores) y 21.2 (dadores) Anexo.

Nota: Porcentajes calculados sobre el total de perceptores y receptores de cada nivel de estudios y género

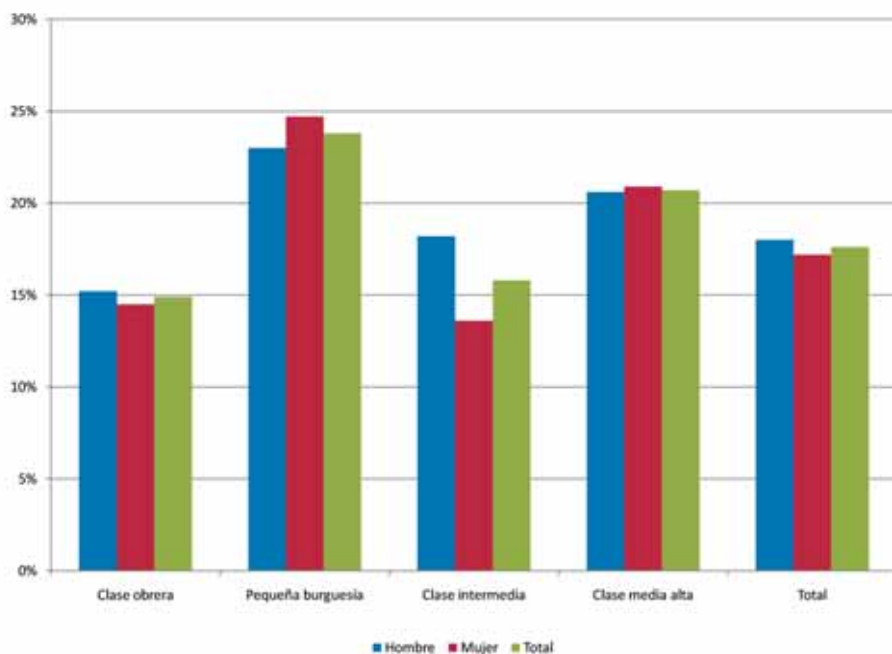
2.2.3. Un tipo específico de intercambio económico: la herencia

Podríamos considerar la herencia como un tipo de transmisión económica (aunque no se nos escapa la dimensión simbólica del contenido de lo transmitido de unas generaciones a otras) donde parece proyectarse, en cierto modo, la calidad de las relaciones familiares, amén de la posición social. En principio quedaría regida por el intento de prolongar en los sucesores una posición de clase social, pero esta finalidad puede verse malograda por el tono que hayan podido tener las relaciones familiares. Somos conscientes de las reticencias que los entrevistados pueden albergar a la hora de contestar sobre este tema (lo que puede influir en los altos porcentajes de no sabe no contesta, o simplemente negar el hecho), no obstante

algunas tendencias quizás puedan señalarse. Nos mueve a esta reflexión especialmente el caso de la herencia porque sorprende lo poco elevado del número de dichas transmisiones (una media entorno al 18%) (Tablas 24.1/24.2 del anexo).

En relación con las clases sociales (gráfico 2.10), podemos observar que son los miembros de la pequeña burguesía los que afirman haber sido objeto de transmisiones hereditarias en un porcentaje más elevado (23,8%), seguidos de la clase media-alta (20,7%) y por último, con escasas diferencias entre sí, la clase intermedia (15,8%) y la clase obrera (14,9%).

Gráfico 2.10. Han recibido alguna herencia procedente de su familia o la de su cónyuge. Por sexo y clase social (porcentajes)



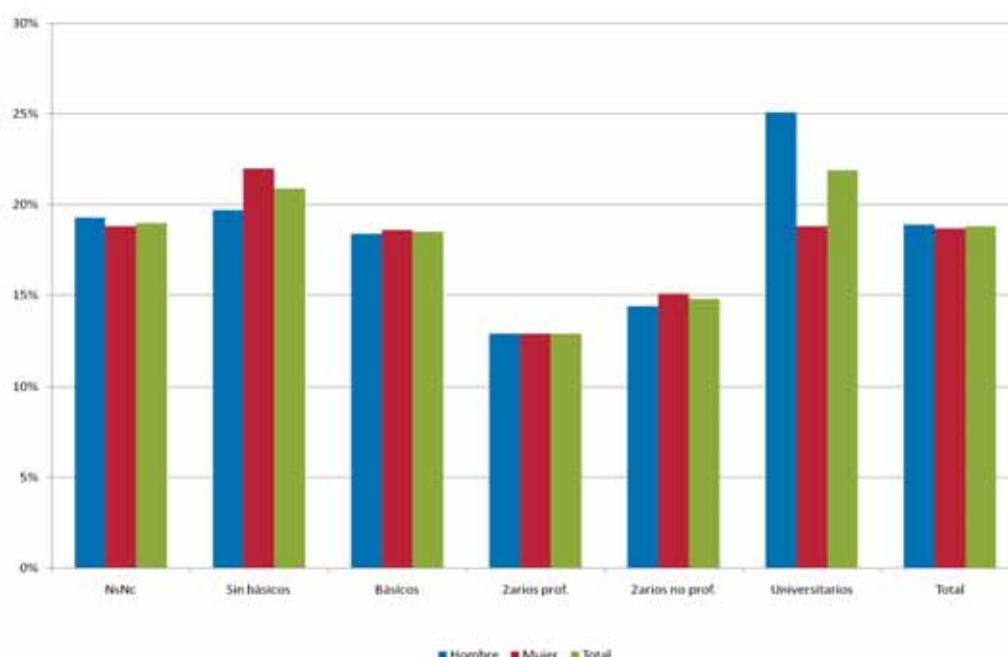
FUENTE: Tabla 24.1. Anexo.

Nota: Porcentajes respecto del Total, por sexo y grupos de edad.

Si la mirada a la herencia la realizamos en función del capital formativo reglado (gráfico 2.11), nuestros datos apuntan a los dos extremos del gradiente formativo (sin completar estudios básicos y los que cursaron estudios universitarios) como grupos que reciben en mayor porcentaje de casos algún tipo de herencia (20,9% y 21,9%, respectivamente), seguidos muy

de cerca por los que sólo tienen estudios básicos (18,5%). Los que como capital educativo poseen estudios secundarios, ya sean profesionales o no profesionales, son los que ostentan porcentajes más bajos de haber recibido alguna herencia (12,9% y 14,8%).

Gráfico 2.11. Han recibido alguna herencia procedente de su familia o la de su cónyuge. Por sexo y nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)



FUENTE Tabla 24.2 Anexo

Nota: Porcentaje de entrevistados que han recibido herencias de cada nivel de estudios, género y edad, sobre el total de entrevistados de cada nivel de estudios, género y edad

Creemos que es necesario hacer patente de una forma empírica la creencia de que la fuente de estas herencias son fundamentalmente los progenitores (Tabla 2.9 y 25.2 del Anexo), ya sea de uno u otro conyugue (en tanto el hogar es la unidad de análisis que aquí se impone), aunque nos parece singular que se afirme que se herede casi tres veces más de los padres (12,7%) que de los suegros (4,8%). El parentesco horizontal de tíos y hermanos, es una escasa fuente de herencia: entorno al 0,9% y 0,3% respectivamente. Los ascendentes en segundo grado (abuelos) tampoco son una fuente significativa, pues como en el caso de los tíos no representan más de un 0,9 %. El resto de los parientes no adquieren el papel de proveedores en más de un 0,6% de las ocasiones.

Pero ampliemos un poco a través de las modulaciones que pueden aportar los diferentes capitales formativos (Tabla 25.2 Anexo). Así, los que ocupan la posición más baja dentro de la escala de capitales formativos reglados y los que ocupan posiciones más altas (estudios universitarios) apenas se diferencian en cuanto a las ocasiones en que heredan de

sus progenitores directos (14,9% y 14,3% respectivamente), y sin grandes diferencias con los que sólo cursaron estudios básicos (12,4%). Análogamente esa ausencia de diferencias, en estas tres posiciones respecto al capital formativo, en el caso de la herencia a través de los suegros.

Podríamos encontrar un rasgo un tanto diferenciador en los que tienen menos capital formativo en el hecho de que son los que reciben alguna herencia reseñable en el caso de los hermanos (0,7%) y de otros familiares (0,7%).

En el caso de los que ocupan posiciones más altas, los que cursaron estudios universitarios, y en esa misma línea de índices bajos, quizás la diferenciación la encontramos en que son los que en más ocasiones reciben de tíos y abuelos (1,6% y 1,5%).

Si volvemos a las dos figuras principales de provisión (padres y suegros) y fijamos el análisis en el diferencial entre esas dos figuras en relación al desigual capital formativo, se nos repiten las similitudes entre los que poseen mayor y menor capital formativo.

Tabla 2.9. Han recibido herencia según su origen, por nivel de estudios del “sustentador principal”
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios no profesionales	Secundarios profesionales	Universitarios	Total
Padres							
Hombre	5,0%	6,6%	6,5%	5,2%	4,4%	8,4%	6,5%
Mujer	6,5%	8,3%	5,8%	4,5%	3,5%	5,9%	6,2%
Total	11,5%	14,9%	12,4%	9,8%	7,9%	14,3%	12,7%
Suegros							
Hombre	..	2,5%	2,4%	..	..	3,1%	2,3%
Mujer	..	2,8%	2,8%	..	1,9%	2,0%	2,5%
Total	4,7%	5,2%	5,2%	3,3%	3,4%	5,1%	4,8%

FUENTE: Tabla 25.2 Anexo

Nota: Porcentajes sobre el total de individuos de cada grupo de género y nivel de estudios máximos del hogar

Si observamos teniendo en cuenta el diferencial de género las ocasiones en general en que se ha heredado (Tabla 24.2 Anexo), es en el grupo de los que poseen estudios universitarios donde se advierte una mayor incidencia a favor de los varones (un poco más de 6 puntos), mientras que entre los que no poseen estudios básicos este diferencial cambia significativamente de signo a favor de las mujeres (en algo más de dos puntos). En el caso de las fuentes de provisión de las herencias (Tabla 25.2 Anexo), vuelve a repetirse esta tendencia, pues en el caso de que los donadores sean los padres, son las mujeres con menos capital formativo las únicas que invierten el diferencial a su favor, ya que en los otros niveles formativos considerados son los varones los que

heredan en más ocasiones que las mujeres (encontrándonos que el mayor diferencial a favor de aquellos, 2,5 puntos, se da entre los que poseen el mayor capital cultural reglado). En el caso de los suegros es al contrario, son los varones con mayor capital formativo los que rompen la tendencia en los otros niveles de estudio para los que tenemos datos, heredando (aunque sólo sea poco más de un punto) en más casos que las mujeres.

Por clase social (Tabla 2.10)⁷⁰, son los padres de la pequeña burguesía los proveedores más destacados (15,2%), siguiendo a escasa distancia los de la clase media-alta (13%) y por último los de las clases obrera (9,3%) e intermedia (9,2%).

⁷⁰ En esta ocasión las diferencias totales entre ambas muestras es escasa, pues para el caso de los padres la diferencia es de apenas 2 puntos y en el de los suegros casi inexistente (únicos parientes con frecuencias que pueden ser indicadoras de porcentajes mínimamente representativos) –Tablas 25.1 y 25.2 anexo.

Tabla 2.10. Han recibido herencia según su origen, por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Padres					
Hombre	5,6%	8,8%	5,6%	7,3%	6,4%
Mujer	3,7%	6,4%	3,6%	5,7%	4,5%
Total	9,3%	15,2%	9,2%	13,0%	10,9%
Suegros					
Hombre	1,8%	..	..	2,6%	2,3%
Mujer	1,9%	..	2,2%	3,5%	2,6%
Total	3,8%	7,4%	4,5%	6,0%	4,9%

FUENTE: Tabla 25.1 Anexo

Nota: Porcentajes sobre el total de individuos de cada grupo de género y clase social

2.3. Expectativas de intercambios comunicativos/ afectivos

Tanto como los intercambios económicos, creemos deben de tenerse en cuenta los llamados intercambios comunicativos/emocionales para rastrear esto que venimos denominando 'densidad' del parentesco. Los indicadores para este acercamiento a dichos intercambios nos vienen dados de la mano de lo que podríamos denominar conversaciones sobre temas íntimos y personales con los parientes. Los analizaremos en su doble direccionalidad, la de ser posibles emisores y receptores de dichas confidencias. Adelantemos que las figuras familiares que gozan de mayor predilección para ser interlocutores en este tipo de temas, lo son tanto para recurrir a ellos como que ellos recurrirían a uno. Es decir, que si las hijas son las predilectas a la hora de las confidencias, se espera que ellas recurran a los padres para este tipo de interacciones verbales.

Creemos también importante subrayar la notable reducción de expectativas en los intercambios comunicativos emocionales en relación con los intercambios económicos, se está más dispuesto a dar ayuda económica que a mantener conversaciones sobre temas íntimos y personales. Es por ello que vamos a tratar conjuntamente estas eventuales interacciones comunicativas en aras de lograr una perspectiva más abarcadora.

Si analizamos en una primera aproximación lo que dicen nuestros entrevistados sobre las interacciones fundadas en compartir confidencias (ese hablar de temas íntimos y personales), tanto a nivel de acciones realizadas como de expectativas, y más concretamente qué parientes podrían ser interlocutores de las mismas, los porcentajes que afectan a la muestra poblacional más extensa⁷¹ indican, en el caso de las elecciones que realizaría el entrevistado, que es fundamentalmente a los descendientes directos a los que se recurriría para tener este tipo de comunicación, siendo las hijas (43,4%) primadas como interlocutoras frente a los hijos varones (35,5%) (gráfico 2.16). Tendencia análoga, que refuerza a estas figuras familiares, encontramos cuando los sujetos indican quiénes serían los que le elegirían para este tipo de acciones comunicativas preformativas (47,2% en el caso de las hijas; 38,9% en el caso de los hijos varones –gráfico 2.16). Aunque hay que hacer constar que esa comunicación, siendo la más elegida, no se buscaría ni por un 50% de nuestros encuestados, lo que nos da pie a sospechar que este tipo de conversaciones no suscitan mucho entusiasmo. A continuación serían las madres y hermanas, con escasas diferencias entre ambas, las elegidas para dichas interlocuciones (30,2% y 28,2% respectivamente, para las elecciones del ego; 30,7% y 31,5% para cuando el ego es elegido por madres y hermanas). La predilección por hermanos y padres varones desciende a unos porcentajes entre una cuarta parte y una quinta parte en el caso de los hermanos, e incluso menos en el caso de los padres varones (entre el 14% y el 17%). Siendo mínimo en el caso de los suegros, cuando aparece desagregado del resto de parientes (rondando, a lo sumo, el 4% de los casos).

También queremos subrayar, que los sujetos se suelen presentar más como receptores, o potenciales receptores, de

⁷¹ Nuevamente indicar ese pequeño desfase entre ambas muestras (Tablas 17.2, 17.3, 18.2, 18.3 del anexo por un lado y Tablas 17.1, 18.1 del anexo por el otro), que siguiendo la tendencia señalada, altera un poco los porcentajes, pero no altera sustancialmente la dirección de las elecciones familiares.

‘confidencias’ de sus parientes (sobre todo de aquellos que más son elegidos para este tipo de comunicaciones –hijas/os, hermanas/os), que cómo sujetos que hacen ‘confidencias’ a sus diversos parientes. Ahora, la tendencia antes señalada a presentarse fundamentalmente como donador económico (más que como demandante), se ha convertido en mostrarse más como ‘donador de oídos’, es decir, presentarse como donador equivale ahora a presentarse como receptivo a este tipo de confidencias.

Si observamos estas preferencias por clase social (gráficos 2.12 a 2.15), destacamos:

La clase obrera es la que menos habla en general de temas personales con los parientes, siendo estas diferencias con la clase media–alta mayores, precisamente, en tres de las cuatro categorías de familiares que más se eligen para dicha comunicación: distancia de 8 puntos en el caso de elegir y 16 puntos en el caso de ser elegidos respecto a las hijas; de 12 puntos en el caso de elegir y de 15 puntos en el de ser elegido, relativo a los hijos; descendiendo a 4 puntos en el caso de elegir y de menos de 2 en el caso de ser elegidos cuando atañe a las hermanas. Dichas diferencias prácticamente desaparecen en el caso de los padres/madres y hermanos varones en el caso de elegir y bajan los valores a mínimos en el caso de las mismas figuras de parentesco a la hora de ser elegidos para esas confesiones (3 puntos menos la clase obrera en el caso de las madres y 2 puntos en el caso de los padres varones; en el caso de los hermanos varones, no llega a 2 puntos). La importancia del género en la elección se hace más patente en esta clase obrera, pues los mayores índices, por encima del 30%, se dan precisamente con hijas y hermanas, y casi llegando a ese 30% las madres.

La clase intermedia destacaría en el caso de las madres (en el caso de elegir: más de 4 puntos de diferencia con clase media–alta y obrera, cerca de 9 con la pequeña burguesía; en el caso de ser elegido por ellas: 5 puntos por encima de la clase obrera y pequeña burguesía y 2 con la clase media–alta), las hermanas (muy similar los porcentajes tanto en los casos de elegir como de ser elegidos por ellas: 4//5 puntos con la clase media–alta y entre 8//10 con la clase obrera y la pequeña burguesía) y, en menor medida, en los hermanos varones (en los casos de elegir, algo más de 5 puntos de diferencia con la clase media–alta y obrera; en el de ser elegidos, 2 puntos con la clase media–alta y casi cuatro con la obrera)

La pequeña burguesía podría caracterizarse por cierta ambivalencia en sus expectativas, pues por una parte se aprecia una mayor proximidad en sus comportamientos a la

clase obrera, en los casos de madres y hermanas; tanto para las situaciones en que se busca interlocutor para estos temas como para los que el ego es elegido como interlocutor. Mientras que se aproximaría más a la clase media–alta, en ambas situaciones de interlocución, tanto en el caso de hijas/os (sobre todo) y padres varones, así como en el caso de los hermanos varones a la hora de ser elegidos como interlocutores.

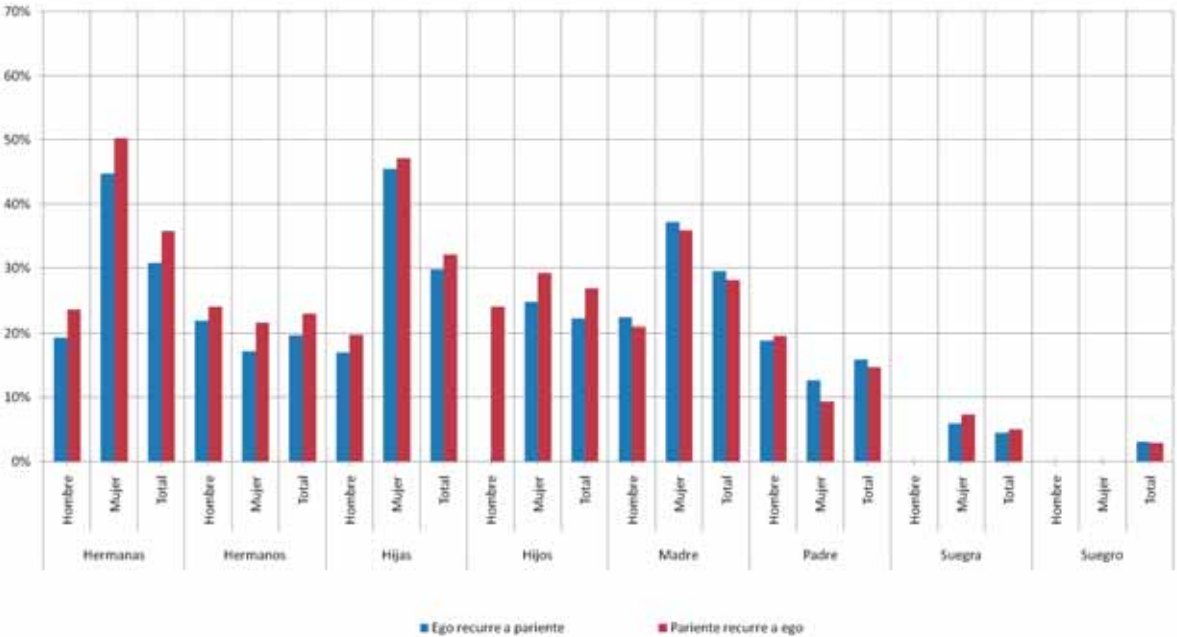
En cuanto al diferencial de género por las categorías de parentesco fijadas, creemos conveniente destacar, en primer lugar, que en las elecciones mayoritarias de interlocutores que ya dijimos que correspondían a hijas, madres, hermanas, son las mujeres las que tienen a su favor dicho diferencial con valores muy altos (entre 15 y 30 puntos –menor la diferencia en el caso de las madres, mayor en el de hijas y hermanas), apreciándose por lo general escasas diferencias entre la clase obrera y media–alta (entorno a los 4 puntos, excepto en el caso de las hijas, 10 puntos cuando son ellas las que eligen al ego como interlocutor a favor de la clase obrera).

Los mayores diferenciales de género a favor de los varones en ambas situaciones de interlocución (entre 4 y 11 puntos), dentro de los datos que tenemos, corresponde a las categorías de padres varones y hermanos varones, siendo muy escasas las diferencias (entre 1 y 2,5 puntos) entre la clase obrera y la media–alta.

El caso de la clase intermedia es singular en la situación de elegir a uno de los siguientes familiares como oyente, para las situaciones que tenemos datos: ofrece el mayor diferencial a favor de las mujeres en el caso de las hermanas (32 puntos) y el mayor a favor de los hombres en el caso de padres varones y hermanos varones (11 y 7 puntos respectivamente). Cuando la situación de interlocución es la de ser elegido como oyente, sus diferenciales, en el caso de los tres parientes mencionados, son de los más altos, pero con escasa o nula diferencia con otras clases (en el caso de los hermanos varones algo más).

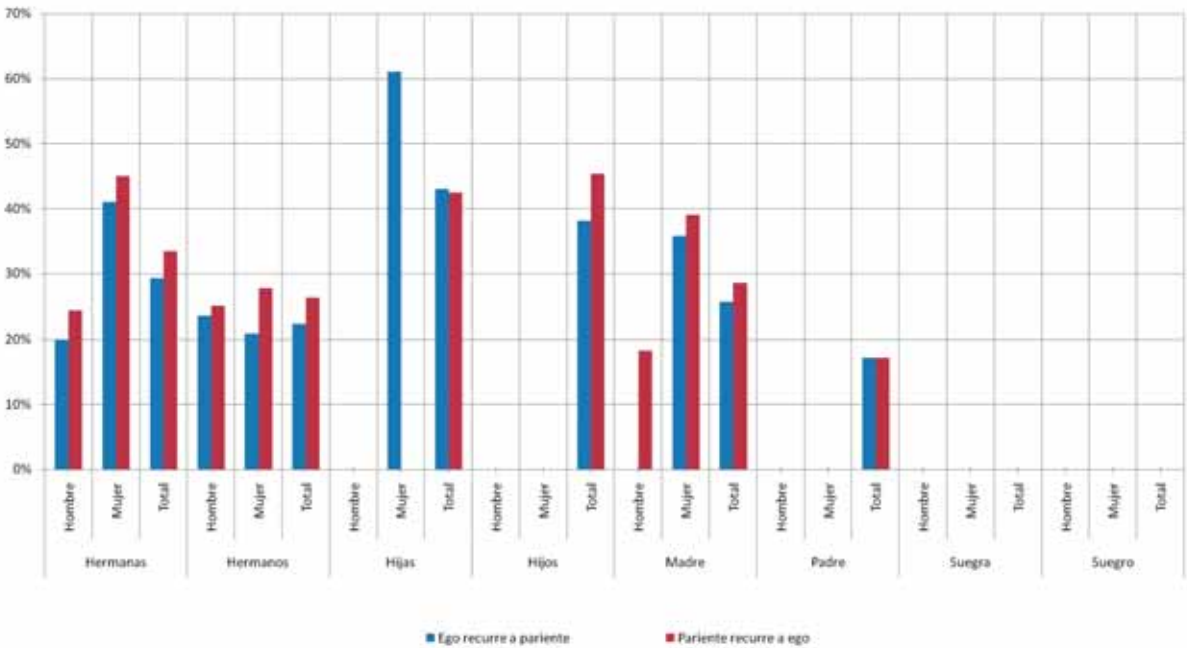
Sintetizando, se tiende a comunicar este tipo de contenidos más con las mujeres de cada categoría de parentesco (hijas, madres, hermanas) y tiende a realizarse estas comunicaciones en función del género (mujeres con hijas, madres, hermanas; varones con padres y hermanos). Las diversas clases sociales siguen esta tendencia en el diferencial de género, con escasa diferencia entre la clase obrera y la clase media–alta, elevándose esta diferencia en la clase intermedia para las categorías de las que disponemos de datos (en el caso de elección por parte del ego sobre todo).

Gráfico 2.12. Clase obrera: necesidades afectivas e intercambio emocional
(porcentajes)



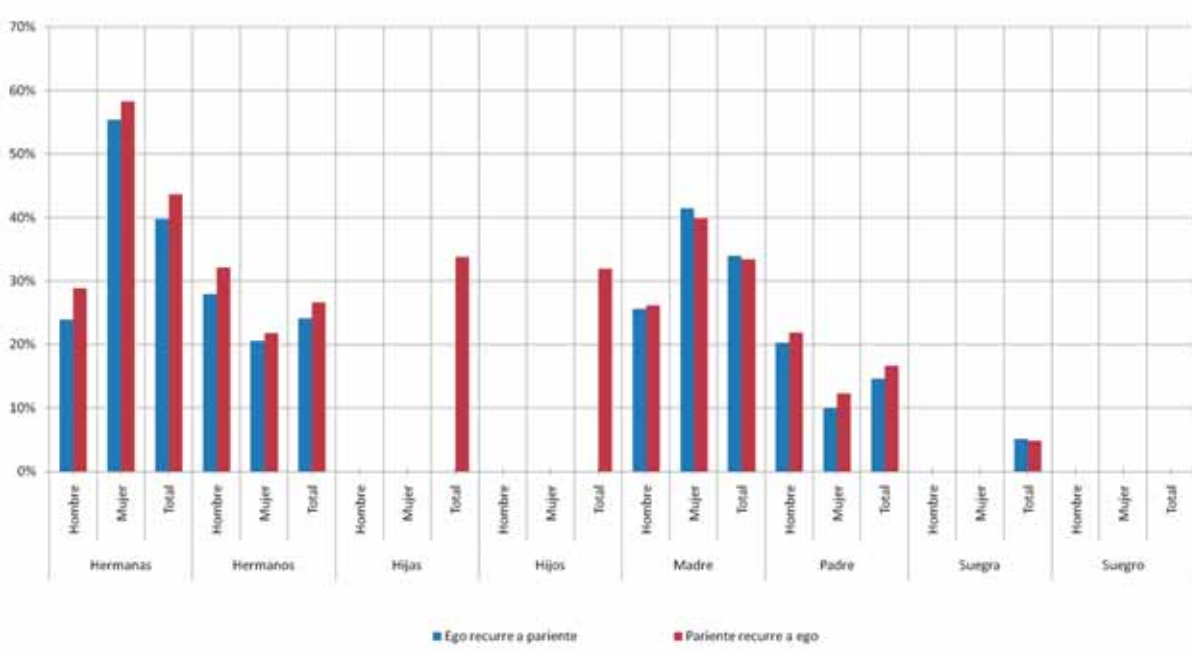
FUENTE: Tablas 17.1 y 18.1 Anexo

Gráfico 2.13. Pequeña burguesía: necesidades afectivas e intercambio emocional
(porcentajes)



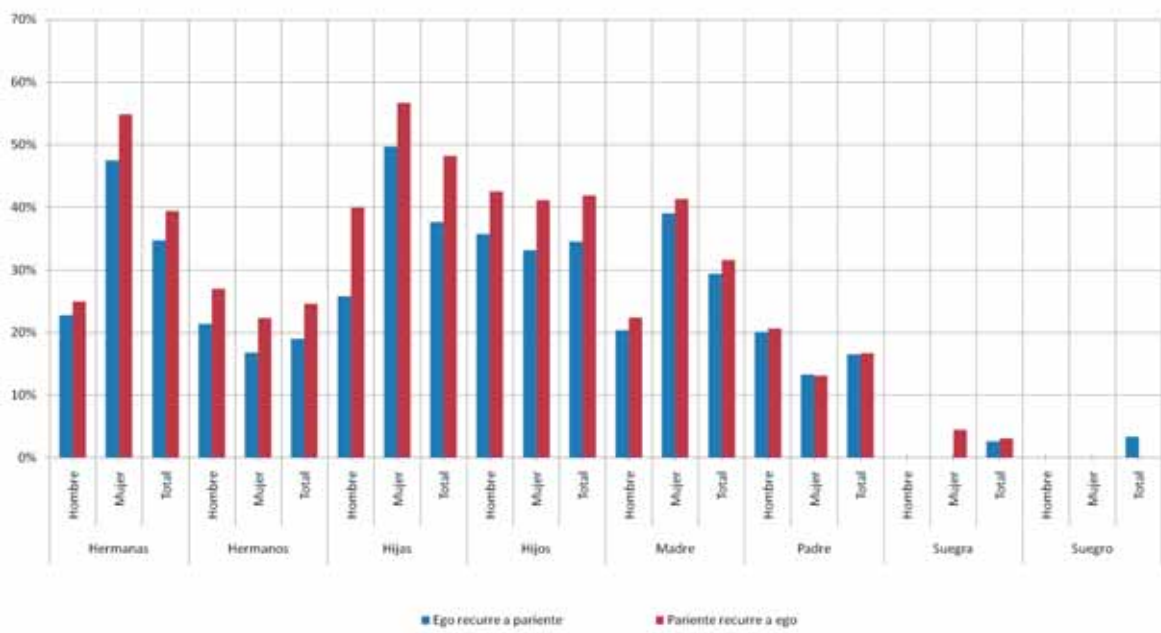
FUENTE: Tablas 17.1 y 18.1 Anexo

Gráfico 2.14. Clase intermedia: necesidades afectivas e intercambio emocional
(porcentajes)



FUENTE: Tablas 17.1 y 18.1 Anexo

Gráfico 2.15. Clase media–alta: necesidades afectivas e intercambio emocional
(porcentajes)

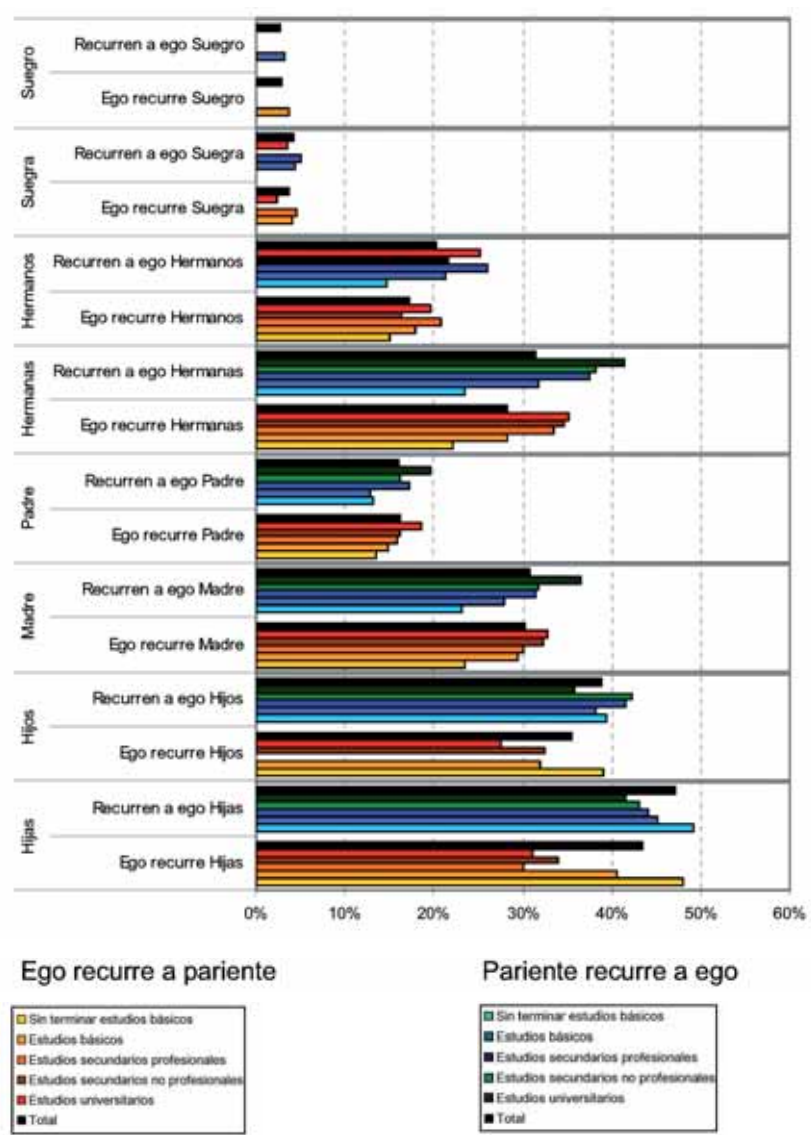


FUENTE: Tablas 17.1 y 18.1 Anexo

Si situamos el análisis en el terreno del capital cultural reglado (gráfico 2.16), habría que destacar cómo los que tienen más escaso capital cultural suelen comunicar estos temas más con los descendientes directos (sobre todo hijas, siguiendo la tendencia de género que ya hemos visto, y en menor medida hijos varones, para los cuales, incluso, se rompe la tendencia en los estudios secundarios en el caso de que sean ellos los que eligen al ego), constituyendo los estudios básicos el punto de inflexión.

A nivel de comunicación con progenitores y parientes horizontales como los hermanos, se invierte la tendencia y conforme va ascendiendo el capital cultural reglado, aumenta las acciones comunicativas, o expectativas sobre ellas, relativas a contenidos personales. Encontrándonos diferencias entre los porcentajes de los dos polos de mínimo y máximo capital cultural entre 13 puntos (comunicación con las hermanas en el caso de elegir y de la madre en el caso de ser elegido) y entorno a los 5 puntos (padres varones y hermanos varones).

Gráfico 2.16. Intercambios emocionales, según a qué pariente se recurre o qué pariente recurre a EGO por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)



FUENTE: Tablas 17.2 y 18.2 Anexo

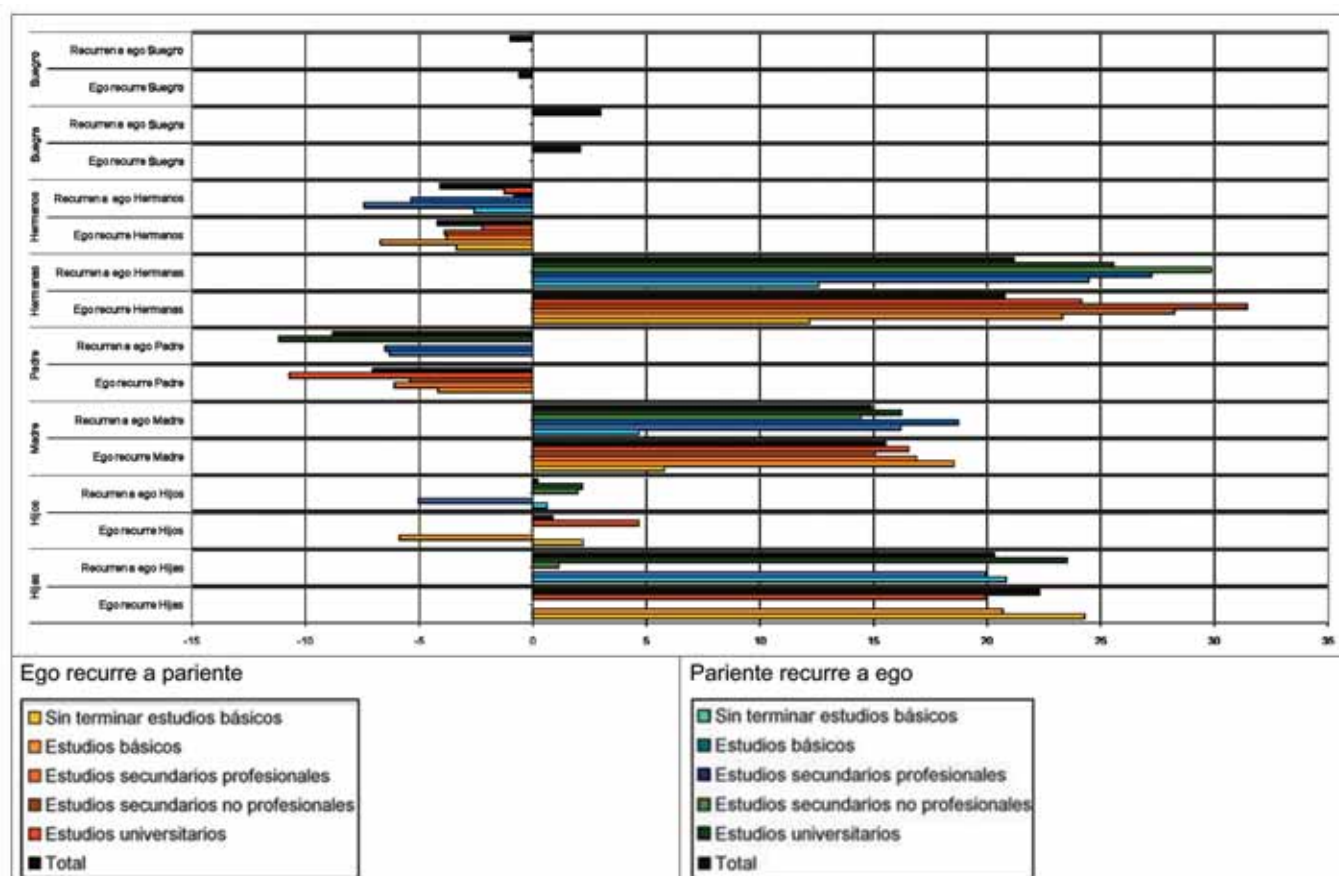
En cuanto al diferencial de género por cada categoría de parentesco y sexo (gráfico 2.17), podemos señalar que los que apenas poseen capital formativo tienen los valores más bajos (menos diferencia varón/mujer) a favor de las mujeres en dos de los casos ya comentados de mayor comunicación, es decir, con madres y hermanas (5//6 puntos de diferencial para los que no tienen terminados estudios básicos, frente a valores de 14//19 entre los que tienen mayor capital en el caso de las madres y 12 frente a 20//32 en el caso de las hermanas –curiosamente esos valores mayores y menores del arco de porcentajes en el caso de las hermanas corresponden a los que tienen estudios secundarios no profesionales cuando buscan interlocutor o son ellos los que buscan como interlocutor al ego); produciéndose el punto de inflexión cuando ya se han completado los estudios básicos.

Esta valencia de poseer mayor o menor capital formativo, parece que también se refleja en la comunicación con los padres varones, pues conforme aumenta dicho capital aumentan los valores de este diferencial, sólo que en este caso el diferencial es a favor de los varones.

En el caso de las hijas, donde mayores cotas alcanza el diferencial a favor de las mujeres, hay una inversión de la tendencia, prevaleciendo las que tienen menos capital formativo reglado, aunque con diferencias no muy notables (5//8 puntos más para las mujeres en términos generales, caso de elegir//ser elegidas) entre las que no terminaron estudios básicos en comparación con las que cursaron estudios universitarios. Siendo muy llamativo el dato referido a los que poseen estudios secundarios no profesionales, pues el diferencial cae al mínimo.

Las mayores similitudes en el diferencial entre los diversos capitales culturales reglados, y con valores en el mismo que muestran una mayor igualdad de género, se muestran en las comunicaciones de temas personales con hermanos (dentro de un diferencial a favor de los varones) e hijos varones (en este caso a favor de las mujeres, excepto en aquellos que sólo tienen completados los estudios básicos, en que el diferencial es por 6//5 puntos favorables a los hombres según sea elegir//ser elegido).

Gráfico 2.17. Intercambios emocionales, según a qué pariente se recurre o qué pariente recurre a EGO. Diferencial de género según nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)



FUENTE: Tablas 17.2 y 18.2 Anexo

Nota: Los valores positivos indican diferencias a favor de las mujeres, y los negativos a favor de los varones.

Parece que la relación con la actividad (Tabla 17.3 y 18.3 Anexo) sí ejerce alguna influencia en la elección que se hace de con quién hablar de este tipo de temas o qué familiares eligen al ego, pues los datos nos muestran que los que trabajan hablarían menos con hijas y madres que desempleados, amas de casa y, en el caso de las hijas, también menos que los jubilados. Mujeres trabajadoras, desempleadas y amas de casa tendrían, con valores elevados, la prevalencia en el diferencial de género respecto a las comunicaciones con madres, hermanas e hijas.

2.4. La conjunción de las interacciones y los intercambios en las diferentes posiciones sociales y los diversos capitales culturales

Del análisis de las actitudes y comportamientos que los andaluces dicen tener en el seno de las redes familiares, se desprende un intento por mantener lazos con los parientes y conferir cohesión al parentesco, en gran medida, en función de relaciones e intercambios personalizados: podemos observar un elevado porcentaje de visitas cara a cara (y en menor medida, de otro tipo de encuentros) y de comunicaciones menos inmediatas, como son las telefónicas, aunque también intervienen otros factores más netamente de intercambios económicos y de comunicación de aspectos más emocionales. Sin embargo debemos matizar que, significativamente, cuando estas relaciones suponen un mayor esfuerzo de compromiso y concertación, como la realización en común de otro tipo de actividades de ocio diario o semanal, viajes, etc., la intensidad de las mismas baja sustancialmente, concretamente a un tercio.

El factor clase social parece cumplir algún papel en posibles variaciones de la intensidad de esos lazos y cohesión familiar, a través precisamente de las eventuales conjugaciones diferenciales de las prácticas que los fomentan.

Así podemos consignar cómo la **clase media-alta** sería la que, por muy estrecho margen, más utilizaría las visitas (90,3%; única clase donde las mujeres realizan algo más de visitas que los hombres) y el teléfono (89%) como forma de fomentar esa cohesión del parentesco. Y dentro de que comportamientos de mayor compromiso, como lo que hemos consignado como otro tipo de encuentros, desciendan para el conjunto de las clases, se puede apreciar algo más acusado dicho descenso en esta clase (porcentaje entorno al 31%) comparado con la clase obrera o la intermedia, aunque las diferencias sean poco significativas (2 puntos y cerca de 5 respectivamente). Las mayores distinciones respecto a otras clases comienzan cuando observamos los concretos parientes con los que se mantienen estas relaciones.

Dentro de las relaciones verticales de parentesco podemos afirmar que tanto con los progenitores (teniendo en cuenta que son de todos los parientes los más visitados por todas las clases, sería esta clase la que más visitaría y llamaría por teléfono a los padres varones y a las madres –a éstas las visitarían un poco más la clase intermedia) como con los vástagos (tienen los porcentajes más elevados en los contactos telefónicos y visitas a las hijas y, después de la pequeña burguesía, a los hijos varones) se procura mantener una comunicación quizás más estrecha que en otras clases.

Sin embargo son los miembros de dicha clase media-alta los que menos visitan y llaman por teléfono a los abuelos.

En cuanto a relaciones horizontales con hermanos/as, dentro de que son parientes cuyas relaciones con ellos por los medios que estamos analizando caen alrededor de un 20% en relación con las figuras anteriores de padres/hijos, son los hermanos/as de la citada clase media-alta los que más se llaman telefónicamente y figuran dentro de los valores más altos de los que se visitan (en el caso de los hermanos varones, el porcentaje más elevado).

Es en esta clase donde puede verse más nítidamente la tendencia (por no presentar excepciones, por poseer en más de una ocasión los porcentajes más elevados) a que las relaciones sean más estrechas con las figuras del parentesco femeninas (madres, hijas, hermanas fundamentalmente). Pero también a que sean los hijos varones los que más visiten o se comuniquen por teléfono con los padres varones (tendencia común a todas las clases).

En fomento de esas relaciones verticales del parentesco, abundan los llamados intercambios económicos y emocionales. En cuanto a los intercambios económicos, los miembros de esta clase tendrían las máximas expectativas en que los padres varones (sobre todo) fuesen fuente de esa ayuda económica (71,3%; y los que menos pedirían a las hijas) y en creer que los hijos varones no dudarían en solicitarla (68,1%). Incluso, son los que más confían en que, llegado el caso, sus padres varones no dudarían en solicitarles esa ayuda (47,2%). Hagamos constar, no obstante, que de los pocos datos que tenemos sobre intercambios económicos de facto, son las madres a las que más se le presta ayuda (36,1%; dentro, no lo olvidemos, de que esa ayuda económica regular a familiares no la realiza ni un 9% de los miembros de esta clase –y contextualicemos que la media de este comportamiento para todas las clases está alrededor del 8%). En ese tipo particular de intercambio económico que es la herencia, los datos de que disponemos de tan sensible cuestión nos indican que en la no muy extensa práctica de esta donación (sólo un 20,7% admite haber recibido herencia de su familia o conyugue) la fuente principal de provisión han sido los padres (13%).

En relación a los llamados intercambios emocionales, aunque bajan éstos respecto a los económicos (en todas las clases), sigue siendo una clase con fuertes intercambios con los hijos/as (sobre todo cuando las hijas eligen para comunicar sus confidencias –48,2%). Con los padres estos intercambios se sitúan en valores muy bajos (algo menos de un tercio tendrían a las madres como confidentes, y una sexta parte a los padres) como es la tónica del resto de clases, entendiéndose la paradoja de que esperan que sus hijos les elijan para este tipo de comunicaciones pero ellos no se comportan como tales con sus padres.

También en las relaciones horizontales con hermanos/as tienen, junto a la clase intermedia, los mayores porcentajes de confianza en eventuales intercambios económicos de ayuda mutua. Aunque bien es verdad que en el mejor de los casos (la percepción de las hermanas como demandadoras) estos eventuales intercambios apenas los realizarían algo más de la mitad de los miembros de esta clase.

Creemos interesante reseñar que, dentro de una tendencia general en todas las clases a presentarse más

cómo potenciales proveedores que como demandantes, esa diferencia en la percepción de expectativas es en el caso de la clase media-alta más elevada que en otras clases para las figuras de hijas e hijos, y respecto a padres en relación a la clase obrera.

Si comparamos los intercambios desde la dimensión económica y emocional, puede constatarse como bajan también las intensidades de las interacciones emocionales respecto a las económicas, destacando dos aspectos: que junto a la clase intermedia (la cual tiene porcentajes un poco más elevados en lo emocional) es la clase que, en el conjunto de los intercambios económicos y emocionales, recurre más a las hermanas o se espera que ellas lo hagan (de hecho, bajan más los hermanos que las hermanas respecto a los eventuales intercambios puramente económicos -19 y 25 puntos frente a 9 y 13 de las hermanas, aproximadamente) y que suele tener una extensión más amplia esta expectativa y/o realización que en la clase obrera y la pequeña burguesía (excepto en el caso de los hermanos varones en la pequeña burguesía por escaso margen).

Si analizamos los datos referidos a la **clase obrera**, cabría destacar que, dentro de los elevados porcentajes en las formas relacionales que venimos comentando, parece que dan más importancia a las visitas que a las comunicaciones telefónicas para mantener relaciones con los parientes que las clases media-alta e intermedia (utilizan las visitas cinco puntos más que el teléfono, siendo la clase donde más igualdad hay entre hombres y mujeres a la hora de esas visitas y donde los varones telefonan menos, junto a los de la pequeña burguesía, pero visitan más que las mujeres), lo cual tiene cierta coherencia con ser los segundos que más realizan otro tipo de actividades y encuentros con los parientes (33,1%; donde significativamente las mujeres adquieren mayor protagonismo en función del diferencial con los varones).

La forma que adquiere las relaciones con los parientes concretos con los que se anudan estos vínculos, se caracterizaría por una gran homología con las pautas que ya hemos observado: más fomento del parentesco vertical de ascendencia a través de las visitas y de descendencia a través del teléfono (aquí habría que incluir también a las madres), aunque generalmente con valores más intermedios en comparación con las otras clases (siempre más bajos los porcentajes que la clase media-alta, excepto en el caso de las visitas a hijos varones -que tienen porcentajes parecidos- o a la madres -máxima diferencia con la clase intermedia; cambiante con las otras dos clases en función del pariente).

En cuanto a las relaciones horizontales con hermanos/as, siguiendo la tendencia de bajar la intensidad de los contactos en relación con los otros parientes (más acusado en el caso de las comunicaciones telefónicas), las diferencias con las otras clases es mayor en el caso de dichas comunicaciones (con las clases intermedia y media-alta) y escasa en el caso de las visitas (aunque se visitan significativamente más que los de la pequeña burguesía).

Las expectativas sobre eventuales intercambios económicos nos revelan sobre las relaciones verticales de parentesco que, dentro de la tendencia a ser los ascendientes directos percibidos como los más importantes potenciales donadores (aunque con escasa diferencia con las clases alta e

intermedia en el caso de las madres), los descendientes adquieren mayor protagonismo (porcentajes de hijos/as levemente superiores a la clase media-alta) y se reducen las diferencias con los susodichos ascendientes. Siguiendo con la tendencia ya vista en la clase media-alta, son los vástagos los que son percibidos como principales potenciales demandantes de esta ayuda, aunque sin diferencias con la clase media-alta en el caso de las hijas.

Creemos importante hacer constar, como característica significativa de los miembros de esta clase social, la escasa diferencia que hay en cada una de las direcciones de las expectativas (demandante o ser proveedor) entre hijos e hijas, padres y madres (un poco más se considera a estas últimas cuando se las piensa como posibles demandadoras). Precisemos, que en el caso de pedir a las hijas serían las madres más diligentes que en otras clases sociales, y en el caso de pedir a los padres, serían sobre todo los hijos varones (rompiendo la tendencia en las otras clases a que sean las hijas). Ahora bien, si analizamos comparativamente las expectativas de ser demandante en cada figura del parentesco, nos volvemos a encontrar esa propensión a presentarse más como proveedores que como demandantes, con la singularidad en esta clase de acercarse más a los valores de la clase media-alta en las figuras de las hijas y los hijos que las otras dos clases (aunque con diferencias de 11 y 7 puntos a favor de la clase media-alta); mayor acercamiento a la pequeña burguesía en el caso de las madres; alejamiento de las demás clases en las figuras de los padres; y sin grandes diferencias entre las clases cuando se trata de hermanos y hermanas.

En la ya comentada escasez de realización efectiva de esta ayuda económica, es precisamente para esta clase obrera que aparecen datos sobre la recepción de ayudas de facto, situándose éstas en un 2,3% y recibíendola sobre todo mujeres. Cuando se trata de prestar, se sitúa al nivel de la clase media-alta (8,3%) y son las madres y otros parientes (diferentes al padre o los hijos) los que más se benefician de ello. Siendo el objeto de dicha ayuda, fundamentalmente, el complementar ingresos insuficientes.

En cuanto a la herencia son los miembros de esta clase los que menos admiten haber recibido algo que pueda denominarse de tal modo (14%). Los progenitores son la principal fuente de dicha herencia (9,3%).

Relativo al papel de los llamados intercambios emocionales en el seno de la clase obrera, destaca el hecho de ser la clase que menos intercambios de este tipo tiene, y en las antípodas de la clase media-alta -la que más diferencias tiene con ella. Es sobre todo en las relaciones de parentesco verticales que constituyen los descendientes directos (precisamente dos de las figuras del parentesco con las que más intercambios de asuntos emocionales se tiene) donde se pueden observar las mayores diferencias. Siendo escasas en el caso de los ascendientes (donde la madre representa la tercera figura más solicitada para este tipo de interlocuciones). No obstante, en comparación con las otras clases, los progenitores aparecen como las únicas figuras del parentesco que significativamente se presentan más dispuestos a ser fuente de confidencias que receptores de las mismas.

Sin embargo es a nivel del parentesco horizontal, concretamente de hermanas, donde más se da la

comunicación de estas ‘confesiones’ en la clase obrera, lo que no quita cierta distancia con la clase media-alta (entorno a los cuatro puntos) y en mayor medida con la clase intermedia. Los hermanos, en cambio, suelen ocupar una quinta posición en el conjunto de los parientes, y con valores más próximos a la clase media-alta.

Los comportamientos y expectativas de la **clase intermedia** podrían caracterizarse por la tendencia de sus miembros a producir su particular cohesión a través de las visitas en una proporción un poco más baja que la clase media-alta (2,5 puntos; con leve predominio de los varones), de contactos telefónicos semejantes a dicha clase (igual que la ausencia de diferencias entre varones y mujeres) y la realización de actividades y otro tipo de encuentros en el más alto índice de todas las clases (casi un 36%, lo que supone casi 5 puntos más que la clase media-alta; aunque semejante a ella en la ausencia de diferencias significativas entre mujeres y varones).

La concreción de las formas de interacción con los diversos parientes viene dado por sus máximos porcentajes, en el caso de las visitas y en relación al resto de clases, repartidos ora por el parentesco vertical (caso de las madres en las visitas, 73,8%, más próximos a los comportamientos de la clase media-alta) ora por el parentesco horizontal (caso de las hermanas, 44,9%, igual distancia respecto a la clase media-alta y la clase obrera); y también sería la clase que menos visita a los hijos/as. Así como repartidas sus aproximaciones a dichas clases, cuando se trata de las comunicaciones telefónicas, tanto por figuras del parentesco vertical como horizontal: más cercanas sus pautas a la clase media-alta en los casos de la madre (con quién más se habla), hermanas y hermanos (con quienes menos se habla, si exceptuamos a los padres varones); más próximas dichas pautas a la clase obrera en los casos de los hijos/as y los padres varones. En cuanto a posibles singularidades en los comportamientos en función del género, destacaríamos el máximo valor del diferencial de género a favor de las mujeres en el caso de las visitas a las madres; la menor diferencia en los contactos telefónicos entre madres y padres de todas las clases, así como el menor diferencial de género en las comunicaciones con las madres; y el mayor diferencial de género a favor de los varones en las comunicaciones con los hermanos.

En el orden de las posibles interacciones económicas de préstamo y demanda: destaca su proximidad, en las expectativas de quiénes podrían ser fuente de provisión, a la clase media-alta en el caso de los parentescos verticales de padres y madres (con ellas creen que pueden contar como donadoras en mayor porcentaje que las otras clases sociales, 63,5%) y en el de los horizontales de hermanas/os. Siendo de reseñar el diferencial de género a favor de las mujeres en las expectativas hacia madres y hermanos.

Cuando se trata de presentarse como potenciales proveedores, destacan sus porcentajes más elevados en el caso de hermanas/os, tanto respecto a otras clases como a otras figuras del parentesco de su propia clase, así como la proximidad en estas expectativas a las de la clase media-alta. Cabe también constatar que en estas expectativas de ser proveedores de los hijos/as tienen los porcentajes más bajos, con diferencias sustantivas, de todas las clases.

En orden al diferencial de género, reseñar el cambio de signo a favor de las mujeres con respecto a otras clases en el caso de presentarse como proveedores de los padres.

En cuanto a la tendencia a presentarse más como proveedores que como demandantes, en el caso de las figuras de los hijos varones se aproximaría más a la clase obrera, mientras que en las de padres y madres a la clase media-alta.

Los escasos valores en el caso de proveedor efectivo de recursos económicos, no la diferencia significativamente de las pautas de las otras clases. Aunque surgen matices si contemplamos esa forma específica de provisión relativa a la herencia, pues sus valores (15%) se acercan más a la clase obrera (14%) que a la clase media-alta (20%).

Si seguimos exponiendo nuestra recapitulación sobre esos lazos que tejen las relaciones de parentesco en orden a las interlocuciones sobre temas íntimos y personales, advertimos que madres y hermanas (y los hermanos varones si lo comparamos con los del resto de clases) adquieren un protagonismo que no tienen en otras clases, tanto en su condición de emisoras como de oyentes. En menor medida y restringido al caso de ser elegidos para estas confidencias, las figuras de los hermanos varones. Destaca así mismo, la valencia de las mujeres en el diferencial de género para el caso de las hermanas y de los varones para el caso de los padres varones.

Si el análisis lo desplazamos a la **pequeña burguesía**, el decir sobre sus comportamientos y actitudes entorno a las relaciones de parentesco, tal como las venimos considerando, podrían caracterizarse por cimentar, quizás, un poco más sus relaciones tanto verticales como horizontales de parentesco en las visitas (más cercana en ello a la clase obrera), fundamentalmente por la menor utilización del teléfono (6-7 puntos menos) y otras formas de encuentro (4 puntos menos que la clase alta y 9 que la intermedia) en comparación con las otras clases sociales. Siendo de resaltar que tenga el mayor diferencial de género a favor de las mujeres en el caso de los contactos telefónicos y levemente superior a favor de los varones cuando se trata de las visitas.

Relativo a los parientes con los que frecuentemente se tienen contactos a través de esos medios, destacan sus altos porcentajes para las visitas en el caso de los hijos e hijas (en el caso de ellas próximo los valores a los de la clase media-alta) y los más bajos para padres varones y hermanos varones (más próximos en este caso a los de la clase obrera). Llama la atención los altos valores del diferencial de género a favor de las mujeres en el caso de las madres y el valor más bajo para las mismas en el caso de las hermanas. Pero donde más se evidencia el alejamiento de con las pautas de la clase media-alta, es en el caso de los contactos telefónicos, adquiriendo en el caso de los hijos/as los valores más bajos de todas las clases con diferencias muy significativas. Siendo sus diferenciales de género más elevado para las mujeres en el caso de madre, hermanas/os y el menor para los varones en la figura de los padres.

Como venimos observando, las expectativas respecto a posibles intercambios económicos suelen cimentar más nuestra visión sobre la cohesión del parentesco en las clases, siendo así que en esta ocasión nos aparecen las relaciones verticales con las hijas (particularmente) y con los hijos como

las dos figuras que conforman tanto el pensarse como proveedores como demandantes de esa posible ayuda. Sólo en el caso de los hijos, cuando se piensa en ellos como demandantes de ayuda, la clase media-alta obtiene mayores porcentajes. Siguiendo esas relaciones verticales, pero ahora con los ascendientes más directos, destaca la figura de la madre pero por todo lo contrario: es la que tiene los valores más bajos de todas las clases en cuanto a expectativas de provisión o demanda (en esta última situación acompaña la figura del padre en los valores más bajos respecto al resto de clases).

Si consideramos el diferencial de género, destaca sobre las otras clases el que sean mayores las expectativas sobre las mujeres (es decir, las hijas) a la hora de demandar ayuda económica a los padres, y en cambio recaiga el peso sobre los varones cuando se trate de expectativas sobre demandas en el parentesco horizontal de hermanos y hermanas. Cuando se piensan como proveedores estos miembros de la pequeña burguesía, las mujeres adquieren más protagonismo que en otras clases en el caso de las hijas, y los varones en el caso de los padres varones y las madres.

A la hora de realizar de forma efectiva las ayudas económicas, esta clase es la que levemente está en sus pautas por debajo de las otras clases (2/2,5 puntos con la clase obrera y media-alta, 1 con la clase intermedia). En cambio, en esa singular forma de donación económica que constituyen las herencias, es la clase en que más individuos han manifestado heredar (23%) y tienen, así mismo, los padres el mayor porcentaje en ser la principal fuente de las mismas (15,2%).

Si completamos el panorama a través de los llamados intercambios afectivos, volvemos a encontrar las relaciones verticales de parentesco de mayor intensidad con los hijos/as como elementos diferenciales con las otras clases sociales, tanto en el caso de ser emisores u oyentes de estas confidencialidades; e incluso significativas diferencias con otras figuras del parentesco dentro de la misma clase social. Mientras madres y hermanas ocuparían los porcentajes más bajos con respecto a otras clases en ambas situaciones de interlocución.

Creemos sumamente esclarecedor para mejor comprender las complejidades del tejido del parentesco, analizar la influencia de capital cultural más vinculado a la formación reglada, o capital formativo reglado, el cual puede completar la realidad descrita del parentesco a través del análisis de expectativas y comportamientos por clase social.

Partimos de establecer cinco posiciones dentro del capital cultural reglado: los que no finalizaron estudios básicos; los que finalizaron dichos estudios; los que poseen estudios secundarios profesionales; los que tienen estudios secundarios y los que poseen estudios universitarios.

En relación con las tres formas de relacionarse en las que principalmente hemos centrado nuestra atención, encontramos diferencias menos acusadas en la forma más utilizada para la interacción, que como hemos dicho son las visitas, y mayores diferencias en los contactos telefónicos y otro tipo de encuentros.

Conforme aumenta el capital formativo reglado se visita un poco menos: dos puntos en el gradiente que va desde los que tienen menos capital reglado –los que no finalizaron

estudios básicos– hasta los que completaron estudios universitarios. Según va disminuyendo el capital formativo se visita más a los hijos/as, de tal manera que los que menos capital poseen son los parientes a los que más visitan o lo que es lo mismo, se acentúan las relaciones verticales de parentesco con los descendientes. Si atendemos al género, son las mujeres las que más visitan, teniendo a su favor un diferencial de género en casi todas las posiciones señaladas (aunque por diferencias mínimas, entre 1 y 2,5 puntos), siendo mayor entre los que cursaron estudios universitarios; excepto en los que sólo tienen estudios básicos, cuyo diferencial aunque sea mínimo cambia a favor de los varones.

Cuando indagamos en las comunicaciones telefónicas como forma relacional de los parientes, encontramos la tendencia contraria: a medida que aumenta el capital formativo aumentan los contactos telefónicos, siendo en este caso el gradiente entre los dos polos de la escala de capitales establecidos de 23 puntos. La barrera parece situarse en los estudios básicos. Estas diferencias pueden constatare en todas las figuras del parentesco, siendo más acusada en las comunicaciones con los padres y madres (sin olvidar que los hijos/as son los familiares más llamados). En cuanto al género, la tendencia es a que sean las mujeres las que adquieran mayor protagonismo, diferencias que se ven acentuadas cuando acudimos al análisis de los parientes concretos, así se llama más a las hijas, madres y hermanas, creciendo las distancias a medida que aumenta el capital formativo, de ahí que las mayores diferencias sea en las comunicaciones con padres y madres dentro de los que tienen estudios universitarios. Ahora bien, esa aparente linealidad tiene matices cuando indagamos en el diferencial de género por cada figura del parentesco que venimos considerando como más emblemáticas. Así podemos constatar que de los que sólo poseen estudios secundarios no profesionales son los varones (los padres) los que más contacto tienen con los hijos varones (cambiando la tendencia de los otros niveles de estudio a favor de las mujeres). En esa línea, a los padres varones los suelen llamar más los hijos varones (en esa figura de los padres es donde encontramos los valores más elevados del diferencial de género a favor de los varones), sobre todo del grupo de los que no finalizaron estudios básicos; precisamente en este grupo los hijos varones rompen también la tendencia por la mínima, y llaman más a sus madres. Y por último, que los hermanos varones son llamados sobre todo por los varones (es decir, por sus hermanos varones).

Si consideramos otro tipo de encuentros, observamos que el capital cultural formativo parece también incidir en la dirección de los que más poseen dicho capital, en tanto éstos tienden a realizar en mayor medida este tipo de actividades y encuentros (una diferencia de 13 puntos entre los dos polos del gradiente). La barrera parece situarse en los estudios básicos. Significativamente, tanto en el grupo de los que no finalizaron estudios básicos como en el de los que lo finalizaron, los varones son más protagonistas de este tipo de encuentros que las mujeres (aunque con valores mínimos en el diferencial). En el resto priman las mujeres, aunque en el grupo de los que cursaron estudios universitarios se puede hablar prácticamente de igualdad de comportamientos.

Si tratamos de completar la mirada sobre las tramas del parentesco en relación al capital cultural, tenemos que ver la

relación con las expectativas y realizaciones de intercambios económicos. Excepto en los casos de parentesco vertical de descendencia, a medida que aumenta el capital formativo reglado (encontrándose la barrera fundamentalmente en los estudios básicos) tanto se demandaría como se ofrecería más como proveedor a los parientes de ascendencia vertical como de horizontalidad fraternal, sobre todo a padres varones dentro de la ascendencia directa y a hermanas (aunque con escasa diferencia con los hermanos varones) dentro del parentesco horizontal. En el caso del parentesco vertical de descendencia sería a la inversa, los que tienen menos capital cultural demandarían y se ofrecerían como proveedores más que los que tienen mayor capital (menos acusado e incluso cambiando la tendencia en los niveles de los que poseen sólo estudios básicos o educación secundaria profesional, cuando se trata de ofrecerse como potencial proveedor a los hijos varones).

Para complementar la mirada de género en este apartado podemos observar cómo interviene el diferencial de género, constatando que los que tienen menor capital formativo rompen algunas tendencias, como es la de que las mujeres sobresalgan a la hora de demandar ayudas económicas a hijas/os, madres/padres y hermanas, concretamente serían los varones los que tomarían el protagonismo en el caso de hermanas y padres varones; también tendrían el mayor diferencial a su favor en el caso de los hermanos varones. Cuando las expectativas se dirigen a su papel como posibles proveedores, este grupo rompe la tendencia a favor de las mujeres, siendo prominentes los varones en el caso de los hijos varones y las madres, y tienen los mayores diferenciales a favor de los mismos cuando se trata de padres varones y hermanos varones. Consignar también cómo los que terminaron estudios secundarios no profesionales rompen la tendencia de los otros grupos a favor de los varones en el caso de los padres varones y de los hermanos varones (en este caso también las mujeres rebasan por la mínima a los varones entre los que poseen estudios universitarios).

Si fijamos ahora nuestra atención sobre las ayudas efectivamente realizadas o recibidas, podemos constatar (dentro de los bajos valores que venimos subrayando) que los que poseen estudios secundarios no profesionales son los que más reciben y de sus padres (lo cual puede ser completado con el dato tomado de la tabla de actividad, donde los que más reciben son los estudiantes). Y los que menos, los que tienen el capital formativo más bajo, los cuales lo reciben de otros parientes diferentes a los padres

(curiosamente igual que los desempleados que reciben efectivamente estas ayudas).

A la hora de prestar, son fundamentalmente los que tienen mayor capital formativo reglado los que realizan estas ayudas y aunque son las madres principalmente objeto de este préstamo, es en los hijos/as donde se observa la mayor distancia con los que poseen menos capital formativo. Precisamente es a los padres (sobre todo a las madres) a los que prestan ayuda en mayor proporción los que tienen menos capital; suelen ser varones y, fundamentalmente, con la finalidad de completar ingresos.

Respecto a esa forma particular de intercambio que es la herencia, consignar las similitudes de porcentajes entre los que poseen más y menos capital formativo (21,9% y 20,9% respectivamente), seguidos de los que poseen estudios básico (18,5%). En los diversos capitales formativos reglados son los padres rotundamente la principal fuente de la herencia.

Tratemos por último de ver cómo el capital formativo reglado interrelaciona con los llamados intercambios emocionales. Excepto en el caso de las hijas/os, conforme aumenta el capital formativo son mayores los intercambios emocionales con el resto de parientes del parentesco vertical y horizontal, destacando el caso de las hermanas y madres (por ese orden). En el caso de dichos intercambios con los parientes verticales descendientes más directos, los hijos e hijas, que son los más requeridos para esta confidencias (en especial las hijas, 47% en el caso de ser requeridas y 43% cuando se espera que ellas sean las confidentes), los porcentajes aumentan a medida que baja el capital formativo.

El diferencial de género en los llamados intercambios emocionales suele ser a favor de las mujeres en el caso de hijas/os, madres y hermanas (excepto en el caso de los hijos varones para el grupo de los que poseen estudios básicos, donde el diferencial es a favor de los varones). Y favorable a los varones en las figuras de padres varones y hermanos. Relativo a la distribución de los valores de ese diferencial entre los distintos capitales formativos, el mayor diferencial para los que poseen más capital formativo se encuentra en las figuras de madres, padres y hermanas. Sin muchas diferencias entre los diversos capitales en el caso de los hijos varones (sin olvidar la excepción mencionada de los que poseen estudios básicos) y los hermanos varones. Y valores más elevados para los que poseen menor capital formativo en el caso de las hijas.

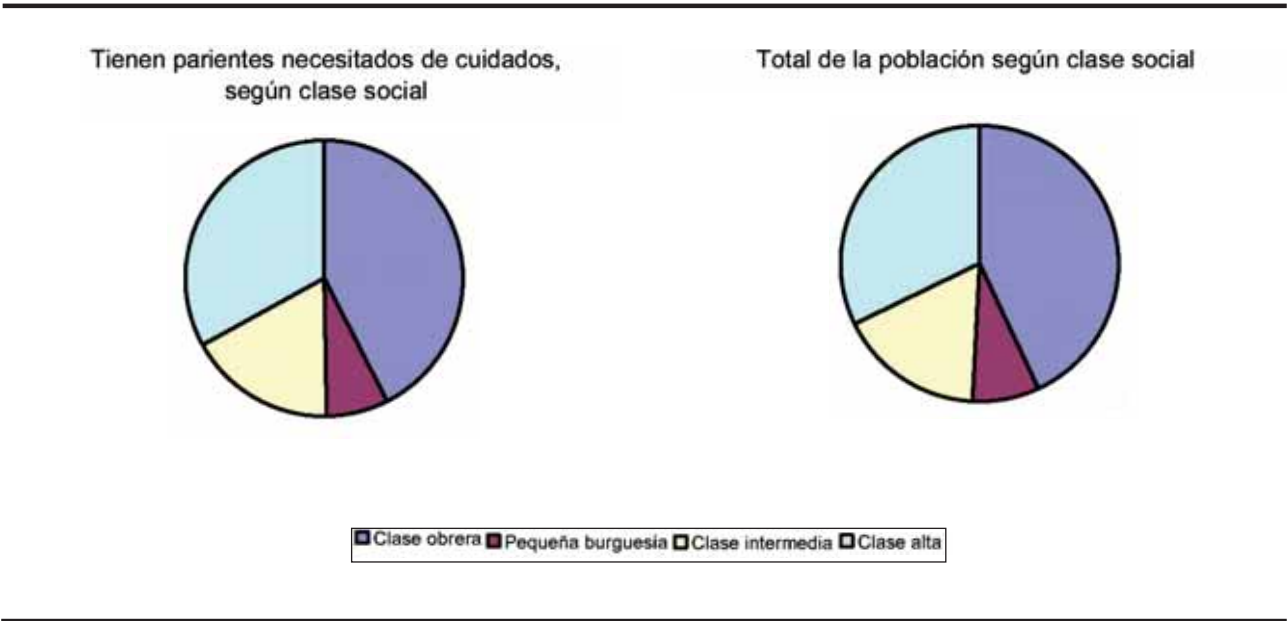
3. Cuidadores y cuidados

3. 1. La composición social de los que tienen parientes con necesidad de cuidados y de los cuidadores según clase social y nivel educativo del “sustentador principal”, y según la actividad y el nivel educativo del entrevistado

Comenzaremos observando, antes de entrar a ver específicamente el colectivo de los cuidadores, quiénes son

los que dicen tener parientes necesitados de ayuda. Observaremos la composición social de éstos, según las variables que nos interesan en nuestro estudio, contrastándola con la de la población general (gráficos 1, 2, 3 y 4.). Así obtendremos una primera información acerca del carácter social de los que tienen familiares con necesidades de cuidados. Lo mismo haremos a continuación con el colectivo de los que efectivamente prestan estos cuidados.

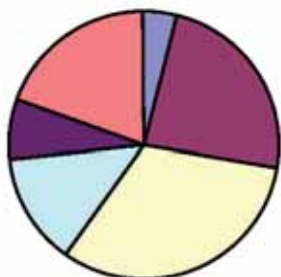
Gráfico 3. 1. Composición de los que tienen parientes con necesidad de cuidados según clase social y composición del total de la población según clase social (porcentajes)



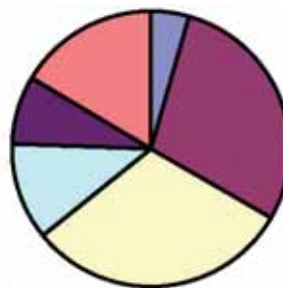
FUENTE: Tabla 26 a 1 y 26 b 1 Anexo.

Gráfico 3. 2. Composición de los que tienen parientes con necesidad de cuidados según nivel educativo del “sustentador principal” y composición del total de la población según nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

Tienen parientes necesitados de cuidados,
según nivel de estudios



Total de la población, según nivel de estudios
máximo del hogar

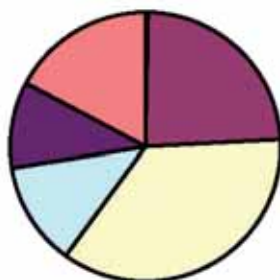


■ NsNC ■ Sin terminar estudios básicos ■ Estudios básicos ■ Estudios secundarios profesionales ■ Estudios secundarios no profesionales ■ Estudios universitarios

FUENTE: Tablas 26a.2 y 26b.2

Gráfico 3.3. Composición de los que tienen parientes con necesidad de cuidados según nivel educativo del entrevistado y composición del total de la población según nivel educativo del entrevistado (porcentajes)

Tienen parientes necesitados de cuidados,
según nivel de estudios



Total de la población, según nivel de estudios
del entrevistado



■ NsNC ■ Sin terminar estudios básicos ■ Estudios básicos ■ Estudios secundarios profesionales ■ Estudios secundarios no profesionales ■ Estudios universitarios

FUENTE: Tablas 26a.3 y 26b.3 Anexo.

No nos detendremos mucho en el gráfico 3.1, pues no se aprecian apenas diferencias entre los porcentajes de la población general y la de los que tienen parientes dependientes. En ambos casos tenemos una composición de clases sociales similar: la clase obrera supone algo más del 40% de los sujetos; la clase de pequeños propietarios está en torno al 7,5%; la de clase media baja, alrededor del 17%; y por encima del 30 % tenemos a nuestra clase media-alta. En los gráficos 3.2 y 3.3, no obstante, sí apreciamos que son menos los individuos sin estudios que dicen tener parientes necesitados de cuidados que los de la población general; así como, en sentido contrario, los universitarios expresan en mayor medida (casi 3 puntos por encima de lo que suponen en el total de la población) tener más parientes dependientes. Esto tiene que ver con el perfil de edad al que corresponden nuestra distribución por niveles de estudio. En efecto, se puede apreciar en la Tabla cruce de clase y educación del anexo cómo casi la mitad de los que no tienen finalizados los

estudios son mayores de 45 años mientras que para los que poseen estudios superiores casi el 70% son menores de esa edad y algo más del 90% son menores de 54 años.

Aún más diferencias entre el perfil social de la población general y el de los que tienen parientes con necesidad de atenderlos se aprecian si miramos la “actividad” del sujeto. En el gráfico 4 percibimos cómo los pensionistas/jubilados, que suponen un 20,4% de la población andaluza, no obstante sólo son un 12,8% de los que tienen familiares con necesidad de atención y/o cuidados. Esto igualmente nos está hablando de la influencia de la edad, que obviamente tiene que ver con la menor coexistencia de parientes mayores, que suelen ser los más necesitados de ayuda. También podemos comentar de esta Tabla, cómo los que trabajan están más representados entre los que tienen población con algún tipo de necesidad de cuidado, lo que nos está informando también del efecto demográfico de la edad de los trabajadores.

Gráfico 3.4. Composición de los que tienen parientes con necesidad de cuidados según su actividad y composición del total de la población según su actividad (porcentajes)

Tienen parientes necesitados de cuidados,
según actividad

Total de la población, según actividad del
entrevistado

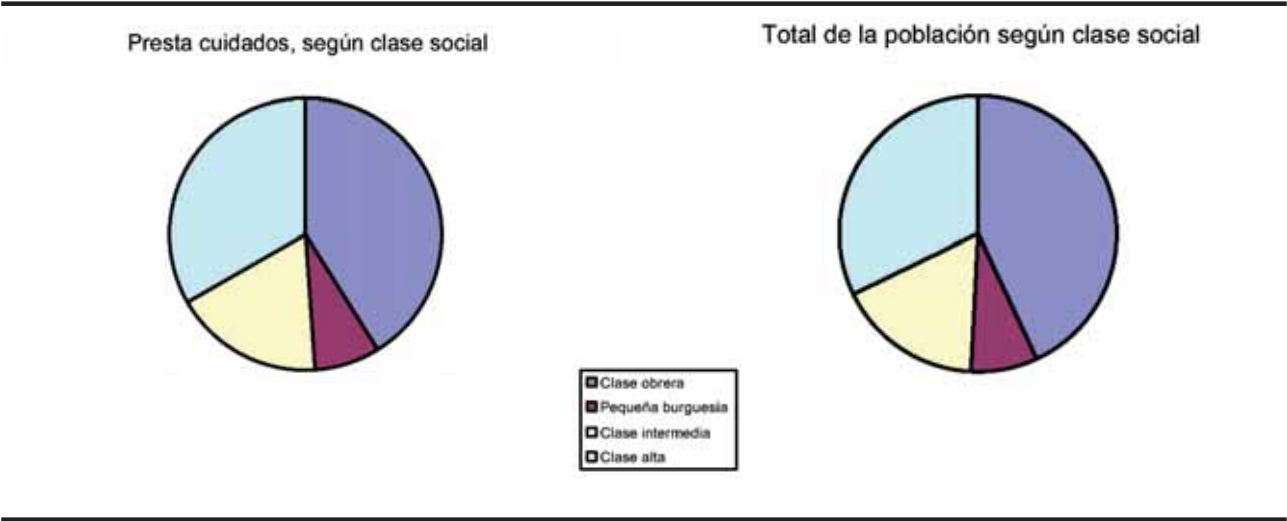


■ NsNc ■ Estudia ■ Trabaja ■ Desempleado ■ Pensionista/Jubilado

FUENTE: Tablas 26 a. 4 y 26b. 4 Anexo.

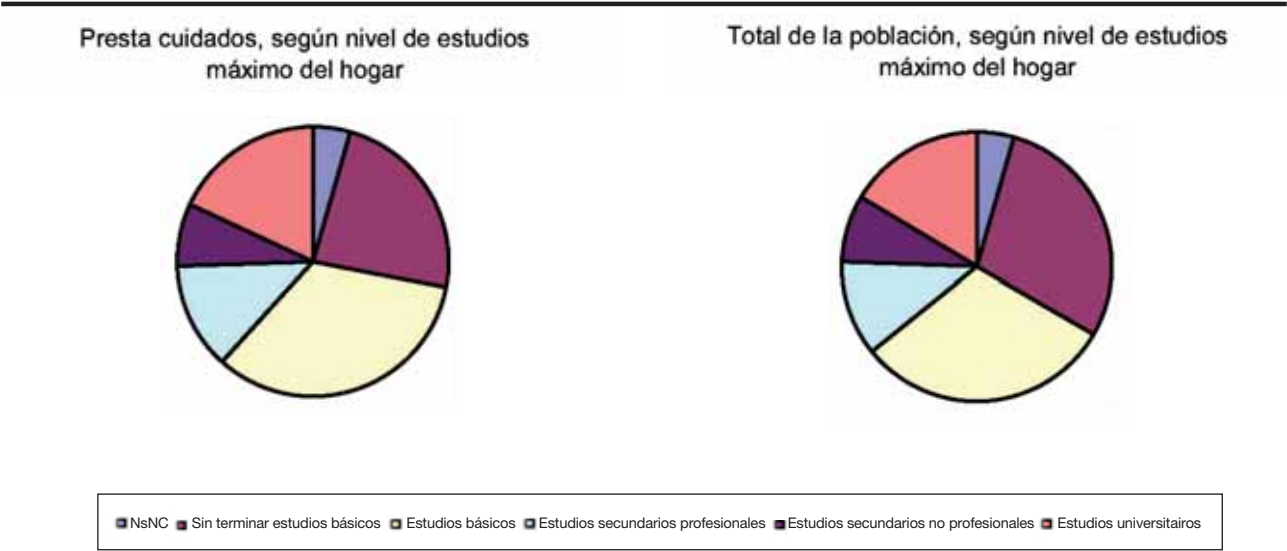
Veamos ahora si la distribución de los cuidadores según nuestros indicadores socioeconómicos coincide o no con la de la población general (gráficos 3.5, 3.6, 3.7 y 3.8).

Gráfico 3.5. Composición de los que prestan cuidados según clase social y composición del total de la población según clase social (porcentajes)



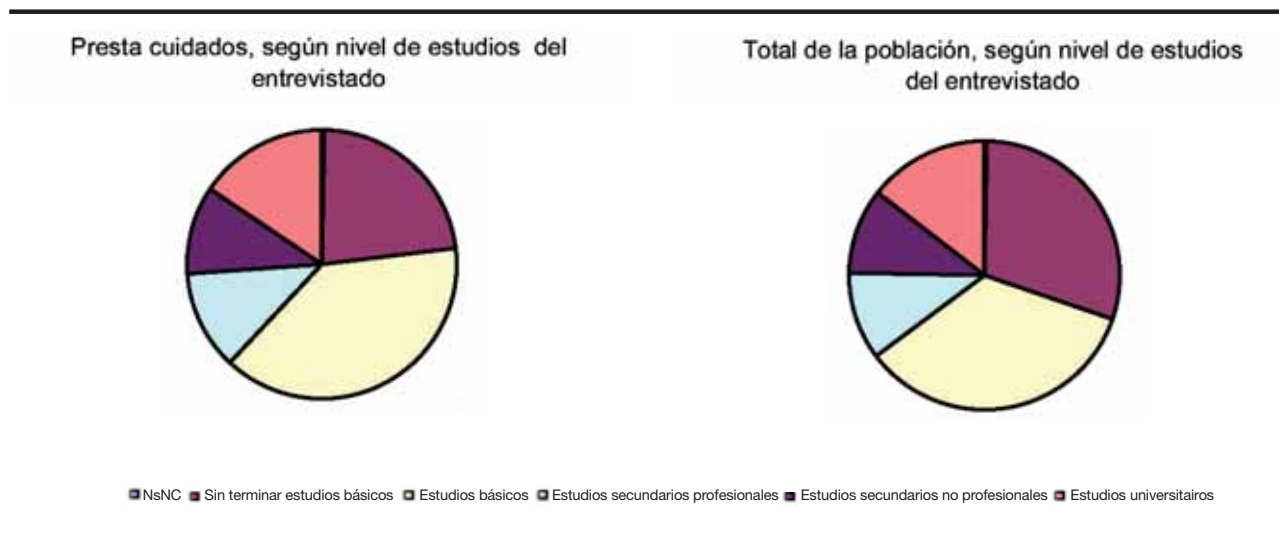
FUENTE: Tabla 26c. 1 y 26b. 1 Anexo.

Gráfico 3.6. Composición de los que prestan cuidados según nivel educativo del sustentador principal y composición del total de la población según nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)



FUENTE: Tablas 26c.2 y 26b. 2 Anexo.

Gráfico 3.7. Composición de los que prestan cuidados según nivel educativo del entrevistado y composición del total de la población según nivel educativo del entrevistado (porcentajes)



FUENTE: Tablas 26c.3 y 26b.3 Anexo.

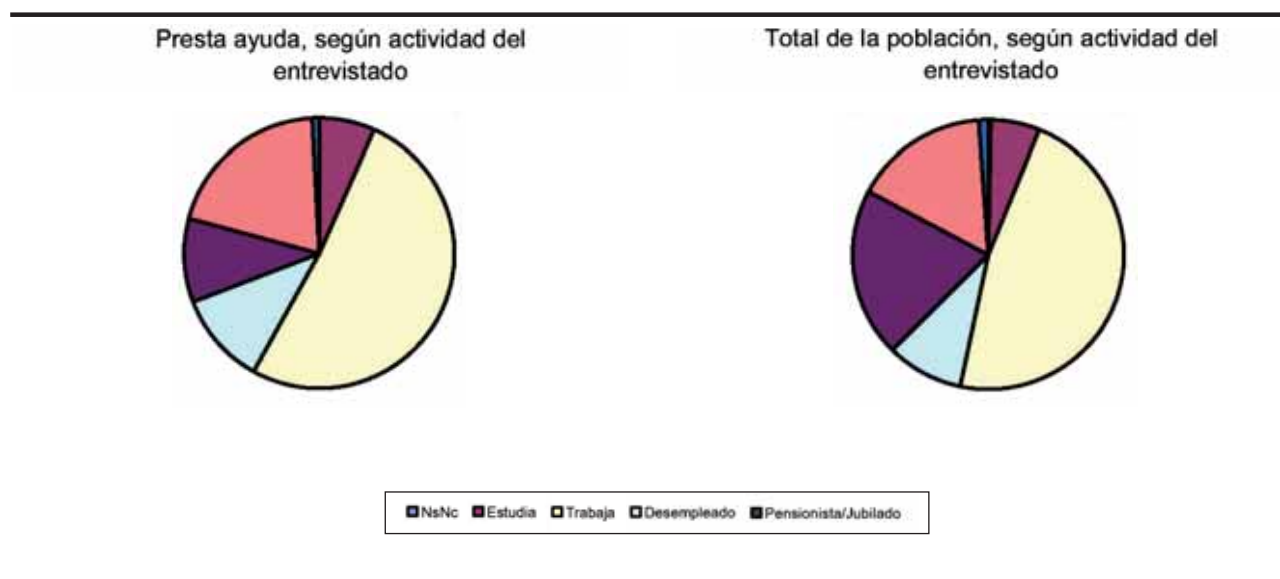
Apreciamos igualmente aquí una composición social muy similar entre la población y el colectivo específico de los que prestan ayuda a sus familiares. Sólo hemos de nuevo hacer la salvedad de los datos referidos a los niveles educativos. Aquí vemos en torno a un 60% de cuidadores con estudios básicos o sin terminar éstos, sobre un 20% de sujetos con estudios secundarios, y los que poseen estudios universitarios son el 18% si miramos el nivel máximo del hogar y e 15% si se trata del nivel educativo del entrevistado⁷². Por otra parte, observamos, como era de esperar, la misma tendencia apuntada más arriba: cierta sobrerrepresentación de los cuidadores que poseen niveles universitarios, con más parientes dependientes y con más capacidad de cuidarlos, por su mayor juventud y, a la inversa, unos menores porcentajes de cuidadores entre los que no poseen ni tan siquiera estudios básicos, que son más mayores y además veíamos tienen menos parientes con necesidad de que los cuiden.

En cuanto a la actividad del sujeto (gráfico 3.8), mientras los jubilados y/o pensionistas suponen algo más del 20% de la población, tan sólo suponen un 10% de los cuidadores. Esto tiene que ver igualmente con que son ellos los que cuentan con menos parientes necesitados de cuidados, así como con la dificultad que por la edad tienen de prestar ayuda a éstos.

Observemos, de otro lado, en el mismo gráfico 3.8. cómo uno de cada cinco cuidadores son amas de casa. En general, si a las amas de casa les sumamos los pensionistas/jubilados y los estudiantes, tenemos que algo más de un tercio de los cuidadores son población inactiva. Si a éstos les añadimos la población parada, podemos afirmar que prácticamente la mitad de los cuidadores son población que se encuentra de algún modo fuera del mercado laboral.

⁷² Esto pasa también en los niveles educativos más bajos, en los que es menor el porcentaje (57% frente al 61%) de los que tienen este nivel cuando miramos el nivel educativo del sustentador principal. Es decir, que el nivel educativo de los cuidadores es algo más bajo que el de sus cónyuges.

Gráfico 3.8. Composición de los que prestan cuidados según su actividad y composición del total de la población según su actividad (porcentajes)



FUENTE: Tabla 26c.4 y Tabla 26b.4 Anexo.

3.2. Las probabilidades de ser cuidador

Conocemos, pues, el perfil social por clase social, nivel de estudios y actividad de quienes tienen parientes con necesidades de cuidados y de quienes, de entre los anteriores, prestan en efecto esos cuidados. Vamos a pasar ahora a otro tipo de porcentajes. Nos referimos a aquellos que son calculados teniendo como denominador el total de cada categoría específica (clase social, nivel educativo, etc.) que tiene parientes con necesidad de ayuda. Veremos con este dato si en alguna de nuestras variables hay más o menos probabilidad de ser efectivamente cuidador de esos parientes. Empezaremos con las categorías referidas al nivel socioeconómico y cultural de los hogares. En concreto, veamos en la Tabla 3.1, referida a la clase social, cómo, si tuviéramos que destacar alguna clase con mayor tendencia a cuidar, ésta es la pequeña burguesía, en la que un 60% (4

puntos por encima de la media) de los que tienen familiares enfermos o dependientes les prestan cuidados. En el resto de las clases, la tendencia es más cercana a la media. No obstante, si echamos un vistazo a los datos según sexo, apreciamos, en general, que las mujeres con familiares con necesidad de cuidados tienden en casi 9 puntos más que los hombres a cuidarlos. Esta diferencia de comportamientos por género donde más evidente se hace es entre la clase obrera (unos 15 puntos de diferencia), lo que nos informa de que las mujeres de clases populares son las que mayor predisposición tienen de convertirse en cuidadoras. Por otro lado, entre la pequeña burguesía es donde apreciamos un patrón más igualitario según género. Hay inusualmente entre los hombres de esta clase una mayor tendencia a prestar cuidados. Aquí quizá esté mediando la posibilidad de hacer efectiva la herencia de la propiedad de los progenitores, informalmente condicionada a un mantenimiento efectivo de la solidaridad intergeneracional.

Tabla 3.1. Distribución de la población según su situación de cuidador por clase social
(valores absolutos y porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase mediana-alta	Total
Población					
No presta ayuda					
Hombre	133.827	17.082	45.230	86.078	282.218
Mujer	94.935	16.793	48.225	84.641	244.594
Total	228.763	33.875	93.455	170.719	526.812
Presta Ayuda					
Hombre	123.045	22.906	51.501	104.093	301.545
Mujer	154.705	28.237	69.423	119.685	372.051
Total	277.750	51.143	120.924	223.779	673.596
Con algún pariente necesitado decuidado					
Hombre	256.873	39.988	96.731	190.171	583.763
Mujer	249.641	45.030	117.648	204.326	616.645
Total	506.513	85.019	214.379	394.497	1.200.408
Porcentajes verticales¹					
No presta ayuda					
Hombre	52,1%	42,7%	46,8%	45,3%	48,3%
Mujer	38,0%	37,3%	41,0%	41,4%	39,7%
Total	45,2%	39,8%	43,6%	43,3%	43,9%
Presta Ayuda					
Hombre	47,9%	57,3%	53,2%	54,7%	51,7%
Mujer	62,0%	62,7%	59,0%	58,6%	60,3%
Total	54,8%	60,2%	56,4%	56,7%	56,1%
Con algún pariente necesitado de cuidado					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 27. 1 Anexo

Nota¹: Sobre el total de cada clase que tiene algún pariente necesitado de cuidado

Pasemos ahora a ver los datos referidos al nivel educativo del sustentador principal. Aquí el rasgo más llamativo que apreciamos (ver Tabla 3.2) es el contraste entre las mujeres de familias en que el nivel educativo es el de tan sólo estudios básicos y el de aquellas en las que este nivel corresponde a

los estudios universitarios. Hay entre las primeras un 15% más de posibilidades de ser cuidadora. Es mencionable, también, que a medida que sube el perfil educativo del sustentador principal, las diferencias entre géneros se atenúan.

Tabla 3.2. Distribución de la población según su situación de cuidador por nivel educativo del “sustentador principal” (valores absolutos y porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios secundarios profesionales	Estudios secundarios profesionales	Estudios universitarios	Total
Población							
No presta ayuda							
Hombre	22.042	118.370	148.209	76.733	39.329	86.757	491.439
Mujer	13.883	99.832	125.609	53.660	35.706	110.596	439.287
Total	35.926	218.202	273.818	130.393	75.035	197.353	930.726
Presta Ayuda							
Hombre	20.980	113.785	156.000	73.401	35.275	108.816	508.256
Mujer	27.108	150.415	233.598	80.148	49.711	110.313	651.293
Total	48.088	264.200	389.598	153.549	84.985	219.130	1.159.550
Con algún pariente necesitado de cuidado							
Hombre	43.022	232.154	304.209	150.133	74.604	195.574	999.696
Mujer	40.991	250.247	359.207	133.808	85.417	220.909	1.090.580
Total	84.014	482.402	663.416	283.941	160.020	416.483	2.090.276
Porcentajes¹							
No presta ayuda							
Hombre	51,2%	51,0%	48,7%	51,1%	52,7%	44,4%	49,2%
Mujer	33,9%	39,9%	35,0%	40,1%	41,8%	50,1%	40,3%
Total	42,8%	45,2%	41,3%	45,9%	46,9%	47,4%	44,5%
Presta Ayuda							
Hombre	48,8%	49,0%	51,3%	48,9%	47,3%	55,6%	50,8%
Mujer	66,1%	60,1%	65,0%	59,9%	58,2%	49,9%	59,7%
Total	57,2%	54,8%	58,7%	54,1%	53,1%	52,6%	55,5%
Con algún pariente necesitado de cuidado							
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 27. 2 Anexo

Nota¹: Sobre el total de cada clase que tiene algún pariente necesitado de cuidado

A continuación veremos datos referidos no al sustentador principal, sino al ego del cuestionario. Como en lo que se refiere al nivel educativo, la tendencia a que apuntan los datos (Tabla 27.3 anexo) es similar a la comentada anteriormente, sólo nos vamos a quedar con la información relativa a la actividad económica. En la Tabla 3.3 podemos ver cómo la categoría con más probabilidad de convertirse en cuidador, al tener familiares con necesidad de atención, es la de las amas de casa, que son prácticamente todas mujeres. Éstas tienen, en efecto, un 11% más de probabilidades que la media. El

estar parado, de otro lado, también parece predisponer a dedicarse a los cuidados. Además en este caso las diferencias de género que sí se dan en el resto de categorías aquí parecen atenuarse. Los hombres desempleados cuidan de sus familiares enfermos o dependiente 10 puntos por encima de la media. De otro lado, los pensionistas/jubilados, tanto hombres como mujeres, prestan menos ayuda a sus familiares cuando la necesitan, seguramente por la dificultad que la edad supone, como veíamos más arriba.

Tabla 3.3. Distribución de la población según su situación de cuidador por actividad del cuidador
(Valores absolutos y porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
Población						
No presta ayuda						
Hombre	29.845	321.751	37.474	97.059	..	491.439
Mujer	36.811	187.993	44.440	46.159	117.881	439.287
Total	66.656	509.744	81.914	143.218	118.175	930.726
Presta Ayuda						
Hombre	33.456	340.767	56.502	72.214	..	508.256
Mujer	42.643	255.080	74.139	44.625	230.280	651.293
Total	76.099	595.847	130.641	116.840	231.009	1.159.550
Con algún pariente necesitado de cuidado						
Hombre	63.302	662.518	93.975	169.273	..	999.696
Mujer	79.454	443.073	118.580	90.784	348.161	1.090.580
Total	142.756	1.105.591	212.555	260.057	349.183	2.090.276
Porcentajes¹						
No presta ayuda						
Hombre	47,1%	48,6%	39,9%	57,3%	..	49,2%
Mujer	46,3%	42,4%	37,5%	50,8%	33,9%	40,3%
Total	46,7%	46,1%	38,5%	55,1%	33,8%	44,5%
Presta Ayuda						
Hombre	52,9%	51,4%	60,1%	42,7%	..	50,8%
Mujer	53,7%	57,6%	62,5%	49,2%	66,1%	59,7%
Total	53,3%	53,9%	61,5%	44,9%	66,2%	55,5%
Con algún pariente necesitado de cuidado						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	..	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 27.4 Anexo

Nota¹: Sobre el total de cuidadores según nivel de estudios que tiene algún pariente necesitado de cuidado

3. 3. Los parientes a los que se cuidan

A qué parientes atienden nuestros cuidadores. Vamos a destacar para ello (ver Tabla 28 anexo) los datos más relevantes en lo que a las posiciones sociales de la familia a la que pertenecen se refiere, por un lado. A continuación veremos algunas pautas específicas según las características socioeconómicas individuales de los cuidadores.

En cuanto a lo primero (Tabla 3.4), constatamos cómo los principales parientes que absorben los cuidados son los progenitores y abuelos, como ya se ha visto en la monografía general sobre dependencia y solidaridad en las redes familiares en Andalucía⁷³. Las madres son el familiar que más

demanda y recibe los cuidados, seguidas éstas, con bastante diferencia de padres, suegros y abuelos. Queremos apuntar que en general no se aprecian grandes diferencias entre clases sociales ni niveles educativos en la posibilidad de cuidar a unos u otros parientes. Tan sólo apreciamos en relación con el cuidado a las madres cómo las diferencias que en el resto de las clases se dan entre cuidadores y cuidadoras a favor de éstas, en el caso de los cuidadores de clase obrera se minimizan. Lo mismo ocurre en el caso del cuidado a alguno de los suegros. Esto, que nos podría llevar a pensar en la existencia de un patrón más igualitario en la clase obrera, parece más bien estar relacionado con la mayor coresidencia con los progenitores que se da en esta clase social, tal como se apuntó en el capítulo primero.

Tabla 3.4. Distribución de cuidadores según parientes a quien prestan ayuda por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Cónyuge o descendiente directo					
Hombre	..	..	..	..	9,4%
Mujer	..	..	..	..	8,7%
Total	8,2%	..	..	10,5%	9,0%
A la madre					
Hombre	35,4%	..	33,1%	34,1%	34,3%
Mujer	37,4%	48,2%	40,6%	44,1%	41,0%
Total	36,5%	41,2%	37,4%	39,5%	38,0%
Al padre					
Hombre	20,9%	..	..	20,2%	19,6%
Mujer	19,4%	..	..	16,8%	17,9%
Total	20,1%	..	18,3%	18,4%	18,7%
A algún suegro					
Hombre	12,9%	..	32,1%	20,9%	19,2%
Mujer	11,1%	..	0,0%	13,6%	11,8%
Total	11,9%	..	19,8%	17,0%	15,1%

CONTINÚA →

73 IEA, 2006 op. cit.

Tabla 3.4. Distribución de cuidadores según parientes a quien prestan ayuda por clase social
(porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
A algún abuelo/a					
Hombre	17,5%	..	..	..	11,7%
Mujer	10,7%	..	21,0%	..	12,2%
Total	13,7%	..	15,2%	8,4%	12,0%
A otros parientes					
Hombre	16,1%	..	..	23,8%	20,2%
Mujer	25,2%	..	..	20,3%	21,4%
Total	21,2%	23,8%	16,8%	21,9%	20,8%

FUENTE: Tabla 28.1 Anexo

Nota: porcentajes de cuidadores de cada grupo de clase y género que ayuda a cada categoría de pariente, sobre el total de cuidadores de cada grupo de clase y género

De hecho, si miramos el nivel educativo del sustentador principal (Tabla 3.5) obtenemos una información en principio divergente con la anterior. En efecto, apreciamos cómo el patrón de los que cuidan a la madre es más igualitario entre los que pertenecen a familias con nivel educativo universitario y en cambio las diferencias entre géneros son mayores cuando el niveles educativos más bajos (sin estudios o estudios básicos). Además vemos cómo los que no han terminado ni los estudios básicos tienen el doble de

probabilidades de cuidar a sus cónyuges que las familias de estudios superiores, lo que de nuevo nos informa de la distinta composición por edad de los diferentes niveles de estudio a la que más arriba hemos hecho alusión.

Si miramos el nivel educativo del cuidador (Tabla 3.6), se observan las mismas pautas. Quizá quepa señalar como especificidad la presencia de un patrón más igualitario por sexo en lo que se refiere al cuidado al padre.

Tabla 3.5. Distribución de cuidadores según parientes a quien se presta ayuda por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Cónyuge o descendiente directo							
Hombre	..	22,5%	13,7%	..	..	..	12,7%
Mujer	..	22,2%	16,2%	..	..	13,9%	15,6%
Total	..	22,3%	15,2%	..	..	11,3%	14,3%
A la madre							
Hombre	..	31,5%	29,0%	34,8%	..	34,7%	31,7%
Mujer	..	40,8%	37,3%	36,5%	37,2%	38,2%	38,0%
Total	28,4%	36,8%	34,0%	35,7%	36,2%	36,5%	35,3%
Al padre							
Hombre	..	16,8%	19,1%	27,6%	..	17,3%	18,1%
Mujer	..	15,0%	13,8%	21,0%	..	11,7%	14,0%
Total	..	15,7%	15,9%	24,2%	..	14,5%	15,8%
A algún suegro							
Hombre	..	16,4%	18,4%	24,1%	..	14,3%	18,1%
Mujer	..	..	10,9%	..	..	..	9,6%
Total	..	11,9%	13,9%	17,2%	17,4%	10,6%	13,3%
A algún abuelo/a							
Hombre	..	10,2%	8,8%	..	..	14,2%	12,1%
Mujer	..	..	11,6%	..	27,9%	15,9%	13,4%
Total	28,4%	8,5%	10,5%	11,5%	24,5%	15,1%	12,8%
A otros parientes							
Hombre	..	12,7%	25,0%	17,0%	..	23,6%	20,3%
Mujer	..	17,3%	20,0%	26,3%	..	23,8%	20,8%
Total	..	15,3%	22,0%	21,8%	19,4%	23,7%	20,6%

FUENTE: Tabla 28.2 Anexo

Nota: porcentajes de cuidadores de cada grupo de estudios y género que ayuda a cada categoría de pariente, sobre el total de cuidadores de cada grupo de estudios y género

Tabla 3.6. Distribución de cuidadores según parientes a quienes prestan ayuda por nivel educativo del cuidador (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Cónyuge o descendiente directo							
Hombre	..	31,7%	12,4%	..	..	..	12,7%
Mujer	..	26,5%	15,1%	..	..	..	15,6%
Total	..	28,4%	13,8%	..	..	9,8%	14,3%
A la madre							
Hombre	..	27,4%	31,1%	33,3%	35,8%	32,9%	31,7%
Mujer	..	39,4%	42,1%	32,5%	33,3%	33,5%	38,0%
Total	..	35,1%	37,1%	32,9%	34,4%	33,2%	35,3%
Al padre							
Hombre	..	..	19,6%	24,6%	..	20,3%	18,1%
Mujer	..	11,5%	12,9%	21,7%	..	19,7%	14,0%
Total	..	11,4%	15,9%	23,1%	10,8%	19,9%	15,8%
A algún suegro							
Hombre	..	21,0%	17,3%	21,8%	..	..	18,1%
Mujer	..	11,7%	11,6%	...	.	..	9,6%
Total	..	15,0%	14,2%	13,9%	11,4%	9,3%	13,3%
A algún abuelo/a							
Hombre	..	..	11,6%	..	26,5%	..	12,1%
Mujer	..	..	9,4%	19,1%	39,2%	18,7%	13,4%
Total	..	..	10,4%	15,8%	33,3%	16,4%	12,8%
A otros parientes							
Hombre	..	16,1%	20,6%	21,7%	..	25,0%	20,3%
Mujer	..	16,6%	21,3%	23,6%	18,9%	24,7%	20,8%
Total	..	16,5%	21,0%	22,7%	18,1%	24,9%	20,6%

FUENTE: Tabla 28.3 Anexo

Nota: porcentajes de cuidadores de cada grupo de estudios y género que ayuda a cada categoría de pariente, sobre el total de cuidadores de cada grupo de estudios y género

Veamos ahora cómo se comportan los cuidadores según su actividad (Tabla 3.7). En el aporte de cuidados al cónyuge destacan los pensionistas/jubilados, siendo entre ellos mayores que la media las diferencias entre hombres y mujeres, a favor de éstas, lo que tiene que ver con la mayor longevidad de éstas⁷⁴. En lo que a la madre se refiere, los

desempleados, y aún más las desempleadas son las que más cuidan a sus progenitoras. Lo contrario sucede con los pensionistas/jubilados, por su mayor edad. Mencionaremos también cómo los cuidadores que más atienden a sus abuelos son los que estudian, especialmente las mujeres.

Tabla 3.7. Distribución de cuidadores según parientes a quien prestan ayuda por actividad del cuidador
(porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
Cónyuge o descendiente directo						
Hombre	..	9,2%	..	31,8%	..	12,7%
Mujer	..	8,9%	..	38,5%	24,2%	15,6%
Total	..	9,1%	11,2%	34,4%	24,2%	14,3%
A la madre						
Hombre	..	34,4%	31,7%	19,7%	..	31,7%
Mujer	..	38,6%	47,9%	38,8%	38,2%	38,0%
Total	20,5%	36,2%	40,8%	27,0%	38,4%	35,3%
Al padre						
Hombre	..	20,7%	..	..	..	18,1%
Mujer	..	19,1%	..	..	11,9%	14,0%
Total	..	20,0%	16,1%	..	11,9%	15,8%
A algún suegro						
Hombre	..	19,0%	..	24,5%	..	18,1%
Mujer	..	9,5%	..	..	13,1%	9,6%
Total	..	14,9%	12,4%	15,4%	13,1%	13,3%
A algún abuelo/a						
Hombre	51,2%	11,1%	..	..	..	12,1%
Mujer	63,3%	15,3%	15,5%	..	..	13,4%
Total	58,0%	12,9%	14,2%	..	..	12,8%
A otros parientes						
Hombre	..	19,9%	..	23,5%	..	20,3%
Mujer	..	21,2%	23,5%	..	17,6%	20,8%
Total	20,2%	20,5%	20,4%	24,6%	17,6%	20,6%

FUENTE: Tabla 28.4 Anexo

Nota: porcentajes de cuidadores de cada grupo de actividad y género que ayuda a cada categoría de pariente, sobre el total de cuidadores de cada grupo de actividad y género

74 IEA, 2006 op. cit.

3. 4. Las tareas y los tiempos

Pasemos a describir las tareas para las que dicen ayudar los cuidadores (Tabla 29 anexo). Veamos en primer lugar si la clase social de la familia del cuidador predispone a realizar más o menos determinado tipo de ayuda (Tabla 3.8). Apreciamos aquí, en efecto, cómo hay un conjunto de actividades entre las que apreciamos claras diferencias entre las clases populares en general y la de los pequeños propietarios, en algunos casos, y nuestra clase media-alta. Nos referimos a todas aquellas tareas que se realizan dentro de la casa, como son la ayuda para actividades básicas como alimentarse, tomar los medicamentos, vestirse y asearse, por un lado; y otras más instrumentales como las tareas del hogar o preparar la comida, por otro. En cualquier caso, se trata de

tareas que implican una más intensiva dedicación por parte de quienes las realizan. Así vemos cómo los cuidadores de clase obrera ayudan en un 39,1% de los casos a asear a sus familiares, mientras que los de clase media-alta sólo lo hacen en un 30,8%. En las tareas del hogar los cuidadores de clases populares ayudan en casi un 54% mientras en la clase media-alta tan sólo un 47% (en este caso los de la pequeña burguesía ayudan incluso menos, un 44,2%) Diferencias similares, de nuevo aquí entre clases obreras y pequeños propietarios y clase media-alta, se dan cuando se trata de ayudar a tomar los medicamentos. Si hablamos de ayudar a vestirse tanto los cuidadores de clase obrera como los de la pequeña burguesía ayudan en torno el 36% de los casos, mientras en las clases medias altas este porcentaje no llega al 28. En el caso de preparar comidas, ayudar a comer el rango de diferencias es similar.

Tabla 3.8. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
Hacer su aseo cotidiano				
Hombre	25,3%	..	..	19,1%
Mujer	49,5%	..	49,0%	41,0%
Total	39,1%	34,5%	38,2%	30,8%
Vestirse				
Hombre	25,5%	..	..	22,0%
Mujer	43,6%	..	37,5%	33,1%
Total	35,8%	36,5%	31,5%	27,9%
Preparar su comida				
Hombre	31,6%	..	28,3%	24,6%
Mujer	55,5%	59,9%	54,6%	55,1%
Total	45,2%	46,2%	43,6%	40,9%
Comer				
Hombre	15,8%	..	..	13,0%
Mujer	21,4%	..	17,6%	16,9%
Total	19,0%	23,8%	17,9%	15,1%
Tomar sus medicinas				
Hombre	35,8%	..	33,0%	27,4%
Mujer	44,1%	44,9%	39,5%	38,2%
Total	40,5%	43,8%	36,8%	33,2%
Hacer las tareas del hogar				
Hombre	35,6%	..	35,4%	28,6%
Mujer	67,9%	59,1%	62,9%	63,6%
Total	53,9%	44,2%	51,5%	47,2%

CONTINÚA →

Tabla 3.8. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por clase social
(porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta
Desplazarse en su vivienda				
Hombre	38,1%	..	32,1%	37,2%
Mujer	32,5%	..	33,0%	34,7%
Total	34,9%	40,1%	32,6%	35,9%
Salir de su casa: dar un paseo, ir al médico				
Hombre	52,1%	63,6%	61,4%	62,0%
Mujer	49,8%	59,9%	51,1%	60,8%
Total	50,8%	61,6%	55,4%	61,4%
Hacer sus compras				
Hombre	41,8%	..	50,4%	41,3%
Mujer	54,4%	53,2%	52,9%	52,1%
Total	48,9%	49,8%	51,8%	47,0%
Hacer sus gestiones				
Hombre	54,2%	..	66,7%	51,9%
Mujer	48,5%	59,1%	59,1%	51,2%
Total	51,0%	56,3%	62,3%	51,5%
Tomar transportes públicos				
Hombre	20,9%	..	27,0%	17,5%
Mujer	27,5%	..	22,4%	27,8%
Total	24,6%	30,3%	24,3%	23,0%
Otras actividades en las que necesite ayuda				
Hombre	40,7%	..	50,4%	35,3%
Mujer	42,1%	48,7%	37,9%	34,1%
Total	41,5%	47,4%	43,1%	34,6%

FUENTE: Tabla 29.1 Anexo

Nota: Porcentaje cuidadores de cada clase y género que realizan el tipo de tarea indicado, sobre el total de cuidadores de dicho grupo

En la Tabla anterior podemos ver, de otra parte, cómo en las actividades que implican salir del hogar se sigue manteniendo la pauta de unos porcentajes en general más elevados en los pequeños propietarios. Estos parecen no sólo tener más predisposición a ayudar a sus familiares dependientes, como veíamos más arriba, sino que dicen ayudar en prácticamente todas las tareas.

Una última observación de esta misma Tabla 3.8: el comportamiento más igualitario por sexo de la clase media-alta en varias actividades como dar de comer, desplazarse en la vivienda, salir de casa o realizar gestiones. En nuestra clase intermedia esto mismo se aprecia en los desplazamientos dentro del hogar y en la realización de las compras.

Si miramos el nivel educativo máximo del sustentador del hogar (Tabla 3.9) apreciamos una tendencia parecida en lo que tiene que ver con comportamientos de género. En general se mantienen en casi todas las categorías de actividades las

diferencias entre sexos, aunque hay algunas, de las que se realizan fuera del hogar, para las que se observan entre las clases con mayor nivel educativo menos diferencias. Así se ve con gran nitidez cómo en el nivel estudios universitarios para tareas como desplazarse en la vivienda, salir de la casa o hacer gestiones. Subrayemos, no obstante, que este patrón igualitario no se aprecia nunca para las tareas de más intensiva dedicación.

De otro lado, constatamos cómo este tipo de tareas más duras y/o rutinarias (tareas del hogar, preparar comidas, ayudar a vestirse y asearse, a dar de comer, a tomar medicamentos) son siempre bastante más realizadas entre los cuidadores de niveles más bajos (sin estudios básicos o sólo estudios básicos) y al contrario si miramos los niveles superiores y en algunos casos medios. Veamos, como ejemplo, las tareas del hogar, entre las que hay más de 20 puntos de diferencia entre los que no tienen estudios básicos y los que tienen estudios superiores.

Tabla 3.9. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Hacer su aseo cotidiano							
Hombre	..	30,9%	25,8%	...	...	23,3%	25,0%
Mujer	58,2%	57,6%	48,7%	33,1%	34,7%	43,9%	47,4%
Total	49,3%	46,3%	39,6%	25,6%	26,8%	33,9%	37,7%
Vestirse							
Hombre	..	33,4%	23,2%	18,8%	..	23,7%	24,8%
Mujer	49,8%	52,2%	39,9%	27,1%	34,2%	42,8%	41,7%
Total	41,6%	44,2%	33,3%	23,1%	26,9%	33,6%	34,4%
Preparar su comida							
Hombre	..	37,5%	32,6%	25,6%	..	24,6%	30,7%
Mujer	67,0%	71,7%	58,5%	43,2%	55,4%	55,1%	59,3%
Total	51,6%	57,2%	48,3%	34,7%	44,7%	40,3%	46,9%
Comer							
Hombre	..	18,9%	19,5%	..	.	..	16,8%
Mujer	..	26,2%	19,1%	...	.	22,3%	20,0%
Total	24,4%	23,1%	19,2%	13,8%	..	16,7%	18,6%
Tomar sus medicinas							
Hombre	..	36,5%	35,0%	25,4%	..	33,1%	33,2%
Mujer	52,3%	53,3%	42,7%	31,5%	28,5%	45,9%	43,7%
Total	47,5%	46,2%	39,7%	28,5%	27,8%	39,7%	39,2%
Hacer las tareas del hogar							
Hombre	..	50,7%	34,1%	27,8%	..	30,4%	36,1%
Mujer	67,4%	73,7%	70,6%	60,9%	54,4%	55,9%	66,3%
Total	55,4%	64,0%	56,2%	45,0%	44,5%	43,5%	53,2%

CONTINÚA →

Tabla 3.9. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Desplazarse en su vivienda							
Hombre	..	40,6%	36,4%	30,3%	..	36,6%	36,9%
Mujer	..	41,7%	32,5%	18,1%	26,8%	36,5%	33,4%
Total	44,7%	41,2%	34,0%	24,0%	28,6%	36,6%	34,9%
Salir de su casa: dar un paseo, ir al médico							
Hombre	..	52,3%	57,8%	53,3%	54,0%	62,1%	56,7%
Mujer	47,4%	55,1%	53,3%	44,2%	47,7%	64,5%	53,9%
Total	53,6%	53,9%	55,1%	48,6%	50,3%	63,3%	55,1%
Hacer sus compras							
Hombre	..	52,7%	47,5%	40,0%	37,2%	47,9%	47,4%
Mujer	52,0%	57,8%	56,7%	49,7%	39,8%	54,1%	54,2%
Total	54,4%	55,7%	53,1%	45,0%	38,7%	51,1%	51,2%
Hacer sus gestiones							
Hombre	..	55,5%	56,9%	48,1%	54,8%	59,1%	55,7%
Mujer	52,1%	51,5%	51,6%	46,5%	40,8%	58,9%	51,4%
Total	55,5%	53,2%	53,7%	47,3%	46,6%	59,0%	53,3%
Tomar transportes públicos							
Hombre	..	30,3%	27,0%	..	..	18,5%	23,9%
Mujer	..	35,5%	32,6%	17,0%	..	25,4%	29,3%
Total	31,1%	33,3%	30,4%	17,0%	19,1%	22,1%	26,9%
Otras actividades en las que necesite ayuda							
Hombre	..	44,4%	41,6%	34,7%	42,1%	49,3%	43,3%
Mujer	..	43,0%	41,3%	34,9%	36,3%	35,5%	39,3%
Total	42,0%	43,6%	41,4%	34,8%	38,8%	42,2%	41,0%

FUENTE: Tabla 29.2 Anexo

Nota: Porcentaje cuidadores de cada nivel de estudios máximo del hogar y género que realizan el tipo de tarea indicado, sobre el total de cuidadores de dicho grupo

Si pasamos ahora a las características individuales de los cuidadores, por nivel educativo (ver Tabla 29.3 anexo) se aprecian las mismas tendencias apuntadas hasta ahora. Vamos a detenernos más, pues, en la actividad del sujeto (Tabla 3.10). Aquí de nuevo observamos categorías en las que se ayuda en mayor grado que la media en general en diferentes tareas a sus familiares, pero especialmente en aquéllas de más intensa dedicación. Esto sucede siempre en el caso de las amas de casa y los pensionistas/jubilados, y, en el caso de los desempleados, en la realización de las tareas domésticas y la preparación de la comida. Además apuntemos que en el caso de las amas de casa estamos hablando de mujeres en prácticamente todos los casos; y en el de los pensionistas/jubilados las diferencias de género

siempre son mayores cuando se trata de actividades de gran dedicación que suponen aportar una atención básica al familiar como asearlo, vestirlo, etc.; o bien ayudarlo en las tareas domésticas o en la preparación de comidas. Es decir, las pensionistas/jubiladas suelen dedicarse bastante más que los pensionistas/jubilados a este tipo de actividades tan tradicionalmente “femeninas”. Entre los desempleados esta división sexual de tareas también, aunque quizá en menor medida, es perceptible. En general, insistimos los colectivos “desmercantilizados”⁷⁵, exceptuando a los estudiantes, y más en el caso de las mujeres, tienden a ocuparse de las tareas más rutinarias, repetitivas y, como veremos a continuación, costosas en cuanto a la dedicación de tiempo se refiere.

Tabla 3.10. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por actividad del cuidador
(porcentajes)

	NsNc	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Otra actividad	Total
Hacer su aseo cotidiano								
Hombre	..	..	23,3%	32,6%	35,2%	..	..	25,0%
Mujer	..	..	46,6%	41,1%	62,0%	51,4%	..	47,4%
Total	..	19,0%	33,4%	37,5%	45,7%	51,3%	..	37,7%
Vestirse								
Hombre	..	..	24,3%	28,2%	29,6%	..	..	24,8%
Mujer	..	34,1%	39,8%	37,6%	58,5%	43,4%	..	41,7%
Total	..	25,0%	31,0%	33,6%	40,9%	43,2%	..	34,4%
Preparar su comida								
Hombre	..	..	28,6%	38,0%	41,4%	..	..	30,7%
Mujer	..	43,4%	54,4%	62,8%	76,3%	63,5%	..	59,3%
Total	..	31,2%	39,7%	52,2%	55,0%	63,6%	..	46,9%
Comer								
Hombre	..	..	17,1%	23,1%	..	..	..	16,8%
Mujer	..	..	19,5%	..	29,8%	20,8%	..	20,0%
Total	..	..	18,1%	18,7%	21,5%	20,7%	..	18,6%
Tomar sus medicinas								
Hombre	..	..	34,0%	37,9%	34,6%	..	..	33,2%
Mujer	..	31,1%	41,6%	44,2%	56,4%	46,2%	..	43,7%
Total	..	24,4%	37,3%	41,5%	43,1%	46,0%	..	39,2%

CONTINÚA ➔

75 Offe, C. (1992): La sociedad del trabajo, Madrid, Alianza.

Tabla 3.10. Distribución de cuidadores según tipo de ayuda prestada por actividad del cuidador
(porcentajes)

CONTINUACIÓN

	NsNc	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Otra actividad	Total
Hacer las tareas del hogar								
Hombre	..	..	33,0%	48,2%	41,2%	..	..	36,1%
Mujer	..	50,9%	62,9%	75,5%	73,6%	68,6%	..	66,3%
Total	..	42,3%	46,0%	63,9%	53,8%	68,7%	..	53,2%
Desplazarse en su vivienda								
Hombre	..	..	36,6%	35,9%	39,3%	..	..	36,9%
Mujer	..	..	35,6%	34,1%	42,2%	30,6%	..	33,4%
Total	..	29,1%	36,1%	34,9%	40,5%	30,8%	..	34,9%
Salir de su casa								
Hombre	..	53,2%	55,7%	61,8%	58,0%	..	..	56,7%
Mujer	..	44,1%	56,9%	60,3%	46,7%	51,7%	..	53,9%
Total	..	48,1%	56,2%	60,9%	53,6%	51,5%	..	55,1%
Hacer sus compras								
Hombre	..	41,9%	43,4%	61,3%	57,3%	..	..	47,4%
Mujer	..	46,1%	50,8%	61,6%	53,1%	57,4%	..	54,2%
Total	..	44,2%	46,6%	61,5%	55,7%	57,2%	..	51,2%
Hacer sus gestiones								
Hombre	..	39,2%	56,2%	56,1%	60,7%	..	..	55,7%
Mujer	..	35,8%	50,7%	54,5%	54,8%	53,9%	..	51,4%
Total	..	37,3%	53,8%	55,2%	58,4%	53,8%	..	53,3%
Tomar transportes públicos								
Hombre	..	..	20,5%	37,9%	32,9%	..	..	23,9%
Mujer	..	..	26,1%	23,0%	32,8%	36,2%	..	29,3%
Total	..	..	22,9%	29,4%	32,9%	36,1%	..	26,9%
Otras actividades								
Hombre	..	45,8%	41,8%	46,5%	44,8%	..	..	43,3%
Mujer	..	44,1%	37,7%	32,8%	47,1%	40,6%	..	39,3%
Total	..	44,8%	40,0%	38,6%	45,7%	40,5%	..	41,0%

FUENTE: Tabla 29.4 Anexo

Nota: Porcentaje cuidadores de cada grupo de actividad que realizan el tipo de tarea indicado, sobre el total de cuidadores de dicho grupo

En efecto, los patrones observados en cuanto a tipo de ayuda prestada sin duda tienen mucho que ver con estos otros que a continuación ofrecemos sobre el tiempo dedicado a esa ayuda (Tabla 30 anexo). En las variables socioeconómicas referidas al hogar del cuidador, hemos de apuntar que es en el nivel educativo donde se aprecia con más claridad la relación entre los más altos niveles de estudio y las dedicaciones de menos horas, y a la inversa. En efecto, apreciamos en la Tabla 3.11 cómo entre los más bajos niveles la ayuda supone dedicaciones superiores a las 40 horas

semanales en más de 12 puntos de la media, o, si comparamos con los niveles educativos superiores, más de 18 puntos. Los niveles medios se comportan en porcentajes similares a los superiores en este caso. Si miramos las dedicaciones de menos de 7 horas sucede justo al contrario: los niveles básicos o sin terminar estudios son en torno a la mitad de los que han cursado estudios medios o superiores. En las dedicaciones intermedias (de 7 a 14 horas, y de 15 a 40) no se aprecian estas diferencias tan notables.

Tabla 3.11. Distribución de cuidadores según tiempo de dedicación a ayuda por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
NsNc							
Hombre	..	16,9%	18,2%	..	..	17,2%	16,9%
Mujer	..	..	11,2%	..	..	..	10,6%
Total	..	11,3%	14,0%	15,6%	16,1%	13,5%	13,4%
Menos de 7 horas							
Hombre	..	20,1%	23,1%	37,7%	..	37,1%	29,1%
Mujer	..	11,7%	14,1%	22,7%	26,2%	29,0%	17,9%
Total	..	15,3%	17,7%	29,9%	27,9%	33,0%	22,8%
De 7 a 14 horas							
Hombre	..	14,2%	17,8%	23,2%	..	18,8%	18,1%
Mujer	..	14,1%	17,5%	..	..	18,3%	16,3%
Total	..	14,1%	17,6%	19,0%	16,6%	18,6%	17,1%
De 15 a 40 horas							
Hombre	..	21,4%	21,5%	..	..	13,7%	17,7%
Mujer	..	21,1%	22,7%	28,8%	..	16,7%	22,1%
Total	..	21,2%	22,2%	20,9%	20,8%	15,3%	20,2%
Más de 40 horas							
Hombre	..	27,4%	19,4%	..	..	13,2%	18,2%
Mujer	51,4%	46,0%	34,5%	18,1%	..	26,1%	33,1%
Total	32,5%	38,0%	28,5%	14,6%	18,6%	19,7%	26,6%
Total de cuidadores							
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 30.2 Anexo

Nota: Porcentaje de cada nivel de estudios y género que dedica el número indicado de horas, sobre el total de dicho nivel de estudios y género.

Si miramos por ocupación (Tabla 3.12), las diferencias de dedicación entre clases no parecen mostrarse tan polarizadas. Sí podemos apreciar en los cuidados que implican menos de 7 horas cómo las clases media y media-alta tienen puntuaciones más altas, mientras que en la clase obrera, al contrario, está por debajo de la media. No obstante, en esta última clase es apreciable que el porcentaje de los que no saben o no contestan es 6 puntos mayor que para la clase media-alta, lo que nos pone de manifiesto una mayor

dificultad para contabilizar del tiempo que dedican a los cuidados⁷⁶. Quizá esto nos explique por qué no apreciamos que sean ellos los que destacan en emplear más de 40 horas a atender a sus familiares, como cabría esperar tanto por el tipo de tareas en las que más ayudan como por la polarización que sí se aprecia al mirar los niveles de estudio. De otro lado, cabe apuntar que para la pequeña burguesía la dedicación de entre 15 y 40 horas es notablemente superior a la media⁷⁷.

Tabla 3.12 Distribución de cuidadores según tiempo de dedicación por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
NsNc					
Hombre	20,0%	..	..	..	14,7%
Mujer	12,6%	..	..	..	10,9%
Total	15,9%	..	..	9,9%	12,6%
Menos de 7 horas					
Hombre	29,6%	..	34,7%	36,7%	32,4%
Mujer	15,8%	..	26,3%	17,5%	18,5%
Total	21,9%	..	29,9%	26,5%	24,8%
De 7 a 14 horas					
Hombre	16,4%	..	26,0%	24,3%	20,2%
Mujer	22,7%	..	..	15,6%	18,5%
Total	19,9%	..	19,6%	19,7%	19,2%
De 15 a 40 horas					
Hombre	20,2%	..	..	13,6%	17,6%
Mujer	21,8%	..	23,7%	27,4%	23,9%
Total	21,1%	27,1%	18,6%	21,0%	21,1%
Más de 40 horas					
Hombre	13,8%	..	..	14,7%	15,1%
Mujer	27,1%	..	27,2%	30,1%	28,2%
Total	21,2%	24,7%	22,7%	22,9%	22,3%
Total de cuidadores					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 30.1 Anexo

Nota: Porcentaje de cada clase que dedica el número indicado de horas, sobre el total de dicha clase.

⁷⁶ Esto quizá refleje un modo de afrontar los cuidados en el que se tome menos consciencia de los costes que éstos implican. Volveremos a este tema en un apartado posterior.

⁷⁷ El que los cuidadores de esta clase social estén más concentrados en estas dedicaciones intermedias probablemente tiene que ver con los patrones más igualitarios por género que hemos señalado se pueden apreciar entre ellos.

En cuanto a la actividad del cuidador (Tabla 3.13) sí encontramos una total coherencia con los patrones de actividad en la que ayudan. Así de nuevo hemos de señalar que son los colectivos que están fuera del mercado laboral, salvo el caso de los estudiantes, los que se caracterizan por superar con creces la media en las dedicaciones superiores a una jornada laboral (40 horas). Las amas de casa y las pensionistas/jubiladas (también ellos, en menor medida, pero por encima de la media en todo caso) tienen más de un 42% de probabilidades (53,5% entre las jubiladas/pensionistas) de dedicar más de 40 horas a proporcionar cuidados, frente a una media del 26,6%. En cambio, estos mismos colectivos tienen bastante más bajos porcentajes que la media cuando se trata de las dedicaciones de menos de 7 horas; aquí en

cambio son los estudiantes y en menor medida los que trabajan los que eligen más esta opción.

Queremos finalizar este apartado destacando cómo las amas de casa, más cuanto más baja su posición social, son no sólo quienes tienen más posibilidad de convertirse en cuidadoras de sus parientes dependientes⁷⁸, sino de hacerlo de un modo muy intensivo⁷⁹. De otro lado, los jubilados/pensionistas, también especialmente las mujeres, y más las de niveles educativos y sociales inferiores, aunque no son un colectivo con más probabilidades de prestar cuidados⁸⁰, sí podemos afirmar que, cuando lo hacen, se implican en realizar aquellas tareas que suponen una más alta dedicación.

Tabla 3.13. Distribución de cuidadores según tiempo de dedicación por actividad del cuidador
(porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
NsNc						
Hombre	..	16,4%	..	21,1%	..	16,9%
Mujer	..	12,6%	..	..	8,3%	10,6%
Total	..	14,8%	9,9%	17,4%	8,3%	13,4%
Menos de 7 horas						
Hombre	49,3%	32,4%	21,8%	..	..	29,1%
Mujer	43,3%	22,1%	..	..	11,2%	17,9%
Total	46,0%	28,0%	18,2%	..	11,1%	22,8%
De 7 a 14 horas						
Hombre	..	18,4%	25,1%	..	..	18,1%
Mujer	..	19,2%	..	..	14,5%	16,3%
Total	20,4%	18,7%	19,5%	..	14,5%	17,1%
De 15 a 40 horas						
Hombre	..	18,8%	..	19,3%	..	17,7%
Mujer	..	21,5%	27,2%	..	23,8%	22,1%
Total	..	19,9%	21,6%	19,3%	23,8%	20,2%
Más de 40 horas						
Hombre	..	14,1%	24,8%	36,3%	..	18,2%
Mujer	..	24,6%	35,5%	53,5%	42,1%	33,1%
Total	..	18,6%	30,9%	42,9%	42,3%	26,6%
Total de cuidadores						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	..	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE Tabla 30.4 Anexo

Nota Porcentaje de cada clase que dedica el número indicado de horas, sobre el total de dicha clase.

78 Recordemos que son uno de cada cinco cuidadores.

79 No olvidemos que casi la mitad de ellas se dedican por encima de lo que supondría una jornada laboral.

80 Hemos visto que por su edad tienen menos parientes que cuidar y más dificultades para hacerlo.

3.5. Las ayudas recibidas por los cuidadores y el papel de éstos en la estructura familiar de deberes hacia los parientes enfermos o dependientes

Preguntados los cuidadores sobre quién o quiénes les ayudaban a atender a sus familiares (Tabla 31 anexo), vemos, al referirnos a la clase social comunitaria ⁸¹, la de la familia del

cuidador, cómo se aprecia una diferencia de más del doble entre la clase obrera (6,9%) y la clase media-alta (17%) a la hora de contar con la ayuda de alguna persona remunerada (Tabla 3.14). En las demás categorías no podemos apuntar importantes diferencias por clase: algo más del 70% de los cuidadores reciben la ayuda de otros familiares; en torno al 5 y medio por ciento de otro tipo de ayuda; y en torno a uno de cada 10 cuidadores no recibe ningún tipo de colaboración.

Tabla 3.14. Distribución de cuidadores según otra ayuda recibida por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Otros familiares	70,7%	73,5%	72,3%	72,5%	71,8%
Persona remunerada	6,9%	..	..	17,0%	10,9%
Ninguna otra ayuda	10,0%	..	10,7%	9,2%	9,9%
Otras ayudas ²	5,2%	..	..	6,4%	5,6%

FUENTE: Tabla 31.1 Anexo

Nota: Porcentajes de cuidadores de cada clase social que reciben otra ayuda, sobre el total de cuidadores de dicha clase

Nota 2: amigos/ vecinos, ayuda a domicilio y/o voluntarios

Si miramos el nivel de estudios del sustentador, se aprecian varias tendencias. En primer lugar, diferencias incluso mayores (de más del cuádruple), entre quienes tienen estudios básicos o menos y los que tienen estudios superiores, a la hora de contar con la ayuda de una persona remunerada (Tabla 3.15). Lo contrario sucede si vemos quiénes no cuentan en absoluto con otra ayuda: en torno al doble los de más bajos niveles de estudio que los que

cuentan con niveles superiores. Estos, además, disponen en torno a 10 puntos porcentuales más de la ayuda de otros familiares que los de inferiores niveles (sin terminar básicos o sólo básicos). Estos mismos patrones tan desiguales se aprecian si observamos el nivel de estudios del cuidador (Tabla 3.16).

Tabla 3.15. Distribución de cuidadores según otra ayuda recibida por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Otros familiares	82,1%	66,7%	64,6%	70,5%	76,2%	73,5%	69,1%
Persona remunerada	..	4,9%	5,7%	..	..	22,8%	9,1%
Ninguna otra ayuda	..	17,2%	15,1%	11,9%	..	6,7%	12,6%
Otras ayudas ²	..	..	4,9%	..	..	6,6%	4,4%

FUENTE: Tabla 31

Nota: Porcentajes de cuidadores de cada nivel de estudios máximos del hogar que reciben otra ayuda, sobre el total de cuidadores de dicho grupo

Nota 2: amigos/ vecinos, ayuda a domicilio y/o voluntarios

⁸¹ Carabaña, J.(1994): “Educación y diversidad de clases sociales” en FERNÁNDEZ PALOMARES Y GRANADOS: Sociología de la educación: viejas y nuevas cuestiones. Actas de la III Conferencia estatal de Sociología de la educación, Málaga, Ed. Clave.

Tabla 3.16. Distribución de cuidadores según otra ayuda recibida por nivel de estudios del cuidador
(porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Otros familiares	..	64,1%	66,6%	73,1%	78,7%	72,9%	69,1%
Persona remunerada	..	..	5,6%	..	11,8%	24,3%	9,1%
Ninguna otra ayuda	..	17,1%	15,6%	..	..	8,5%	12,6%
Otras ayudas ²	..	..	4,8%	..	..	7,1%	4,4%

FUENTE: Tabla 31. Anexo

Nota: Porcentajes de cuidadores de cada nivel de estudios que reciben otra ayuda, sobre el total de cuidadores de dicha nivel de estudios

Nota 2: amigos/ vecinos, ayuda a domicilio y/o voluntarios

Fijémonos, por último, en la actividad de los cuidadores. Aquí también apreciamos cómo las posibilidades de recibir ayuda en la atención a los familiares dependientes varía mucho según la dedicación del cuidador (Tabla 3.17). Así constatamos que los pensionistas/jubilados y las amas de casa reciben apoyo de otros familiares en torno a 10 puntos menos que la media. Además, las amas de casa son las que menos optan por pagar a alguien para que les ayuden (casi la

mitad que les sucede a los cuidadores cuando trabajan). Ellas son, para empeorar la situación, las que más han de asumir solas la carga del cuidado de sus familiares dependientes: una de cada cuatro así lo expresa (son un total de 58.411), siendo la media de un 12,6% (menos, un 7,3% cuando el cuidador está empleado). Por el contrario, los estudiantes, cuando prestan ayuda a algún pariente, encuentran más el apoyo de sus familiares (un 81,3% frente a un 69% de media).

Tabla 3.17. Distribución de cuidadores según otras ayudas recibidas por actividad del “sustentador principal” (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
Otros familiares	81,3%	73,4%	70,6%	58,7%	58,7%	69,1%
Persona remunerada	..	11,8%	..	..	5,7%	9,1%
Ninguna otra ayuda	..	7,3%	17,6%	15,4%	25,3%	12,6%
Otras ayudas ²	..	5,7%	..	..	..	4,4%

FUENTE: Tabla 31. 4 Anexo

Nota: Porcentajes de cuidadores de cada situación de actividad que reciben otra ayuda, sobre el total de cuidadores de dicha situación de actividad

Nota 2: amigos/ vecinos, ayuda a domicilio y/o voluntarios

La estructura de deberes de la familia hacia sus parientes enfermos o dependientes parece hacer recaer el peso de estas obligaciones de un modo diferente según la actividad de sus miembros, o, mejor dicho, según la “inactividad” de ellos, pues hemos visto que son los colectivos que están fuera del mercado laboral, exceptuando los estudiantes, los que más probabilidades tienen de proporcionar cuidados a sus familiares sin apenas colaboración de nadie. Son las amas de casa las que se llevan la palma en esta tarea; las de más baja posición socioeconómica y cultural, además, tienden en mayor medida a no contar ni con la ayuda de otros parientes ni con la posibilidad de contratar a alguien. En este sentido, otra de las preguntas del cuestionario interrogaba sobre quién recae en mayor medida el peso de los cuidados (Tabla 37 anexo). Veamos qué nos dicen las respuestas a esta cuestión.

En primer lugar, referido a la clase de la familia (Tabla 3.18), diremos que en todas las categorías se entiende mayoritariamente (un 83,7%) que el peso de los cuidados recae en la familia como conjunto; tan sólo un 13,5% dice que lo hace mayormente en el entrevistado. No obstante, podemos apuntar algunas matizaciones. Por un lado, vemos cómo en la pequeña burguesía, tanto en el caso de hombres como de mujeres, se tiende algo más a concebir de un modo compartido el peso de los cuidados, en tanto que se percibe que es responsabilidad de toda la familia, y no sólo de un cuidador, en 6 puntos por encima de la media. Estos datos nos pueden estar apuntando, como hemos visto antes en comportamientos bastante convergentes con éste aquí señalado, el efecto que la previsible herencia de las propiedades familiares puede ejercer en el mantenimiento de unas pautas de solidaridad familiar intergeneracional. En segundo lugar, y con pautas similares, aunque en menor grado, también se puede señalar cómo las mujeres de clase obrera dicen ser ellas las cuidadoras sobre las que recae el mayor peso en casi 5 puntos menos que la media, y a la vez entienden en 3 puntos por encima que es la familia la que se implica colectivamente en el cuidado.

Otro modelo de pautas de distribución de las responsabilidades parece que muestra la clase intermedia cuando opta por la respuesta que implica responsabilidad compartida por la familia en casi 5 puntos porcentuales por debajo de la media. Los entrevistados de esta clase social lógicamente responden algo más que los demás que son ellos los cuidadores principales. Esta segunda respuesta vemos también es más escogida por la mujeres de clase media-alta. Puede que nos llamen la atención estos datos, que indican unas más altas tasas de cuidadoras principales en las clases medias y especialmente entre las mujeres de clase media-alta, aunque no hemos de perder de vista que también son éstas últimas⁸² las que más cuentan (aunque aún en un minoritario 17%) con la ayuda de personal contratado, además de ser las que realizan en menor medida las tareas más rutinarias y de alto empleo de tiempo. Quizá todo esto nos lleve a plantearnos los diferentes sentidos (sociales, en tanto que contruidos desde diferentes posiciones, diferentes marcos de sentido) que el papel de “cuidador/-a principal” puede tener. En las mujeres de clase media-alta puede que se tienda a concebir más, a la luz de los datos hasta aquí vistos, este rol no tanto como proveedor único e intensivo de cuidados sino más como gestor de éstos: el “care manager” más propio de los modelos de cuidados de países europeos con estructuras de servicios más consolidadas como Noruega, Alemania, etc⁸³. De igual modo, puede que aquellas que sí dedican mucho tiempo a proporcionar ayuda y que además cuentan con bastante menos colaboración externa, no obstante, no sientan tanto que se hallan desprovistas de la ayuda de otros familiares, en tanto que tengan más asumida la obligación moral de proporcionar cuidados a sus parientes necesitados. De todos modos, volveremos a esta inicial hipótesis interpretativa cuando, más adelante, comentemos los datos que el cuestionario nos aporta sobre las razones y los costes que implica la ayuda.

82 De las primeras no contábamos con datos suficientes (ver Tabla 14).

83 Bazo, M. T. y Ancizu, I. (2004): “El papel de la familia y los servicios en el mantenimiento de la autonomía de las personas mayores: una perspectiva internacional comparada”, en Reis, nº 105, pp. 43-77.

Tabla 3.18. Distribución de cuidadores según sobre quién recae mayormente el peso de los cuidados por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
NsNc					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Familia					
Hombre	89,0%	94,5%	89,9%	88,1%	89,2%
Mujer	84,8%	85,8%	71,0%	75,1%	79,1%
Total	86,6%	89,6%	78,9%	81,8%	83,7%
Entrevistado					
Hombre	..	..	..	..	8,4%
Mujer	13,2%	..	..	24,0%	17,9%
Total	11,5%	..	16,5%	15,8%	13,5%
Otras personas					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Total de cuidadores					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 37. 1 Anexo

Nota: Total de cuidadores con parientes cuidadores de cada grupo de clase social y género

Si miramos por nivel educativo del sustentador principal (Tabla 3.19)⁸⁴, destacaríamos que en los niveles secundarios no profesionales se elige por encima de la media la corresponsabilidad de la familia mientras que si hablamos de

los niveles de estudios inacabados se tiende más⁸⁵ a que el entrevistado, y no la familia en general, sea el cuidador sobre el que recae el mayor peso. Estas pautas se mantienen tanto para hombres como para mujeres.

⁸⁴ La misma pauta la observamos cuando nos fijamos en el nivel educativo del ego (ver Tabla 36.3 anexo).

⁸⁵ Siempre teniendo en cuenta que esta opción es minoritaria (15,3%) para todos los niveles de estudio. Entre los que no tienen ni los estudios básicos finalizados se elige en un 22%.

Tabla 3.19. Distribución de cuidadores según sobre quién recae mayormente el peso de los cuidados por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
NsNc							
Hombre	..	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..	..
Familia							
Hombre	90,6%	78,8%	89,0%	94,8%	96,8%	84,2%	87,4%
Mujer	..	74,2%	80,8%	77,8%	87,4%	75,2%	77,8%
Total	76,5%	76,3%	84,3%	85,8%	91,1%	79,7%	82,2%
Entrevistado							
Hombre	..	19,2%	..	..	..	..	9,9%
Mujer	..	24,3%	18,7%	..	..	20,3%	19,8%
Total	..	22,0%	14,8%	..	..	15,6%	15,3%
Otras personas							
Hombre	..	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..	2,2%
Total de cuidadores							
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 37.2 Anexo

Nota: Total de cuidadores con parientes cuidadores de cada grupo de nivel de estudios máximo del hogar y género

En cuanto a la actividad del cuidador (Tabla 3.20), en consonancia con los datos de la Tabla 3.17, las cuidadoras estudiantes y las desempleadas son las que tienden más a contar con el concurso de la familia para compartir el peso de los cuidados. Lo contrario les sucede a las

pensionistas/jubiladas y a las amas de casa. Es sobre éstas segundas⁸⁶ sobre las que, además, suele caer más en solitario toda la responsabilidad: así lo expresa nada menos que un 30%.

86 Sobre las pensionistas/jubiladas no contamos con datos estadísticamente representativos.

Tabla 3.20. Distribución de cuidadores según sobre quién recae mayormente el peso de los cuidados según actividad del cuidador (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
Familia						
Hombre	89,4%	88,8%	80,4%	85,0%	..	87,4%
Mujer	97,1%	79,5%	87,9%	67,6%	68,5%	77,8%
Total	93,9%	84,8%	84,6%	79,5%	68,1%	82,2%
Entrevistado						
Hombre	..	8,8%	..	..	..	9,9%
Mujer	..	16,9%	..	..	29,4%	19,8%
Total	..	12,3%	..	..	29,8%	15,3%
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	2,6%
Total de cuidadores						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 37.4 Anexo

Nota: Total de cuidadores con parientes cuidadores de cada grupo de nivel de estudios máximo del entrevistado.

Veamos, a continuación, quiénes son los familiares que ayudan a los cuidadores que sí cuentan con este apoyo (Tabla 36 anexo). Aclaremos que, aunque en el cuestionario se preguntaba por dos familiares que colaboraran en los cuidados, nosotros sólo nos vamos a referir a los que han sido citados en primer lugar. Del cuidador referido en segundo término no tenemos siempre datos suficientes que nos permitan generalizar y, en todo caso, las tendencias que se aprecian son bastante similares a las que pasamos a describir del cuidador uno. Si empezamos por la ocupación del

sustentador principal (Tabla 3.21), se puede afirmar que no se aprecian diferencias importantes por clase social. En todas las categorías los familiares más citados son el cónyuge/hijos, en torno a un 20%, o sea, parientes directos con los que se convive o se ha convivido en el núcleo del hogar. En la línea de parientes ascendientes destaca el papel de ayuda de las madres a sus hijas/—os cuidadoras/—es, pues son citados en torno a un 19% de los casos. El padre o los suegros bajan a un nivel de en torno al 9%.

Tabla 3.21. Distribución de cuidadores según existan otros parientes cuidadores por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
NsNc					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Cónyuge/Hijos					
Hombre	23,2%	..	..	25,7%	27,4%
Mujer	15,2%	..	..	..	13,6%
Total	18,6%	..	23,3%	19,1%	20,0%
Madre					
Hombre	21,9%	..	..	16,6%	17,8%
Mujer	19,5%	..	..	20,1%	20,4%
Total	20,6%	..	18,3%	18,3%	19,2%
Padre/Suegros					
Hombre	..	..	..	..	8,8%
Mujer	..	..	..	..	8,6%
Total	8,4%	..	..	9,8%	8,7%
Resto de parientes					
Hombre	45,4%	..	40,1%	48,3%	45,7%
Mujer	57,0%	..	56,2%	57,2%	57,2%
Total	52,0%	54,4%	49,5%	52,6%	51,9%
Total de cuidadores					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 36.1 Anexo

Nota: Porcentaje calculado tomando como numerador el grupo de género y clase social que indica a cada tipo de pariente como el primer familiar que le ayuda, y como denominador el total de cuidadores por género y clase.

Refiriéndonos al nivel educativo, apreciamos tanto para el del sustentador principal como para el del ego una tendencia a contar más con el apoyo de la madre y menos del cónyuge para los niveles más altos (universitarios y secundarios); tendencia que se invierte para los que tienen menor capital

cultural (sobre todo sin estudios básicos). Apreciémoslo en la Tabla 3.22⁸⁷. Esto sin duda guarda relación con el perfil más joven de los que tienen más altos niveles educativos y más mayor de los sin estudios, como hemos señalado en otras ocasiones.

87 Optamos en este caso por representar los datos del nivel de estudios del ego porque se aprecia más claramente la tendencia descrita que, no obstante, también se ve cuando vemos el nivel de estudios del sustentador principal (ver Tabla 36.2 anexo).

Tabla 3.22. Distribución de cuidadores según existan otros parientes cuidadores por nivel de estudios del cuidador (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios secundarios	Estudios universitarios	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Cónyuge/ Hijos						
Hombre	..	43,7%	28,0%	21,6%	..	27,6%
Mujer	..	27,2%	14,7%	..	11,1%	14,7%
Total	..	33,4%	21,1%	13,1%	15,7%	20,5%
Madre						
Hombre	..	..	16,9%	23,7%	24,5%	18,2%
Mujer	..	..	12,1%	39,0%	30,9%	21,0%
Total	..	..	14,5%	32,1%	27,9%	19,7%
Padre/ Suegros						
Hombre	..	..	11,7%	..	..	9,4%
Mujer	..	..	..	11,7%	..	8,0%
Total	..	..	9,8%	11,2%	..	8,6%
Resto de parientes						
Hombre	..	45,6%	43,3%	43,4%	47,2%	44,4%
Mujer	..	63,6%	65,2%	42,7%	50,1%	56,3%
Total	..	56,9%	54,6%	43,0%	48,7%	50,9%
Total de cuidadores						
Hombre	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 36.3 Anexo

Nota: Porcentaje calculado tomando como numerador el grupo de género y nivel de estudios que indica a cada tipo de pariente como el primer familiar que le ayuda, y como denominador el total de cuidadores por género y nivel de estudios.

Veamos, por último, qué podemos destacar al centrarnos en la actividad del cuidador (Tabla 3.23). En primer lugar, observamos cómo los pensionistas/jubilados cuentan 2,5 veces más que la media con la ayuda del cónyuge. Esto es especialmente destacable para los cuidadores varones, por lo que estamos hablando de la ayuda de sus esposas. Por el

contrario, las amas de casa disponen casi la mitad menos que la media de la ayuda de sus madres y reciben en mayor medida la ayuda del “resto de parientes”⁸⁸ de nuestra clasificación. Se aprecia, de otro lado, que los desempleados cuentan con algo más del doble del resto de la población con la colaboración de sus padres o suegros.

88 Aquí destaca la colaboración de hermanos/as.

Tabla 3.23. Distribución de cuidadores según existan otros parientes cuidadores por actividad del cuidador
(porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Cónyuge/ Hijos						
Hombre	..	27,3%	..	53,8%	..	27,6%
Mujer	..	10,6%	..	..	23,5%	14,7%
Total	..	20,1%	..	49,6%	23,4%	20,5%
Madre						
Hombre	..	18,3%	..	..	..	18,2%
Mujer	56,7%	24,4%	..	..	10,1%	21,0%
Total	52,7%	20,9%	19,3%	..	10,0%	19,7%
Padre/ Suegros						
Hombre	..	8,5%	..	..	..	9,4%
Mujer	..	9,0%	..	..	..	8,0%
Total	..	8,7%	18,1%	..	..	8,6%
Resto de parientes						
Hombre	..	45,6%	41,1%	43,4%	..	44,4%
Mujer	..	55,8%	57,0%	0,0%	63,3%	56,3%
Total	30,8%	50,0%	50,1%	47,3%	63,5%	50,9%
Total de cuidadores						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 36.4 Anexo

Nota: Porcentaje calculado tomando como numerador el grupo de cada nivel de estudios que indica a cada tipo de pariente como el primer familiar que le ayuda, y como denominador el total de cuidadores por nivel de estudios.

3.6. El coste de la ayuda

Los dos elementos más citados en relación con el esfuerzo que supone para los cuidadores la ayuda prestada son el del tiempo y el económico. En ambos casos se aprecian diferencias entre clases sociales (Tabla 3.24). En lo que tiene que ver con el tiempo, las diferencias entre la clase obrera y la clase media-alta, tanto para hombres como para mujeres, son de unos 10 puntos. Son los cuidadores de más alta posición socioeconómica los que citan más este coste. Justo lo contrario sucede si nos referimos al esfuerzo económico que

suponen los cuidados: en las clases populares se elige este ítem 5 puntos por encima que en las clases altas⁸⁹.

El siguiente coste en orden de elección es el que tiene que ver con la vida social y de ocio. Aquí también se aprecia que las clases medias altas, y aún más las mujeres, lo señalan por encima que la media del conjunto de la población. En general vemos cómo en esta clase social, y especialmente entre sus mujeres, se tiende a ser más consciente de los esfuerzos (salvo el económico) que implica el cuidado a sus familiares. Es lógico que entre ellas sea menor el porcentaje de las que señalan que este cuidado no implica ningún tipo de coste.

Por último, en cuanto a quienes no dicen ser consciente de los esfuerzos que implican los cuidados, destacaremos el caso de las mujeres de clase intermedia, que expresan en 5 puntos por encima de la media que no les supone coste alguno el ayudar a sus parientes enfermos o dependientes.

89 De los casi 60.000 cuidadores que señalan el coste económico la mitad de ellos son de clase obrera.

Tabla 3.24. Distribución de cuidadores según cómo le afecta la ayuda prestada por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Económico					
Hombre	20,2%	..	..	14,2%	18,8%
Mujer	20,0%	..	..	15,4%	16,9%
Total	20,1%	..	17,1%	14,9%	17,8%
De tiempo					
Hombre	40,1%	..	49,9%	50,6%	46,0%
Mujer	48,2%	53,1%	56,1%	57,8%	53,1%
Total	44,6%	50,7%	53,4%	54,4%	49,9%
Cuidar de otros fam./Relaciones con otros fam.					
Hombre	12,6%	..	..	..	13,5%
Mujer	19,8%	..	..	18,9%	19,6%
Total	16,6%	0,0%	19,0%	15,6%	16,9%
Profesional, oportunidades laborales					
Hombre	10,7%	..	..	..	11,8%
Mujer	13,6%	..	..	19,3%	16,0%
Total	12,3%	..	13,9%	15,7%	14,1%
Vida social: salidas, ocio					
Hombre	19,4%	..	..	27,1%	23,7%
Mujer	30,4%	..	27,6%	35,5%	31,1%
Total	25,6%	26,0%	26,7%	31,6%	27,8%
Salud: depresiones, dolores					
Hombre	..	..	..	..	12,4%
Mujer	24,9%	..	19,4%	25,6%	23,8%
Total	18,6%	..	18,5%	19,5%	18,7%
Otro tipo de costes (NO LEER)					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	2,7%
No supone coste alguno					
Hombre	34,6%	..	29,0%	31,3%	32,1%
Mujer	25,2%	..	29,9%	20,0%	24,6%
Total	29,4%	28,1%	29,6%	25,3%	28,0%

FUENTE: Tabla 32.1 Anexo

Nota: Porcentaje: cuidadores que indican cada tipo de coste, según su clase, sobre el total de cuidadores de cada clase.

Miremos ahora cómo les afecta a los cuidadores su tarea como tales por nivel de estudios. Nos quedaremos con el nivel del sustentador principal (Tabla 3.25), aunque hemos de decir que de nuevo la tendencia mostrada es prácticamente la misma que si observamos el nivel del cuidador. Vemos, pues, en primer lugar, cómo quienes poseen estudios universitarios, tanto hombres como mujeres, parecen mostrar una mayor consciencia de los costes en cuanto a tiempo. Sin embargo, sucede justo al revés para el caso de hombres sin terminar estudios básicos. Los hombres de estudios universitarios destacan también por citar en mayor medida que el aporte de cuidados les afecta en los cuidados/ relaciones con otros familiares. Los cuidadores de hogares con nivel educativo

superior responden 5 puntos por debajo de la media que no les supone ningún coste el cuidar a sus parientes. En general, los niveles educativos más altos muestran, en convergencia con lo apuntado sobre clases sociales, una mayor tendencia a identificar el esfuerzo que implican los cuidados (recordar que no son precisamente los grupos de más intensa dedicación), por lo que éstos no parecen formar parte de una estructura de deberes familiares incuestionable. Volveremos en el siguiente apartado a este tema. Por otra parte, veamos cómo las mujeres en cuyos hogares el nivel educativo es el mínimo señalan 6 puntos por encima de la media que la ayuda a sus familiares enfermos o dependientes les afecta desde el punto de vista de su salud.

Tabla 3.25. Distribución de cuidadores según cómo le afecta la ayuda prestada por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Económico							
Hombre	..	19,1%	18,8%	..	..	17,3%	17,3%
Mujer	..	19,9%	15,2%	..	..	19,4%	17,4%
Total	..	19,6%	16,6%	15,8%	..	18,3%	17,4%
De tiempo							
Hombre	..	39,3%	42,6%	48,5%	44,9%	50,7%	44,5%
Mujer	53,7%	55,1%	49,0%	46,9%	48,6%	57,4%	51,7%
Total	47,8%	48,3%	46,4%	47,7%	47,0%	54,1%	48,6%
Cuidar de otros fam./Relaciones con otros fam.							
Hombre	..	..	12,9%	..	..	17,1%	11,9%
Mujer	..	20,2%	19,7%	19,8%	..	17,6%	18,7%
Total	..	15,7%	17,0%	15,3%	..	17,3%	15,8%
Profesional, oportunidades laborales							
Hombre	..	11,6%	9,3%	..	..	..	10,4%
Mujer	..	17,1%	12,4%	..	..	13,3%	14,2%
Total	..	14,8%	11,2%	12,7%	..	12,0%	12,6%
Vida social: salidas, ocio							
Hombre	..	23,9%	21,4%	24,2%	..	25,8%	23,2%
Mujer	..	36,4%	29,5%	22,9%	29,0%	34,4%	31,4%
Total	28,9%	31,0%	26,3%	23,5%	25,6%	30,1%	27,8%

CONTINÚA →

Tabla 3.25. Distribución de cuidadores según cómo le afecta la ayuda prestada por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Salud							
Hombre	..	..	11,8%	..	..	12,7%	11,6%
Mujer	..	29,0%	22,0%	19,4%	..	23,4%	23,3%
Total	..	20,2%	17,9%	16,1%	19,1%	18,1%	18,2%
Otro tipo de costes (NO LEER)							
Hombre	..	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..	3,7%
Total	..	..	2,9%	..	..	..	3,1%
No supone coste alguno							
Hombre	..	33,9%	32,8%	28,4%	35,2%	23,6%	31,0%
Mujer	..	28,0%	25,6%	30,1%	30,7%	23,5%	27,0%
Total	37,7%	30,5%	28,4%	29,3%	32,5%	23,6%	28,8%

FUENTE: Tabla 32.2 Anexo

Nota: Porcentaje: cuidadores que indican cada tipo de coste, según el nivel de estudios máximos de su hogar y género, sobre el total de cuidadores de cada grupo de estudios y género

En cuanto a la actividad del cuidador, apreciamos cómo los desempleados, y aún más si son mujeres, son el colectivo que tiende a subrayar más todo tipo de costes. Las amas de casa también señalan bastante por encima de la media que el cuidado a sus parientes les supone esfuerzos de tiempo, restricciones a su vida social y problemas de salud. Constatamos así cómo quiénes más probabilidades tienen de convertirse en cuidadores, además de alta dedicación, más acusan los efectos negativos o restrictivos que ello conlleva.

De otro lado, los pensionistas/jubilados varones expresan en menor medida que no les supone ningún coste, siendo además, quizá en relación con su situación de inactividad laboral, los que dicen que les afecta menos en términos de tiempo. Esto último también les pasa a los estudiantes, lo que probablemente esté relacionado con que tienden, como hemos visto, a ejercer menos de cuidadores principales y tienen por ello dedicaciones de menos horas.

Tabla 3.26. Distribución de cuidadores según cómo le afecta la ayuda prestada por actividad del cuidador
(porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
Económico						
Hombre	..	17,0%	24,1%	..	..	17,3%
Mujer	..	17,1%	24,9%	..	18,4%	17,4%
Total	..	17,1%	24,5%	16,4%	18,4%	17,4%
De tiempo						
Hombre	38,0%	46,2%	45,1%	39,2%	..	44,5%
Mujer	30,9%	51,1%	62,6%	47,9%	53,7%	51,7%
Total	34,0%	48,3%	55,0%	42,5%	53,6%	48,6%
Cuidar de otros fam./Relaciones con otros fam.						
Hombre	..	12,6%	..	..	..	11,9%
Mujer	..	15,7%	29,3%	..	21,4%	18,7%
Total	..	13,9%	20,8%	16,1%	21,3%	15,8%
Profesional, oportunidades laborales						
Hombre	..	10,3%	..	..	..	10,4%
Mujer	..	14,6%	27,6%	..	12,9%	14,2%
Total	..	12,2%	24,4%	..	12,9%	12,6%
Vida social: salidas, ocio						
Hombre	..	23,3%	..	28,7%	..	23,2%
Mujer	..	27,2%	42,8%	29,6%	35,6%	31,4%
Total	..	25,0%	32,8%	29,0%	35,5%	27,8%
Salud						
Hombre	..	12,7%	..	..	..	11,6%
Mujer	..	18,1%	31,6%	..	27,9%	23,3%
Total	..	15,0%	22,3%	18,1%	27,9%	18,2%
Otro tipo de costes						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	3,7%
Total	..	2,6%	..	..	..	3,1%
No supone coste alguno						
Hombre	41,5%	30,7%	34,1%	25,9%	..	31,0%
Mujer	46,1%	27,0%	23,1%	30,0%	24,8%	27,0%
Total	44,1%	29,1%	27,9%	27,5%	25,0%	28,8%

FUENTE: Tabla 32.4 Anexo

Nota: cuidadores que indican cada tipo de coste, según su relación con la actividad y género, sobre el total de cuidadores de cada grupo de relación con la actividad y género

Preguntados los individuos sobre qué tipo de actividad se vio más afectada por el hecho de dedicarse a prestar cuidados (Tabla 33 anexo), mirando por clase social, vemos cómo destaca la pequeña burguesía a la hora de señalar el

trabajo remunerado o las expectativas profesionales (Tabla 3.27). En esta misma tabla apreciamos cómo las mujeres de clase media–alta también destacan al responder más esta categoría.

Tabla 3.27. Distribución de cuidadores según actividad afectada por prestar ayuda por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media–alta	Total
Su trabajo remunerado/Sus expectativas profesionales					
Hombre	15,7%	..	..	15,4%	15,8%
Mujer	18,0%	..	19,3%	24,3%	20,4%
Total	17,0%	24,4%	15,6%	20,2%	18,3%
Otras actividades					
Hombre	18,0%	..	..	..	15,4%
Mujer	16,6%	..	22,2%	26,4%	21,2%
Total	17,2%	..	19,3%	19,1%	18,6%
Otros aspectos de su vida familiar					
Hombre	11,6%	..	..	14,6%	13,4%
Mujer	18,7%	..	24,7%	17,6%	19,8%
Total	15,6%	..	21,1%	16,2%	17,0%
Actividades de ocio y relaciones sociales					
Hombre	24,5%	..	29,6%	27,1%	26,1%
Mujer	28,3%	..	28,4%	34,7%	30,0%
Total	26,6%	..	28,9%	31,1%	28,2%

FUENTE: Tabla 33.1 Anexo

Nota: Porcentaje de cuidadores que indican cada actividad afectada, según su clase social, sobre el total de cuidadores de cada grupo de clase.

Por nivel educativo, son las mujeres de posiciones socioeducativas más altas, tanto si miramos el nivel del hogar como el del individuo (Tablas 33.2 y 33.3 del anexo) las que destacan señalando que el ocio y las relaciones sociales se

ven afectados por llevar a cabo la actividad de los cuidados. En la Tabla 3.28, además, apreciamos cómo los hombres sin estudios básicos eligen esta categoría casi cinco puntos por debajo de la media.

Tabla 3.28. Distribución de cuidadores según actividad afectada por prestar ayuda por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Su trabajo remunerado/ Sus expectativas profesionales							
Hombre	..	14,3%	16,8%	..	..	12,2%	14,4%
Mujer	..	22,2%	17,5%	17,8%	..	16,3%	18,6%
Total	..	18,8%	17,2%	15,6%	15,3%	14,3%	16,7%
Otras activ.							
Hombre	..	15,1%	12,9%	17,7%	..	13,2%	14,5%
Mujer	..	25,7%	21,2%	17,4%	..	23,6%	22,2%
Total	..	21,1%	17,9%	17,5%	17,9%	18,4%	18,8%
Otros aspectos de su vida familiar							
Hombre	..	..	11,1%	..	..	..	11,0%
Mujer	..	21,1%	20,0%	21,3%	..	15,8%	19,7%
Total	..	15,9%	16,5%	19,0%	..	13,9%	15,9%
Actividades de ocio y relaciones sociales							
Hombre	..	18,1%	24,1%	23,9%	..	23,5%	22,9%
Mujer	..	32,7%	23,4%	24,2%	27,1%	37,0%	28,4%
Total	..	26,4%	23,7%	24,1%	28,9%	30,3%	26,0%

FUENTE: Tabla 33.2 Anexo

Nota: Porcentaje de cuidadores que indican cada actividad afectada, según el nivel de estudios máximo de su hogar, sobre el total de cuidadores de cada grupo de nivel de estudios máximos del hogar.

Según la actividad del cuidador, de nuevo constatamos que son las desempleadas, las jubiladas/pensionistas y las amas de casa las que más facetas de su vida señalan ver afectadas por su actividad como cuidadoras (Tabla 29 del anexo). Los desempleados y más si son mujeres puntúan por encima de la media en todas las actividades menos en las de ocio y relaciones sociales. Destacaremos cómo dicen que su trabajo o expectativas profesionales se ven afectados 13 puntos por encima de la media (9 puntos en el caso de los varones). Esto nos está informando, pensamos, de la

existencia de muchas mujeres⁹⁰ cuya situación de desempleo probablemente tiene mucho que ver con su dedicación al cuidado a sus familiares enfermos o dependientes. Creemos que esto afecta más a las mujeres que a los hombres por la vigencia que aún tiene el rol femenino de “proveedor natural de cuidados”⁹¹. Esto se aprecia aún más cuando nos referimos a mujeres que están fuera del mercado laboral. Vemos, en este sentido, en la Tabla 3.29 cómo las pensionistas/jubiladas y amas de casa sobresalen al señalar que las actividades que más afectadas se ven son las que tienen que ver precisamente con su vida familiar, incluyendo aquí el cuidado a otros parientes.

90 De los datos de nuestra encuesta se puede estimar un total de 23.620 mujeres desempleadas que señalan que su trabajo o expectativas profesionales se han visto afectados.

91 Bazo, M. T. (1998): “Vejez dependiente, políticas y calidad de vida” en Papers, 56, pp. 143–161.

Tabla 3.29. Distribución de cuidadores según actividad afectada por prestar ayuda por actividad del cuidador (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
Su trabajo remunerado/ Sus expectativas profesionales						
Hombre	..	14,4%	23,7%	..	..	14,4%
Mujer	..	21,3%	31,9%	..	15,2%	18,6%
Total	..	17,4%	28,3%	11,9%	15,1%	16,7%
Otras activ						
Hombre	..	14,4%	..	..	..	14,5%
Mujer	..	20,3%	27,8%	28,5%	22,1%	22,2%
Total	..	16,9%	22,3%	21,3%	22,0%	18,8%
Otros aspectos de su vida familiar						
Hombre	..	12,7%	..	..	..	11,0%
Mujer	..	16,7%	24,1%	30,6%	22,4%	19,7%
Total	..	14,4%	16,5%	17,4%	22,3%	15,9%
Actividades de ocio y relaciones sociales						
Hombre	..	24,9%	..	25,3%	..	22,9%
Mujer	..	31,1%	28,9%	30,0%	28,0%	28,4%
Total	..	27,6%	23,2%	27,1%	28,0%	26,0%

FUENTE: Tabla 33.4 Anexo

Nota: Porcentaje de cuidadores que indican cada actividad afectada, según su relación con la actividad, sobre el total de cuidadores de cada grupo de relación con la actividad.

3. 7. Las razones para cuidar

En el cuestionario se abordan en una pregunta las razones por las que los cuidadores deciden atender a sus familiares⁹². Comenzaremos recordando que, en general, las razones

afectivas son las más elegidas (lo hacen en torno a dos tercios de los cuidadores), seguidas por el sentimiento del deber (en torno a un tercio), y alrededor de un 8% los cuidadores que señalan la falta de recursos privados o públicos. Distinguiendo entre clases sociales (Tabla 3.27), lo primero que se aprecia es que las mujeres de clase obrera dicen cuidar por sentido del deber o de la responsabilidad 4,2 puntos por encima de la media (entre 7 y 8 puntos más que las clases media-alta y media respectivamente). A su vez, expresan también en 3 puntos más que el resto de las cuidadoras la razón de la ausencia de medios o la inaccesibilidad o desconocimiento de éstos. Se trata, por tanto, de una categoría, la de las mujeres de clases bajas, especialmente constreñida en su decisión de aportar cuidados cuando sus parientes los necesitan. Nos llama la atención, por otra parte, que sean precisamente los hombres de clase media-alta los que expresan en 5,8 puntos –más que la media masculina– que el motivo por el que prestan cuidados es también el considerarlo como un deber.

⁹² Hay otra pregunta, cuyos datos aportamos en la Tabla 35 del anexo, referida a las razones de los que, teniendo parientes enfermos o dependientes, no los cuidan. Aunque no vamos a analizar estos datos, pues en muchas de las categorías no tenemos suficientes casos, no obstante, comentaremos que la razón más aducida (en torno a un 61%) es la de que el pariente recibe ayuda del resto de la familia y la segunda, a mucha distancia, el que el familiar no vive en la misma localidad (sobre el 12% de los casos). Pues bien, aunque siempre manteniendo esta tendencia, las únicas diferencias apreciables que encontramos es que quienes tienen mayores niveles educativos eligen por encima de la media la segunda opción, y por debajo la primera; por actividad, también les sucede esto a los cuidadores que son estudiantes. A la inversa les pasa a los que tienen menores niveles educativos que, al igual que los parados, tienden más a decir que no cuidan a sus parientes porque otros familiares lo hacen.

Tabla 3.30. Distribución de cuidadores según razones para prestar ayuda por clase social
(porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Es su responsabilidad-deber/					
Hombre	32,4%	..	34,6%	41,9%	36,1%
Mujer	42,0%	..	33,7%	35,8%	37,8%
Total	37,8%	32,7%	34,1%	38,6%	37,0%
Prefiere ser cuidado por el entrev/ Por razones afectivas					
Hombre	60,5%	62,5%	63,1%	62,9%	61,9%
Mujer	66,7%	72,8%	74,4%	68,7%	69,3%
Total	64,0%	68,2%	69,6%	66,0%	66,0%
No tiene medios para pagar ayuda profesional					
Hombre	..	..	..	..	6,6%
Mujer	10,4%	..	..	..	8,3%
Total	9,0%	..	..	7,3%	7,5%
Otras razones					
Hombre	..	..	..	..	7,9%
Mujer	9,0%	..	..	..	9,7%
Total	8,1%	..	12,4%	7,0%	8,9%

FUENTE: Tabla 34.1 Anexo

Nota: Cuidadores que indican cada tipo de razón para prestar ayuda según su clase, sobre el total de cuidadores de cada grupo de clase.

Si ahora observamos las variaciones a esta respuesta según nivel educativo, en la Tabla 3.28, donde nos quedamos con el nivel del “sustentador principal”, se aprecia cómo los que no tienen ni tan siquiera estudios básicos eligen algo más la opción “sentido del deber”. Sin embargo las razones

afectivas las esgrimen más los que tienen estudios superiores. Destacaremos también que los hombres sin estudios básicos eligen 5 puntos por encima de la media la falta o inaccesibilidad de recursos.

Tabla 3.31. Distribución de cuidadores según razones para prestar ayuda por nivel educativo del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Es su responsab. deber							
Hombre	..	38,6%	33,6%	32,4%	..	32,6%	34,1%
Mujer	47,3%	42,0%	38,3%	37,3%	35,8%	37,4%	39,1%
Total	36,7%	40,6%	36,4%	34,9%	36,5%	35,0%	36,9%
Prefiere ser cuidado por el entrevistado/ Por razones afectivas							
Hombre	77,0%	58,4%	60,9%	65,5%	57,8%	68,7%	63,1%
Mujer	77,0%	71,2%	65,1%	68,3%	71,1%	77,2%	69,9%
Total	77,0%	65,7%	63,4%	66,9%	65,6%	73,0%	66,9%
No tiene medios para pagar ayuda profesional							
Hombre	..	12,5%	..	..	..	..	7,6%
Mujer	..	10,9%	10,6%	..	..	..	9,1%
Total	..	11,5%	9,3%	..	..	..	8,5%
Otras razones							
Hombre	..	..	..	..	..	..	6,9%
Mujer	..	..	9,6%	..	..	..	8,9%
Total	..	5,8%	8,6%	10,4%	..	7,2%	8,0%

FUENTE: Tabla 34.2 Anexo

Nota: Cuidadores que indican cada tipo de razón para prestar ayuda según el nivel de estudios máximos de su hogar, sobre el total de cuidadores de cada grupo de nivel de estudios máximos del hogar.

Muy similares son las tendencias cuando lo que miramos es el nivel educativo del cuidador. Destacamos en este caso la Tabla 3.29 porque se aprecian algunas singularidades. En primer lugar, cómo son las mujeres sin concluir estudios básicos las que destacan, y no los hombres de este mismo nivel cultural, en esgrimir como motivo de los cuidados el sentir que es su deber o responsabilidad. En cambio las mujeres con estudios secundarios profesionales eligen casi 10 puntos menos que la media esta razón. En cuanto a las razones afectivas, los que tienen estudios universitarios o

medios no profesionales son los que destacan, haciéndolo especialmente las mujeres. También se aprecia que cuando éstas tienen más bajos niveles de estudio eligen más la razón de la falta de recursos. Es decir, mirando por nivel educativo del cuidador y no del hogar del que forma parte, encontramos un cuadro en el que las diferencias culturales quedan matizadas por las de género a la hora de explicar las motivaciones que llevan a los sujetos a proveer de cuidados a sus familiares.

Tabla 3.32. Distribución de cuidadores según razones para prestar ayuda por nivel educativo del cuidador
(porcentajes)

	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Es su responsabilidad/ deber/ El familiar no quiere ser cuidado por persona extraña						
Hombre	35,8%	35,6%	29,8%	32,2%	34,6%	34,1%
Mujer	44,2%	41,7%	29,7%	35,0%	34,4%	39,1%
Total	41,2%	39,0%	29,8%	33,7%	34,5%	36,9%
Prefiere ser cuidado por el entrevistado/ Por razones afectivas						
Hombre	60,8%	61,8%	61,5%	61,3%	70,3%	63,1%
Mujer	68,7%	66,8%	66,2%	75,2%	78,2%	69,9%
Total	65,9%	64,5%	63,9%	68,9%	74,5%	66,9%
No tiene medios para pagar ayuda profesional/ No sabe de la existencia de otros recursos						
Hombre	..	7,5%	..	..	..	7,6%
Mujer	11,2%	10,8%	..	..	..	9,1%
Total	11,4%	9,3%	8,8%	..	..	8,5%
Otras razones						
Hombre	..	8,3%	..	..	..	6,9%
Mujer	8,1%	9,4%	..	..	..	8,9%
Total	6,5%	8,9%	9,4%	..	7,7%	8,0%

FUENTE: Tabla 34.3 Anexo

Nota: Cuidadores que indican cada tipo de razón para prestar ayuda según su nivel de estudios, sobre el total de cuidadores de cada grupo de nivel de estudios.

Terminemos viendo cómo influye la actividad del sujeto en las razones que éste se da para convertirse en cuidador. Veamos en la Tabla 3.33, cómo quienes tienden más a decantarse por la concepción de los cuidados como un deber son las amas de casa (7 puntos por encima de la media) y las mujeres desempleadas (5 puntos). Por debajo de la media, en cambio, las estudiantes y las pensionistas/jubiladas. Los cuidadores estudiantes, en consonancia con las pautas descritas anteriormente, se decantan bastante más por las razones afectivas. Los pensionistas/jubilados, en cambio, destacan por señalar la ausencia de recursos accesibles como razón para prestar cuidados. Estos datos parecen poner en evidencia, como hemos visto en otros apartados, la vigencia del rol femenino de provisión de cuidados a los familiares necesitados, rol que se percibe más como obligación cuando, en edad activa, no se está trabajando ni estudiando. Parece que a muchas mujeres la inactividad o el desempleo les lleva inexorablemente a tener que ocuparse de sus parientes enfermos o dependientes, cuando no se da al contrario, es decir, que es este rol el que excluye o hace bastante incompatible la dedicación laboral.

No queremos finalizar sin conectar estas últimas reflexiones con otras que hemos hecho en apartados anteriores en relación con la mayor o menor predisposición a ser conscientes de los costes que implican los cuidados, por un lado; y a autoconcebirse más o menos como cuidadora principal, por otro. Y ello porque como las monografías en que se están presentando los resultados de los análisis hasta ahora realizados de la encuesta “Redes familiares” no dejan de señalar que, cuando hablamos del papel primordial que las familias desempeñan actualmente en lo que a la provisión de cuidados se refiere, en realidad hemos de hablar de las mujeres. Son ellas las que están asumiendo el grueso de la atención a enfermos, discapacitados, ancianos y dependientes en general. Los valores culturales siguen entendiendo esto como una “obligación familiar” y dentro de la familia parece que son las mujeres las que más interiorizado tienen el rol de principal cuidadora. Son ellas las que,

efectivamente, tienen más altos porcentajes de cuidados a sus parientes enfermos o dependientes. Y, finalmente, su dedicación es mayor en lo que a tipo de tareas y horas de dedicación se refiere. No obstante, nosotros hemos hallado que hay diferentes formas de interiorizar y dar respuesta a este rol. Hemos visto significativas diferencias de probabilidades entre las mujeres de posiciones sociales más altas y las de familias de clase obrera y con más bajos niveles educativos a la hora, por ejemplo, de convertirse en cuidadoras cuando tienen parientes dependientes; también a la hora de realizar unas u otras tareas, lo que está relacionado con las dedicaciones más o menos intensivas en el uso de tiempo; una desigual disponibilidad de recursos privados; etc. No obstante, y aparentemente en contradicción con esto, son precisamente las mujeres de clase social más alta las que más consciencia muestran de los costes de todo tipo, salvo el económico, que implica el cuidado a sus familiares. A la vez ellas se consideran en mayor medida que las mujeres de clases populares las principales responsables de los cuidados. Queremos enlazar todo esto con la tendencia apuntada en este último epígrafe que señala que ellas suelen mostrar una justificación mayor por razones afectivas y menor por sentimiento del deber. Pensamos que quizá todos estos datos nos estén poniendo de manifiesto cómo la construcción e interiorización del rol de cuidadora varía mucho según la posición social desde la que se hace, entendiendo que esta posición viene dada en gran medida por una disponibilidad mayor o menor de recursos. Recursos económicos y educativos de la familia, lo que nos ha llevado a ver pautas diferentes para diferentes clases comunitarias; pero también recursos a nivel individual como son, por una parte, el capital educativo, que hemos apreciado que no marca tendencias distintas a las del capital educativo del “sustentador principal” de la familia, salvo una mayor visibilidad en algunos casos de las diferencias de género; y, por otra, la actividad y/o empleo, que hemos indicado es un gran predictor, sobre todo para las mujeres, de las probabilidades de asumir los cuidados y atenciones cuando hay familiares que los necesitan.

Tabla 3.33. Distribución de cuidadores según razones para prestar ayuda por actividad del cuidador
(porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/Jubilado	Ama de casa	Total
Es su responsab–deber/El familiar no quiere ser cuidado por persona extraña						
Hombre	..	34,3%	35,0%	37,1%	..	34,1%
Mujer	29,7%	36,3%	44,1%	31,1%	44,0%	39,1%
Total	26,7%	35,1%	40,2%	34,8%	44,2%	36,9%
Prefiere ser cuidado por el entrevist/Por razones afectivas						
Hombre	74,5%	62,2%	63,8%	62,2%	..	63,1%
Mujer	73,5%	70,7%	74,2%	62,3%	68,7%	69,9%
Total	73,9%	65,8%	69,7%	62,3%	68,5%	66,9%
No tiene medios para pagar ayuda profesional/No sabe de la existencia de otros recursos						
Hombre	..	7,1%	..	..	..	7,6%
Mujer	..	7,3%	..	..	9,4%	9,1%
Total	..	7,2%	12,7%	11,2%	9,4%	8,5%
Otras razones						
Hombre	..	7,0%	..	..	..	6,9%
Mujer	..	10,3%	..	..	7,3%	8,9%
Total	..	8,4%	..	11,0%	7,6%	8,0%

FUENTE: TABLA 34.4 ANEXO

Nota: Cuidadores que indican cada tipo de razón para prestar ayuda según su relación con la actividad y género, sobre el total de cuidadores de cada grupo de relación con la actividad.

3. 8. Alcance social de las ayudas públicas al cuidado y a los cuidadores

En este apartado se analiza el aspecto formal del cuidado desde la perspectiva de los propios implicados, es decir, los distintos tipos de ayuda que dicen recibir o no por parte del Estado encaminadas a proteger a aquellas personas en situación de dependencia. Entre ellas, la ERF recoge las siguientes ayudas: a domicilio, económicas, así como la ayuda que supone la excedencia laboral para el cuidado.

Hasta el momento hemos visto cómo la ayuda de las mujeres de la familia es el principal recurso que tienen las personas dependientes para poder asegurarse una mejor calidad de vida. Por otra parte, el recurso de la ayuda contratada se ha visto que no viene a democratizar el cuidado sino a acentuar sus diferencias, ya que las posiciones sociales más elevadas son las que pueden comprar los servicios de cuidado en el mercado. En este punto lo que nos interesa analizar es el alcance social de las ayudas de carácter público, lo que se ha dado en llamar sector formal que como señala Bazo⁹³ y en esta encuesta se constata aparece en la mayor parte de las comunidades autónomas como un mero apéndice debido a su débil impacto social y la escasa

demanda en relación a las necesidades, realizada, como venimos viendo por las familias y, sobre todo, por las mujeres. Añade que “una causa que influye de manera considerable en esa situación es el sentimiento generalizado entre la población de la asunción del cuidado de las personas mayores de la familia como parte de los deberes familiares”.

Así es como la presencia de las **ayudas a domicilio** es casi inexistente, apenas un insignificante 3% dice recibirla (Tabla 41.1. Anexo). No podemos hacer mención a ninguna diferencia por clase y por nivel educativo ya que la muestra es tan pequeña que no se pueden obtener datos estadísticamente representativos.

La repercusión de las **ayudas económicas destinadas al cuidador** resulta insignificante a la luz de los datos que presentamos, tan sólo un 9% de los cuidadores dice recibir ayuda de este tipo frente a un 89,9% que no recibe ningún tipo de ayuda por parte de la administración por los cuidados a otros miembros de la familia.

Si consideramos las respuestas afirmativas y comparamos por clase social del hogar –para las que disponemos de datos estadísticamente representativos– vemos que, sorprendentemente, es la clase media–alta la que más ayudas recibe; un 10% frente a un 8,9% de la clase obrera.

Tabla 3.34. Distribución de cuidadores según los cuidadores reciben ayudas económicas por parte de la Administración por clase social (porcentajes)

	Sí	No
Clase obrera	8,9%	90,5%
Clase media–alta	10,2%	87,4%
Total	9,0%	89,9%

FUENTE: Tabla 45.1 ANEXO

Nota: Cuidadores que no reciben ayudas económicas, según la clase social, sobre el total de cuidadores de cada clase social

A su vez, los cuidadores que no han terminado los estudios básicos son los que menos ayudas van a recibir de las administraciones (8,2%). El resto de niveles educativos presentan pocas diferencias, situándose en torno al 10%. Interpretamos que el nivel de estudios puede constituir un factor a considerar en el acceso a la información a la hora de conocer las ayudas existentes en cada una de las situaciones familiares de cuidado que se puedan presentar.

Relacionamos estos datos con el requisito que, además de la situación económica, supone el manejar la información correspondiente y saber dirigirse a las administraciones responsables. Como señalan Bazo y Domínguez–Alcón, “las cuidadoras no sólo no disponen de ayudas suficientes, si no que ni siquiera, tienen una información básica sobre las posibilidades de obtenerlas, e incluso sobre el desarrollo de la enfermedad de sus familiares”⁹⁴.

93 Bazo y Domínguez–Alcón (1996). Los cuidados familiares de salud en las personas ancianas y las políticas sociales, Reis, nº 73, pp.46.

94 Mª Teresa Bazo y Carmen Domínguez–Alcón (1996). Op. cit., pp. 52.

Tabla 3.35. Distribución de cuidadores según si reciben ayudas económicas por parte de la Administración por nivel de estudios del cuidador (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Sí						
Hombre	..	..	10,1%	9,9%	..	10,5%
Mujer	..	..	11,2%	10,7%	..	9,8%
Total	..	8,2%	10,7%	10,3%	10,6%	10,1%
No						
Hombre	..	87,1%	89,2%	88,2%	87,4%	88,2%
Mujer	..	92,8%	88,2%	88,5%	88,1%	89,4%
Total	..	90,8%	88,6%	88,3%	87,8%	88,8%
Total de cuidadores						
Hombre	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 45.3 Anexo

Nota: Cuidadores que no reciben ayudas económicas, según su nivel de estudios y género, sobre el total de cuidadores de cada grupo de nivel de estudios y género

3. 9. Razones por las que no se reciben ayudas económicas

Las razones, recogidas en el cuestionario, por las que un 89,9% de cuidadores no reciben esta ayuda económica procedente de la administración, son: no tiene derecho, desconoce si tiene derecho, no la ha solicitado, no la necesita y otras razones. Veamos, pese al clima generalizado de desprotección por parte de la administración, cuales son los motivos expuestos, según clase social, nivel de estudios y ocupación del sustentador principal, por los que no se recibe esta ayuda.

Entre la clase media-alta es lógico que sea la que menos condiciones reúna; si la comparamos con la media que ha señalado esta opción (23,1%) se sitúa +8 puntos (31,8%), es decir, es la clase que más ha incidido en ese argumento y en mayor porcentaje los hombres que las mujeres, por otro lado,

es la clase que menos desconoce el derecho a la ayuda (16,2%) cuatro puntos por debajo de la media, así como la existencia de la misma (11,7%), tres puntos inferior a la media. Tanto en el desconocimiento del derecho a la ayuda como en su existencia, el porcentaje es mayor entre las mujeres. La clase obrera, por su parte, presenta cinco puntos porcentuales por encima de la media (14,3%) en el desconocimiento de la existencia de la ayuda así como la que más condiciones va a reunir, junto con la clase intermedia, distanciándose de la media en -4 puntos; la pequeña burguesía, para la que se tienen menos datos, expone entre sus razones más esgrimidas que desconoce si tiene derecho a ella (25,7%) y no la ha solicitado (39,8%) en ambas respuestas es la clase que más se aleja de la media en cinco puntos. La clase intermedia es la que más arguye otras razones (25%).

Tabla 3.36. Distribución de cuidadores que no reciben ninguna ayuda económica de las adm. públicas según los motivos por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
No tiene derecho (no reúne las condiciones)					
Hombre	18,8%	..	..	35,9%	24,4%
Mujer	19,6%	..	..	28,3%	22,0%
Total	19,2%	..	19,6%	31,8%	23,1%
Desconoce si tiene derecho a ella					
Hombre	19,9%	..	..	..	17,1%
Mujer	23,8%	..	22,3%	20,0%	22,8%
Total	22,1%	25,7%	20,8%	16,2%	20,3%
Desconoce la existencia de ayuda					
Hombre	14,8%	..	..	..	12,5%
Mujer	19,0%	..	..	12,8%	15,8%
Total	17,1%	..	12,8%	11,7%	14,3%
No la ha solicitado					
Hombre	35,3%	..	27,2%	35,8%	34,1%
Mujer	32,9%	..	29,6%	37,8%	34,6%
Total	34,0%	39,8%	28,6%	36,9%	34,4%
Otras razones					
Hombre	22,9%	..	30,6%	17,4%	21,7%
Mujer	16,3%	..	20,9%	16,5%	16,7%
Total	19,2%	..	25,0%	16,9%	19,0%

FUENTE: Tabla 46.1 Anexo

Nota: Cuidadores que no reciben ayudas económicas, según el motivo por el que no las reciben, género y clase social, sobre el total de cuidadores que no reciben ayuda, por género y clase social

Inciendiando sobre las causas por las que una inmensa mayoría de cuidadores no recibe ayuda económica para el cuidado, pero esta vez según el nivel de estudios máximo del hogar, vemos que las diferencias por clase, que acabamos de mencionar, se subrayan. Los que más reúnen las condiciones y, por tanto, más derecho, son los cuidadores que no han terminado estudios básicos (16%) y menos los que han cursado estudios universitarios (27,3%), el resto de posiciones educativas estarían más pegadas a la media (20,3%).

Por otra parte, negativamente con sus intereses, los cuidadores con o sin terminar estudios básicos son los que más desconocen su derecho a estas ayudas (24,1% y 22,2% respectivamente) frente a los cuidadores de hogares con

estudios universitarios que son los que menos desconocen sus derechos a estas ayudas (15,3%). Además, los hogares con escasos niveles educativos –básicos sin terminar– son también los que más ignoran la existencia de estas ayudas (17,4%) situándose tres puntos por encima de la media. El resto de niveles educativos presenta valores cercanos a la media excepto, como cabía esperar, los que han cursado estudios universitarios que son los que menos desconocen la existencia de dicha ayuda (10,8%). La respuesta “no la ha solicitado”, no presenta diferencias importantes por nivel educativo. En cambio, otras razones no señaladas en el cuestionario parecen alejar a los hogares con estudios secundarios en algo más de cinco puntos de la media.

Tabla 3.37. Distribución de cuidadores que no reciben ninguna ayuda de las adm. públicas según los motivos por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios
No tiene derecho (no reúne las condiciones)						
Hombre	..	18,9%	17,7%	22,8%	26,0%	20,5%
Mujer	..	14,0%	18,6%	21,1%	28,6%	20,2%
Total	..	16,0%	18,2%	21,9%	27,3%	20,3%
Desconoce si tiene derecho a ella						
Hombre	..	18,7%	19,9%	16,9%	..	17,8%
Mujer	..	24,8%	26,9%	21,3%	18,9%	24,0%
Total	31,5%	22,2%	24,1%	19,3%	15,3%	21,3%
Desconoce la existencia de ayuda						
Hombre	..	..	14,5%	12,9%	..	13,2%
Mujer	..	21,6%	17,5%	13,6%	..	16,0%
Total	..	17,4%	16,3%	13,3%	10,8%	14,8%
No la ha solicitado						
Hombre	..	39,1%	39,1%	31,7%	33,5%	36,3%
Mujer	..	41,1%	35,6%	35,7%	33,6%	36,3%
Total	32,1%	40,3%	37,0%	33,8%	33,6%	36,3%
Otras razones						
Hombre	..	17,1%	20,9%	26,0%	24,3%	22,0%
Mujer	..	12,8%	17,0%	24,0%	18,1%	17,4%
Total	..	14,6%	18,6%	25,0%	21,2%	19,4%

FUENTE: Tabla 46.2 Anexo

Nota: Cuidadores que no reciben ayudas económicas, según el motivo por el que no las reciben, género y máximo nivel de estudios del hogar, sobre el total de cuidadores que no reciben ayuda, por género y máximo nivel de estudios del hogar.

Asimismo, la dedicación de los encuestados influye notablemente en las razones por las que no se ha solicitado la ayuda para el cuidado de algún familiar. En el caso de los que se encuentran en situación activa con trabajo remunerado son los que menos derecho tienen a estas ayudas, por el contrario, los que más derecho a disponer de estas ayudas los desempleados y pensionistas. Las amas de casa, como trabajadoras sin remuneración, se sitúan más cerca de estos últimos que de los primeros (20,4%). (Tabla 45.4 anexo)

De lo dicho comentamos un aspecto que nos parece de especial importancia en la distribución de las ayudas que se están poniendo en vigor a partir de la reciente Ley de Promoción de la Autonomía Personal, y que es el que se refiere a la importancia en el acceso a la información. Hemos visto en los medios cómo dicha Ley se convierte en el pistoletazo de salida de unos recursos que el mejor informado, siempre que reúna los requisitos⁹⁵, tendrá más ventajas. En la mayoría de los casos la información que circula

95 Ley 39/2006, de 14 de diciembre, op.cit.

en los medios, en la calle, en el boca a boca, etc. resulta insuficiente y con frecuencia confusa, así que el asesoramiento personal a través de los diferentes informadores sociales locales es imprescindible; pensemos en personas mayores con dificultades de movilidad y con pocos o ningún familiar dispuesto a involucrarse en la tarea de gestionar la ayuda.

Otro tipo de ayuda contemplada por la administración destinada al cuidado de familiares, es la **excedencia laboral**, la cual tan sólo un 2% de la población la solicita, mujeres, básicamente, destinada a la crianza de sus recién nacidos. (Tablas 48.1 y 48.4 anexo).

Comentamos de este tipo de ayuda los motivos por los cuales no se solicita. Como se puede observar en la tabla 48.1

del anexo, un 96,5% de cuidadores no han obtenido ninguna excedencia para el cuidado de sus familiares, lo cual ya es indicativo, como venimos comentando, de la escasa cobertura social por parte del sector público y privado para estos asuntos. De todos modos las razones de unos hogares y otros, dependiendo de su posición de clase y posición educativa, varían notablemente. En el caso de la clase obrera, pese a decir necesitarla más, (42,9%) es la que más desconoce si tiene derecho a dicha excedencia (7,4%) y, por tanto, la que menos la solicita (12,9%), casi el mismo porcentaje que la clase media-alta (12,4%) siendo esta la que menos reúne los requisitos (15%).

Tabla 3.38. Distribución de cuidadores que no han disfrutado de excedencia para el cuidado a sus familiares según los motivos por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
No tiene derecho					
Hombre	..	..	..	14,3%	11,2%
Mujer	16,8%	..	..	15,6%	15,7%
Total	13,3%	..	11,7%	15,0%	13,7%
Desconoce si tiene drcho a ella					
Hombre	..	..	..	..	6,0%
Mujer	..	..	..	..	3,9%
Total	7,4%	..	..	..	4,8%
No la ha solicitado					
Hombre	15,3%	..	..	..	12,1%
Mujer	11,0%	..	..	14,0%	11,4%
Total	12,9%	..	..	12,4%	11,7%
No lo necesita					
Hombre	43,7%	..	65,2%	49,7%	49,0%
Mujer	42,3%	57,1%	52,6%	43,9%	45,8%
Total	42,9%	48,6%	58,0%	46,6%	47,3%
Otras razones					
Hombre	26,7%	..	..	25,9%	26,1%
Mujer	28,6%	..	25,8%	30,3%	28,0%
Total	27,8%	26,9%	23,8%	28,2%	27,2%

FUENTE: Tabla 49.1 Anexo

Nota: Cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por motivo para no hacerlo, clase social y género, sobre el total de cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por clase social y género.

Según la muestra de nivel de estudios del hogar, la razón más mencionada por la que un 47,5% de las cuidadoras no solicitan excedencia en el trabajo se debe a que no la necesitan. Tanto los hogares con estudios secundarios (53,4%) y universitarios (48,8%) se sitúan por encima de ese total, lo que se traduce en que son los grupos que menos necesitan la excedencia, frente a los hogares con estudios básicos (43,5%) o sin terminar (47,3%).

Otra de las razones por las que no se solicita una excedencia en el trabajo para cuidado de familiares es que no se conoce si se tiene derecho a ella; en esta ocasión, quienes más desconocen – para los que se tienen datos representativos– son los cuidadores con estudios básicos

(6,1%). En caso de conocerla, muchos no la solicitan, más entre los hombres (14,4%) que entre las mujeres (10,8%). Esta diferencia de género se da más entre quienes no han terminado los estudios básicos quedando los hombres (16,3%) 9 puntos porcentuales por encima de las mujeres (7,9%). En el resto de escalones educativos, para los que disponemos de datos estadísticamente representativos, las diferencias de género son imperceptibles. Lo que interpretamos como resultado doble; por un lado, de la marcada diferenciación de roles en los ámbitos educativos más bajos, donde va a ser la mujer la que se encargue del cuidado; por otro, las amas de casa al no ser consideradas trabajadoras, no tienen derecho a ninguna baja laboral.

Tabla 3.39. Distribución de cuidadores que no han disfrutado de excedencia para el cuidado a sus familiares según los motivos por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios
No tiene derecho						
Hombre	..	..	12,6%	..	..	10,7%
Mujer	..	16,0%	13,9%	15,2%	..	14,7%
Total	..	13,5%	13,4%	12,4%	11,3%	12,9%
Desconoce si tiene derecho a ella						
Hombre	..	..	..	..	..	4,9%
Mujer	..	..	5,9%	..	..	3,9%
Total	..	..	6,1%	..	..	4,4%
No la ha solicitado						
Hombre	..	16,3%	13,1%	14,9%	14,8%	14,4%
Mujer	..	7,9%	13,2%	..	12,8%	10,8%
Total	..	11,6%	13,2%	11,8%	13,9%	12,4%
No lo necesita						
Hombre	..	43,5%	44,7%	55,9%	46,4%	47,7%
Mujer	..	50,3%	42,7%	51,4%	51,3%	47,5%
Total	48,1%	47,3%	43,5%	53,4%	48,8%	47,6%
Otras razones						
Hombre	..	26,5%	28,5%	22,4%	29,4%	26,5%
Mujer	..	27,3%	28,1%	27,5%	24,7%	27,2%
Total	..	26,9%	28,3%	25,1%	27,1%	26,9%

FUENTE: Tabla 49.2 Anexo

Nota: Cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por motivo para no hacerlo, máximo nivel de estudios del hogar y género, sobre el total de cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por máximo nivel de estudios del hogar y género.

Teniendo en cuenta el requisito que se requiere para solicitar esta ausencia en el trabajo, que es tener un trabajo remunerado, las amas de casa son las que menos derecho

tienen a esta excedencia (18,2%), seguidas de desempleadas (17,5%), pensionistas (11,4%) y un 10,4% de trabajadoras remuneradas.

Tabla 3.40. Distribución de cuidadores que no han disfrutado de excedencia para el cuidado a sus familiares según los motivos por actividad del "sustentador principal" (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
No tiene derecho						
Hombre	..	10,3%	..	..	..	10,7%
Mujer	..	10,5%	..	..	18,0%	14,7%
Total	..	10,4%	17,5%	11,4%	18,2%	12,9%
Desconoce si tiene drcho						
Hombre	..	5,8%	..	..	..	4,9%
Mujer	..	5,3%	..	..	..	3,9%
Total	..	5,6%	..	..	..	4,4%
No la ha solicitado						
Hombre	..	14,3%	..	..	..	14,4%
Mujer	..	14,6%	..	..	8,0%	10,8%
Total	..	14,4%	12,8%	12,2%	8,0%	12,4%
No lo necesita						
Hombre	..	48,2%	40,0%	55,7%	..	47,7%
Mujer	55,5%	45,7%	40,3%	41,2%	51,7%	47,5%
Total	48,2%	47,2%	40,2%	50,2%	51,5%	47,6%
Otras razones						
Hombre	39,7%	26,1%	26,1%	22,2%	..	26,5%
Mujer	..	31,0%	31,1%	31,4%	21,2%	27,2%
Total	32,7%	28,2%	28,9%	25,7%	21,1%	26,9%

FUENTE: Tabla 49.4 Anexo

Nota: Cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por motivo para no hacerlo, relación con la actividad y género, sobre el total de cuidadores que no han disfrutado de excedencias, por relación con la actividad y género.

3.10. Ayudas complementarias

Otras ayudas, en este caso, de **carácter técnico**, en muchos casos, van a aligerar la dependencia así como la tarea del cuidado. Como posibles ayudas de este tipo, la encuesta señala la silla de ruedas (43,2%), “otros tipos de ayuda técnica” (37,3%), teléfono inalámbrico (31,8%), prótesis y ortesis (19,3%) y, en último lugar, la adaptación funcional del hogar (19,3%).

Según la clase social del hogar, los familiares atendidos por cuidadores de clase media–alta van a disponer de mayores ayudas materiales como son: teleasistencia, prótesis, ortesis y adaptación funcional del hogar; en el caso de esta última, la distancia entre clase obrera y clase media–alta es de

13 puntos, un 15,9% frente a un 28,4% respectivamente. Tan sólo en el caso de otras ayudas técnicas y uso del teléfono inalámbrico la clase intermedia presenta mayor porcentaje. En general, mirando los porcentajes totales y en los casos que tenemos datos para ambos sexos, podemos observar que los hombres de todas las posiciones socioeconómicas disponen de más ayudas técnicas que las mujeres de su clase, salvo en la adaptación funcional del hogar donde las mujeres aventajan a los hombres cuatro puntos. En el caso de la clase obrera la mayor diferencia entre géneros se produce en el uso de la silla de ruedas; un 47,7% de hombres la utilizan frente a un 41,3% de mujeres, superando también –en cuatro puntos– la media total (43,2%).

Tabla 3.41. Distribución de cuidadores según los familiares cuidados disponen de ayudas técnicas y tipos de estas por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Teléfono inalámbrico					
Hombre	30,7%	..	..	37,8%	36,7%
Mujer	26,9%	..	..	31,5%	30,3%
Total	28,7%	..	38,1%	34,9%	33,5%
Silla de ruedas					
Hombre	47,3%	..	..	45,6%	43,2%
Mujer	41,3%	..	..	45,2%	43,6%
Total	44,0%	..	39,3%	45,4%	43,4%
Teleasistencia					
Hombre	..	..	..	..	19,5%
Mujer	..	..	..	..	13,4%
Total	14,8%	..	..	20,6%	16,5%
Prótesis y ortesis					
Hombre	..	..	..	..	22,1%
Mujer	..	..	..	..	21,3%
Total	22,4%	..	..	25,4%	21,7%

CONTINÚA →

Tabla 3.41. Distribución de cuidadores según los familiares cuidados disponen de ayudas técnicas y tipos de estas por clase social (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Adaptación funcional del hogar					
Hombre	..	..	..	..	18,4%
Mujer	..	..	..	36,4%	22,5%
Total	15,9%	..	..	28,4%	20,4%
Otros tipos de ayuda técnica					
Hombre	42,7%	..	..	38,8%	39,3%
Mujer	37,4%	..	..	32,8%	37,4%
Total	39,8%	..	42,1%	36,0%	38,4%
Cuidadores cuyos parientes reciben ayuda técnica					
Hombre	100,0%	..	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	..	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 43.1 Anexo

Porcentajes: Cuidadores que reciben ayudas técnicas, según el tipo de ayuda técnica recibida, su clase social y género, sobre el total de cuidadores que reciben ayudas técnicas de cada grupo de género y clase

Según el nivel de estudios máximo del hogar, los cuidadores con estudios universitarios cuidan a familiares con mejores ayudas técnicas. Algunos matices que vienen a completar la Tabla anterior a este respecto, por un lado, en el caso de ayudas como la silla de ruedas se da en porcentajes parecidos entre aquellos hogares con estudios básicos (46,4%) y estudios universitarios (46,6%) ambas posiciones se sitúan tres puntos por encima de la media (43,2%); los que no han terminado los estudios básicos siguen la pauta general (43,6%), y muy por debajo (10 puntos porcentuales) de la media, los de estudios secundarios profesionales. Por género, vemos que la máxima diferencia en este tipo de ayuda técnica se da entre los hogares sin terminar estudios básicos donde un 48% de hombres utilizan sillas de ruedas frente a un 39,7% de mujeres. En el caso de hogares con estudios universitarios la diferencia se acorta, los hombres superan a las mujeres 4 puntos. El resto de posiciones educativas presentan porcentajes similares entre ambos sexos.

Descendiendo en importancia porcentual estaría el grupo “otros tipos de ayudas técnicas” que no son ninguna de las

que comentamos y que presenta un comportamiento entre los distintos niveles educativos muy pegados a la media, entorno al 37% excepto para los hogares de estudios secundarios profesionales separándose siete puntos por encima (44,4%).

En orden de importancia de estas ayudas técnicas a las que hacemos referencia le sigue el teléfono inalámbrico con una media que lo poseen del 31,8%, dividiendo a los cuidadores, por un lado, los que se sitúan por encima, como los hogares de estudios secundarios profesionales (33%), estudios universitarios (40,2%) y los de estudios secundarios no profesionales (44,2%); por debajo estarían los hogares con estudios básicos (30,2%) y los que no han terminado los estudios básicos (16,9%), siendo los que menos van a disponer de esta ayuda.

El resto de ayudas como la adaptación funcional del hogar, prótesis y ortesis, en los porcentajes que disponemos, no existen diferencias debidas al nivel de estudios.

Tabla 3.42. Distribución de cuidadores según si los familiares cuidados disponen de ayudas técnicas y tipos de estas por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Teléfono inalámbrico							
Hombre	..	..	33,1%	..	..	40,7%	32,7%
Mujer	..	..	27,7%	..	..	39,7%	30,9%
Total	..	16,9%	30,2%	33,0%	44,2%	40,2%	31,8%
Silla de ruedas							
Hombre	..	48,0%	45,9%	..	..	48,5%	43,8%
Mujer	..	39,7%	46,9%	..	..	44,5%	42,6%
Total	..	43,6%	46,4%	33,1%	0,0%	46,6%	43,2%
Teleasistencia							
Hombre	..	..	..	..	..	..	15,6%
Mujer	..	..	..	..	..	..	15,2%
Total	..	..	13,1%	..	..	19,2%	15,4%
Prótesis y ortesis							
Hombre	..	..	..	..	..	..	21,7%
Mujer	..	..	..	..	..	..	18,2%
Total	..	20,0%	19,3%	..	..	22,9%	19,9%
Adaptación funcional del hogar							
Hombre	..	..	..	..	..	..	19,3%
Mujer	..	..	20,6%	..	..	..	20,1%
Total	..	..	20,5%	..	..	21,5%	19,7%
Otros tipos de ayuda técnica							
Hombre	..	36,1%	34,6%	40,7%	..	31,3%	35,3%
Mujer	..	35,1%	40,0%	..	..	37,3%	39,1%
Total	..	35,6%	37,5%	44,4%	..	34,2%	37,3%
Cuidadores cuyos parientes reciben ayuda técnica							
Hombre	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 43..2 Anexo

Porcentajes: Cuidadores que reciben ayudas técnicas, según el tipo de ayuda técnica recibida, el máximo nivel de estudios de su hogar y su género, sobre el total de cuidadores que reciben ayudas técnicas de cada grupo de género y nivel de estudios máximos del hogar

Según la ocupación de los cuidadores vemos que algunas de las ayudas técnicas que venimos comentando, tales como:

El teléfono inalámbrico presenta los porcentajes más alejados, por encima de la media (31,8%), en el caso de los estudiantes (50,5%) y por debajo las trabajadoras sin

remunerar (25,2%), el resto de grupos, trabajadores y desempleados, para los que disponemos de porcentajes representativos, siguen un comportamiento afín a la media.

En el caso de la silla de ruedas, según dedicación del entrevistado, nos permite apuntar que un 51,8% de cuidadores pensionistas o jubilados cuidan de un familiar en

silla de ruedas, un 47,4% en esta situación son trabajadores sin remunerar, un 43,6% trabajadores remunerados y un 32,4% son desempleados.

Por último, en esta muestra se han unido el resto de ayudas con el fin de agrupar porcentajes, de ahí que otros tipos de ayudas técnicas sean las que presentan mayor

porcentaje, una media del 66,8% de los cuidadores se hace cargo de un familiar con algún tipo de ayuda de este tipo, los que menos los estudiantes (56,7%), los que más los pensionistas (72%), entremedias trabajadores 68,7%, desempleados 68% y trabajadoras sin remunerar (62%).

Tabla 3.43. Distribución de cuidadores según los familiares cuidados disponen de ayudas técnicas y tipos estas por actividad del cuidador (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
Teléfono inalámbrico						
Hombre	..	33,1%	..	..	..	32,7%
Mujer	..	32,9%	..	..	25,5%	30,9%
Total	50,5%	33,0%	32,4%	..	25,2%	31,8%
Silla de ruedas						
Hombre	..	44,5%	..	49,9%	..	43,8%
Mujer	..	42,3%	..	..	48,0%	42,6%
Total	..	43,6%	32,4%	51,8%	47,4%	43,2%
Otros tipos de ayuda técnica						
Hombre	..	69,5%	63,9%	64,6%	..	66,8%
Mujer	..	67,6%	72,2%	..	62,0%	66,8%
Total	56,7%	68,7%	68,0%	72,0%	62,5%	66,8%
Cuidadores cuyos parientes reciben ayuda técnica						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 43.4 Anexo

Porcentajes: Cuidadores que reciben ayudas técnicas, según el tipo de ayuda técnica recibida, su relación con la actividad y género, sobre el total de cuidadores que reciben ayudas técnicas de cada grupo de género y relación con la actividad

A la hora de afrontar los gastos de estas ayudas técnicas, a la luz de los datos totales para cada clase, vemos que un 29% de clase media-alta los paga íntegramente la familia, con escasas diferencias entre hombres y mujeres, frente a un 24,8% de la clase obrera. Destacamos el dato de un 33,9% de hombres de clase obrera que cuidan de familiares que corren íntegramente con los gastos de las ayudas técnicas, por encima de las mujeres de su clase e incluso de los varones de clase media-alta en cinco puntos. En general, los cuidadores de clase obrera contarán más con el Estado, la

Junta, etc. para enfrentarse al pago de las ayudas técnicas que venimos mencionando (43,2%), seguidos de los pertenecientes a la clase intermedia (40,8%), la clase media-alta, como cabía esperar, está seis puntos por debajo del total (31,8%) y a una distancia negativa de 12 puntos de la clase obrera. Además de las dos modalidades anteriores se han recogido en la encuesta otros tipos de ayuda sin especificar utilizadas mayormente por la clase media-alta que es la que sobrepasa la media 5 puntos (36,7%) mientras que la clase obrera está cinco puntos por debajo (26,4%).

Tabla 3.44. Distribución de cuidadores cuyos familiares cuidados disponen de ayudas técnicas según quien las paga por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
NsNc					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Familiares íntegramente					
Hombre	33,9%	..	..	28,3%	31,4%
Mujer	..	..	..	29,8%	23,1%
Total	24,8%	..	..	29,0%	27,2%
Estado/ Junta de Andalucía/ ONG					
Hombre	37,6%	..	..	32,8%	33,4%
Mujer	48,0%	..	..	30,8%	41,2%
Total	43,2%	..	40,8%	31,8%	37,4%
Otras modalidades					
Hombre	..	..	..	38,0%	32,5%
Mujer	29,5%	..	..	35,2%	31,4%
Total	26,4%	..	31,1%	36,7%	31,9%
Total de cuidadores					
Hombre	100,0%	..	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	..	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 44.1 Anexo

Nota: Cuidadores cuyos parientes reciben ayudas técnicas, según quién paga dichas ayudas, y el género y clase social del cuidador, sobre cada grupo de género y clase social de cuidadores cuyos parientes reciben ayudas técnicas

Según nivel de estudios, los hogares con miembros que han cursado estudios universitarios son los que más mencionan a los familiares íntegramente a la hora de pagar la ayuda técnica de que disponen, así como otras modalidades. En cambio, en el caso de los hogares que no han terminado

los estudios básicos los gastos corren más a cargo del Estado o la Junta de Andalucía en un 50,4% de los casos, seguidos de aquellos con estudios secundarios no profesionales (44,5%), estudios básicos (42,7%), estudios secundarios profesionales (32,1%), y estudios universitarios (25,6%).

Tabla 3.45. Distribución de cuidadores cuyos familiares cuidados disponen de ayudas técnicas según quien las paga por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
NsNc							
Hombre	..	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..	3,8%
Familiares integramente							
Hombre	..	..	26,0%	..	..	38,3%	28,5%
Mujer	..	..	..	..	..	28,3%	21,5%
Total	..	..	22,0%	30,2%	..	33,4%	24,9%
Estado/ Junta de Andalucía/ ONG							
Hombre	..	49,9%	40,3%	..	..	..	35,8%
Mujer	..	50,8%	44,7%	..	..	28,5%	41,6%
Total	..	50,4%	42,7%	32,1%	44,5%	25,6%	38,8%
Otras modalidades							
Hombre	..	..	31,6%	..	..	34,0%	31,8%
Mujer	..	..	33,3%	..	..	39,9%	33,1%
Total	..	30,0%	32,5%	35,1%	..	36,9%	32,5%
Total de cuidadores							
Hombre	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	..	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 44.2 Anexo

Nota: Cuidadores cuyos parientes reciben ayudas técnicas, según quién paga dichas ayudas, y el género y el máximo nivel de estudios del hogar del cuidador, sobre cada grupo de género y máximo nivel de estudios del hogar de cuidadores cuyos parientes reciben ayudas técnicas

En general, según dedicación del cuidador una media del 38,8% cuenta con la ayuda del Estado en la provisión de ayudas técnicas, siendo los desempleados (42,4%), amas de casa (41,3%) y pensionistas (40,7%) los que más cuentan con el apoyo del Estado o la Junta, quedando los que trabajan muy próximos a la media (37,8%). El porcentaje de familiares que cuidan a parientes que se pagan íntegramente las ayudas técnicas recibidas representa un 24,9% y sobre todo si trabajan (26,1%). (Tabla 44.4. anexo, porcentajes).

3. 11. Opiniones sobre la responsabilidad de cubrir el cuidado de las personas mayores, enfermas y dependientes

La unidireccionalidad de este apartado, en la medida que sitúa a los mayores como perceptores de cuidados, puede llevar a un gran error si no subrayamos que ser mayor no es sinónimo de ser, únicamente, un perceptor de cuidados aunque las posibilidades aumentan conforme se avanza en edad, sobre todo a partir de los 80 años⁹⁶. En nuestra sociedad, respecto a las personas ancianas existen muchos estereotipos y prejuicios⁹⁷. Uno de ellos tiende a identificarlas sólo como necesitadas de cuidados y atención. Como hemos visto anteriormente cuidadores mayores de 65, que necesitan ayuda, prestan ayuda a su vez a otros miembros de la familia y cuando lo hacen es de forma intensa, eso es parte de su trabajo, pero sin remuneración⁹⁸. Ser cuidado y a la vez cuidador no es incompatible. De hecho es importante la ayuda que los hijos reciben de sus padres mayores en el cuidado de sus hijos mientras los segundos trabajan⁹⁹. A su vez, tras la jubilación, muchos padres siguen apoyando material y económicamente a sus hijos cuando todavía no

pueden vivir de forma independiente. Por tanto, “en el seno familiar se produce un intercambio de bienes y servicios, además del apoyo afectivo, en cuyo juego intervienen las personas mayores no sólo como receptoras, sino también como donadoras, además de que se consideran miembros activos de la comunidad”¹⁰⁰.

Tras este breve inciso y continuando con la opinión de la población andaluza sobre quién debería ser el principal responsable de cubrir el cuidado de las personas mayores, en caso de necesitarlo, obtenemos que la opinión mayoritaria, un 69,3% de la población prefiere que se haga de forma conjunta entre el **Estado y la familia**, más entre cuidadores de clase media-alta (74,2%) y pequeña burguesía (71,2%) que clase intermedia (68,1%) y clase obrera (65,5%) situándose estas dos últimas, ligeramente, por debajo de la media.

Un 14,3% opina que debe de ser el **Estado a través de los servicios públicos** quien cubra tales responsabilidades hacia los mayores. De esta opción, la clase intermedia es la más partidaria (17,7%), seguida de la clase obrera (14,1%) y media-alta (12,6%). En cambio, la clase obrera es la que más opta (19,2%) por que sea únicamente **la familia** la responsable del cuidado frente a la clase intermedia (13,6%) y clase media-alta (11,9%). Estos diferentes grados en la responsabilidad del cuidado otorgada a la familia, según las diferentes clases sociales, se podría entender en relación con las razones que los mismos cuidadores exponen; como hemos visto, entre las mujeres de clase obrera, amas de casa en su mayoría, el sentido del deber está muy acentuado entre otras cosas porque tanto su reconocimiento como las críticas más feroces por parte del resto de la sociedad va a provenir del ámbito del cuidado, es decir, esa es su función que se impone como destino.

96 Puede verse en Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares cómo un 34,1% de la población entre 65 y 79 años necesita ayuda para desenvolverse en su vida diaria, porcentaje que aumenta a un 70,4% entre la población que supera los 80 años. Pp.47.

97 A este respecto ver “Cuidando en el barrio de San José: el papel de las personas mayores como cuidadoras en el ámbito familiar” de Mª del Mar Rincón Ruiz, comunicación presentada en el IX Congreso de Sociología (2007), publicación en cd.

98 Un 12,1% de los cuidadores entre los 65 y 79 años dedican al cuidado de otros más de 40 horas, citado en Redes familiares y atención a la dependencia en Andalucía, pp. 44.

99 En concreto citamos los estudios de Constanza Tobío “En Espagne, la abuela au secours des mères actives”, de Claudine Attias-Donfut y Martine Segalen (ed.) “Le siècle des grands parents”, de Tobío “La familia y el empleo: prácticas y discursos de las mujeres”.

100Bazo, (2002), op. cit. (pp. 57). También puede verse Radl Philipp “Transformaciones en el comportamiento en función del género en la vejez”. Papers, 2003.

Tabla 3.46. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de los mayores por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
NsNc					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos					
Hombre	14,5%	..	..	13,7%	16,0%
Mujer	13,8%	..	..	11,6%	12,9%
Total	14,1%	..	17,7%	12,6%	14,3%
Las familias					
Hombre	16,9%	..	..	..	12,6%
Mujer	21,0%	..	19,0%	13,0%	17,6%
Total	19,2%	..	13,6%	11,9%	15,4%
Estado y familias conjuntamente					
Hombre	67,1%	64,1%	70,8%	73,4%	69,7%
Mujer	64,2%	77,0%	66,1%	74,9%	69,0%
Total	65,5%	71,2%	68,1%	74,2%	69,3%
Otras modalidades					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Total de respuestas					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 50.1 Anexo

Nota: Cuidadores según opinión de quién debe cubrir los cuidados de los mayores sobre el total de cuidadores de cada clase social.

Según nivel de estudios, las familias con estudios secundarios y las que no han terminado los estudios básicos resultan las posiciones sociales que optan en mayor porcentaje por que sea el **Estado, a través de los servicios públicos**, quien corra a cargo con la responsabilidad del cuidado de las personas mayores y más los hombres que las mujeres con diferencias de 7 y 8 puntos. Pensemos que la población con mayores porcentajes de estudios básicos sin

acabar se da entre los mayores de 65, a su vez, el grupo con menos posibles cuidadores, hechos ambos que los sitúa en uno de los grupos de población que más depende directamente de las ayudas extrafamiliares y del Estado.

La opción conjunta de **Estado y familia** para cubrir los cuidados de los mayores es la mayoritaria por todos los niveles educativos en un 66,8% de los casos. Aunque con grandes diferencias según nivel de estudios máximo del hogar

ya que alrededor de la media (66,8%) se sitúan las familias con estudios básicos acabados y de secundaria, en cambio los de estudios básicos sin acabar se distancian por debajo 7 puntos de la media, y las familias de estudios universitarios 9 puntos por encima de la media. Es decir, se produce una polarización clara entre los niveles educativos más alejados.

La intensidad de la respuesta de que sea **la familia** la que se haga cargo del cuidado sigue una dirección inversa al nivel de estudios, es decir, los que más apoyan esta respuesta son

los hogares con estudios básicos sin terminar (20,1%), con estos acabados (19%), estudios secundarios (13,9%) y universitarios (10,7%). Por encima de la media (16,3%) estarían los dos primeros y por debajo los dos últimos. Sin diferencias por género importantes excepto para la clase intermedia donde esta solución es mayor (ocho puntos) entre las mujeres que entre los hombres. Nuevamente el sentido del deber tan arraigado en la clase obrera también coincide entre las familias con estudios básicos sin acabar y acabados.

Tabla 3.47. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de los mayores por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios secundarios	Estudios universitarios	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos						
Hombre	..	23,0%	14,3%	23,0%	15,1%	18,3%
Mujer	..	15,9%	13,5%	16,1%	..	14,0%
Total	..	18,9%	13,8%	19,3%	12,1%	15,9%
Las familias						
Hombre	..	21,6%	17,0%	9,2%	..	14,4%
Mujer	..	19,1%	20,4%	17,8%	..	17,7%
Total	..	20,1%	19,0%	13,9%	10,7%	16,3%
Estado y familias conjuntamente						
Hombre	77,1%	55,0%	67,6%	65,9%	73,0%	66,0%
Mujer	68,8%	63,3%	65,8%	65,5%	78,5%	67,4%
Total	72,4%	59,7%	66,5%	65,7%	75,8%	66,8%
Otras modalidades						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Total de respuestas						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 50.2 Anexo

Nota: Cuidadores según opinión de quién debe cubrir los cuidados de los mayores, según género y máximo nivel de estudios del hogar, sobre el total de cuidadores por género y máximo nivel de estudios del hogar

Según actividad del cuidador, destacamos algunos comportamientos diferenciados; los estudiantes son los que más apoyan la solución conjunta de **Estado y familia** para afrontar el cuidado (74,9%) con apenas escasa diferencia entre hombres y mujeres, seguidos de los que trabajan (69,5) con dos puntos más para las mujeres trabajadoras. Desde luego, los que menos optan por esta solución conjunta entre Estado y familia son los desempleados (59,5%) y los hombres mucho menos (46,4%) que las mujeres (69,5%).

En cambio, la opción minoritaria, (16,3%) opina que **las familias** son las responsables del cuidado de sus mayores con mayor porcentaje de mujeres (17,7%) que de hombres (14,4%). Veamos algunas diferencias según ocupación: quienes optan más por la solución de la familia como cuidadora en solitario son los desempleados (24,5%) y más los hombres que las mujeres; seguidos de las amas de casa

(21,5%), pensionistas o jubilados (16,3%) y los que menos los trabajadores (12,9%). “El papel de la familia y sobre todo en España sigue siendo la principal agencia de bienestar, al tiempo que es el medio donde se desarrollan los intercambios y la solidaridad intergeneracional. En familia se cuida a los antepasados dependientes, y el cuidado familiar es el indicador más relevante de intercambio y solidaridad familiar”¹⁰¹.

El Estado como responsable único es apuntado en un 15,9% por la población, sobre todo, por los jubilados y pensionistas (20,2%) que ven en él la solución al problema de la dependencia, además de que constituyen el grupo de edad con más condiciones desfavorables para el cuidado: no tienen tantos parientes, su autonomía se reduce con la edad, sus pensiones en muchos casos son muy reducidas, etc.

Tabla 3.48. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de los mayores por actividad del cuidador (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos						
Hombre	..	17,5%	24,1%	21,6%	..	18,3%
Mujer	..	15,3%	..	..	14,5%	14,0%
Total	..	16,6%	15,6%	20,2%	14,8%	15,9%
Las familias						
Hombre	..	11,9%	29,6%	..	..	14,4%
Mujer	..	14,2%	20,7%	..	21,6%	17,7%
Total	..	12,9%	24,5%	16,3%	21,5%	16,3%
Estado y familias conjuntamente						
Hombre	75,4%	68,9%	46,4%	62,4%	..	66,0%
Mujer	74,4%	70,3%	69,5%	63,9%	62,5%	67,4%
Total	74,9%	69,5%	59,5%	63,0%	62,3%	66,8%
Otras modalidades						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Total de respuestas						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	..	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 50.4 Anexo

Nota: Cuidadores según opinión de quién debe cubrir los cuidados de los mayores, según género y relación con la actividad, sobre el total de cuidadores por género y relación con la actividad

101 María Teresa Bazo, (2002), op. cit. (pp. 56).

Opinión sobre el cuidado de enfermos y discapacitados

En el caso de las personas discapacitadas o enfermas la distribución de responsabilidades varía respecto de los mayores. En el caso anterior del cuidado de los mayores el orden era: primero, Estado y familia conjuntamente; seguido de familia y por último el Estado. En el cuidado de los enfermos y discapacitados la responsabilidad que se otorga al Estado en solitario es mayor, en cambio, menor la responsabilidad conjunta entre familia-Estado, y la familia en solitario. Este desplazamiento en la responsabilidad familiar, de un segundo lugar, en el caso del cuidado de los mayores, a un tercer lugar, en el caso de un familiar enfermo o discapacitado nos hace pensar en que en el caso de un familiar enfermo la institucionalización en hospitales o centros específicos para tales fines tiene una mayor justificación por parte de los familiares. En cualquier caso, en estados de enfermedad y discapacidad la familia puede llegar a su límite, su deber queda traspasado por la sobrecarga y responsabilidad que supone cuidar a un familiar en situaciones extremas.

Retomando los datos generales de la ERF, tenemos que un 62,3% de la población considera que el cuidado de enfermos y dependientes corre a cargo de la solución conjunta Estado y familia; un 24,2% cree que debe ser el Estado a través de los servicios sociales quien se responsabilice; y un 12,3% cree que es deber de las familias ocuparse de sus enfermos y dependientes. Veamos según

clase social, nivel de estudios y ocupación de las familias qué opinan:

El mayor porcentaje en la solución conjunta entre el **Estado a través de los servicios sociales y la familia** viene de parte de la pequeña burguesía (67,7%), seguida de la clase media-alta (65,7%), clase intermedia (64,7%) y en última posición la clase obrera (57,5%). En general hombres y mujeres dentro de cada una de las clases presentan datos muy similares en esta respuesta entre Estado y familia con la excepción de la disparidad en la pequeña burguesía donde las mujeres optan más por esta solución (73,2%) que los hombres (61%).

La opción del **Estado** es mayoritaria entre la clase intermedia (27%), seguida de la clase obrera (25,5%) y clase media-alta (21,2%) mayor aún entre los hombres que entre las mujeres de esta última clase.

Respecto a la opción de que sea la **familia en solitario** la que se haga cargo de sus familiares enfermos y dependientes sólo tenemos datos representativos de la clase obrera (15,7%) y la clase media-alta (10,9%). Resulta interesante, por cuanto revela de los sentidos del deber en el cuidado de familiares, que en la clase donde el cuidado, como hemos visto al principio de este capítulo, se cebe más y tiene unas peores consecuencias para sus cuidadoras y donde, además, los recursos son más escasos, sea la que más apoya el deber familiar del cuidado.

Tabla 3.49. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de enfermos y dependientes por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
NsNc					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos					
Hombre	24,4%	..	27,5%	22,8%	24,8%
Mujer	26,4%	..	26,6%	19,9%	23,7%
Total	25,5%	..	27,0%	21,2%	24,2%
Las familias					
Hombre	15,9%	..	..	..	12,4%
Mujer	15,6%	..	..	10,6%	12,2%
Total	15,7%	..	..	10,9%	12,3%
Estado y familias conjuntamente					
Hombre	57,5%	61,0%	64,7%	63,3%	61,0%
Mujer	57,5%	73,2%	64,7%	67,7%	63,3%
Total	57,5%	67,7%	64,7%	65,7%	62,3%
Otras modalidades					
Hombre	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..
Total de respuestas					
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 51.1 Anexo

Nota: cuidadores según su opinión sobre quien debería cubrir el cuidado de enfermos y dependientes, según género y clase social, sobre el total de cuidadores por género y clase social

Según los totales para el nivel educativo máximo del hogar el orden de responsabilidades otorgadas es similar al anterior; primero Estado y familias conjuntamente, seguido del Estado y en último lugar las familias. Los hogares de universitarios son los más partidarios de la colaboración entre **Estado y familias** (66%) situándose a ocho puntos de la clase obrera e intermedia. Los cuidadores de hogares con estudios secundarios sobresalen respecto al resto de posiciones educativas en la solución destacada de un 29,8% que

considera que es un deber del **Estado** tal responsabilidad, seguida de la clase obrera (25,9%). Por género, vemos que los porcentajes de hombres superan al de mujeres, excepto los hogares de estudios secundarios donde mujeres y hombres no presentan diferencias importantes. Por último, siendo minoritaria la idea de que sea **la familia** la que corra con la responsabilidad del cuidado de enfermos y dependientes, son los hogares con estudios básicos terminados o sin terminar los que más insisten en esta solución.

Tabla 3.50. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de enfermos y dependientes por nivel de estudios del por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	NsNc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Estudios secundarios	Estudios universitarios	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos						
Hombre	..	30,3%	25,7%	29,1%	23,4%	26,8%
Mujer	..	22,6%	21,4%	30,4%	20,5%	23,1%
Total	..	25,9%	23,1%	29,8%	21,9%	24,7%
Las familias						
Hombre	..	15,8%	13,7%	..	..	13,0%
Mujer	..	13,6%	16,0%	12,2%	..	13,8%
Total	..	14,5%	15,1%	10,4%	11,0%	13,4%
Estado y familias conjuntamente						
Hombre	..	54,0%	59,0%	60,7%	63,2%	58,9%
Mujer	60,8%	62,2%	61,7%	56,4%	68,7%	61,9%
Total	57,7%	58,7%	60,6%	58,4%	66,0%	60,6%
Otras modalidades						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Total de respuestas						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE Tabla 51.2 Anexo

Nota: cuidadores según su opinión sobre quien debería cubrir el cuidado de enfermos y dependientes, según género y máximo nivel de estudios del hogar, sobre el total de cuidadores por género y máximo nivel de estudios del hogar

Nuevamente, según ocupación del sustentador principal, se está de acuerdo en que tanto estudiantes, trabajadores, desempleados, pensionistas, amas de casa opinan que debe ser el Estado y familiares los que se preocupen del cuidado de los enfermos y dependientes. Los jubilados, como vimos en el caso de los mayores, opinan que los responsables de cubrir el cuidado de los enfermos y dependientes debería ser el Estado.

Los estudiantes son el grupo que más opta por que sea el Estado y las familias conjuntamente los que se hagan cargo de la dura tarea del cuidado de dependientes y enfermos situándose siete puntos por encima de la media: Los más alejados de la media por debajo son los desempleados (menos tres puntos).

Tabla 3.51. Distribución de cuidadores según opinión de quién debe cubrir la responsabilidad del cuidado de enfermos y dependientes por actividad del cuidador (porcentajes)

	Estudia	Trabaja	Desempleado	Pensionista/ Jubilado	Ama de casa	Total
NsNc						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
El Estado, vía servicios públicos						
Hombre	..	26,0%	27,9%	31,9%	..	26,8%
Mujer	..	25,6%	22,2%	..	21,6%	23,1%
Total	19,8%	25,8%	24,6%	29,3%	21,8%	24,7%
Las familias						
Hombre	..	12,2%	..	..	..	13,0%
Mujer	..	9,9%	..	..	17,6%	13,8%
Total	..	11,3%	17,7%	12,3%	17,6%	13,4%
Estado y familias conjuntamente						
Hombre	65,5%	59,9%	51,7%	56,4%	..	58,9%
Mujer	68,9%	63,7%	61,0%	61,5%	58,6%	61,9%
Total	67,4%	61,5%	57,0%	58,3%	58,4%	60,6%
Otras modalidades						
Hombre	..	..	..	..	..	..
Mujer	..	..	..	..	..	..
Total	..	..	..	..	..	..
Total de respuestas						
Hombre	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	..	100,0%
Mujer	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

FUENTE: Tabla 51.4 Anexo

Nota: cuidadores según su opinión sobre quien debería cubrir el cuidado de enfermos y dependientes, según género y relación con la actividad, sobre el total de cuidadores por género y relación con la actividad

3. 12. Opinión sobre las medidas de apoyo para el cuidado de mayores y dependientes

La intensidad de las medidas consideradas por los cuidadores para apoyar a mayores, discapacitados o enfermos se ha medido en la escala del 1 al 10 para cada una de las propuestas recogidas en el cuestionario. Las medidas más puntuadas por los cuidadores de clase obrera, como necesidades más importantes son la ayuda para equipos informáticos, las viviendas tuteladas y los programas de alojamiento con universitarios. En todas las opciones la frecuencia de los hombres es mayor que la de las mujeres, salvo en el caso de la clase obrera donde tres medidas son más apoyadas por las mujeres que por los hombres, como son: la formación de cuidadoras, las plazas permanentes en residencias y viviendas tuteladas. Respecto a la idea de la institucionalización del cuidado a través de la creación de plazas para estancias en residencias comentaremos existen algunos matices, sobre todo, el que tiene que ver con el tiempo de estancia en estos centros; la diferencia entre la permanencia (37,6%) o la temporalidad (44,9) es de siete puntos. La pequeña burguesía incide en las plazas de estancias temporales, los permisos laborales remunerados

para cuidadoras y la reducción de la jornada laboral remunerada. Entre las mujeres pequeño burguesas reducir la jornada laboral es más necesaria que entre sus compañeros de clase. Esa misma medida pero entre la clase media-alta, contrariamente, es más solicitada por los hombres (58%) que por las mujeres (44,3%). De todas formas, las viviendas tuteladas es la respuesta más presente entre las posiciones sociales más altas (51,6%) con una diferencia positiva de once puntos entre los hombres, y en tercer lugar la ayuda para la adquisición de equipos informáticos, medida también muy mencionada por la clase obrera e intermedia. Además esta última posición socioeconómica incide en los permisos laborales remunerados para cuidadoras/es y el alojamiento de mayores con universitarios.

En general las posiciones más distantes se dan en medidas tales como los permisos laborales remunerados para cuidadoras donde la pequeña burguesía muestra mayor acuerdo (55,3%), seguida de la clase intermedia (49,9%), la clase media-alta (48,7%) y en último lugar la clase obrera (43,9%). Comportamiento parecido con la reducción de la jornada laboral. Respecto a las viviendas tuteladas se presenta como medida apoyada por la clase media-alta en un (51,6%), en el extremo opuesto está la pequeña burguesía once puntos por debajo.

Tabla 3.52. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado: más de acuerdo por clase social (porcentajes)

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Ayuda a domicilio para dependientes					
Hombre	35,6%	..	40,8%	40,0%	37,1%
Mujer	27,1%	..	29,1%	32,0%	28,3%
Total	30,9%	..	34,1%	35,7%	32,2%
Cuidados a domicilio					
Hombre	37,3%	..	50,7%	41,7%	40,3%
Mujer	26,0%	..	29,9%	29,0%	26,7%
Total	31,0%	..	38,8%	34,9%	32,8%
Ayuda económica mensual para cuidadores					
Hombre	45,3%	..	54,8%	54,3%	50,4%
Mujer	36,4%	..	46,2%	42,2%	40,3%
Total	40,3%	43,9%	49,8%	47,8%	44,8%
Servicios de respiro para cuidadores habituales					
Hombre	46,5%	..	51,7%	48,3%	48,0%
Mujer	38,0%	..	47,9%	36,7%	39,8%
Total	41,8%	44,4%	49,5%	42,1%	43,5%

CONTINÚA →

Tabla 3.52. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado: más de acuerdo por clase social (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Permisos laborales remunerados para cuidadores					
Hombre	46,1%	64,3%	52,0%	56,1%	51,9%
Mujer	42,2%	48,0%	48,4%	42,3%	43,8%
Total	43,9%	55,3%	49,9%	48,7%	47,4%
Formación de cuidadores					
Hombre	35,1%	0,0%	35,9%	45,2%	39,2%
Mujer	40,2%	50,5%	34,7%	33,7%	37,9%
Total	37,9%	46,3%	35,2%	39,0%	38,5%
Reducciones de la jornada laboral remunerada					
Hombre	47,4%	53,1%	48,2%	58,0%	51,6%
Mujer	39,4%	55,4%	49,2%	44,3%	44,0%
Total	42,9%	54,4%	48,8%	50,7%	47,4%
Teleasistencia					
Hombre	27,5%	..	26,7%	35,2%	29,9%
Mujer	25,2%	..	26,4%	29,5%	26,2%
Total	26,2%	..	26,5%	32,1%	27,9%
Mayores deducciones fiscales					
Hombre	39,8%	..	46,0%	50,1%	44,9%
Mujer	38,0%	48,3%	48,5%	37,3%	40,5%
Total	38,8%	47,3%	47,5%	43,2%	42,5%
Plazas temporales en residencias					
Hombre	45,1%	61,7%	45,2%	49,9%	48,0%
Mujer	43,7%	52,9%	43,7%	44,4%	44,6%
Total	44,3%	56,8%	44,3%	47,0%	46,1%
Plazas permanentes en residencias					
Hombre	36,6%	..	42,9%	47,0%	42,3%
Mujer	38,4%	..	35,5%	42,0%	38,6%
Total	37,6%	40,8%	38,7%	44,3%	40,3%
Viviendas tuteladas					
Hombre	45,7%	..	49,3%	57,3%	49,7%
Mujer	46,1%	..	47,6%	46,6%	46,2%
Total	45,9%	40,2%	48,4%	51,6%	47,8%

CONTINÚA ➔

Tabla 3.52. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado: más de acuerdo por clase social (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Clase obrera	Pequeña burguesía	Clase intermedia	Clase media-alta	Total
Unidades de estancia diurna					
Hombre	42,9%	..	48,5%	53,3%	48,2%
Mujer	41,4%	44,7%	45,3%	37,0%	41,0%
Total	42,0%	48,2%	46,7%	44,6%	44,2%
Centros ocupacionales					
Hombre	43,6%	..	42,4%	50,0%	45,6%
Mujer	37,1%	..	31,7%	33,4%	34,8%
Total	40,0%	39,3%	36,2%	41,1%	39,6%
Centros de Alzheimer					
Hombre	21,7%	..	..	27,9%	24,5%
Mujer	17,3%	..	20,8%	17,4%	18,1%
Total	19,3%	..	22,5%	22,3%	20,9%
Centros de atención especializada					
Hombre	26,7%	..	30,0%	31,4%	28,5%
Mujer	25,7%	..	23,7%	20,8%	23,6%
Total	26,2%	..	26,4%	25,7%	25,8%
Ayudas para la adquisición de equipos informáticos					
Hombre	49,1%	..	57,5%	52,5%	50,9%
Mujer	48,1%	..	51,2%	46,5%	47,5%
Total	48,5%	39,0%	53,9%	49,3%	49,0%
Formación de voluntarios					
Hombre	43,1%	..	44,1%	42,9%	43,0%
Mujer	40,5%	..	37,5%	34,9%	37,5%
Total	41,6%	36,2%	40,3%	38,6%	40,0%
Alojamiento universitario con mayores					
Hombre	48,2%	..	57,6%	54,9%	51,7%
Mujer	43,9%	..	48,7%	42,6%	44,3%
Total	45,8%	42,2%	52,5%	48,4%	47,6%

FUENTE: Tabla 52.1 Anexo

Nota: Cuidadores que expresan un grado alto de acuerdo con las principales medidas de apoyo al cuidado, por género y clase social, sobre el total de cada grupo de cuidadores de género y clase social

Atendiendo al nivel de estudios del hogar algunas de las medidas, entre las tres o cuatro más puntuadas, destacamos las siguientes: los hogares con estudios básicos acabados o no las tres opciones que han puntuado más importantes para el cuidado son: la adquisición de equipos informáticos, reducción de la jornada laboral y programa de alojamiento con universitarios. Las familias con estudios secundarios profesionales señalan un mayor énfasis en dos de las medidas que atañen más directamente a las cuidadoras como son: los permisos laborales remunerados para cuidadores y la ayuda económica mensual para cuidadores, además de los

mencionados equipos informáticos. Las respuestas de los hogares con estudios secundarios no profesionales siguen una pauta parecida a la de secundarios profesionales en las medidas señaladas por estos, remarcando, sobre todo, la reducción de la jornada laboral y las viviendas tuteladas, medidas también muy mencionada por las familias de estudios universitarios. Es decir, los hogares con estudios universitarios muestran un cuadro de respuestas bastante similar al anterior excepto la medida de los equipos informáticos que no tiene tanto peso como para el resto de niveles educativos.

Tabla 3.53. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Ayuda a domicilio para dependientes							
Hombre	..	31,5%	34,0%	35,6%	48,9%	46,6%	38,1%
Mujer	..	27,6%	27,4%	23,2%	49,0%	38,0%	30,6%
Total	40,9%	29,3%	30,0%	29,1%	49,0%	42,3%	33,9%
Cuidados a domicilio							
Hombre	..	32,9%	37,5%	36,1%	55,5%	46,9%	40,0%
Mujer	..	24,1%	27,6%	25,8%	50,2%	33,6%	29,4%
Total	37,8%	27,9%	31,6%	30,7%	52,4%	40,2%	34,0%
Ayuda económica mensual para cuidadores							
Hombre	..	34,6%	42,3%	59,1%	56,1%	61,7%	48,6%
Mujer	48,3%	32,7%	38,1%	44,2%	56,9%	49,0%	41,3%
Total	50,6%	33,5%	39,8%	51,3%	56,6%	55,3%	44,5%
Servicios de respiro para cuidadores habituales							
Hombre	..	45,1%	47,1%	52,4%	53,0%	49,7%	48,7%
Mujer	42,6%	34,0%	41,6%	43,4%	50,3%	40,0%	40,5%
Total	48,2%	38,8%	43,8%	47,7%	51,4%	44,8%	44,1%
Permisos laborales remunerados para cuidadores							
Hombre	66,4%	43,9%	50,0%	57,1%	55,4%	59,5%	52,8%
Mujer	64,6%	36,9%	44,5%	53,9%	53,4%	48,6%	46,1%
Total	65,4%	39,9%	46,7%	55,5%	54,2%	54,0%	49,0%

CONTINÚA →

Tabla 3.53. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Formación de cuidadores							
Hombre	..	37,8%	35,4%	46,2%	51,3%	53,0%	42,4%
Mujer	49,5%	30,6%	38,6%	38,7%	39,1%	37,4%	37,1%
Total	43,5%	33,7%	37,3%	42,3%	44,1%	45,2%	39,4%
Reducciones de la jornada laboral remunerada							
Hombre	..	52,6%	52,1%	50,9%	64,5%	61,2%	54,9%
Mujer	62,3%	39,0%	46,3%	47,5%	55,9%	48,9%	46,6%
Total	58,6%	44,9%	48,6%	49,1%	59,5%	55,0%	50,2%
Teleasistencia							
Hombre	..	29,6%	25,5%	37,5%	44,4%	42,6%	33,3%
Mujer	..	18,9%	22,0%	28,7%	40,8%	38,2%	26,3%
Total	25,2%	23,5%	23,4%	32,9%	42,3%	40,4%	29,4%
Mayores deducciones fiscales							
Hombre	..	43,9%	39,7%	52,2%	50,4%	52,7%	46,4%
Mujer	59,3%	37,5%	41,2%	42,6%	50,0%	47,2%	42,9%
Total	55,8%	40,3%	40,6%	47,2%	50,2%	49,9%	44,5%
Plazas temporales en residencias							
Hombre	..	38,5%	38,7%	61,9%	52,0%	55,1%	46,8%
Mujer	59,1%	41,1%	43,5%	40,9%	51,6%	42,2%	43,7%
Total	53,7%	40,0%	41,6%	50,9%	51,8%	48,6%	45,0%
Plazas permanentes en residencias							
Hombre	..	31,6%	36,5%	53,2%	48,4%	48,1%	41,4%
Mujer	50,9%	36,4%	37,0%	35,8%	37,2%	43,0%	38,3%
Total	47,6%	34,3%	36,8%	44,1%	41,9%	45,5%	39,7%
Viviendas tuteladas							
Hombre	..	42,9%	46,5%	58,3%	64,0%	61,3%	51,9%
Mujer	59,3%	43,4%	44,3%	42,2%	51,0%	51,8%	46,2%
Total	54,5%	43,2%	45,2%	49,9%	56,4%	56,5%	48,7%
Unidades de estancia diurna							
Hombre	0,0%	44,3%	43,0%	50,6%	58,3%	58,9%	49,0%
Mujer	49,1%	38,9%	40,7%	40,5%	49,0%	41,0%	41,3%
Total	48,5%	41,2%	41,6%	45,3%	52,9%	49,9%	44,7%

CONTINÚA →

Tabla 3.53. Distribución de cuidadores según opinión de las principales medidas de apoyo para el cuidado por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

CONTINUACIÓN

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Centros ocupacionales							
Hombre	..	42,0%	40,2%	44,2%	47,2%	56,8%	45,5%
Mujer	51,9%	34,3%	34,4%	34,5%	44,1%	38,0%	36,4%
Total	50,1%	37,6%	36,7%	39,1%	45,4%	47,3%	40,4%
Centros de Alzheimer							
Hombre	..	22,0%	24,0%	24,9%	..	33,6%	26,0%
Mujer	..	16,6%	18,5%	18,2%	30,2%	25,6%	20,4%
Total	24,4%	18,9%	20,7%	21,4%	29,3%	29,6%	22,8%
Centros de atención especializada							
Hombre	..	24,2%	30,5%	31,6%	..	34,8%	30,1%
Mujer	..	19,2%	24,7%	23,5%	33,7%	26,2%	24,2%
Total	26,2%	21,3%	27,0%	27,4%	33,0%	30,4%	26,8%
Ayudas para la adquisición de equipos informáticos							
Hombre	..	46,4%	48,3%	55,9%	74,3%	54,1%	52,4%
Mujer	..	43,9%	49,6%	49,0%	51,4%	52,1%	49,0%
Total	56,3%	45,0%	49,1%	52,3%	60,9%	53,1%	50,5%
Formación de voluntarios							
Hombre	..	37,6%	41,8%	51,7%	49,0%	52,1%	44,8%
Mujer	52,2%	36,3%	40,1%	40,7%	44,6%	41,2%	40,3%
Total	45,8%	36,9%	40,8%	46,0%	46,4%	46,6%	42,3%
Alojamiento universitario con mayores							
Hombre	..	48,3%	51,2%	51,6%	65,1%	54,4%	52,2%
Mujer	55,8%	41,2%	44,9%	40,5%	56,8%	47,8%	45,4%
Total	53,3%	44,3%	47,4%	45,8%	60,3%	51,0%	48,3%

FUENTE: Tabla 52.2 Anexo

Nota: Cuidadores que expresan un grado alto de acuerdo con las principales medidas de apoyo al cuidado, por género y nivel de estudios, sobre el total de cada grupo de cuidadores en cada nivel de estudios

Con el fin de ver las opiniones respecto al cuidado en el contexto extrafamiliar, nos detenemos en las respuestas que suponen, en mayor o menor medida, una salida del hogar bien para un rato a lo largo del día, para una estancia temporal, o bien de forma permanente en sus distintas modalidades. De lo que obtenemos que a partir de los estudios secundarios todas las respuestas superan la media, por lo que interpretamos que

a partir de este nivel educativo el cuidado lejos de la familia se valora más positivamente y no tanto como un asunto doméstico más acentuado, por el contrario, entre hogares con niveles de estudios básicos bien acabados o no. Nos parece que desde la opinión se ve de forma clara cómo los distintos niveles educativos hacen y entienden la familia de forma diferente, donde los contextos de cuidados se insertan.

Tabla 3.54. Distribución de cuidadores según opinión de las medidas de apoyo para el cuidado según temporalidad extrafamiliar por nivel de estudios del “sustentador principal” (porcentajes)

	Ns/Nc	Sin terminar estudios básicos	Estudios básicos	Secundarios profesionales	Secundarios no profesionales	Universitarios	Total
Plazas temporales en residencias							
Hombre	..	38,5%	38,7%	61,9%	52,0%	55,1%	46,8%
Mujer	59,1%	41,1%	43,5%	40,9%	51,6%	42,2%	43,7%
Total	53,7%	40,0%	41,6%	50,9%	51,8%	48,6%	45,0%
Plazas permanentes en residencias							
Hombre	..	31,6%	36,5%	53,2%	48,4%	48,1%	41,4%
Mujer	50,9%	36,4%	37,0%	35,8%	37,2%	43,0%	38,3%
Total	47,6%	34,3%	36,8%	44,1%	41,9%	45,5%	39,7%
Viviendas tuteladas							
Hombre	..	42,9%	46,5%	58,3%	64,0%	61,3%	51,9%
Mujer	59,3%	43,4%	44,3%	42,2%	51,0%	51,8%	46,2%
Total	54,5%	43,2%	45,2%	49,9%	56,4%	56,5%	48,7%
Unidades de estancia diurna							
Hombre	0,0%	44,3%	43,0%	50,6%	58,3%	58,9%	49,0%
Mujer	49,1%	38,9%	40,7%	40,5%	49,0%	41,0%	41,3%
Total	48,5%	41,2%	41,6%	45,3%	52,9%	49,9%	44,7%
Centros ocupacionales							
Hombre	..	42,0%	40,2%	44,2%	47,2%	56,8%	45,5%
Mujer	51,9%	34,3%	34,4%	34,5%	44,1%	38,0%	36,4%
Total	50,1%	37,6%	36,7%	39,1%	45,4%	47,3%	40,4%

FUENTE: Tabla 52.2 Anexo

Nota: Cuidadores que expresan un grado alto de acuerdo con las medidas de apoyo en relación al ámbito extrafamiliar del cuidado, por género y nivel de estudios, sobre el total de cada grupo de cuidadores en cada nivel de estudios

Según la actividad del cuidador existe gran unanimidad en las tres respuestas más puntuadas por cada uno de los grupos, entre ellas destacan: la reducción de la jornada laboral para cuidadoras, permisos laborales remunerados para cuidadoras, viviendas tuteladas y adquisición de equipos informáticos. Estas cuatro medidas han sido de las opciones mejor valoradas por la población cuidadora andaluza según su actividad. Añadimos algunas específicas, es decir, más puntuadas por cada grupo, como las plazas temporales en

residencias señaladas entre las cuatro primeras por los desempleados; las unidades de estancia diurna por los jubilados y pensionistas así como el alojamiento con universitarios, medida incluida entre las mejor estimadas por las amas de casa. Este acuerdo en las tres medidas más demandadas apunta, claramente, al principal obstáculo al cuidado del que hablábamos al principio de esta monografía, como es la irreconciliabilidad actual entre empleo y cuidado. (Tabla 52.4 anexo).

Conclusiones

Capítulo sobre parientes y redes familiares

La descripción de las redes familiares se antoja una cuestión prioritaria al analizar las relaciones de dependencia y el papel de las cuidadoras y cuidadores. En el capítulo primero hemos abordado una caracterización socialmente diversa de la familia andaluza. Las redes familiares se conforman en torno a las características de la familia nuclear. La estructura nuclear de la familia andaluza, no obstante, se ha visto sometida a los procesos de cambio social de los últimos siglos. A lo largo del siglo XX e inicios del XXI, junto con la caída de la mortalidad, uno de los más notables ha sido la reducción de la fecundidad a límites inusitados. En la compleja interpretación de este formidable cambio social podemos hallar trazas de familias y/o redes familiares distintas. Así, la densidad de las retículas familiares, su carácter más o menos completo, el peso de sus ramas ascendentes o descendentes, la presencia de cada tipo de pariente, varían por clase social y sexo.

Las características de las redes familiares de los individuos de clase obrera obedecen a una concepción fuerte de la familia. Estos individuos, en general más desprovistos de recursos económicos, parecen concebir a los parientes de la red familiar básica, y algunos de la red familiar ampliada, como elementos activos de las relaciones de dependencia; de ahí que procuren –otra cuestión es que lo logren siempre– redes densas y completas, donde no falten cónyuges, hijos/as, yernos/nueras y suegros/as. De esto que la interpretación que efectúan de aquellas transformaciones sociodemográficas, en especial de la segunda transición demográfica, se realice bajo parámetros más tradicionales. La valoración de la descendencia amplia y la menor atracción por la pareja de hijos/as de todas las clases sociales, o la cercanía residencial y/o coresidencial de padres y madres son ejemplos de ello. La descripción de la red familiar de los individuos de la pequeña burguesía se asimila a la de la clase obrera, hasta el punto de que podríamos utilizar el mismo adjetivo para calificarla: tradicional. Aunque las características de la misma y, probablemente, la lógica reproductiva no coinciden del todo; el protagonismo que para la pequeña burguesía asumen las interacciones familiares no sólo responde a la prestación de cuidados a parientes

dependientes, también tiene que ver con el mantenimiento por este grupo de una característica tradicional de la familia, la dimensión productiva. El descarte de la unicogenitura y la apuesta por fratrías amplias y cohortes de nietos/as abundantes, como la cercanía residencial de sus miembros, son expresiones e instrumentos de una específica lógica social.

Las retículas familiares de la clase intermedia presentan particularidades. Los individuos de este grupo ven condicionada su existencia por una serie de factores que inducen comportamientos más individualistas, donde la familia nuclear evoluciona de manera más independiente y aligerada; entre esos factores, la elevada tasa de actividad y empleo de hombres y mujeres, el largo y costoso proceso de emancipación de los hijos/as o la difícil coyuntura que impone la atención a los parientes dependientes. En todo ello se colige una actitud individualista y un imaginario familiar menos tradicional. El retraso en el establecimiento conyugal y en la paternidad/maternidad, la predilección por la “parejita” de hijos/as y la unicogenitura, la interpretación radical de la reducción de la fecundidad, o el menor enraizamiento local de las redes familiares son, entre otros, indicios de ese modelo reproductivo. Las redes familiares de la clase media-alta, de composición interna más heterogénea, ofrecen asimismo rasgos propios. Una dotación de recursos económicos y culturales más generosa evita, o al menos hace más llevadera, a individuos y familias de este grupo social la responsabilidad y el enorme esfuerzo que requiere la atención a parientes dependientes. De acuerdo con esto, no sorprende que las redes familiares y el comportamiento reproductivo de los miembros de esta clase, aun compartiendo rasgos con la clase intermedia, devengan más libres y livianos. Así, acceden al emparejamiento con menos obstáculos y retrasos que los demás; se identifican con la familia nuclear de dos hijos/as sin despreciar la tríada filial, pero evitan las familias de cuatro o más descendientes; y mantienen a los hijos/as cerca, al menos hasta el momento de su emancipación, a la vez que relajan más que nadie el engaste de la red familiar en el espacio.

Ahora bien, la caracterización de las estructurales familiares según la posición social de los individuos no

implica, de forma inmanente, soportes más o menos eficaces o inequitativos para el desarrollo de la provisión de cuidados a familiares dependientes. Las redes familiares constituyen, sin duda, plataformas infraestructurales de las relaciones de dependencia, pero soportes activados y/o conformados en interrelación con el resto de los recursos que individuos y familias aquilatan conforme a su posición social. De ahí que en la práctica, como hemos abordado en el resto de capítulos, la mayor o menor densidad de las retículas familiares, o la mayor o menor presencia de un tipo de pariente, no siempre adquieren mismo significado o funcionalidad para los individuos de las distintas clases sociales: para unos, abuelas o madres son parientes receptores y/o suministradores de cuidados, para otros fuentes de recursos económicos o sociales...

Capítulo sobre la densidad del parentesco

Para mejor comprender la base socio familiar sobre la que se conjuga el hecho social de cuidar, creemos que es necesario analizar los comportamientos y actitudes que los andaluces dicen tener en relación a lo que podríamos denominar 'densidad del parentesco'. Por ello vamos a entender la forma que acaban teniendo las relaciones de parentesco, la especificidad que adquiere la cohesión familiar resultado de las concretas ligazones que los parientes van tejiendo en función de interacciones en el trato, comunicaciones lingüísticas e intercambios económicos y emocionales.

Las familias andaluzas acaban ciñendo sus principales relaciones al entorno más cercano de parientes directos, con los cuales tienen un alto grado de comunicación tanto presencial (visitas) como no presencial (a través del teléfono fundamentalmente), siendo más renuentes a formas más comprometidas como la realización conjunta de actividades recreativas o culturales, viajes, vacaciones, etc., lo que hemos denominado otro tipo de encuentros. Tampoco son desdeñables las expectativas sobre eventuales intercambios económicos que creen pueden realizar con esos parientes, compartiendo esta creencia entre un tercio y dos tercios de los entrevistados, dependiendo del tipo de pariente y fundamentalmente desde la posición de eventuales donadores; pues curiosamente se sienten más potenciales proveedores de ayudas económicas que demandadores. Análogamente dicen estar más dispuestos a este tipo de intercambios que a los llamados emocionales, en su forma de eventuales emisores o receptores de confidencias sobre temas íntimos o personales (paradigmático el caso de los suegros, con los que se tendrían ciertas expectativas económicas –entre un 14%/32% dependiendo del género y de la posición de proveedor o receptor– y prácticamente pierden significación en los intercambios emocionales). Intercambios en los cuales suelen (excepto en el caso de los padres) presentarse más como predispuestos a escuchar al otro que a ser escuchados.

A partir de estas tendencias generales comienzan las matizaciones por clase social. Nos encontramos una clase media-alta que busca tejer unas estrechas relaciones dentro del parentesco vertical más directo, es decir, entre progenitores y vástagos, a través de muy frecuentes visitas y comunicaciones telefónicas (en éstas, significativa su

diferencia con la clase obrera y la pequeña burguesía), aunque baje en su estrategia la realización de otro tipo de encuentros (sólo los miembros de la pequeña burguesía mostrarían una actitud más renuente). También en el parentesco horizontal de los hermanos, en general, practican más este tipo de comunicaciones. Así mismo, podemos constatar una más estrecha relación en este tipo de interacciones con las figuras femeninas, tanto del parentesco horizontal como vertical más directo (madres, hijas, hermanas), en comparación con las otras clases. En el orden de los intercambios económicos, más que en los llamados emocionales, se puede observar esa importancia que se da al fomento de las relaciones paterno filiales en tanto son los que más apostarían por ser fuente de provisión (sobre todo los padres varones) de los hijos y en creer que podrían esperar de ellos en igual proporción. Casi la mitad de ellos también esperan que sus padres les pidan ayuda llegada la ocasión. Junto a la clase intermedia, son los que más expectativas tienen sobre los hermanos/as, aunque sólo la comparten entre un 40%/50% de sus miembros. Si bien los llamados intercambios emocionales bajan en sus expectativas o realizaciones respecto a los anteriores, serían los hijos/as (éstas sobre todo) con los que fundamentalmente se realizarían (aunque sin llegar a tener los valores más altos del conjunto de clases), aunque no se vería acompañado en este caso tan de cerca por los padres, imponiéndose para este tipo de intercambios la horizontalidad de los hermanos/as (próximo a los comportamientos/expectativas de la clase intermedia, pero sin superarlos).

La clase obrera parece distinguirse por intentar trenzar sus relaciones a través de menos comunicaciones no presenciales (centradas en las llamadas telefónicas) y comparativamente hacer que tenga más peso el trato directo, en forma de visitas y otro tipo de encuentros con los familiares (la clase donde más igualdad hay entre hombres y mujeres a la hora de esas visitas y donde los varones telefonean menos, junto a los de la pequeña burguesía, pero visitan más que las mujeres). La concreción en función de parientes con los que se mantiene estas interacciones, apunta a un mayor fomento del parentesco vertical de ascendencia a través de las visitas y del de descendencia a través del teléfono (incluyendo a las madres), aunque generalmente con valores más intermedios en comparación con las otras clases (siempre más bajos los porcentajes que en la clase media-alta, excepto en el caso de las visitas a hijos varones –que tienen porcentajes parecidos– o a la madres –máxima diferencia con la clase intermedia; cambiante con las otras dos clases en función del pariente). La mirada sobre las expectativas de intercambios económicos revela el mayor protagonismo de las relaciones verticales con los vástagos como eventuales proveedores (lo cual no quita el papel prominente de los progenitores como donadores de eventuales ayudas) y las escasas diferencias de estos hijo/as con los de la clase media-alta en la posición de posibles demandadores. Caracteriza a esta clase la escasa diferencia que hay en cada una de las direcciones de las expectativas (demandante o ser proveedor) entre hijos e hijas, padres y madres (un poco más se considera a estas últimas cuando se las piensan como posibles demandadoras). Si de expectativas pasamos a intercambios efectivos, es la única clase para la que tenemos datos sobre percepción de ayudas proveniente de familiares (en un escasísimo 2,3% de las familias). En lo

relativo al papel de los llamados intercambios emocionales en el seno de la clase obrera, destaca el hecho de ser la clase que menos intercambios de este tipo tiene, y en las antípodas de la clase media-alta –la que más diferencias tiene con ella. Es sobre todo en las relaciones de parentesco verticales que constituyen los descendientes (precisamente dos de las figuras del parentesco con las que más intercambios de asuntos emocionales se tiene) donde se pueden observar las mayores diferencias. Sin embargo es a nivel del parentesco horizontal, concretamente de hermanas, donde más se da este tipo de interacciones, aunque las diferencias con la clase media-alta sean menores (en torno a los cuatro puntos). Los hermanos, en cambio, muy posiblemente por la incidencia del género en estos intercambios, suelen ser poco requeridos, siendo sólo los padres, entre los parientes más directos, menos solicitados que ellos (aquí las pautas más próximas a la clase media-alta).

La clase intermedia parece tener en el mayor fomento de otro tipo de encuentros para actividades recreativas o culturales, viajes, etc., en comparación con las otras clases, una de sus características distintivas. Aunque con valores que no suponen ni la mitad de las otras formas de trato y comunicación, en los cuales tendría comportamientos, respecto a la comunicación telefónica, muy cercanos a la clase media-alta y escasas diferencias con el conjunto de clases respecto a las visitas. Si intentamos obtener pautas respecto a las concretas figuras familiares, observamos que éstas tienden a dispersarse en las proximidades o distancias a otras clases sociales; así, respecto a las visitas, el comportamiento dentro de parentesco vertical de la madre le aproximaría a la clase media-alta, como también en los contactos telefónicos con madre, hermanos/as y, en cambio, los contactos telefónicos con hijos/as y padres varones, le acercaría más a la clase obrera. En lo que sí tiene un comportamiento diferencial es en el caso de visitas a hijos/as: serían los que menos los visitan. En los intercambios económicos podemos observar una mayor proximidad a la clase media-alta, tanto en las expectativas de posibles proveedores como de demandantes (si exceptuamos el caso de los hijos varones, más cercanos a la clase obrera) de ayudas, excepto en una de las figuras emblemáticas para esa clase media-alta: poseen las más bajas expectativas en ser fuente de provisión de hijos/as de todas las clases. Lo cual puede que tenga alguna relación con el hecho de ser junto a la clase obrera la que menos oportunidad de heredar tiene. Situación análoga parece ofrecer la relación con hijos/as en los llamados intercambios emocionales, donde aparecen también con valores bajos en el conjunto de las clases, lo cual, unido a otros datos anteriores, nos hace pensar en un relativo menor peso de los vástagos en los intercambios en comparación con otras clases. Sin embargo, hermanas y madres (y en menor medida los hermanos, pero con valores altos en relación a las otras clases) sí siguen comportándose más similarmente a sus iguales de la clase media-alta, e incluso adquieren un protagonismo que convierte la relación con estas dos figuras, en estos temas, en señal de identidad de esta clase. Unido a datos de otras interacciones e intercambios, nos hace pensar en que el parentesco horizontal de las hermanas/os tiene en esta clase un significado distintivo.

La pequeña burguesía parece hacer reposar más en el trato directo, que suponen las visitas, su relación con los parientes, sobre todo porque es la clase con más bajos porcentajes en la utilización del teléfono y otro tipo de encuentros como formas de relacionarse con los mismos. Refrenda esta impresión el que tenga con los hijos/as el trato directo más alto de todas las clases (en el caso de ellas, la clase media-alta le sigue tan sólo a un punto) y en cambio tenga los contactos telefónicos más bajos con dichas figuras del parentesco (las comunicaciones telefónicas de las madres con sus hijos/as sí está en sintonía con los de las otras clases). Esa valoración del trato directo la asimilaría más a la clase obrera, cosa que también ocurre con los bajos índices de visitas a padres varones y hermanos varones. Esa valoración del parentesco vertical con los vástagos la encontramos así mismo en los intercambios económicos y los llamados emocionales, pues hijos e hijas (particularmente esta últimas) aparecen como las figuras del parentesco que más conforman las expectativas de ser tanto demandantes como proveedores de ayuda económica o de ser ora oyentes ora emisores de cuestiones íntimas y personales. Paralelamente las madres, en relación a las demás clases, son las que tienen más bajas expectativas de ser fuente de provisión o de demanda de ayudas económicas, al igual que de ser interlocutoras en temas netamente emocionales (en este caso acompañadas de las hermanas; en esta ocasión hacemos caso omiso a los varones, pues recordemos que éstos, sea cual sea su posición en el parentesco, son poco apreciados para este tipo de interlocuciones). Esa importancia de los descendientes más directos en la configuración de las relaciones familiares, quizás pueda tener alguna relación con el hecho inverso al que veíamos en la clase intermedia, a saber, que es la clase en la que más probabilidades hay de heredar, pues en la investigación de redes familiares son los miembros de esta clase los que más han manifestado recibir algún tipo de herencia (23%). (Y a la vez, los que parecen tener un comportamiento más parco a la hora de hacer efectivas la solidaridad económica –sólo un 6% presta ayuda económica a algún pariente, aunque contextualicemos que el porcentaje más elevado, precisamente de la clase media-alta, no llega al 9%).

En función del capital formativo reglado, podemos afirmar:

Que a medida que aumenta este capital: se visita menos a los parientes (2 puntos en el gradiente de máximo/mínimo nivel de estudios), siendo las mujeres las que más lo hacen; se mantienen más contactos telefónicos (23 puntos en el gradiente; la barrera se sitúa en los estudios básicos) y, en general, con todas las figuras del parentesco, apareciendo nuevamente las mujeres como las que desarrollan más este tipo de comunicación; también se realiza más otro tipo de actividades y encuentros con parientes (nuevamente la barrera en los estudios básicos) y son las mujeres las que siguen marcando la pauta (curiosamente, entre los que tienen menos capital formativo, que son menos dados a este tipo de encuentros, son los varones, aunque con escasas diferencias, los que predominan); se tiende a tener más expectativas sobre intercambios económicos, tanto como posible receptor como proveedor (predominantemente con padres varones y hermanas; en cambio, se invierte la tendencia a favor de los

que tienen menos capital cultural con los hijos/as), y sobre los llamados intercambios emocionales (nuevamente excepción de los hijos/as), con un abrumador diferencial de género favorable a las mujeres en el caso de madres y hermanas, y para los varones en los casos de padres varones y hermanos varones; en consonancia con esa predominancia en las expectativas de intercambios económicos, se realizan más prestamos efectivos a los parientes (a madres, principalmente, pero menos proporcionalmente que los que poseen menos capital formativo); pero se hereda en porcentajes parecidos a los que tienen menos capital.

Conforme disminuye el capital formativo: se visita más a los hijos/as (los varones rompen la tendencia y visitan más que las mujeres en el grupo de los que finalizaron al menos los estudios básicos); aún teniendo menores expectativas sobre intercambios económicos y los llamados emocionales en general, se tienen más expectativas sobre dichos intercambios en el caso de los hijos/as (excepto en el caso de los hijos varones para los estudios secundarios); hay particularidades en el diferencial de género respecto a estos intercambios, pues en el caso de las expectativas sobre ayudas económicas los varones rompen la tendencia y se erigen en protagonistas, mientras que las mujeres siguen teniendo mayor papel en los llamados intercambios emocionales; la solidaridad económica efectiva desciende, procediendo de otros parientes diferentes a los progenitores cuando se recibe y siendo las madres las principales destinatarias cuando se ejerce.

Capítulo sobre cuidadoras y cuidadores

Insistimos de nuevo en que a partir de nuestros datos, como de los de buena parte de las monografías de la ERF hasta ahora publicadas, se puede afirmar que el modelo de cuidados en nuestro sigue siendo predominantemente familista¹⁰³, siendo minoritaria la ayuda proporcionada por los Servicios Sociales y testimonial la del voluntariado. En efecto, en torno a un 85% de los cuidados los proporciona la familia y la segunda de las opciones es la contratación de servicios privados (un 11%), siendo este recurso precisamente uno de los que más evidencian las diferencias entre clases sociales.

En nuestro país los valores de obligación familiar para con los padres dependientes sigue estando muy vigente, siendo las mujeres las que más interiorizada tienen esta obligación. Todo ello se ha visto retroalimentado por la escasa respuesta pública. No obstante, el contexto incipientemente creado a partir de la Ley de Dependencia podría generar algunos cambios en las actitudes y las expectativas de las familias hacia los cuidados, lo que estamos seguros constituirá una muy interesante temática de investigación para los próximos años.

Pero, volviendo a los datos sobre cuidadores de diferentes posiciones sociales a partir de la ERF, hemos podido apreciar un patrón en el que las mujeres de clase obrera tienden a cuidar más de sus parientes enfermos o dependientes. También la pequeña burguesía, en la que los

hombres se implican más. Las mujeres con más bajos niveles de estudios y las amas de casa y los parados son también categorías en que la predisposición al cuidado es mayor. En general, podríamos afirmar que las clases populares tienen un patrón más “familista”. En las clases más altas y con mayor capital educativo las diferencias de género se atenúan.

En cuanto a la realización de tareas, los cuidadores, principalmente cuidadoras, de clase obrera son también las que más se implican en las actividades básicas de cuidado y aseo personal y en las de tipo más instrumental que tienen que ver con las faenas domésticas. Lo mismo sucede para quienes tienen los más bajos niveles de estudio. Aquí de nuevo vemos patrones más igualitarios en algunas actividades si aumentamos el nivel, pero siempre hemos de decir que, incluso entre quienes tienen más estudios, las tareas más duras y rutinarias quedan circunscritas al ámbito femenino. Otra vez vemos cómo amas de casa y desempleados, aún más desempleadas, son quienes más realizan estas tareas. Además de los pensionistas, también más las mujeres, tienden a ayudar en este tipo de actividades que luego dan lugar a dedicaciones de más de 40 horas. Destacamos esto porque se trata de un colectivo que además de cuidar intensivamente, como estamos viendo, en muchos casos tienen también necesidad de ser cuidados ellos mismos. En torno a la mitad de los cuidadores pensionistas y amas de casa, en efecto, dedican a los cuidados más de 40 horas semanales.

Hemos visto que a la hora de contratar ayuda externa las diferencias entre la clase obrera y la clase media-alta son de unos 10 puntos; esta diferencia aún es más apreciable cuando miramos por nivel de estudios. Los que menos reciben ayuda de otros familiares son los pensionistas/jubilados y las amas de casa. Éstas, además, cuentan menos con ayuda contratada y tienden a asumir más ellas solas los cuidados por encima de la media. En la pequeña burguesía hemos encontrado un sentimiento mayor de que los cuidados son una responsabilidad familiar compartida. Hemos hallado, por otra parte, unas más altas tasas de sujetos que se consideran ellos mismos cuidadores principales en las clases medias y especialmente entre las mujeres de clase media-alta, aunque no hemos de perder de vista que también son éstas últimas las que más cuentan con la ayuda de personal contratado, además de ser las que realizan en menor medida las tareas más rutinarias y de alto empleo de tiempo. Quizá todo esto nos lleve a plantearnos los diferentes sentidos (sociales, en tanto que contruidos desde diferentes posiciones, diferentes marcos de sentido) que el papel de “cuidador/-a principal” puede tener. En las mujeres de clase alta puede que se tienda a concebir más, a la luz de los datos hasta aquí vistos, este rol no tanto como proveedor único e intensivo de cuidados sino más como gestor de éstos: el “care manager” más propio de los modelos de cuidados de países europeos con estructuras de servicios más consolidadas. De igual modo, puede que aquellas que dedican mucho tiempo a proporcionar ayuda y que además cuentan con bastante menos colaboración externa, no obstante, no sientan tanto que se hallan desprovistas de la ayuda de otros familiares, en tanto que tengan más asumida la obligación moral de proporcionar cuidados a sus parientes necesitados. De otro lado, sabemos que está suficientemente documentada la mayor dificultad que tienen las mujeres para contabilizar el tiempo dedicado a

102 Bazo (2004). Op. cit.

proporcionar cuidados cuando esto lo simultanean con otras actividades domésticas, así como que los niveles de ocupación en trabajos remunerados son mayores en los grupos sociales más favorecidos.

En relación con esto, sobre el balance de los costes que supone asumir los cuidados a los familiares, el esfuerzo económico y de salud es más señalado por las clases bajas, mientras que para las más altas posiciones sociales son mayores los que tienen que ver con la vida social y de ocio. En general, estas últimas parecen mostrar más consciencia de los costes que implica el cuidado, por lo que éste no parece formar parte de una estructura de deberes familiares incuestionable. Las desempleadas, por su parte, son las que más dicen ver afectado su trabajo o expectativas profesionales, lo que pone en evidencia la vigencia del rol femenino de provisión de cuidados a los familiares necesitados, rol que se percibe más como obligación cuando, en edad activa, no se está trabajando ni estudiando. Parece que a muchas mujeres la inactividad o el desempleo les lleva inexorablemente a tener que ocuparse de sus parientes enfermos o dependientes, cuando no se da al contrario, es decir, que es este rol el que excluye o hace bastante incompatible la dedicación laboral.

Sobre las razones para cuidar, apreciamos cómo entre las mujeres de clase obrera el sentimiento de que eso es un deber es más alto que en las demás clases; lo mismo pasa entre los cuidadores de más bajos niveles educativos. Además, las mujeres de clase baja expresan más la falta de recursos como motivo por el que cuidan a sus familiares. Todo lo cual nos lleva a pensar que el modelo más familista (que carga muy desigualmente la responsabilidad de atender a los dependientes, menores y mayores, sobre la mujer inactiva/parada, ama de casa) de las cuidadoras y cuidadores de posiciones más bajas, tiene mucho que ver con la ausencia o escasez de recursos con los que afrontar la necesidad de ayudar a los familiares que lo necesitan, y no sólo con patrones culturales. Es decir, tras los diferentes patrones que hemos encontrado, en gran parte habríamos de ver la influencia de factores tanto sociales (desigualdad de acceso a recursos) como políticos (escasísima presencia de lo público).

En relación con esto, una reflexión final sobre la mayor o menor predisposición a ser conscientes de los costes que implican los cuidados, por un lado; y a autoconcebirse más o menos como cuidadora principal, por otro. Insistimos en que, cuando hablamos del papel primordial que las familias desempeñan actualmente en lo que a la provisión de cuidados se refiere, en realidad hemos de hablar de las mujeres de esas familias. Son ellas, sobre todo las amas de casa, y las de más bajo nivel económico y cultural, las que están asumiendo el grueso de la atención a enfermos, discapacitados, ancianos y dependientes en general. Los valores culturales siguen entendiendo esto como una “obligación familiar” y dentro de la familia las mujeres parece que son las que más interiorizado tienen el rol de principal cuidadora. No obstante, nosotros hemos hallado que hay diferentes formas de interiorizar y dar respuesta a este rol. Hemos visto significativas diferencias de probabilidades entre las mujeres de posiciones sociales más altas y las de familias de clase obrera y con más bajos niveles educativos a la hora, por ejemplo, de convertirse en cuidadoras cuando tienen parientes dependientes; también a

la hora de realizar unas u otras tareas, lo que está relacionado con las dedicaciones más o menos intensivas en el uso de tiempo; una desigual disponibilidad de recursos privados; etc.. No obstante, y aparentemente en contradicción con esto, son precisamente las mujeres de clase social más alta las que más consciencia muestran de los costes de todo tipo, salvo el económico, que implica el cuidado a sus familiares. A la vez ellas se consideran, en mayor medida que las mujeres de clases populares, las principales responsables de los cuidados. Queremos enlazar todo esto con la tendencia apuntada en este informe según la cual son ellas las que suelen mostrar una justificación mayor por razones afectivas y menor por sentimiento del deber. Pensamos que quizá todos estos datos nos estén poniendo de manifiesto cómo la construcción e interiorización del rol de cuidadora varía mucho según la posición social desde la que se hace, entendiendo que esta posición viene dada en gran medida por una disponibilidad mayor o menor de recursos. Recursos económicos y educativos de la familia, lo que nos ha llevado a ver pautas diferentes para diferentes clases comunitarias; pero también recursos a nivel individual (que no dejan de tener mucho que ver con la clase social) como son, por una parte, el capital educativo, que hemos apreciado que no marca tendencias distintas a las del capital educativo del “sustentador principal” de la familia, salvo una mayor visibilidad en algunos casos de las diferencias de género; y, por otra, la actividad y/o empleo, que hemos indicado, es un gran predictor, sobre todo, para las mujeres, de las probabilidades de asumir los cuidados y atenciones cuando hay familiares que los necesitan.

Las opiniones sobre quién o quiénes habrían de ser los responsables de los cuidados inciden en este argumento. Así la mayoritaria opción conjunta familia y Estado es más elegida entre cuidadores de clase media-alta y pequeña burguesía que clase intermedia y clase obrera situándose estas dos últimas ligeramente por debajo de la media. Según nivel de estudios se produce una polarización clara entre los niveles educativos más alejados, es decir, los sin terminar estudios son los que menos porcentaje presentan en esta opción frente al resto de posiciones educativas. En cambio, estas mismas posiciones junto a las que disponen de estudios secundarios optan en mayor porcentaje por que sea el Estado, a través de los servicios públicos, quien corra a cargo de la responsabilidad del cuidado de las personas mayores.

La opción de que sea la familia en solitario la que cubra el cuidado es más señalada por la clase obrera. Estos diferentes grados en la responsabilidad del cuidado otorgado a la familia, según las diferentes clases sociales, se podrían entender en relación con las razones que los mismos cuidadores exponen; como hemos visto, entre las mujeres de clase obrera, amas de casa en su mayoría, el sentido del deber está muy acentuado. En definitiva, cuantos menos recursos económicos y culturales, la dependencia de la familia es mayor y el cuidado se ve como asunto familiar. En cambio, la incorporación del Estado junto con la familia viene por parte de las clases más acomodadas así como las mejor formadas.

Respecto a las opiniones de los cuidadores sobre la institucionalización del cuidado a través de la creación de plazas para estancias en residencias comentaremos que existen algunos matices que tienen que ver, sobre todo, con el

tiempo de estancia en estos centros. La pequeña burguesía incide en las plazas de estancias temporales, los permisos laborales remunerados para cuidadoras y la reducción de la jornada laboral remunerada. Entre las mujeres pequeño burguesas reducir la jornada laboral es más necesario que entre sus compañeros de clase. Esa misma medida pero entre la clase media-alta, contrariamente, es más solicitada por los hombres que por las mujeres. De todas formas, contar con viviendas tuteladas es la respuesta más presente entre las posiciones sociales más altas, con una diferencia positiva de once puntos para los hombres. La ayuda para la adquisición de equipos informáticos es una medida también muy mencionada por la clase obrera e intermedia. Además, esta última posición socioeconómica incide en los permisos laborales remunerados para cuidadoras/es y el alojamiento de mayores con universitarios.

Con el fin de ver las opiniones respecto al cuidado en el contexto extrafamiliar, nos detenemos en las respuestas que suponen, en mayor o menor medida, una salida del hogar bien para un rato a lo largo del día, para una estancia temporal, o bien de forma permanente en sus distintas modalidades. De lo que obtenemos que a partir de los estudios secundarios todas las respuestas superan la media, por lo que interpretamos que a partir de este nivel educativo el cuidado en el ámbito extrafamiliar se valora más positivamente y no tanto como un asunto exclusivamente doméstico, que es por el contrario como se entiende, en mayor medida, entre hogares con niveles de estudios básicos acabados o no.

En lo que al alcance social de las ayudas públicas al cuidado se refiere, insistimos en que nuestros datos nos permiten afirmar que las cuidadoras y cuidadores se enfrentan al cuidado bastante desprovistos de ayudas públicas bien de tipo económico o técnico. En este punto las diferencias por clase social y nivel educativo indican una tendencia que, en algunos casos, no van en la dirección de favorecer más a quienes más carecen de recursos. Se constata cómo la posesión de capital económico y/o cultural va a jugar un importante papel tanto por sus ventajas en el mercado como en el acceso a la información de posibles formas de ayuda. La contratación en el mercado de ayuda remunerada, como ya hemos mencionado, está más presente en hogares de clase media-alta que de clase obrera así como la frecuencia con que se solicita esta ayuda. Los gastos entre los que los pueden pagar (clase media-alta), corren a cargo de los familiares íntegramente. Según actividad del cuidador/a tienen más posibilidades los que trabajan que el resto de posiciones a la hora de poder pagar esta ayuda contratada. Pero no todos los hogares con dependientes pueden echar mano de la compra en el mercado de los servicios de cuidado, por lo que las ayudas por parte del Estado cobran un papel crucial para

proteger a los que cuentan con menos recursos. No obstante, en los pocos casos (9%) en que las familias han recibido del Estado algún tipo de ayuda económica, encontramos que las familias de clase media-alta presentan un porcentaje ligeramente superior a las de clase obrera. El panorama del otro lado es que la inmensa mayoría no ha recibido ninguna ayuda de tipo económico. Paradójicamente entre las razones más argüidas por la clase obrera por las que no recibe ayuda es porque desconoce su derecho, así como la existencia de las ayudas, motivo que comparte con la pequeña burguesía. Por actividad vemos que los que trabajan son los que más han respondido que no tienen derecho a las ayudas; a su vez, las amas de casa y jubilados son los que más desconocen la existencia de ayudas por parte del Estado para el cuidado de dependientes.

Otras ayudas como son las de tipo técnico pueden contribuir a hacer más llevadero el cuidado de familiares con falta de autonomía como puede ser disponer de recursos materiales como son la silla de ruedas, un hogar adaptado, etc. En este tipo de recursos la distribución por clase –en los casos en que disponemos de datos estadísticamente representativos– parece responder a un patrón más igualitario, es decir, la que más ayuda recibe del Estado es la clase obrera seguida de la clase intermedia y en último lugar, con menor porcentaje, la clase media-alta.

Queremos, por último, finalizar reiterando nuestro deseo inicial de que los datos aportados en esta monografía así como el análisis que de ellos hemos realizado arrojen luz para una implementación de la Ley de Dependencia que pueda apuntar a un nuevo modelo público de provisión de cuidados más eficaz y sobre todo más justo. Para ello conocer tanto los comportamientos como las opiniones y valores familiares en relación con la atención a sus dependientes nos parece un paso fundamental, así como situar esos elementos en las posiciones sociales de las familias y de sus miembros dentro de ellas. En definitiva, esperamos haber hecho más visibles en el ámbito de los cuidados las desigualdades de clase, culturales, de género, así como las maneras en que se concreta la imbricación entre ellas. En última instancia, pensamos que nunca sobra en una incipiente fase de configuración de todo un nuevo espacio de interrelación de lo público y lo privado a la hora de resolver el problema de la dependencia, apuntar posibles riesgos a los que se pueden ver sometidas precisamente las familias de más baja posición social incluso cuando se acogen a los nuevos tipos ayudas, en el sentido de, por ejemplo, como ya ha señalado, entre otros Álvarez Girón, M.¹⁰³, el mantenimiento en el hogar de las cuidadoras a través de lo que denomina la “perversa profesionalización de las cuidadoras familiares”.

103 Álvarez Girón, M. (2008): Primer Informe sobre Desigualdades y Salud en Andalucía, cap. 9.